

JEFF CARLSON



EPIDEMIIA

**LA TRILOGÍA DE LA PLAGA DE NANOROBOTS
LLEGA A SU FIN**

Lectulandia

Tras la plaga de nanorobots y el fin de la guerra desencadenada entre las grandes potencias para controlar el remedio contra la misma, Ruth Goldman y Cam Najarro parecen haber encontrado algo de paz en un aislado pueblo de las montañas Rocosas.

Pero los intentos por hacer de la nanotecnología un arma han continuado y pronto América se ve sacudida por una nueva epidemia. Con el apoyo de los pocos supervivientes, Ruth y Cam deberán descubrir el origen de la nueva plaga si no quieren que la raza humana desaparezca para siempre.

Lectulandia

Jeff Carlson

Epidemia

La Plaga - 3

ePUB v1.0

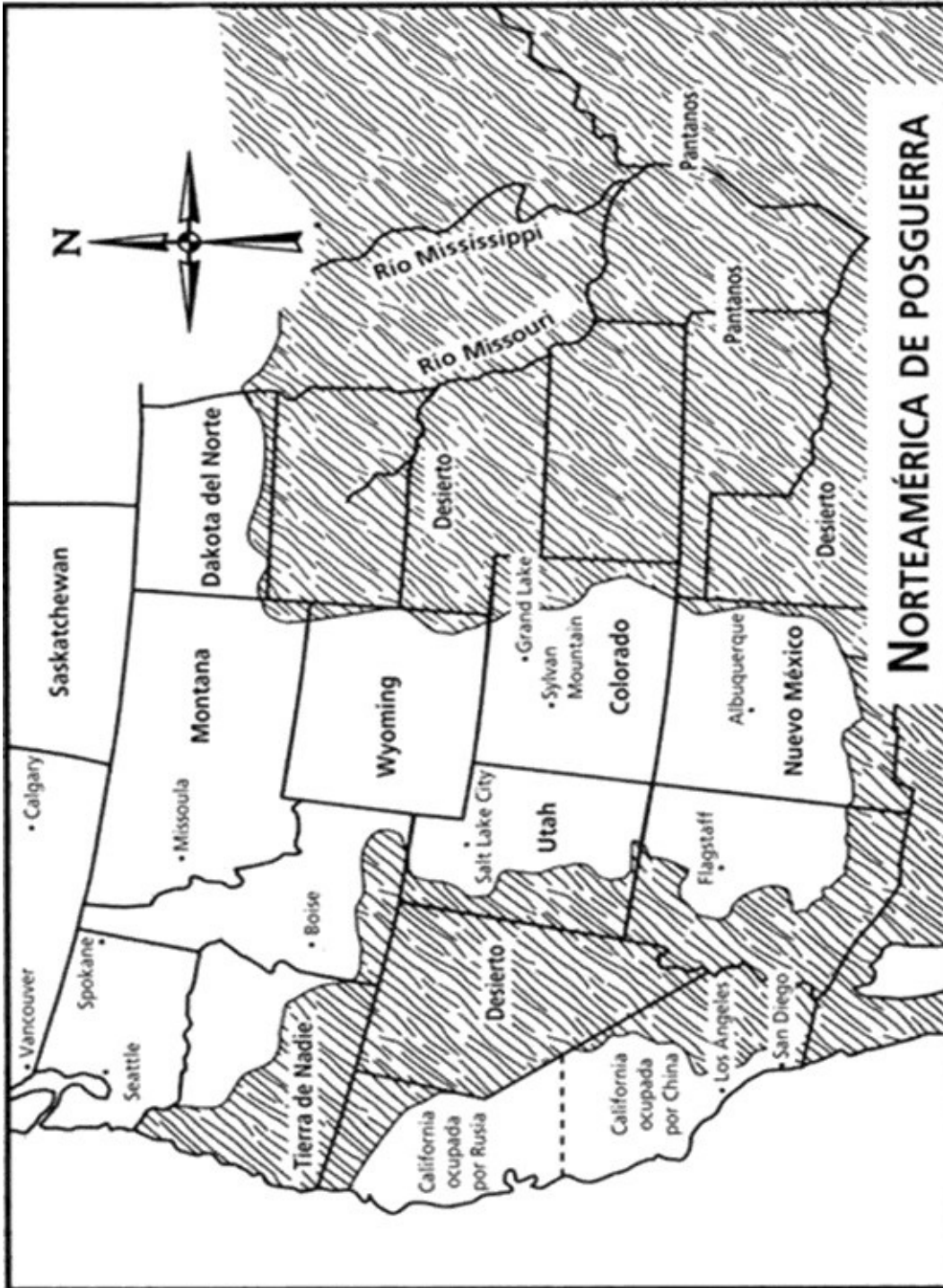
OZN 29.06.12

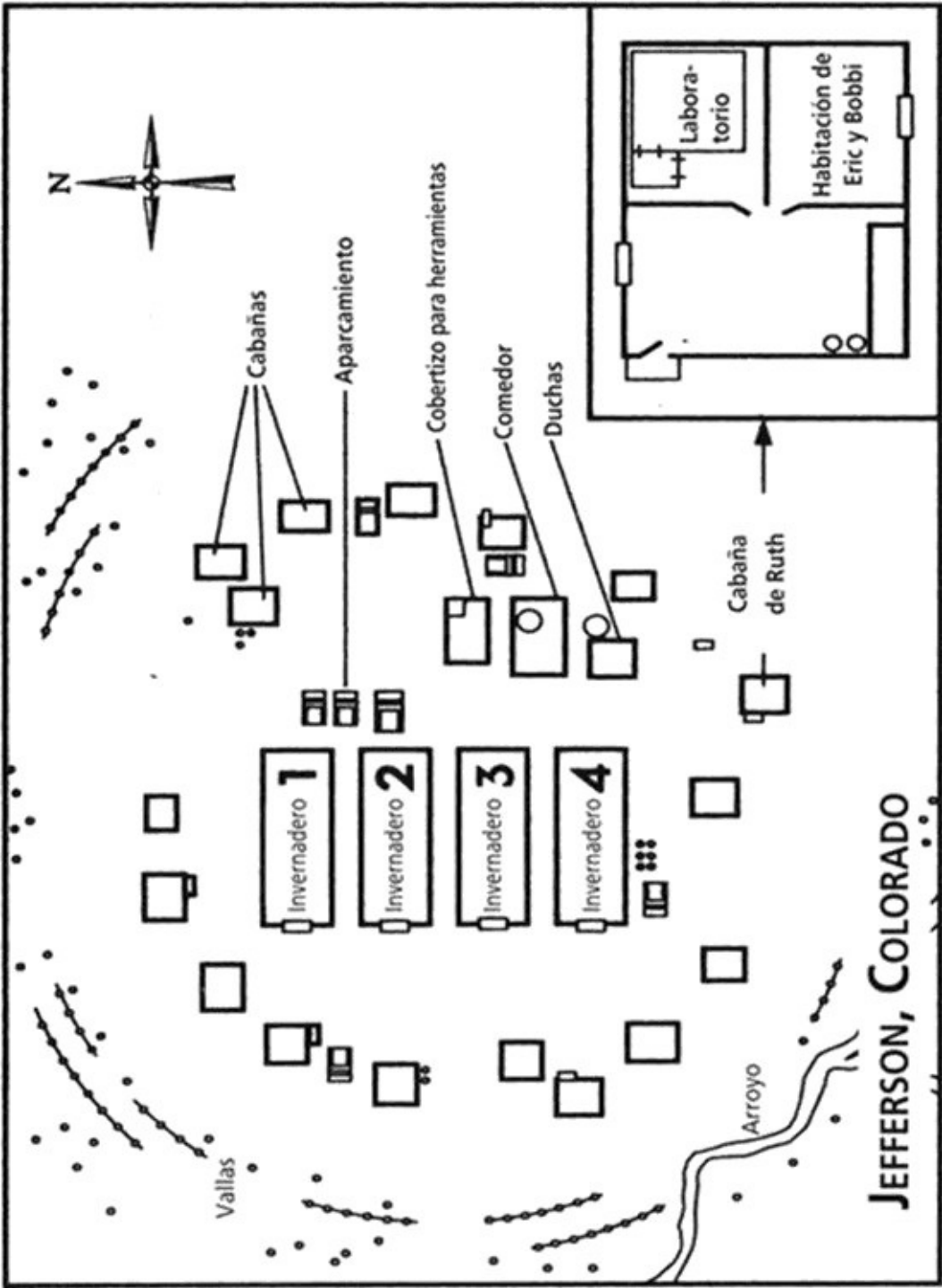
más libros en lectulandia.com

Título original: *Plague Zone*
Jeff Carlson, enero de 2011.
Traducción: Traducciones Imposibles
Ilustraciones: Desconocido
Diseño/retoque portada: OZN

Editor original: OZN (v1.0)
ePub base v2.0

Le dedico este libro a mi padre,
Gus Carlson,
que me enseñó a leer





1

Cam Najarro entró en el invernadero apartando las láminas de plástico con un brazo. Con la otra mano sujetaba el lanzallamas que tenía apoyado en la pierna, cuya llama azulada ardía con una luz parpadeante muy cerca de su rodilla. No quería iniciar una deflagración si podía evitarlo, por lo que usaba el cuerpo a modo de escudo para esconder el arma mientras se adentraba en la maraña de plástico y escombros.

Los tanques de combustible que llevaba a la espalda se engancharon en el plástico. Acto seguido, se topó con un tablón de madera partido por la mitad, por lo que tuvo que agacharse mientras intentaba proteger la boca del arma, acercándose torpemente al estómago.

El plástico estaba dispuesto en láminas, así que cuando el invernadero se derrumbó, las paredes y el techo quedaron retorcidos hasta convertirse en una especie de nudos enormes. Y lo que era aún peor, la luz del atardecer comenzaba a perder intensidad. Cam llevaba una linterna en el cinturón, pero en seguida comprobó que la luz se reflejaba en el plástico y le cegaba. Veía mejor envuelto entre las sombras.

Aquel invernadero olía a tierra mojada mezclada con un aroma frío y húmedo. Por todas partes, el suelo de cemento estaba salpicado de hormigas y langostas. Algunas estaban muertas. Otras se revolvían y correteaban atrapadas entre los pliegues de plástico que había a su alrededor.

Los auriculares chisporrotearon en sus oídos.

—¿Cómo está todo por ahí? —preguntó Allison.

—Todo está muy tranquilo.

—Esto me da mala espina, Cam.

—Vaya novedad —dijo, sonriendo.

—Sal de ahí, por favor.

—No. Puede que Eric aún siga con vida. ¿Y si sólo está inconsciente?

Cam se topó con otra cortina de plástico, pero apenas pudo moverla. Tuvo que arrodillarse para poder deslizarse por debajo. Hacia la derecha, el paso estaba bloqueado por un enorme macetero de madera, la tierra había quedado esparcida por todo el suelo. Cam se movió hacia la izquierda, avanzando a gatas con ayuda de una mano y de las rodillas.

De pronto se detuvo. En el suelo había un abultamiento rojizo donde las hormigas se aglomeraban formando una masa particularmente densa. Cam sostuvo el arma con fuerza mientras continuaba avanzando con la intención de asegurarse de que aquellas hormigas fueran bajas, no una nueva invasión. Había reinas poco desarrolladas y machos alados, todos ellos mezclados con numerosas obreras. Por pura necesidad, todo hombre y mujer que quedaba en el planeta se había convertido en un experto

entomólogo, y Cam sentía un miedo sano hacia aquellos insectos. Las hormigas eran tan delicadas como poderosas. Sus frágiles patas y sus mandíbulas eran capaces de desplegar una fuerza increíble, tal y como podía comprobarse por la destrucción que le rodeaba.

Dio un pisotón con la bota, aplastando los cuerpos rojizos.

—Creo que sé por dónde han entrado —dijo. El eco de cada palabra resonó en el silencio. Podía oír el viento y los gritos fuera del invernadero. Comenzó a escuchar mejor aquellas voces cuando Allison respondió a través de la radio.

—Déjalo —contestó ella—. Ya no importa.

Pero para él sí que importaba. Había construido el invernadero número tres con sus propias manos, y ahora uno de sus amigos había desaparecido en el interior.

Cam examinó las hormigas con el guante, tratando de averiguar la dirección de la colonia. Encontró la pista que buscaba en otro macetero resquebrajado. Había una fisura muy fina en el suelo, justo en el punto en el que el recipiente había sido fijado al cemento, que sólo tenía unos pocos centímetros de grosor. No había sido suficiente. En un extremo de la grieta había aparecido un orificio más grande. La colonia de hormigas había conseguido abrirlo con una paciencia y una fuerza inhumanas.

Hacía menos de una hora, diez mil hormigas de fuego se habían adentrado en el invernadero, asolando la zona protegida como un ciclón. El peso de la gente aterrada que había en el interior fue suficiente como para derribar una de las paredes. Alguien chocó contra una viga maestra. Las hormigas estaban más interesadas en las plantas de tomate y de maíz, pero aun así picaban y mordían. Tres personas consiguieron salir. Eric Goodrich fue el único que no pudo llegar a las dos puertas que funcionaban como esclusa de aire, aislando las húmedas plantas del interior del mundo invadido por la plaga de máquinas.

Las langostas aparecieron una vez que el plástico se hubo rasgado. Al igual que las hormigas de fuego, las langostas del desierto salpicadas de motas negras no eran nativas de Colorado, pero se adaptaban con rapidez y eran oportunistas, por lo que como muchas otras especies, habían llenado los huecos vacíos del ecosistema. También eran tremendamente voraces, y gastaban como mínimo la misma energía que obtenían. Sufrían enormes pérdidas sólo para atacar las cosechas y a los insectos rivales, permitiendo que sus tropas quedaran diezmadas y que sus bajas fueran una fuente de alimento para las hormigas supervivientes.

Cam las habría incinerado a todas si hubiera podido.

—Las hormigas han entrado por debajo —dijo.

—¡Eso no importa! —Allison estaba impaciente hasta el punto de sonar grosera. Podía ser muy combativa cuando se sentía preocupada—. Sal de ahí y punto —dijo—. Recuperaremos lo que sea posible por la mañana.

«Puede que Eric aún siga con vida», pensó Cam, pero no quería discutir. Cuando encontró un espacio abierto, se limitó a erguirse y siguió caminando por aquel laberinto sombrío de madera y plástico.

Avanzaba cojeando. También le dolían las manos, que se aferraban con fuerza al cañón del arma. Eran viejas heridas. Había muy poca gente que no tuviera alguna marca de la plaga de máquinas o de las guerras que estallaron después, pero Cam Najarro había tenido que hacer frente a un sinnúmero de decisiones difíciles. En ocasiones se maravillaba de seguir con vida. Lo único que quería era compartir su buena suerte.

—¿Eric? —dijo. Se había olvidado de desconectar la radio.

—¡Maldita sea! —gritó Allison—. Está muerto. De lo contrario, ya habríamos oído algo.

—¿Y si se tratara de mí, Ally? Entonces vendrías a buscarme.

—Sal de ahí, idiota.

Cam sonrió una vez más. Allison se había tranquilizado ligeramente ahora que estaba embarazada de cuatro meses, aunque habría negado tajantemente cualquier cambio en su actitud. Se había vuelto más egoísta, más protectora, lo cual la convertía en mejor esposa, pero no en una buena líder. Ya no daba prioridad a los demás. «Y probablemente tenga razón», pensó Cam mientras escudriñaba las sombras. Había una silueta en el suelo, como dos sacos de fertilizante... ¿o se trataba de un hombre?

Se golpeó la mejilla con la mano, aplastando a una hormiga antes de que pudiera morderle. En aquel momento se percató de que había muchos más insectos rojizos que le subían por el brazo. Cam tuvo que contener un escalofrío, rascándose con el guante la capucha y las mangas. Las hormigas también comenzaban a agruparse en su cintura. Los insectos rezagados y heridos habían comenzado a prestarle atención como sólo la mente de un enjambre que se comunicaba por el movimiento y por el olor que podía hacer.

—De acuerdo, tienes razón —admitió, mientras buscaba el modo de salir de allí. Por desgracia, la pared más cercana se había derrumbado, convirtiéndose en una barrera infranqueable—. Estoy en la cara norte —dijo—. ¿Podrís abrir una salida?

—Enciende la linterna para que podamos verte. —La voz de Allison sonó aliviada. Pronto se escucharon voces en el exterior del invernadero—. ¡Por aquí!

Las hormigas eran impredecibles. Ahora ya no paraban de reproducirse, y se volvían cada vez más salvajes con cada nueva generación. La semana anterior, Cam y Eric habían liderado un equipo de fumigación que envenenó cuatro colonias. Era obvio que no había sido suficiente. Quizá toda la zona quedara infestada de forma permanente, por muy cuidadosos que fueran con la basura y los residuos; pero el metabolismo de las hormigas dependía del calor del sol. En las noches frías de las Montañas Rocosas, especialmente a principios de septiembre, las hormigas se refugiaban bajo tierra hasta la salida del sol. Cam sabía que sería más seguro buscar

el cuerpo de Eric en otro momento, pero tendría que convencerse a sí mismo para abandonar a su amigo.

«No», pensó. Habían servido juntos en los Rangers del ejército, y morir en aquel agujero era un final indigno para un hombre que había ayudado a poner fin a la tercera guerra mundial. Aquel pensamiento enfureció a Cam, que se giró hacia los restos del invernadero, iluminándolos con la linterna.

—¿Cam? —preguntó Allison—. Cam, te estás alejando de nosotros.

Tenía veintiséis años, y aún podía ser muy impulsivo aunque mostrara un desgaste físico propio de alguien que le doblara la edad. Igual que las hormigas, Cam odiaba el frío. En las noches de Colorado, las manos le dolían terriblemente por culpa de la artritis. Una cicatriz de arma blanca mal curada le atravesaba la palma de la mano izquierda y movía los dedos con dificultad por culpa del tejido abrasado. Su rostro también estaba repleto de cicatrices, aunque tenía la mayor parte ocultas bajo la barba. El pelo moreno y grueso le caía en una melena por los hombros para ocultar una oreja desfigurada.

Pero los insectos también estaban allí.

—¡Santo cielo!

Cam se sobresaltó, alejándose del abultamiento que yacía en el suelo. Cuando se acercó, la silueta irregular pareció estremecerse. Las hormigas aladas golpearon el plástico que tenían encima. Acto seguido comenzaron a volar hacia él.

Antes de que la nube cubriera aquella silueta, Cam pudo ver que Eric ya no estaba con él. Cientos de obreras emergían de las cavidades de su rostro sin vida, dejando al descubierto las entrañas a través de la boca y de los ojos. También correteaban debajo de la ropa, haciendo que se moviera y se abultara.

Había más fisuras en el suelo por las que columnas de hormigas marchaban sobre la inmundicia y el cemento grisáceo desgastado. De alguna manera las hormigas habían conseguido abrirse paso. La colonia seguía expandiéndose. Estaban protegidas de la noche por el propio invernadero, y ahora disfrutaban del hallazgo a pesar del frío que se avecinaba.

Cam lanzó un grito y acabó con ellas.

El arma comenzó a rugir. Las estelas de combustible ardiendo se extendieron por el techo y el suelo. El calor convirtió el plástico en una maraña de arcadas retorcidas. Asolada por las llamas, la alfombra de hormigas se contorsionó y desapareció. Incluso los insectos que se agazaparon en los extremos de aquel infierno quedaron convertidos en cascarones secos y abrasados, retorciéndose en el aire como una ventisca. El humo se apoderó del lugar. Sin dejar de toser, Cam se alejó de las llamas. El cuerpo de Eric también pareció reaccionar, sus músculos se contrajeron. El cadáver se retorció entre las llamas, arqueando las caderas y el cuello conforme el hueco vacío de la boca se abría de par en par.

Cam trató de apagar el arma, pero aquel lanzallamas era un artefacto improvisado que habían fabricado ellos mismos. Se limitaba a arrojar gasolina en explosiones ensordecedoras que resultaban difíciles de controlar. Se vio obligado a desperdiciar dos segundos más de combustible lanzando llamaradas sobre el cadáver de Eric. Incinerar a su amigo sería mejor que herir a los que estaban fuera.

«Lo siento —pensó—. Santo cielo, Eric, lo siento... ¿Qué voy a decirle a Bobbi?»

Una parte del techo se derrumbó. El plástico comenzó a agujerearse conforme ardía. La estructura ardiente se desplomó sobre el cemento. Las lenguas de fuego cubrieron el cadáver de Eric. Otro montón de plástico cayó a la derecha de Cam, salpicándole el brazo con una llovizna de líquido ardiente.

El humo era lo más peligroso, ya que era tóxico. Cam tuvo suerte de que al derrumbarse el techo, la nube tóxica se disipara impulsada por el viento. De pronto pudo respirar con menos dificultad. Aunque imbuido como estaba de adrenalina y tristeza, apenas se dio cuenta de ello.

En medio de la confusión había perdido la linterna. Ahora todo estaba oscuro, excepto por el fuego y las luces que había en el exterior del invernadero. Cam se abrió paso entre la confusión, descargando el arma sobre los montones de plástico siempre que encontraba el paso bloqueado. La noche que se cernía sobre él era de un azul como el que no se veía en ningún otro lugar lejos de las Rocosas, pero Cam se limitó a dibujar un gesto de dolor y bajó la mirada.

Había unos brazos que trataban de agarrarlo. Cuatro personas le sacaron de allí. Bobbi y Allison se encontraban entre ellas. El contraste entre ellos era evidente, ya que la esposa de Cam era rubia y su coleta dorada refulgía casi blanquecina bajo la luz del sol, mientras que Bobbi Goodrich era negra, con una capa de pelo espesa y oscura.

—¿Estás bien? —preguntó Bobbi. Tenía el rostro cubierto de lágrimas. Ambas mujeres empuñaban sendos cuchillos. Al rasgar las lonas de plástico, se les habían quedado los brazos cubiertos de polvo, y Cam pudo ver que Bobbi había transferido sus emociones al hecho de haberle salvado a él. Ella sabía que Eric había muerto.

Él no pudo detenerse a aplacar el dolor que transmitían los ojos de Bobbi.

—Hay que fumigarla —dijo Cam con un tono abrupto—. Tenemos que fumigar toda la maldita colonia esta misma noche.

Allison se reclinó sobre su pecho, llevándose a Bobbi consigo. Cam las abrazó a las dos. Detrás de ellos, el invernadero era devorado por las llamas. Otro hombre tomó la palabra.

—Lo siento, pero me temo que no tenemos suficiente insecticida para...

—Entonces lo haremos con gasolina —propuso Cam—. Me es indiferente. Verteremos diez litros en cada agujero que encontremos y los incendiaremos todos.

—Formemos un equipo —dijo Allison, colocándose de nuevo frente a él.

Entonces tiró de Bobbi y la otra mujer asintió entre sollozos. Hacía ya mucho que todos habían aprendido que jamás había tiempo que perder, y aun así Cam pudo ver la duda en la mirada de Allison.

«Puede que no nos queden ni setenta litros en todo el campamento», pensó Cam mientras caminaba con ella bajo la luz de la noche. Pero Allison no dijo nada, y él tampoco.

Estaban perdiendo la batalla por el dominio del entorno.

Casi todos los supervivientes lo bautizaron como el Año de la Plaga. Comenzaron un nuevo calendario y olvidaron todo lo que había acontecido en la historia de la humanidad hasta entonces. La plaga de máquinas mató a más de cinco mil millones de personas y causó la extinción de miles de especies animales. Ahora estaban en el Año Tres y, en muchos aspectos, la Tierra se había convertido en un planeta distinto. Los microorganismos nanotecnológicos habían conseguido desintegrar toda forma de vida de sangre caliente por debajo de los tres mil metros, donde se autodestrúa. Lo poco que quedaba del ecosistema estaba condenado. Sólo quedaban reptiles, anfibios y peces, todos ellos tratando de sobrevivir entre las gigantescas poblaciones de insectos. Bosques enteros habían sido devorados por escarabajos y hormigas. Los lagos y los cursos de agua cambiaron para siempre por culpa de la erosión.

Las guerras que vinieron después causaron otro tipo de estragos. La plaga dejó muy pocas zonas habitables en toda la Tierra, y las aves y los mamíferos sólo podían sumergirse en las profundidades de los océanos durante un tiempo determinado. Sin huéspedes, los nanos quedaban inertes. Pero tan pronto como alguien descendía por debajo de la barrera, la plaga se adentraba en sus pulmones, en sus ojos o en los poros más pequeños de su piel, donde comenzaba a multiplicarse.

Las ciudades y los pueblos más cercanos al límite de altitud pronto fueron ocupados por los supervivientes. Después de eso, no quedó mucho que hacer, excepto volverse los unos contra los otros. Norteamérica tuvo suerte de contar con las gigantescas Montañas Rocosas y con las pequeñas cumbres de las Sierras para dar cobijo a tres naciones diferentes. Sin embargo, Estados Unidos quedó dividido por una guerra civil, y finalmente Canadá y México se pondrían del lado de los rebeldes.

En los demás continentes, la lucha fue mucho más encarnizada y heterogénea. India, Pakistán y China lucharon por controlar el Himalaya. Todos los países europeos trataron de hacerse con el control de los Alpes. Rusia se apoderó de Afganistán; pero durante el segundo invierno, perdió el territorio a manos del mundo árabe. Los rusos buscaron cualquier vía de escape, ofreciendo sus ejércitos veteranos tanto a la India como a China. Su plan era reforzar a cualquiera de los bandos a cambio de un pedazo de tierra al que pudieran llamar hogar, pero había un problema: no tenían suficientes aviones ni combustible para trasladar a su población.

Al mismo tiempo, la guerra civil estadounidense comenzó a recrudecerse. Por

todas partes, los científicos consiguieron hacer grandes avances en el campo de la nanotecnología, sobre todo en los laboratorios de Leadville, Colorado, donde aprovecharon la propia plaga para aprender y experimentar con ella. En sus orígenes diseñada para atacar a los tejidos malignos, la tecnología Arcos era un prototipo versátil; la cura para el cáncer y para otras muchas enfermedades.

Primero, los equipos científicos crearon una nueva arma biológica. Después desarrollaron una vacuna que protegería a la población de la plaga, pero el gobierno de Leadville quiso guardarse el descubrimiento para sí mismo. Los mandatarios vieron una oportunidad para controlar el descenso de las montañas, asegurándose acuerdos de lealtad, creando nuevos estados y haciendo que todos sus enemigos y personas no gratas sucumbieran ante el hambre y la guerra a menos que accedieran a convertirse en esclavos. Después de tanto sufrimiento, el precio era demasiado elevado.

Tres de los investigadores más importantes traicionaron al gobierno, robando las únicas muestras de la vacuna. Estos héroes pretendían difundir la nueva tecnología y poner fin a los enfrentamientos. Pero resultó ser un error en varios sentidos. La vacuna se convirtió en el detonante de la guerra civil. Y lo que fue aún peor, conforme la inmunidad se extendió entre los focos de supervivientes de California, los inoculados con ella se convirtieron en el objetivo de un nuevo enemigo.

Al otro lado del mundo, indios y rusos consiguieron llegar a un acuerdo que también beneficiaría al gobierno de Leadville. Los dirigentes de Leadville ayudarían a transportar al ejército ruso hasta el Himalaya a cambio de poder hacer uso de los científicos y del equipamiento de la India. Leadville deseaba ir un paso por delante de China en la carrera por la supremacía nanotecnológica. Como parte del trato, los mandatarios rusos podrían enviar a sus esposas e hijos a Colorado, junto con gran parte del tesoro nacional ruso, estrechando así los lazos entre ambas naciones. Pero la traición se hizo inevitable. Los rusos ocultaron una bomba atómica entre sus cargamentos de oro y obras de arte. Decidieron asesinar a sus propias familias a cambio de una oportunidad para destruir a la única superpotencia mundial, borrando Leadville de las montañas con una detonación de cincuenta megatones. Las fuerzas estadounidenses y canadienses diseminadas por toda Norteamérica quedaron inoperativas por culpa del pulso electromagnético. Pocas horas después, los rusos estaban sobrevolando California, complementando su diezmada fuerza aérea con los aviones de Leadville, que entonces ya controlaban ellos mismos.

De ese modo capturaron a gran parte de los ciudadanos estadounidenses que portaban la vacuna en su torrente sanguíneo. Acto seguido, inmunizaron a sus propios pilotos y tropas de asalto, no sólo en California sino también en el otro extremo del mundo. Los rusos se convirtieron en el primer ejército organizado que poseía la vacuna. Eso les dio una ventaja insuperable. Pronto fueron capaces de atravesar la

barrera, no sólo repoblando su tierra natal sino también empleando aviones, armamento, alimentos y combustible de Estados Unidos y de los países árabes para lanzar la plaga contra sus enemigos.

Incluso entonces, los rusos apenas tenían capacidad para lanzar una invasión, aunque se mostraron muy comprometidos. Después de bombardear Leadville, lo más seguro sería aplastar completamente a Estados Unidos en vez de retirarse a sus territorios, donde habrían sido blanco fácil para los misiles de la contraofensiva.

Los rusos decidieron compartir la vacuna con China. Los nuevos aliados dispusieron su flota naval frente a las costas de Los Ángeles y San Diego, acelerando así la lucha por hacerse con el control de Norteamérica.

Por debajo de la guerra que se libraba en el aire, Cam desempeñó un papel decisivo para difundir la vacuna. Él era uno de los pocos estadounidenses que consiguieron escapar de California. Poco después también sería una figura clave en el desarrollo de la tercera generación de nanos. Y más importante aún, formaría parte de la conspiración que traicionó una vez más a los líderes estadounidenses. Los generales estadounidenses pretendían lanzar un nuevo contagio contra rusos y chinos. Pero en lugar de eso, Cam y el grupo de traidores consiguieron forzar un alto el fuego. Ninguno de ellos quería ser testigo de más muertes, con independencia de lo que el enemigo hubiera hecho.

La paz que lograron resultaría ser muy inestable, pero aun así los rusos y chinos se replegaron hacia la costa. Algunos de los invasores ya habían partido hacia Europa y Asia. Y era previsible que los demás se estuvieran preparando para hacer lo mismo. Hacía ya quince meses que la guerra había terminado, pero ambos bandos estaban exhaustos. Había escasez de combustible, medicinas y herramientas. Además, había que hacer frente a los insectos y a la pérdida de las cosechas.

América había vuelto a convertirse en una tierra fronteriza. La ley no existía fuera de las bases militares y de los pocos núcleos de población civil. El gobierno era un conglomerado muy precario de territorios y ciudades estado lideradas por generales, granjeros, ingenieros y algún que otro mesías ocasional. Gran parte de la población estaba compuesta por nómadas estacionales que trataban siempre de avanzar un paso por delante de los insectos. Todos los veranos se recluían en las Rocosas para descender de nuevo al llegar el invierno, que convertía las estribaciones de la cordillera en un lugar perfecto para esconderse.

Entre los militares, Cam y Allison seguían siendo criminales por el papel que desempeñaron en el final de la guerra.

2

—Si esto sigue así, moriremos de hambre —dijo Cam con amargura.

Estaba solo con Allison delante de las puertas metálicas del cobertizo. De lo contrario, jamás habría dicho lo que pensaba. Era el precio del liderazgo. No podía permitirse flaquear, y le preocupaba que el hecho de convertirse en padre no hiciera sino aumentar esa presión. Su futuro hijo necesitaría una protección infalible para sobrevivir.

Cam se arrodilló y dejó el lanzallamas junto a un bidón de gasolina.

—No sé qué más hacer —dijo.

—Todo irá bien —contestó Allison mientras le acercaba un embudo.

Cam se quedó mirando las siluetas oscuras de las cabañas y los invernaderos. Más allá de la aldea aún podían distinguirse las figuras piramidales de las Rocosas sobre el cielo nocturno. Mucho más cerca, las luces de las linternas se movían entre los edificios, tan inquietas como las ráfagas de viento. Las pilas eran bienes sumamente valiosos, y sólo tenían cuatro acumuladores recargables; sin embargo, en una emergencia se olvidaban todos los esfuerzos por limitar su uso a pesar de no contar con ninguna infraestructura industrial. Aquel asentamiento no era más que un montón de chozas, al igual que todos los demás. La mayoría de ellos tenían nombres patrióticos como Libertad, Rebeldía o Washington, en honor a una herencia perdida. Probablemente, sólo en Colorado habría más de diez asentamientos llamados Independencia. Al menos la gente de Cam fue original y bautizó su hogar como Jefferson, en honor a uno de los padres fundadores menos populares.

—El invierno ya iba a ser bastante duro aunque tuviéramos todo ese maíz —dijo—. Es imposible reducir más las raciones.

Allison negó con la cabeza.

—Si fuera necesario, podríamos comerciar con Morristown. Los demás invernaderos están bien, ¿verdad? De todos modos revisaremos los suelos, y podemos reconstruir el número tres. Esta vez usaremos una capa de cemento más gruesa.

Cam abrió los depósitos de combustible del lanzallamas, pero entonces se detuvo, se puso en pie y la besó. Allison se apoyó sobre su pecho. Cam le rodeó la cintura con las manos. Bajo la ropa, era una mujer fuerte y delgada, excepto por su vientre redondeado. Olía como a sopa, era un aroma saludable y femenino.

Mientras Cam estaba en el invernadero, ambos habían invertido sus papeles habituales (optimista él y pesimista ella), cuando habitualmente era Allison la más positiva, incluso atrevida. Afrontaban el peligro de manera diferente. Ante una amenaza, Cam solía mantener la cabeza fría, y en ocasiones no era hasta después de que el riesgo hubiera pasado cuando se inventaba nuevos problemas, como si en lo más profundo de su ser hubiera comenzado a sentirse más cómodo con la tensión que

con la tranquilidad.

Sabía que su voz jamás llegaría a ser respetada en Jefferson sin el respaldo de Allison. Era en ella en quien se apoyaba. Allison tenía una sonrisa enorme que podía resultar agresiva, pero también sabía usarla como un faro que atraía a la gente hacia ella. A eso se sumaba el hecho de que su compromiso con el trabajo era total, incluso ahora que ya había entrado en el segundo trimestre del embarazo. Allison siempre se abría paso de forma natural hasta llegar al frente de cualquier grupo. No tenía ningún problema en dirigir un asentamiento de cuarenta y cuatro almas, mientras que Cam prefería trabajar en grupos pequeños y en misiones breves, como incinerar a las hormigas.

Le faltaba paciencia; siempre se había sentido orgulloso de ella. Posó una mano sobre su estómago.

—Sabes que no puedes construir una ciudad tú sola —dijo con cierto tono de burla.

Los dientes de Allison refulgieron en la oscuridad; era evidente que le había gustado aquella broma.

—No necesitamos una ciudad —contestó. Acto seguido, apretó con fuerza la mano de Cam y se dio la vuelta para volver al trabajo.

Cam intentó contagiarse de su optimismo. No le gustaba estar siempre enfadado. Aquel asentamiento era más de lo que jamás habrían esperado llegar a construir, y se aferró con fuerza a ese sentido de gratitud. Sin embargo, sabía que echaría de menos a Eric. Y lo que era aún peor, ya ni siquiera podían confiar en el suelo sobre el que caminaban.

Al igual que los invernaderos, las cabañas estaban construidas sobre plataformas de cemento, y tenían muy pocas ventanas, porque había que rescatar cada clavo y cada tablón de madera de las antiguas ciudades, donde las plagas de insectos resultaban una gran amenaza. Todas las misiones de saqueo entrañaban muchos riesgos, pero fabricar objetos como cristal, bisagras o picaportes era algo que estaba muy por encima de sus posibilidades. La prosperidad del asentamiento estaba limitada a aquello que conseguían encontrar, y siempre necesitaban con urgencia materiales como cemento, pintura o masilla. Cada abertura debía estar completamente sellada. Hormigas, termitas, arañas y escarabajos se movían por una u otra clase de alimento. Todo constituía un objetivo, incluso líneas eléctricas o bienes sencillos como aceite de motor, té o ropa.

Cierto era que la plaga de máquinas también había sido en cierto modo positiva. Seres como los mosquitos o las garrapatas se habían extinguido casi por completo. Incluso el resfriado común parecía haber desaparecido, ya que quedaba demasiada poca población como para que el virus consiguiera sobrevivir.

Otra ventaja de aquello era que algunos de los supervivientes se habían hecho

inmunes a las fiebres tifoideas, al desarrollar defensas contra la fiebre moteada, los herpes o una infección de las uñas a la que llamaban «dedo podrido». Algunos de ellos también habían sido portadores de piojos o pulgas durante todo ese tiempo, y ahora parecía que comenzaban a reproducirse de nuevo. Cuando la población se mezcló de nuevo, volvieron los contagios. Cam había oído hablar de un brote de sarampión en Wyoming, y la gente comentaba que gran parte de la población de Idaho estaba en cuarentena por culpa de algún tipo de disentería que estaba acabando con todos los bebés.

Hasta ahora, el único problema de Jefferson habían sido los insectos. Las hormigas de fuego habían llegado desde Texas el año anterior, y se creía que las langostas del desierto se habían extendido por el Medio Oeste con la invasión rusa.

Prácticamente vivían como astronautas, al tener que sellar todos los alimentos en compartimientos herméticos como cajas de munición o fiambreras. Había que envasar la orina, los excrementos y toda clase de basura orgánica antes de introducirse en los invernaderos, donde el sol convertiría los residuos en un fertilizante nutritivo y seguro. Era una vida dura. Quizá también sin sentido. A Cam le preocupaba el hecho de que las hormigas consiguieran entrar en la casa de alguien y enterrar su cuerpo bajo una masa de seres rojizos y diminutos; de pronto las imágenes que le venían a la cabeza se volvieron más personales. ¿Y si una colonia atacaba a Allison y al recién nacido?

Cuando hubo terminado de recargar el lanzallamas, se colocó los depósitos a la espalda y miró a su mujer, que se acercaba hacia él con dos bidones de veinte litros. Aquella era toda la gasolina que había, a excepción del poco combustible que quedaba en los depósitos de los todoterrenos y camionetas. «Con un poco de suerte serán algo más de cien litros», pensó mientras le tendía la mano a Allison.

—Deja que te eche una mano.

—No hace falta.

—No creo que nos seas de mucha ayuda con el problema de las hormigas.

—Voy a deciros cuánta gasolina podéis usar —respondió Allison—. Y vais a tener que escucharme.

—Debemos asegurarnos de quemarlas a todas.

—Mañana iremos a la autopista e intentaremos encontrar más combustible, pero antes tendremos que llegar hasta allí, Cam. Así que tenemos que guardar tanta como podamos.

«Si permitimos que una parte de la colonia siga con vida, conseguirán abrir algún otro túnel», pensó. Vio la imagen de Allison desapareciendo bajo la masa de hormigas... «Eso no puede ocurrir», dijo para sus adentros. Sentía ansiedad y desconsuelo, pero esas mismas emociones se entremezclaban con la ternura que experimentaba hacia Allison y hacia el bebé. Estaba dispuesto a morir para

protegerlos a ambos. Por esa razón comenzó a gritar.

—¡Dame esos bidones, Ally! Aún queda mucho combustible en los vehículos. Probablemente también tendremos que usarlo.

—Maldita sea —dijo Allison.

Varias personas se aproximaron hacia ellos en medio de la oscuridad. Además de linternas, también portaban gafas protectoras, máscaras y cantimploras. Greg Estey estaba armado con otro lanzallamas, mientras que el resto del grupo portaba palancas y palas. Estaban dispuestos a remover hasta el último centímetro de tierra del campamento para dejar al descubierto la colonia. Ruth también se encontraba entre ellos.

Cam y Allison titubearon por un momento, tratando de olvidar su discusión privada y asumir el mando del grupo.

—¿Estáis preparados? —preguntó Cam, mirando a Ruth.

—No deberías estar aquí —dijo Allison.

—Siento mucho lo de Eric —respondió Ruth.

Ella se había cuidado mucho de mantener las distancias, pero Cam habría reconocido aquella silueta incluso aunque no hubiera escuchado su voz. Su pelo castaño y rizado había crecido mucho desde que escaparon de California, y conocía demasiado bien el perfil de su nariz afilada y la silueta esbelta de sus hombros. Fueron amantes durante un breve periodo de tiempo. Y Ruth también desempeñó un papel decisivo en la conspiración para poner fin a la guerra, usando la amenaza de una nueva plaga tanto contra Estados Unidos como contra los invasores.

Ruth Goldman era la última investigadora experta en nanotecnología que quedaba en Norteamérica. Ella era la razón por la que Cam y Allison se habían quedado en Jefferson, convirtiendo así un pueblo fantasma en un asentamiento permanente.

—No deberías estar aquí —repitió Allison—. No puedes formar parte del equipo de incineración.

—Eric también era mi amigo —dijo Ruth.

—No podemos permitir que te arriesgues tanto —respondió Allison.

La desconfianza subyacente que existía entre ambas mujeres se hizo patente de forma dolorosa. Allison protegía a Ruth, y aceptaba la amistad que unía a ésta y a Cam por sus propios motivos, pero el carácter incómodo de aquel triángulo nunca había llegado a desaparecer por completo. Y por si fuera poco, el embarazo de Allison no había hecho más que aumentar esa tensión, introduciendo una nueva clase de envidia en la dinámica.

Ruth tenía trece años más que Cam. Él pensaba que la diferencia de edad era una de las razones por las que su relación no había funcionado. Pero también era parte de su atractivo. Ruth nunca se había mostrado comedida ni con su propio cuerpo ni con el de Cam.

Ambas mujeres eran muy similares en muchos sentidos, no físicamente, pero sí en cuanto a carácter. Al igual que todos los supervivientes, eran activas, duras e inteligentes, pero aun así la madurez de Ruth la hacía prevalecer entre las mujeres más jóvenes. Con frecuencia podía predecir lo que Allison haría o diría. Por otro lado, ese autocontrol también perjudicó a la propia Ruth. Decidió alejarse de Cam en busca de tiempo para aclarar sus sentimientos, mientras que Allison no lo dudó ni un instante.

Cam y Ruth jamás habían llegado a consumir su interés mutuo. Allison pensaba lo contrario porque Cam le mintió al decirle que todo había terminado. Lo cierto era que Ruth y él aún tenían asuntos pendientes.

—Ally tiene razón —dijo Cam, poniendo un énfasis especial en el apodo de su esposa mientras le indicaba a Ruth que se marchara—. No puedes ayudarnos.

—Yo conocía a Eric mejor que tú. —Había un tono muy peligroso en la voz de Ruth, que reforzó al acercarse un poco más a ellos.

—Simplemente no quiero que te pase nada —dijo Cam, que inmediatamente se arrepintió de tanta honestidad. «Probablemente no haya sido la frase más acertada», pensó—. Márchate, no estás en el equipo.

—Que te jodan —respondió Ruth—. Yo me quedo aquí.

—No tenemos tiempo para esto —intervino Allison.

Greg Estey asintió, mostrándose aliviado.

—Sí, será mejor que empecemos. —Greg levantó el lanzallamas y añadió—: Éste está lleno, Cam. Quizá quieras sacar algo de combustible.

—Claro. Tenemos que abrasar el terreno tanto como podamos.

—¿Qué tamaño tiene la colonia? —preguntó otro hombre.

—Unos seis metros de largo, puede que más —respondió Cam.

Ruth frunció el ceño, apretando con fuerza el mango de la pala. Por un instante Cam pensó que iba a arrojarla al suelo, pero Ruth no era muy dada a los melodramas.

—Está bien —dijo finalmente mientras le entregaba la pala a otra mujer con un gesto abrupto.

Cam observó cómo se alejaba.

En la oscuridad, el invernadero número tres continuaba ardiendo con una luz tenue. Aún podía verse parte de la estructura retorciéndose entre el plástico humeante. Cam sabía que sería una locura arrojar gasolina al fuego, pero cuanto más tiempo esperaran, más se adentrarían las hormigas en la tierra para huir del calor. «De acuerdo, tú también estás fuera del equipo», dijo para sí mismo mientras pensaba en Allison. Comenzaba a prepararse para otra discusión.

Pero en aquella ocasión tuvo suerte. Uno de los guardas se acercó corriendo en medio de la oscuridad. Era un chico de dieciséis años que portaba un rifle de asalto.

—¡Esperad! —dijo—. ¡Un momento!

Aparte de los tres niños, Tony Domínguez era la persona más joven del asentamiento. También era uno de los seguidores más fervientes de Allison. El chico estaba locamente enamorado de ella, algo que Cam le había perdonado. Al menos Tony tenía buen gusto para las mujeres. El pobre chico no tenía a nadie de su edad hacia quien sentirse atraído, y su madre nunca le permitía unirse a las expediciones a Morristown, probablemente porque tenía miedo de que decidiera quedarse allí. Con una población de mil doscientas personas, Morristown era prácticamente una ciudad. También era un enclave religioso que actuaba a modo de escudo para Jefferson, atrayendo a la mayor parte de los viajeros a pesar del hecho de que el pequeño asentamiento era una de las fuentes de alimento más prósperas de la zona.

—¡Se acerca alguien! —anunció Tony—. He escuchado ruidos cerca de las vallas.

—¿Estás en el punto de control número cinco? —preguntó Allison.

—Sí, señora.

Cam miró hacia el perímetro sur, impresionado por el hecho de que Tony no hubiera abandonado su puesto a pesar del ataque de las hormigas. Sabía de otros vigías que sí lo habían hecho. Y lo sabía porque él era uno de ellos.

El asentamiento mantenía a tres personas de guardia durante el día y a seis durante la noche. El mejor momento para viajar eran las horas nocturnas, cuando los insectos se aletargaban por el frío. Eso hacía más difícil detectar a la gente que se aproximaba, aunque habían rodeado el perímetro con una serie de anillos repletos de alambradas. En algunos puntos incluso había alambre de espino. La mayoría de aquellas «vallas» no eran más que quitamiedos, capós y tapacubos rescatados de los coches ruinosos de la autopista número 14, y que habían diseminado por el terreno para que hicieran de alarmas sonoras. En ocasiones eran atacados por bandidos, y vivían con la amenaza constante de que el ejército consiguiera averiguar dónde se escondía Ruth.

—¿Es una persona sola? —preguntó Allison, mirando hacia el arma de Tony. El M16 estaba equipado con una mira telescópica infrarroja.

—Sí, y debe de estar borracha o herida. Está haciendo mucho ruido —respondió Tony.

—Genial —dijo Allison en un tono sarcástico.

Su asentamiento era uno de los más pequeños del norte de Colorado, pero aun así hacían negocios con Morristown y con New Jackson. Los rumores se habían extendido. En ocasiones, el carácter sedentario de Jefferson lo convertía en objetivo de algunos supervivientes que no habían trabajado tan duro, como borrachos, fumadores de hierba o alborotadores, gente que tampoco era bienvenida en ningún otro lugar.

Cam aprovechó la oportunidad.

—Ve a ver qué quiere ese tipo —le dijo a Allison—, nosotros no ocuparemos de las hormigas.

Su esposa le miró fijamente en la oscuridad. Había interpretado sus intenciones, pero aun así sonrió como una gatita.

—Está bien —dijo Allison, casi desafiante. Fue justo lo mismo que había dicho Ruth. Cam no supo cómo interpretar aquello, aunque Allison era capaz de convertir las cosas más extrañas en una broma.

Era una mujer hermosa. Unas pocas mechass rubias se le habían soltado de la coleta y ondeaban sobre sus ojos decididos, mecidas por el viento. Dejó los bidones de gasolina en el suelo y se marchó. Tony se apresuró a seguirla portando el arma entre las manos.

Cam miró hacia otra pareja, Michael y Denise Stone, que iban equipados con sendas pistolas.

—Id con ellos, ¿de acuerdo?

—Vale —respondió Michael, dejando la pala en el suelo y quitándose la máscara de protección. Denise también se deshizo de una palanca y de una especie de coraza que había improvisado.

«Ahora tenemos más herramientas que gente», se dijo Cam a sí mismo. Por un momento pensó en acompañar a Allison él mismo, pero no estaba de humor para tratar con diplomacia a ningún perdedor hambriento y desorientado.

—Echemos arena en el fuego —dijo—. Quiero sacar el cuerpo de Eric de ahí.

—De acuerdo —respondió Greg.

En una vida pasada, Greg fue el líder de la escuadra de Eric. Cam no podía imaginar siquiera cómo debía de sentirse. Tras la muerte de Eric, el lazo más fuerte que unía a Greg con sus días en los Rangers había desaparecido.

Entonces se escuchó la voz de Allison que sonaba desde el otro extremo del poblado, parecía desafiar al recién llegado. Su voz resonó en el viento de manera alta y clara, un instante después volvió a repetir las mismas palabras. Cam y Greg comenzaron a distribuir el equipo entre los demás, dándoles gafas y máscaras protectoras.

—Yo iré primero —dijo Cam.

Entonces llegó un grito proveniente de donde Allison se encontraba, un chillido agudo y masculino. Era Tony. Cam se dio la vuelta, tratando de localizar el origen más allá de las casas y de los invernaderos. Pudo ver luces de linternas y siluetas humanas. Una de ellas le resultaba familiar, tenía el pelo rubio y era delgada, aunque redondeada a la altura del estómago. Las demás no eran más que sombras. Parecían bailar de forma compulsiva.

Jefferson estaba siendo atacado.

3

Ruth estaba en la puerta de su cabaña cuando Tony y Allison pasaron por delante apresuradamente. Estuvo a punto de decirles algo, pero ¿qué? A Allison ni siquiera le gustaba escucharle decir «gracias», y mucho menos cualquier tipo de queja, de modo que Ruth se quedó en la puerta, viendo pasar ante ella los haces de luz, seguidos por Michael y Denise. Había alguien en las vallas. Ruth pudo oír cómo chocaba contra las piezas de los automóviles; también escuchó la voz de Allison.

—¡Alto ahí! ¿Cómo te llamas?

Su tono suave era un contrapunto al M16 de Tony, que el chico se había colgado del hombro con el cañón apuntando hacia el cielo. Aquella posición hacía el arma más visible bajo los haces blancos de las luces de las linternas. Ruth estuvo a punto de unirse a los supervivientes armados que estaban detrás de Allison. La chica era una figura muy preeminente, pero además estaba embarazada, lo cual había hecho aumentar su importancia en más aspectos de los que Ruth podía expresar.

Deberían haber sido amigas. Se habían salvado la vida mutuamente, pero no era sólo Cam lo que se interponía entre ellas. Allison era una buena líder, y siempre había vigilado a Ruth muy de cerca, percibiéndola como una rival en potencia. Los conocimientos de Ruth en materia de nanotecnología eran un punto de autoridad con el que Allison no podía competir. Ella jamás creyó a Ruth cuando le confesó que deseaba poder abandonarlo todo. Allison siempre ansiaba tener más control sobre sus vidas, mientras que las decisiones de Ruth habían provocado miles de muertes durante la guerra. De haber tenido ocasión, Ruth habría deseado convertirse en una persona normal, anónima y desconocida; pero a pesar de todo, aún sentía el peso de la responsabilidad.

«Debería apoyarla», pensó Ruth mientras miraba a Allison. Entonces su mirada se posó en otro punto. El haz de luz de la linterna de Michael había encontrado al intruso.

Era una mujer de unos cincuenta años. No era muy alta, y estaba sucia y muy delgada. A Ruth le pareció ver que tenía el hombro cubierto de sangre, y que ésta le goteaba por la manga. No iba armada. Ni siquiera llevaba mochila. ¿Acaso la habían asaltado? Parecía muy asustada. Se dio la vuelta en cuanto Michael posó la luz de la linterna sobre su rostro pálido.

A pesar de todo, Allison se mostró cautelosa, y decidió mantener la distancia en lugar de acercarse a socorrerla.

—Está bien —gritó Allison—. Tenemos agua y comida, y un lugar para dormir.

Michael apuntó la luz de la linterna hacia el suelo. Tony bajó el rifle, y muy por detrás de ellos, Ruth levantó la mano de la empuñadura de la Beretta de nueve milímetros que llevaba en la cintura.

No había duda de que ella y Cam hacían mejor pareja físicamente. Él era moreno y de ojos negros, y Ruth tenía la tez oscura, mientras que lo más oscuro de Allison era el suave moreno con el que el sol le había teñido la piel. Ruth se preguntaba con frecuencia qué aspecto tendría su bebé, pero lo mismo le ocurría con Eric y Bobbi. Eric era blanco y Bobbi era de color, aunque lo cierto era que ninguna pareja mixta llamaba demasiado la atención. Estaban vivos. Eso era lo más importante.

Las únicas excepciones eran la gente de ascendencia china o rusa. Aún existía un odio generalizado a pesar de que la guerra había terminado, lo cual complicaba mucho la existencia a cualquier persona de origen asiático. Había numerosos idiotas que ni siquiera se molestaban en diferenciar entre japoneses, coreanos o chinos (e incluso filipinos o malayos), ni siquiera entre aquellos que habían vivido en Estados Unidos durante varias generaciones.

El racismo se había convertido en algo muy diferente después de la plaga. Sí, aún había ciertas comunidades en las que la gente trataba de preservar la pureza étnica, procreando únicamente con blancos, hispanos o negros. En una ocasión llegó a la aldea un contrabandista con varias ofertas de matrimonio para cualquiera que tuviera un cincuenta por ciento de ascendencia judía. Ruth no se sintió tentada, aunque aquello le hizo reflexionar. ¿Acaso los israelíes habían conseguido rehacerse en el otro extremo del mundo? ¿Quedaban suficientes judíos vivos como para mantener su cultura? Para casi todo el mundo, sin embargo, la raza era algo trivial, y Ruth sabía que comparar su piel con la de Allison era como agarrarse a un clavo ardiendo.

Sentía celos de aquella joven. Pero también estaba preocupada por ella. Todo el mundo había estado expuesto a altos niveles de insecticidas y de otros productos químicos, no sólo en aquel asentamiento sino también durante el año de la plaga. Muchos de los refugios habían sido construidos con soldadores, y estaban compuestos por vinilo, tapetes y cartón, por lo que sus ocupantes habían estado expuestos a metales pesados y a compuestos tóxicos como el cloroetileno. Todo el mundo había quemado muebles, neumáticos, plástico y estiércol para calentarse y cocinar, llenando los hogares de humos tóxicos.

Ruth se perdió casi todo aquello. Durante los primeros trece meses de plaga estuvo a bordo de la Estación Espacial Internacional como parte de un programa de investigación sobre nanotecnología, pero la EEI también tenía su propio entorno nocivo, igual que un submarino. El aire reciclado pronto se contaminó con bacterias y olores humanos. Los tripulantes estuvieron expuestos a la radiación solar y a los daños más sutiles de la gravedad cero, como la pérdida de masa muscular y ósea. Después de aquello, Ruth también pasó varias semanas en las inmediaciones del cráter de Leadville, absorbiendo la lluvia radiactiva. Pero quizá lo peor de todo era que su cuerpo también había sido un campo de batalla para diferentes clases de nanos.

La siguiente generación se enfrentaría a los mismos problemas que sus padres, y probablemente a más. Los bebés no sólo necesitaban cuidados y afecto. Lo primero que necesitaban era un desarrollo saludable. El cuerpo humano podía tener una extraordinaria capacidad de resistencia, pero las peores heridas eran aquellas que se mantenían invisibles, a nivel celular o incluso en el ADN.

Hasta aquel momento, las mujeres de Jefferson tan sólo habían sufrido cuatro abortos, más un recién nacido que mostraba claros signos de autismo. Los otros dos niños estaban bien. Sin embargo, por lo que Ruth había oído, la tasa de mortalidad infantil era mucho más elevada en Morristown. Pero tenía la esperanza de que eso sólo fuera porque Morristown era treinta veces más grande, por lo que existían muchos más datos. Era evidente que no resultaba de mucha ayuda el hecho de que la mayoría de sus habitantes fueran neoevangélicos, decididos a tener tantos bebés como fuera posible sin importar que las mujeres fueran adolescentes, tuvieran más de cuarenta años o sus órganos estuvieran deteriorados por embarazos anteriores. Fuera lo que fuese, las estadísticas resultaban alarmantes. Si el crecimiento continuaba estancado, a la raza humana no le quedaría más de un siglo para la extinción.

Pero había un agravio más personal. Ruth tenía treinta y ocho años. Sus años más fértiles ya habían pasado, y las perspectivas no pintaban demasiado bien. Sabía que Cam intentaba evitarla, algo que resultaba imposible. No había suficiente leña como para cocinar de forma individual o llevar agua caliente a cada casa, ni tampoco había suficientes tuberías como para instalar un sistema de cañerías central para todo el asentamiento. Tampoco resultaba seguro comer a solas, de modo que comían por turnos y se duchaban en el mismo cobertizo que había debajo de los depósitos donde el agua se calentaba al sol, siempre con guardas vigilando en todo momento. Ruth veía a Cam cada día.

¿Quién podría culparla por vivir a través de Allison de manera inconsciente? Aquella chica debería de haber sido como una hermana para ella, incluso aunque fueran hermanas que desconfiaran la una de la otra.

«¿Será culpa mía que nunca nos hayamos llevado bien?» Con estos pensamientos bullendo en su cabeza, Ruth apartó la vista de Allison y de la intrusa y abrió la puerta de su casa. «Lo intentaré con más insistencia», pensó.

Entonces comenzaron los gritos. Ruth se giró rápidamente, justo a tiempo para ver cómo alguien caía al suelo mientras su columna se retorció y sufría violentos espasmos.

Allison fue la primera víctima.

Las luces de las linternas no hicieron sino aumentar la confusión. Un haz de luz giró mientras caía al suelo, iluminando una serie de figuras humanas. Los otros dos consiguieron centrarse por un instante sobre la recién llegada. Otra linterna cayó al suelo. Ruth quedó paralizada ante aquella visión. Perdió unos momentos cruciales

intentando comprender lo que estaba ocurriendo.

Allison había tocado a la mujer al extender el brazo hacia su hombro. De hecho, el brazo izquierdo de Allison aún yacía extendido sobre el suelo mientras hendía los dedos lentamente en la tierra, desgarrando la piel hasta llegar al hueso. Las mejillas se le oscurecieron manchadas de sangre mientras ésta le inundaba la boca.

Pero en medio de la conmoción, Ruth pudo percatarse de algo que le resultó extraño. La expresión de aquella mujer no había cambiado. Sus ojos abiertos de par en par temblaban con una mirada nerviosa, pero mientras todo el mundo reaccionó, ella ni siquiera miró a Allison. «Es contagiosa», pensó Ruth antes de sumar su voz a los gritos que se habían extendido por todo el asentamiento.

—¡Apartaos de ella! ¡Apartaos! —gritó mientras corría hacia sus compañeros.

El M16 de Tony disparó una ráfaga. Los disparos resultaron inútiles y se perdieron en el cielo. Ruth vio cómo se tambaleaba mientras Allison seguía tratando de arrastrarse por el suelo. Entonces el chico dejó caer el rifle y se arrodilló en el suelo, dominado por los espasmos. Fueron las convulsiones las que le habían hecho apretar el gatillo.

Michael debería haberlo sabido. Intentó agarrar a Tony para alejarlo de la mujer, pero pronto pareció perder el sentido dominado por los mismos movimientos espasmódicos.

«Nanos», pensó Ruth. Ninguna otra cosa se extendía a tal velocidad.

—¡Michael! —gritó Denise. Pero en aquella ocasión, sus instintos fueron más fuertes. En lugar de acercarse a su marido, se detuvo—. ¡Michael! Santo cielo... ¡No!

Allison dejó de moverse, ensangrentada e inerte. Ruth percibió más luces y gritos detrás de ella. Una pequeña multitud se acercaba hacia ellos, y todos los vecinos habían salido de sus casas equipados con linternas; sin embargo, el hecho de que llegaran refuerzos resultaría tremendamente peligroso, ya que todos irían a auxiliar a sus amigos. Cam iría corriendo a socorrer a su esposa.

Ruth empuñó el arma y disparó a la mujer, efectuando dos disparos sobre el cuerpo de Allison.

—¡No! —gritó Denise.

La mujer se tambaleó y cayó también sobre Michael. Su sangre debía de ser contagiosa, pero por suerte estaban a favor del viento. Si había nanos en las úlceras que poblaban su pecho, el viento los estaba alejando de ellos.

Ruth empujó a Denise para colocarla en un punto donde el viento soplaba con más fuerza. Resultaba crucial mantenerse alejados de los nanos. Acto seguido, dirigió el cañón de la pistola hacia Michael y Tony.

Denise tiró a Ruth al suelo, lo cual hizo que se golpeará en el pecho y en el brazo con el que empuñaba el arma. Lo peor de todo era que Ruth la comprendía. Denise aún albergaba una esperanza desesperada hacia su marido, pero Ruth tuvo que

golpearle en la cabeza con dos movimientos rápidos y dolorosos.

Denise cayó de lado y Ruth se abalanzó sobre ella.

—¡Quieta! —gritó enfurecida entre la maraña de luces.

Los demás habían llegado hasta allí mientras ambas yacían en el suelo, envueltas entre los destellos blancos de las linternas.

Cam apareció entre la multitud. Tenía el rostro oculto bajo las gafas y la máscara.

—¡Allison! —gritó.

—Pero ¿qué...? —dijo otro hombre.

—¡Son contagiosos! ¡Apartaos!

—Dios mío, Allison... —Su voz estaba teñida de dolor.

Ruth no pensaba que hubiera escuchado lo que acababa de decirles.

Debía de estar pensando en su bebé. Ruth también pensaba en él, pero luchó por mantener el control.

—¡Quietos! Se trata de algún tipo de nano. Cam, si el viento cambia de dirección...

Detrás de ella se produjo un sonido descarnado. Tony se había puesto en pie.

Ruth se giró.

Tony avanzaba hacia ella con un paso irregular. Tropezó con el brazo de Allison, pero siguió caminando. Le había ocurrido algo a sus ojos. Eran como dos orificios. Envueltas entre los haces de luz, las pupilas marrones parecían haberse vuelto negras. Era como si sus ojos sólo estuvieran formados por los globos oculares y por unas enormes pupilas dilatadas.

—¡Detenedlo! —gritó.

Cam le iluminó. Alguien le arrojó a Tony el cargador de un rifle, pero lo único que hizo fue golpearle en el brazo. Cam lanzó la linterna, que le impactó de lleno en la cabeza. De pronto todo el mundo comenzó a correr en busca de rocas y tierra seca, gritando hacia el chico como si eso fuera a hacer que se detuviera. Los haces de las linternas le iluminaban con una luz temblorosa. Tony se tambaleó ante la lluvia de objetos. Tras tropezar con Allison una vez más, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Michael también comenzó a avanzar hacia ellos. Tenía las pupilas de los ojos asimétricas. La pupila de uno estaba deformada, mientras que la otra se había convertido en un punto negro, y su cuerpo parecía doblarse hacia ese lado a modo de contrapeso.

«El cerebro —pensó Ruth—. Afectan al cerebro.»

—¡Por el amor de Dios! ¡Disparad! —gritó un hombre, pero entonces Denise desenfundó su propia pistola y apuntó con ella hacia la persona que tenía más cerca. Se trataba de una mujer con un rifle.

—¡No os atreváis a tocarle! —gritó Denise.

—¡No, espera! —dijo Ruth.

Había demasiadas voces, la gente lanzaba piedras y objetos contra Michael, un cuchillo, un cinturón... algunos incluso se habían quitado la chaqueta para tener algo que poder arrojar. En medio de aquella locura, dos personas salieron corriendo. Ruth vio que otro hombre comenzaba a tambalearse. No estaba tratando de escapar. Su cabeza simplemente se desplomó. ¿Estaría infectado? El hombre cayó al suelo justo cuando otra figura que había junto a él también comenzaba a temblar.

«Han conseguido saltar la zanja de seguridad», pensó Ruth. Trató de gritar para advertir a los demás, pero no podía respirar. Los reflejos fueron demasiado fuertes. «No respiréis.» Los nanos se estaban multiplicando, apoderándose invisiblemente de todo aquel al que tocaban. Ruth se preguntó si sería la siguiente.

Michael continuaba avanzando hacia ellos. Por desgracia, la lluvia de rocas y utensilios pareció amainar conforme los supervivientes limpiaron el terreno y vaciaron sus bolsillos. Ruth escuchó a una mujer que gritaba desesperada mientras hundía los dedos entre la tierra. Alguien se dio la vuelta y comenzó a correr. Entonces una linterna impactó directamente en el rostro de Michael, y el haz de luz cayó al suelo dando vueltas. Él se derrumbó. Pero los otros dos infectados se levantarían en cuestión de segundos.

—¡Dame tu pala! —dijo Cam, mirando hacia Greg. Ambos llevaban la coraza con la que pensaban incinerar a las hormigas. Las gafas, las capuchas y los guantes les ofrecían una protección relativa.

—¡Manteneos contra el viento! —gritó Ruth.

De lo contrario estarían perdidos. Todos los supervivientes sabían lo fácil que resultaba que aquellas máquinas microscópicas e invisibles penetraran en los pulmones. Una nueva plaga era la pesadilla más terrible que podían imaginar, tanto a nivel individual como de grupo, un miedo compartido por todo el mundo. Se habrían sentido menos inquietos si se hubiera producido un nuevo intercambio nuclear en algún lugar lejano. El pánico se extendió como la pólvora.

Alguien disparó en medio de la oscuridad, después otra persona repitió el gesto. Los destellos rojizos abrieron una brecha entre la multitud, dado que no todos los disparos se efectuaban hacia el exterior. Tony murió abatido por un rifle. Denise también disparó, y un hombre cayó de rodillas justo antes de que otro disparo impactara en la base del cráneo de la propia Denise, acallando sus gritos agudos.

Habían pasado menos de cinco minutos desde que la intrusa había infectado a Allison con sus nanos.

Cam y Greg asumieron el peso de la lucha, golpeando a tres infectados, mientras Ruth se daba la vuelta y comenzaba a correr. Pasó rápidamente entre una maraña de siluetas.

—¡Espera! —gritó alguien.

Sin importarle que la tildaran de cobarde, Ruth entró en su cabaña y cerró la

puerta con llave.

Alguien aporreaba la puerta cuando Ruth la abrió de nuevo, con una recortada en una mano. En el exterior, la tormenta de luces y gritos continuaba. Ruth pensó que quizá Cam estuviera tratando de encontrarla, pero se trataba de Bobbi Goodrich.

El rostro de Bobbi estaba ensombrecido por el terror. Acababa de levantar el brazo para golpear la puerta de nuevo.

—Tú... —dijo Bobbi.

—Coge esto. —La voz de Ruth resonó dentro del casco. Le dio a Bobbi la recortada—. No dejes que nadie me coja.

—No puedo hacer eso, pero ten cuidado —respondió Bobbi.

Ambas mujeres se perdieron en la oscuridad. Ruth caminaba pesadamente bajo el mono amarillo, un traje de aislamiento microbiológico de nivel A, con las botellas de oxígeno del sistema de respiración autónomo a la espalda. Uno de los dos tanques estaba medio vacío, pero a pesar de eso, los cilindros de aluminio pesaban más de quince kilos. Tanto el mono de Nomex como el propio traje le quedaban demasiado grandes. El saco pectoral se hinchaba alrededor de sus senos como una enorme bolsa. Las mangas iban rozando el torso, llenando los oídos de Ruth con el sonido de fricción provocado por la goma.

A pesar del traje, supo inmediatamente que el ruido de la trifulca se había alejado de ellas. Ruth apenas era capaz de reconocer Jefferson. Excepto por el invernadero derruido, los edificios seguían siendo los mismos, pero nunca antes había escuchado tantos gritos en aquel lugar. La comunidad se había derrumbado.

El sonido de una voz ronca la hizo girarse.

—¡No podemos matar a todo el mundo! —dijo Cam, tratando de interceder entre un grupo de supervivientes. Todos se mantenían a una cierta distancia entre sí. También habían sido lo suficientemente inteligentes como para deshacerse de sus herramientas después de haber acabado con los infectados, pero eso implicaba que de producirse un nuevo brote, únicamente contarían con sus armas. Y lo que era aún peor, en aquel momento se estaban observando los unos a los otros armados con pistolas y rifles.

Greg se había puesto del lado del grupo más numeroso.

—No hay otra solución —dijo—. No podemos atarlos.

No podían porque tenían miedo de tocar a sus amigos infectados. Un contacto prolongado sería aún más peligroso que acabar con ellos a golpes.

—Yo puedo hacerlo —dijo Ruth desde el interior de su casco.

Sin embargo, nadie se percató de ello, absortos como estaban en su discusión.

—Tú podrías ser la siguiente —dijo Cam—. ¿Es que no lo entiendes? ¿Y si los nanos te infectan?

Ruth pudo ver que había más bajas. Seis hombres y mujeres yacían tirados en el

suelo, entre las cabañas, además de Michael y de los cadáveres de Tony, Allison y la intrusa. No pudo ver al hombre al que Denise había disparado. Debían de habérselo llevado junto a otros infectados. ¿Habría más gente herida? Al menos un veinte por ciento de los habitantes del asentamiento habían quedado incapacitados o estaban muertos. Ruth avanzó más despacio de lo que le gustaría, abatida por aquella escena.

Algunas de las siluetas que veía más cerca probablemente también estarían muertas. Incluso a la luz esporádica de las linternas podía ver las heridas que habían sufrido. Una de aquellas siluetas era Denise, que tenía el cráneo destrozado debajo de la melena oscura. Había otra figura retorcida que parecía seguir con vida, luchando por coger aire a través de una garganta obstruida por la sangre o por la tierra. Respiraba dando unas bocanadas roncadas.

¿Era posible que Allison siguiera con vida? Cam debía de haberse aferrado a la esperanza de poder salvarla; pero si seguía viva, tendría que soportar unas terribles heridas en la boca y en una de sus manos. A Ruth le sorprendería que Allison no hubiera sufrido, además, un infarto cerebral. De todos modos, sus habilidades médicas se limitaban a reparar huesos fracturados y a atender partos. Probablemente ni siquiera los médicos de Morristown podrían llevar a cabo las operaciones quirúrgicas que Allison requeriría.

«Por favor, que esté muerta —pensó, cerrando los ojos para contener el dolor. Pero al mismo tiempo no podía evitar albergar una duda—. ¿De veras quiero que esté muerta?»

—¡Tiene que haber algo que podamos hacer! —gritó Cam.

—No podemos permitir que se levanten de nuevo —dijo Greg, mientras otro hombre desfundaba una pistola y un tercer superviviente se giraba hacia Cam.

—Ya basta —dijo este último—. Hagámoslo.

Cam le agarró el brazo.

—No.

Aquel debate resultaba mucho más duro por el hecho de que todos aquellos rostros estaban ocultos tras las máscaras y las gafas protectoras. Todos eran amigos, pero sus corazas se interponían entre ellos tanto como la oscuridad, el sentido de culpa y el miedo.

—¡Esperad! —exclamó Bobbi—. ¡Mirad!

Varios haces de luz se giraron e iluminaron el traje de Ruth.

—Yo puedo hacerlo —dijo a través del reflejo del casco—. Yo me ocuparé de ellos.

—Ruth —dijo Cam aliviado.

Ruth se alegró tímidamente, pero no podía olvidar el hecho de que ella fue la primera en disparar. ¿Y si hubiera habido otro modo? ¿Podrían haber reducido a Tony y a la mujer sin haber tenido que quitarles la vida? En ese caso, Denise seguiría con

vida.

Ruth tenía miedo de adentrarse entre los cuerpos ella sola. ¿Y si se despertaban? Podría rasgarse los guantes o las mangas al arrastrar los cuerpos. Aquel traje no estaba diseñado para trabajos pesados, y mucho menos para un combate; pero no podía dejar morir a aquella gente.

—Podemos meterlos en mi cabaña —dijo—, pero necesitare ayuda. También necesito sogas y agua—. Las ventanas y la puerta de su cabaña estaban selladas para evitar que los insectos entraran, pero eso no sería suficiente para retener a los nanos—. Y traedme todas las láminas de plástico que podáis encontrar.

—Desmontad el invernadero número cuatro —dijo Cam, señalando hacia el hombre que antes había desenfundado la pistola—. ¡Vamos!

Quizá aún podrían salvar a la mayoría de sus amigos.

Ruth se llevó a Allison primero, pasando junto a Linda y Doug. Antes de nada, debería de haber atado a los que estaban inconscientes (le había sobrado un poco de cinta aislante después de fijar el extremo de los guantes a las mangas del traje), pero se había sentido atraída hacia su vieja enemiga. Se repitió a sí misma que era porque Allison estaba embarazada, pero la chica había muerto. Sus ojos carmesí parecían haberse hinchado bajo la presión de alguna hemorragia intracraneal.

«Sea lo que sea lo que hacen estos nanos, parece que el proceso no siempre funciona», pensó, aprovechando la única lección que pudo extraer de la muerte de Allison.

En algún punto bajo tanta tristeza, Ruth también se sintió reconfortada. Era un sentimiento extraño, como si se hubiera deshecho de una carga que habría preferido mantener, pero no podía imaginarse la vida de una joven tan brillante como aquella con la mandíbula destrozada, especialmente si había perdido la cabeza.

A Ruth le habría gustado tener entre los brazos al bebé de Cam mucho más de lo que pensaba, por eso posó la mano sobre el vientre de Allison. Pero no. No. «Debes quedarte con tu madre», pensó. Comenzó a llorar en la intimidad del casco. No tenían la tecnología necesaria para llevar a cabo un parto prematuro. Incluso antes de la plaga, salvar a un feto al poco de entrar en el segundo trimestre habría resultado muy difícil. Y en ese momento resultaba imposible; así que también habían perdido al bebé.

«No puedo dejar que Cam la vea en este estado», pensó mientras cubría con el guante el rostro hinchado de Allison. Giró la cabeza de la chica y le ocultó parte de la cara con la capucha. Sentía las lágrimas cálidas y gruesas; trató de limpiárselas, pero resultó inútil. De haber introducido las manos en el interior del casco se habría infectado. Lo único que consiguió fue manchar la parte exterior del visor con sangre y arena.

Su voz llegó hasta el grupo de supervivientes ocultos tras la maraña de luces.

—Allison está muerta. También Tony y la intrusa. Michael sigue vivo.

—Será mejor que te des prisa —gritó Greg—. Linda está empezando a mover los brazos.

Ruth comenzó a caminar hacia las luces. Greg, Cam y otro hombre más la iluminaban con las linternas. En el interior del asentamiento podían verse más destellos. Se arrodilló junto a Linda Greene, que parecía haber extendido los brazos como si estuviera soñando. Ruth la agarró por las muñecas y las ató con cinta aislante, como si la mujer fuera una delincuente.

«¿Qué te está pasando?», se preguntó.

Doug Tillman dejó de respirar antes de que Ruth llegara hasta él, y Martha Shemitz tenía el cuello roto. Los otros cuatro aún estaban vivos. Michael había perdido varios dientes, y Ruth trató de contener la masa ensangrentada de su barbilla utilizando la camisa de Doug como vendaje improvisado. Tampoco parecía que Andrew fuera a ser capaz de recuperarse, ya que los golpes le habían abierto una hendidura en el cráneo.

Mientras tanto, Linda y Patrick se despertaron. Linda parecía muy agitada, gruñía y se retorció en el suelo tratando de romper la cinta aislante. Por el contrario, Patrick parecía casi lúcido; temblaba ligeramente, pero se mantenía en silencio, abriendo y cerrando sus ojos distorsionados. ¿Qué era lo que veía? ¿Acaso sentía estímulos como frío o calor? ¿Picores?

—Tenéis que salir de aquí —le dijo a Cam—. Dejadlo todo dentro de mi cabaña. Yo sellaré las puertas y las ventanas.

—Ruth... —dijo con frialdad.

—Fuera de aquí.

—Ruth, ¿durante cuánto tiempo podrás respirar con ese traje?

Aquella era la menor de sus preocupaciones. Debería ser capaz de cambiar los depósitos de aire sin contaminarse, pero la deshidratación era su mayor amenaza. Incluso aunque hubiera sido diseñado para un hombre mucho más grande que ella, aquel traje era como una sauna individual. Podía oler su propio sudor, y se había olvidado de beber antes de vestirse. A corto plazo no había ningún problema. El traje no estaba pensado para satisfacer necesidades básicas, así que si necesitaba aliviarse, todo le gotearía hasta las botas. Sin embargo, en última instancia, el problema de las aguas implicaba que Ruth sólo dispondría de unas pocas horas, cuando en realidad necesitaría varios días para ocuparse de aquellas personas y estudiar sus casos.

Quería ir con él, pero sabía que no podía.

—Dejadme un *walkie-talkie* y una pistola —ordenó—. Y aseguraos de que no me falte cinta aislante. —«Te quiero —añadió para sí misma—. Ten cuidado.»

Se quedó paralizada cuando vio que Cam repetía el mismo pensamiento.

—Ten cuidado —dijo.

—Sí.

Cam dejó el arma y la linterna junto a la puerta, donde los demás habían almacenado láminas de plástico, sogas, cinta aislante, baterías, un botiquín y varios bidones de agua. Alguien también había encendido dos lámparas de queroseno para Ruth, y había dejado una al aire libre y otra en el interior de la cabaña. Las vendas y el agua eran para los que esperaba salvar, pero Ruth sentía la boca cada vez más seca. «Deja de llorar», pensó, mientras trataba de encontrar la determinación en lo más

profundo de su ser. Estaba sola. Ésa era la única verdad.

La primera persona que arrastró hacia el interior de la cabaña fue a Linda. Los espasmos que sufría hicieron que se golpeará la cabeza con el marco de la puerta.

—Mierda —dijo Ruth, pero Linda parecía no asociar el dolor con ella. Sus gruñidos y sus espasmos eran reacciones a algo que Ruth no podía ver.

Finalmente, la dejó en un rincón atada al único mueble que había, una mesa baja y pesada. La cabaña sólo tenía tres habitaciones: dos pequeños dormitorios en la parte trasera y el espacio más amplio que había al entrar por la puerta. Normalmente Ruth solía desayunar allí mismo junto a Eric y Bobbi, los tres sentados en el suelo, y ahora comenzaba a lamentar la actitud que había tenido durante todas aquellas mañanas. Con frecuencia sentía envidia de aquella pareja, se sentía feliz por poder vivir con ellos, pero también muy tensa por aquello que no podía compartir. Odiaba verse a sí misma como una vieja solterona. Pero ahora era ella la que había tenido suerte. Bobbi se había convertido en viuda, Eric yacía muerto en el invernadero número tres y aquella casa empezaba a estar saturada de nanos.

Acto seguido, arrastró a Patrick hasta el interior, y después a Michael y a Andrew. Al terminar, salió de nuevo para empezar a envolver los cadáveres con las láminas de plástico, sellándolos de la mejor manera posible. Más de una vez los guantes se le pegaron a la cinta aislante. Cada vez que eso ocurría, el corazón se le salía del pecho por culpa de la adrenalina. Por suerte, el traje consiguió aguantar.

Se detuvo un instante junto a Denise. Aquella mujer había muerto sin llegar a ser infectada, ¿verdad? Ruth estaba muy cansada, pero nunca había sido de las que escatimaban trabajo. Envolvió también el cadáver de Denise en una lámina de plástico. Acto seguido, arrastró los seis cadáveres hasta el interior de la cabaña, convirtiendo su hogar en una prisión y en una morgue.

La terrible sensación que Ruth sentía en el pecho se agudizó aún más cuando Linda comenzó a retorcerse y a sufrir estertores junto a la mesa. Salió corriendo de la cabaña. Sabía que antes o después tendría que entrar de nuevo, pero antes tenía que encargarse de otra cosa. Tal vez estaba siendo más meticulosa de lo necesario. Ruth cavó varios agujeros en la tierra hasta que tuvo la suficiente arena para cubrir por completo las manchas de sangre. Después enterró en los hoyos las herramientas y los utensilios que habían utilizado para reducir a sus amigos. Incluso recogió todas las piedras que pudo de las que les habían lanzado, a pesar de que sabía que nunca podría esterilizar por completo aquel lugar. «Suelo contaminado», pensó. Muchos nanos se quedarían en la superficie expuestos a la brisa, que los arrastraría cuando la temperatura aumentara con el sol de la mañana.

Si conseguían sobrevivir a aquella noche, incluso si sellaban todo el lugar con cemento y construían una estructura para cubrir su casa, Ruth sabía que no podrían permanecer allí. Había que abandonar aquel asentamiento. Aun así el esfuerzo de

Ruth podía hacerles ganar un tiempo muy valioso. A pesar de sentirse exhausta, Ruth continuó trabajando.

Su mente comenzó a vagar.

Miró hacia las estrellas y recordó tiempos mejores. Sabía que estaba intentando escapar de sí misma, pero al menos consiguió darse la vuelta y regresar a su hogar pequeño y atestado. Acto seguido, comenzó a poner cinta adhesiva para sellar la puerta desde el interior.

En un principio, Cam y Allison guiaron al grupo desde las Montañas Rocosas hacia el este, hacia las llanuras que se extendían más allá de Boulder y Greeley, donde sabían que los veranos eran lo suficientemente calurosos como para destruir a los insectos. Con el calor suficiente, incluso los organismos de sangre fría o aquellos que carecían totalmente de ella podían ser vulnerables a la plaga de máquinas. La suposición resultó ser cierta, pero la ausencia de insectos también convirtió aquellas zonas en desiertos. Los enjambres de insectos eran los únicos polinizadores. Toda especie que se organizaba en colmenas o se reproducía mediante capullos había sido destruida por las hormigas. No quedaban abejas, mariposas o polillas de ningún tipo. En los invernaderos, tenían que trasladar el polen de una planta a otra de forma manual. Pero fuera, en el resto del mundo, los movimientos torpes y brutales de los enjambres eran lo único que continuaba con aquel proceso, dispersando ese polvo tan valioso incluso aunque a su paso arrasaran bosques y praderas.

Ruth sólo podía imaginar en qué se había convertido el Medio Oeste. Ella misma había visto los límites de aquella región, y circulaban muchos rumores difundidos por pilotos, por exploradores y por los especialistas que controlaban los pocos satélites espía que aún poseía Estados Unidos. Sin hierba, las praderas habían desaparecido hasta dejar al descubierto el manto rocoso, erosionadas por las lluvias y por las tormentas de viento. Millones de toneladas de limo habían desviado los ríos Mississippi y Missouri hasta crear una zona pantanosa que ocupaba casi toda la anchura continental, enterrando depresiones como las de Arkansas y Louisiana bajo ciénagas gigantescas.

Ruth y sus amigos pronto tuvieron que abandonar las llanuras. Por aquel entonces, ella aún albergaba la esperanza de atraer a Cam y hacer que se alejara de Allison, pero había más problemas aparte de su corazón herido. Siempre serían criminales para ciertas personas. Habían planeado intentar pasar desapercibidos, pero en el segundo asentamiento en el que establecieron su hogar fueron reconocidos y traicionados. En el tercero se produjo un brote de una enfermedad respiratoria (una enfermedad común, para nada relacionada con los nanos) y Cam llegó a tener cuarenta grados de fiebre durante dos días, lo cual hizo que ambas mujeres se asustaran terriblemente.

Como siempre, Allison fue la más valiente. Les guió de nuevo hasta el corazón de

las Rocosas, donde se escondieron muy cerca de Grand Lake. De hecho, Jefferson estaba sólo a sesenta kilómetros de allí. Aunque Grand Lake ya no fuera la residencia del presidente ni la sede del Congreso (aquella gente había sido trasladada a Missoula, Montana, muy, muy lejos de la California ocupada), las Fuerzas Aéreas mantenían allí una importante base, y Allison pensó que a los militares jamás se les ocurriría buscar a Ruth tan cerca de ellos.

Casi todo aquel tiempo Ruth se sintió feliz. Apenas tuvo tiempo para aburrirse. Habían pasado en movimiento siete de los últimos quince meses, caminando, explorando y negociando con otros supervivientes. Dedicaron casi toda su energía a cubrir necesidades básicas. Comida. Cobijo. Ruth se sentía incluso aliviada por haber abandonado la investigación y por poder centrarse en la lucha del día a día. Era una actitud egoísta, lo sabía. El desafío más grave de todos era la siguiente generación de nanos, que debía desarrollarse lo antes posible. Una segunda invasión no era algo descabellado. Los rusos y los chinos habían conseguido postergar su retirada mientras se enfrentaban unos con otros y negociaban con lo poco que quedaba del gobierno estadounidense; incluso habían aprovechado el tiempo para construir nuevas bases para sus pilotos y tropas, tratando de sacarle partido a cualquier ventaja posible mientras desarrollaban sus propios nanos.

Ruth no podía imaginar lo que finalmente había ocurrido.

Las manos le temblaban mientras sellaba dos veces las ventanas de la cabaña. Pensaba que no eran más que nervios y cansancio, pero ¿y si era algo más? «¿Me daría cuenta si estuviera infectada? —pensó—. ¿Y si fuera posible absorber unos niveles muy bajos de contaminación y ahora el contagio estuviera incubándose en mi interior?»

Otro pensamiento cruzó su mente, y fue aún más terrible. ¿Y si el asentamiento había sido atacado por su presencia allí? Sabían que Colorado estaba bajo una fuerte vigilancia electrónica. ¿Y si los invasores habían descubierto algo o los programas de reconocimiento facial habían encontrado una coincidencia? Tal vez aquellos nanos iban dirigidos a ella, y habían infectado a Allison y a los demás simplemente porque estaban allí.

Michael se despertó justo detrás de ella. Comenzó a tirar de las ataduras y a dar bocanadas de aire con unos gruñidos guturales y rítmicos.

—Aaaa. Aaaa. Aaaa.

Ruth se giró para asegurarse de que no podría romper la cinta aislante, pero su mirada se detuvo en otro punto. Michael tenía los ojos casi cerrados y los movía constantemente bajo los párpados, casi como si estuviera en la fase de sueño REM. La boca abierta de par en par parecía una caverna.

—Aaaa. Aaaa.

Ver aquel rostro envuelto en el vendaje ensangrentado fue una visión horrible.

Ruth tuvo que reprimir el impulso de aplastarle la cabeza con la linterna. Aunque Michael no tenía la culpa de haberse infectado, Ruth ya no podía mirarle a la cara. Se sentía avergonzada por los sonidos que no cesaba de emitir.

—Aaaa. Aaaa.

La claustrofobia se convirtió en una ola gigante dentro de ella, creciendo y desgarrándole las entrañas. Su pulso tampoco la ayudaba a manejar el cuchillo mientras intentaba cortar otro cuadrado de plástico. Cada minuto se aislaba más y más en aquella maraña de plástico y cinta aislante. ¿Conseguiría salir alguna vez?

—Escucha —dijo Cam dirigiéndose a Bobbi y haciéndole un gesto para que se acercara a la radio. Ambos se agacharon en el interior de una cabaña repleta de gente que se afanaba en cubrir con plástico todas las ventanas—. Tenemos que encontrar a alguien —añadió, pero Bobbi estaba distraída.

—Yo no oigo nada —respondió ella.

—Escúchame a mí. —Le enseñó a Bobbi el control de frecuencia, lo intentó en un segundo canal y después en un tercero. En cada ocasión pulsó el botón ENVIAR y esperó para ver si llegaba alguna respuesta—. Vamos a tener que probar con tantos canales como nos sea posible —dijo—. Uno cada vez. Así...

—¿No podemos llamar sin más?

—Es un poco más complicado que eso.

La cabaña apestaba a marihuana, que aparte del alcohol era el único anestésico del que disponían. Brett había recibido un disparo. Tenían miedo de dejarle beber, aunque Susan había usado alcohol casero de setenta y cinco grados para esterilizarle la herida del torso. El alcohol era muy caro. La marihuana no. Aquella planta se conocía como «hierba» por una buena razón. Consiguió sobrevivir de forma natural y después comenzó a cultivarse en Morristown, donde sus tallos fibrosos se aprovechaban para confeccionar tejidos y sogas, y sus hojas constituían una fuente de dinero fácil al venderlas como medicamento.

Cam trató de dar una bocanada de aire puro mientras la gente entraba y salía apresuradamente para apilar en un rincón mochilas, cantimploras y otros utensilios. Jefferson se estaba consumiendo a sí mismo. Habían desmantelado los invernaderos dos y cuatro con el fin de aprovechar el plástico, la cinta aislante, las grapas y los clavos para aislar a todos los habitantes.

Tenían que estar preparados para lo peor. Ninguno de los canales operados por civiles había respondido a su llamada. Morristown, Steamboat, New Jackson, Libertad; todos los asentamientos cercanos parecían haber quedado incomunicados, de modo que había desconectado la radio de banda civil y la había sustituido por la radio multibanda Harris AN/PRC-117. Cam necesitaba un helicóptero para Ruth y estaba dispuesto a enfrentarse a una sentencia de cárcel si fuera necesario, eso en caso de que los líderes estadounidenses tuvieran tiempo para condenarle. Lo más

importante era llevarla a un lugar seguro, pero para eso necesitarían algo de suerte.

Como casi todo el equipamiento militar del que disponían, la radio Harris había sido abandonada por tropas estadounidenses que tuvieron que dejar apresuradamente sus posiciones. Cam pensaba en ella con una mezcla de viejo orgullo y de dolor. Sus días en los Rangers fueron breves pero intensos, repletos de amistades significativas que nacieron de la confianza mutua. Cuando comenzaron a huir, Eric y Greg continuaron con el entrenamiento. Bobbi era apenas una recién casada, de lo contrario sabría aún mucho más. Durante su noviazgo, Eric se había centrado más en enseñarle a disparar que en transmitirle otras habilidades. Las armas eran algo emocionante, así que ella aprendió a usarlas antes de adquirir otras destrezas.

—Esta radio ha sido inutilizada —dijo—. Eso significa que el software de cifrado ha sido borrado para evitar que los chinos lo descifrarán, así que no podremos ni hablar ni escuchar nada en una frecuencia segura. Por eso está todo tan tranquilo. Os aseguro que ahora mismo hay mucha gente que está hablando, pero no podemos escuchar sus transmisiones.

Bobbi señaló hacia los auriculares.

—Pero aun así podemos llamar.

—No, con esta radio sólo se pueden hacer comunicaciones en abierto. Sólo podremos contactar con gente que emita en abierto.

La radio Harris era un montón de metal de más de siete kilos diseñado para ir montado en un vehículo o para transportarse en una mochila. No tenía alcance suficiente para contactar directamente con Grand Lake o con Sylvan Mountain. Estaba pensada para formar parte de una red mucho más amplia; además, estaban en territorio amigo. Había puestos médicos y unidades de transmisión diseminados por todas las Rocosas. Incluso podría haber contactado con un avión si el ejército estadounidense hubiera puesto en el aire el equipamiento correcto para tratar de encontrar a rezagados como ellos.

O para matarlos.

Cam estaba lo suficientemente paranoico como para creer que el origen de la nueva plaga podía estar en el lado norteamericano. Los programas armamentísticos estadounidenses no se habrían detenido después de la desertión de Ruth, y no era descabellado que la zona afectada se limitara a aquel valle. ¿Y si, por pura mala suerte, aquel lugar había sido elegido como zona de pruebas? Necesitaba saber con claridad quién corría peligro. Iban a por Ruth. Estaba seguro.

—Lo mejor que puede pasar es que nos topemos con una frecuencia controlada o encontrar dos unidades que se estén comunicando en abierto y consigamos colarnos en la transmisión —dijo—. Eso puede llevarnos bastante tiempo. Seguramente habrá unidades que no estén mucho mejor equipadas que nosotros, pero hay cientos de frecuencias. Necesito que hagas esto por mí.

—¡Cam! —Owen le llamó desde el otro lado de la habitación. Tenía una grapadora y un rollo de cinta aislante en las manos—. Ya lo hemos sellado todo excepto la puerta. ¿Vas a salir?

—Dadme un minuto.

—¡Tenemos que sellarlo todo! —gritó Owen. Era un hombre alto que destacaba dentro del grupo, donde también se encontraba su mujer. El rumor dentro de la aldea era que había tenido dos abortos, y que ésa era la razón por la que Owen la protegía tanto. Cam no quería discutir con él.

—¡Selladla! —ordenó—. Saldré tan pronto como pueda.

El aire no duraría demasiado. El hecho de sellar dos cabañas con plástico no era más que una solución temporal. Al dismantelar los invernaderos, gran parte de su cosecha había quedado al descubierto, lo que haría aumentar las probabilidades de que por la mañana aparecieran más enjambres de insectos. Mientras tanto, las hormigas de fuego continuaban expandiéndose bajo el suelo de Jefferson. Incluso aunque la colonia se mantuviera bajo tierra durante toda la noche, Cam sabía que tendrían que hacerle frente tan pronto como saliera el sol. Aquellas malditas hormigas estarían terriblemente excitadas con toda la sangre que ellos mismos habían derramado.

Probó con una nueva frecuencia mientras llegaban desde el exterior los golpes de los martillos. Después probó con otra más, y luego otra, hasta que de pronto la radio pareció cobrar vida.

—... a través de Medicine Bow, necesitamos que nos saquen de la zona de aterrizaje, cambio —dijo una voz masculina justo antes de que sonara la respuesta.

—Recibido, Cougar Seis-Dos.

«Dios —pensó Cam—. ¿Y si los nanos no sólo están en este valle? ¿Adónde iremos?»

Había una gran extensión del Bosque Nacional conocida como Medicine Bow cerca de Wyoming, y Cam sabía que aquellas montañas estaban repletas de asentamientos civiles y de bases militares. Desconocía aquel nombre en clave (Cougar Seis-Dos podría ser cualquiera), pero eran estadounidenses, y eso era lo único que importaba.

—Atención, atención —dijo—. Cualquier receptor en esta red, al habla Dos-Eco-Dos a cualquier receptor en esta red, cambio.

—Dos-Eco-Dos, Dos-Eco-Dos, al habla Cougar Seis-Dos, cambio.

—Recibido, Cougar Seis-Dos. Necesito que transmitan un mensaje de emergencia. Código Revere, repito, código Revere, cambio.

Hubo un silencio. Era evidente que aquel hombre tenía sus propias preocupaciones. Había establecido una comunicación para solicitar una evacuación, pero su disciplina le obligó a responder.

—Necesito que se identifique, Dos-Eco-Dos, cambio.

—Repito, código Revere. Al habla el cabo Najarro, del Septuagésimo Quinto. Necesito hablar con el mayor Thrun o con el oficial al mando de Grand Lake, cambio.

Según los estándares militares, aquel código era muy antiguo. Las encriptaciones y las ventanas y los códigos de comunicación se cambiaban cada treinta días. Hacía ya más de un año que Cam había perdido el contacto, pero Grand Lake conservaría archivos con el plan de operaciones de las últimas misiones. Si recordaban su nombre y le conocían bien, pronto comprenderían quién podría estar con él.

—Recibido, Dos-Eco. —De pronto comenzaron a escucharse disparos de fondo y el hombre comenzó a gritar—: ¿Cuál es su posición actual? Cambio.

Cougar Seis-Dos estaba siendo atacado. ¿Contra quién luchaban? ¿Había fuerzas enemigas o es que Cougar se estaba defendiendo de los infectados? Cam habló en un tono frío y seco, tratando de parecer más importante que el desastre que debía de estar presenciando Cougar Seis-Dos.

—Repito, Revere, Revere. Necesito que transmita este mensaje cuanto antes, Cougar Seis-Dos. Me mantendré en esta frecuencia durante media hora y después volveré a ella cada diez minutos a partir de la hora en punto, cambio.

El hombre gritó para que su voz sonara por encima de los disparos.

—¡Recibido, Dos-Eco-Dos! Buena suerte. Corto.

—¿Crees que lo harán? —preguntó Bobbi.

—Sí —respondió Cam. Durante el tiempo en que sirvió no vio entre las tropas más que espíritu de sacrificio. «La plaga es lo único que puede evitar que transmitan el mensaje.»

Lo único que podían hacer era esperar. Ni siquiera podían rastrear más frecuencias porque debían mantenerse en la 925.25. Cam dejó a Bobbi junto a la radio y fue a echarle una mano a Susan, que estaba atendiendo a Brett, ahora inconsciente. Quizá eso fuera lo mejor. Susan había hecho un buen trabajo al vendar el torso de su amigo, y Cam trató de evaluar el alcance de las heridas. Parecía que la bala no había seccionado la aorta (en ese caso, Brett ya estaría muerto), pero quizá se hubiera albergado en los intestinos. Las bacterias liberadas por el tracto digestivo se estaban convirtiendo en un grave problema. No tenían antibióticos, lo que significaba que si conseguía sobrevivir al disparo, probablemente la peritonitis acabaría con él. Cam estuvo a punto de olvidar todo lo demás. Era uno de los mayores expertos en medicina de la aldea, pero no estaban equipados para realizar ningún tipo de cirugía, y abrir a Brett crearía casi tantas complicaciones como las que Cam podía solventar. Aún seguía sopesando las opciones cuando una voz suave y femenina se extendió por la cabaña.

—Dos-Eco-Dos, aquí Arapaho Cinco, cambio.

Cam se abalanzó sobre la radio, apartando a Bobbi con la mano manchada de sangre de Brett.

—La recibimos, cambio.

—Identifíquese, Dos-Eco-Dos.

—Aquí el cabo Najarro de la Sección Número Dos, Compañía Eco, Segundo Batallón, Septuagésimo Quinto Regimiento de los Rangers, cambio.

—Recibido, Dos-Eco-Dos. Envíe su mensaje, cambio.

En aquel momento Cam se sintió eufórico. Miró a Bobbi mientras sus labios dibujaban algo parecido a una sonrisa. La mujer de Grand Lake debía de haber introducido su nombre en el ordenador. Probablemente, tanto él como Ruth debían de estar fichados por una docena de programas, junto con Eric, Greg y los demás sospechosos de colaboración, como Allison.

Aún no podía creer que se hubiera ido. No pudo evitar seguir hablando.

—Nuestra gente está enferma, señora. Solicitamos evacuación médica inmediata. Cambio.

—Recibido, Dos-Eco-Dos. Código Streak.

Aquellas palabras le provocaron un escalofrío que le subió por la espina dorsal. «Streak.» Aquello significaba que tendrían que cambiar la frecuencia para evitar que el enemigo triangulara su posición. Si aquella mujer estaba preocupada por la vigilancia enemiga sobre una red no segura, eso significaba que detrás de aquella plaga podía haber realmente fuerzas hostiles. «Esperemos que no nos encuentren», pensó mientras miraba a Bobbi y a los demás hombres y mujeres de la cabaña. No estaban capacitados para resistir ante ningún tipo de infantería enemiga.

Cam cambió de frecuencia dos bandas, tal y como le habían indicado.

—Arapaho Cinco, aquí Dos-Eco-Dos —dijo a través de la nueva frecuencia.

La mujer de Grand Lake tampoco perdió el tiempo, e inmediatamente retomó la conversación con un tono decidido.

—¿Cuál es su posición actual? Cambio.

—Estamos a dieciocho kilómetros al suroeste de Villa Loca. —Aquél era el desafortunado mote de Morristown, debido al gran número de devotos que habitaban allí—. ¿Conoce la zona? Cambio.

—Afirmativo, cambio —respondió la mujer.

Cam pudo escuchar una voz masculina que sonaba detrás de ella.

—¿... tan cerca? —preguntó el hombre.

—Debo recordarles que no estoy solo —añadió Cam—. Dos-Eco-Dos aún permanece unido. ¿Comprenden? Aquí hay mucha gente, necesitamos un helicóptero cuanto antes, esta misma noche.

—¿Podrán mantener su posición? Cambio.

—Tenemos muchos heridos y gente enferma. Cambio.

—Van a tener que resistir, Dos-Eco-Dos. Ahora mismo hay mucha gente en apuros. Todo el apoyo aéreo está ocupado. Puedo conseguirles ese helicóptero, pero necesitaré algo de tiempo. Cambio.

—¿Ustedes también... —casi ni se atrevía a pronunciar las palabras—, también tienen gente enferma?

—Controlen la radio, Dos-Eco-Dos. Transmitiremos su posición a nuestros pilotos en cuanto haya uno libre. Cambio.

—Mierda —Cam miró al micrófono sin llegar a apretar el botón.

—¿Dos-Eco-Dos? —preguntó la mujer—. ¿Cuáles son sus señales de identificación a larga y corta distancia?

Pero Cam ya se había puesto en pie, alejándose de la radio con una sensación de terror frío. Bobbi le agarró la manga de la chaqueta.

—Cameron...

Cam no pudo mirar a su amiga a los ojos. ¿Qué podía decirle? Sabía que un Black Hawk necesitaría casi una hora para cubrir la distancia que separaba Jefferson de Grand Lake, y ese tiempo podía aumentar considerablemente teniendo en cuenta que Grand Lake estaba sumido en el caos. Tenía la esperanza de poder llevarlos a todos a los búnkers que había bajo aquel lugar, pero eso resultaría imposible si la superficie de la montaña estaba repleta de infectados.

—¿Dos-Eco-Dos? —repitió la mujer—. ¿Dos-Eco-Dos? ¿Me recibe?

Cam se arrodilló y recogió los auriculares. Le pareció que pesaban doscientos kilos, y no estaba seguro de que el esfuerzo mereciera la pena. Fueran quienes fuesen los que habían desatado aquella plaga, y fueran cuales fuesen los efectos de esos nanos, Cam sabía que la mujer nunca se lo diría a través de una transmisión no segura. Quizá ni siquiera ella lo supiera.

—Traten de llegar aquí tan pronto como puedan —dijo Cam.

Bajo el resplandor azulado de la pantalla, el rostro del coronel se veía de un color pálido y casi fantasmagórico. Era un efecto sobrenatural. La luz transformaba sus rasgos redondeados, convirtiéndolos en algo oscuro y monstruoso, como las sombras de una máscara. Supo aprovechar bien ese efecto al girarse para sonreír con malicia hacia los cuatro técnicos que había a su lado. Sabía que en aquel momento sus dientes brillaban como colmillos, igual que le ocurría a la hermosa dentadura de Dongmei cuando adoptaba la misma expresión.

Todos estaban asustados, y él quería aprovechar esa energía. Como oficial superior, el coronel Jia Yuanjun había sido entrenado para intimidar y explotar las debilidades de sus propias tropas siempre que fuera necesario, pero no todas las situaciones requerían el uso de la fuerza bruta. Aquellas cuatro personas estaban entre los miembros más selectos de su escuadra. Lo más importante era que tenían razones para estar nerviosos, de modo que planeaba redirigir esa adrenalina para conseguir que sus soldados se sintieran más unidos mediante la agresividad y el orgullo. Todos los que estaban iluminados por aquella luz azulada eran muy jóvenes para la misión que debían realizar. Y, además, se sentían perdidos, al estar en el otro extremo del mundo. El coronel Jia sólo tenía treinta y dos años, apenas diez años mayor que cualquiera de sus técnicos; pero al igual que el miedo, su juventud también podía ser una ventaja. Sus hormonas aún eran fuertes y saludables. Aquella era otra de las razones por las que la teniente Cheng Dongmei estaba allí. Dongmei era la única mujer que había en la habitación; de hecho, era una de las once mujeres que había en todo el batallón.

Era una mujer de piel suave, y mantenía su elegancia incluso a pesar de llevar el pelo corto como un hombre y de vestir aquella casaca oscura. El emblema rojo de las Fuerzas de Élite que llevaba bordado en el pecho se redondeaba sobre la curvatura de sus senos. La cartuchera refulgía sobre sus caderas, acentuando aún más la esbelta silueta de su cintura. El coronel Jia no quería a Dongmei para él sólo por razones que no podía decirle a nadie, pero eso no implicaba que no quisiera usarla para controlar a los demás.

Hablaba en mandarín, el dialecto de la etnia Han.

—Si esas lecturas son correctas, parece que se está extendiendo más rápido de lo que esperábamos —dijo.

—Son correctas, señor —respondió Huojin.

Jia se inclinó sobre él.

—Tu sector es el que muestra más espacios vacíos, ¿por qué?

—Parece que esta noche el viento en el norte de Colorado no sopla con tanta fuerza como en otros lugares, señor —respondió Huojin—. Quizá si las predicciones

meteorológicas hubieran sido más precisas...

Jia asintió, ocultando su agrado tras un rostro de piedra. Huojin era el único miembro de su equipo que no era de etnia Han. Su sangre era casi completamente Yao, una de las muchas minorías étnicas de China, una distinción que había adquirido una nueva relevancia después de que el país perdiera casi tres cuartas partes de su población total. Jia siempre intentaba forzar a Huojin a adoptar una actitud defensiva, a pesar de que era su segundo mejor técnico de datos y comunicaciones. Era aquella tensión constante, al igual que la presencia de Dongmei, lo que ayudaba a todos los miembros del equipo a luchar por superarse los unos a los otros.

—Las condiciones climatológicas son excelentes —dijo Jia, tratando de reprender a Huojin. Rara vez las corrientes de viento soplaban ininterrumpidamente desde la Columbia Británica hasta Nuevo México. Acto seguido, cedió un poco—: Pero dadas las condiciones locales, los patrones de dispersión son adecuados.

—Señor —dijo Dongmei—, aún tengo un caza sobrevolando Idaho en dirección sur, con dos bombas biológicas a bordo. ¿Debería enviarlo a Colorado?

—Aún no —respondió Jia.

Habían tenido que desplegar aquel ataque a conciencia, ya que únicamente poseían noventa y tres cápsulas con nanos para cubrir toda la extensión de Norteamérica. Jia quería mantener las reservas el máximo tiempo posible. Lo cierto era que el sector de Huojin no parecía menos saturado que los demás, sobre todo teniendo en cuenta la infinidad de valles y cuencas que se escondían entre los picos de las Rocosas.

Además, Huojin debía operar con otra dificultad añadida. Las instalaciones militares de Utah habían evitado que las patrullas fronterizas utilizadas para desplegar la plaga mental pudieran adentrarse más hacia el este. Alcanzar Montana y Wyoming había resultado igual de problemático, de modo que hacía varias horas que habían decidido detonar treinta y cuatro cápsulas en la atmósfera, dejando que los nanos cayeran sobre las zonas donde los estadounidenses aún mantenían el grueso de las Fuerzas Aéreas y del gobierno.

Jia volvió a mirar hacia las pantallas como si quisiera ver aquellas corrientes invisibles. Se encontraban en un búnker a las afueras de Los Ángeles, pero Jia casi se había olvidado de ello. Aquel sótano podía trascender la distancia. La quietud que envolvía a aquellos jóvenes soldados bajo la luz azulada era como un lugar en sí mismo, y Jia se deleitó contemplándola. Juntos parecían alzarse sobre Estados Unidos entre una nube distante de aviones y constelaciones de satélites, contemplando cómo la zona infectada crecía y devoraba al enemigo.

Resultaba un lugar muy humilde desde el que conquistar toda una superpotencia. Sólo disponían de unas pocas piezas de un equipamiento muy sofisticado dispuestas sobre los escritorios. De hecho, había tan pocas sillas que Huojin y Yi habían tenido

que sentarse sobre unas cajas, perdidos en medio de unos muros de cemento desnudo contruidos apresuradamente. Una única rejilla de ventilación traqueteaba sobre sus cabezas. Los cables de los aparatos electrónicos cubrían el suelo casi por completo, retorciéndose y extendiéndose hacia la fuente de energía situada en el muro en el que estaba la única puerta. Hacía frío. El único olor que percibían era el hedor húmedo del cemento.

Jia no podía pensar en ningún otro lugar en el que quisiera estar. Ni siquiera en el apartamento de sus padres en Changsha (ni aunque hubieran resucitado por arte de magia).

—Ahí —dijo, señalando una de las pantallas que había frente a Gui. VANCOUVER. La costa abrupta de la Columbia Británica aún estaba poco poblada, lo que hacía que los nanos tuvieran pocas posibilidades de prosperar, pero Jia se había mostrado reacio a enviar a los cazas tierra adentro. Tanto los rusos como los chinos patrullaban la costa de forma regular y nunca perdían la más mínima oportunidad de enviar sus cazas hacia el este de Oregón para disputar las nuevas fronteras con los estadounidenses, pero habían decidido no hacer nada fuera de lugar hasta después del primer ataque. Los aviones que Jia ordenó despegar desde Los Ángeles no eran diferentes de los que componían las demás patrullas, excepto por el hecho de que aquellos cazas habían lanzado unos pequeños artefactos no explosivos tras las líneas enemigas.

El viento de Vancouver no soplabá como debería; iba en dirección sur, no este.

—Que comience la segunda oleada —ordenó Jia—. Concentraos todos en los objetivos secundarios.

Los miembros del equipo comenzaron a murmurar órdenes a los pilotos, sus dedos comenzaron a presionar teclas y a introducir comandos preestablecidos. Jia se detuvo de nuevo para contemplar la elegancia de Dongmei, no sólo su perfección física sino más bien la claridad de su voz. Aunque a su manera, los hombres eran incluso más elegantes, como bailarinas. Jia tuvo cuidado de posar los ojos sobre Dongmei en lugar de mirarlos a ellos, reproduciendo el mismo hábito que tenían todos los demás. Por una vez no se sintió contrariado por ello. La primera oleada de cazas se había convertido en una serie de puntos negros sobre la pantalla, pero entonces se alinearon de nuevo, convirtiéndose en un triángulo rojizo que avanzaba en dirección este. Más cazas comenzaron a adentrarse en el continente, volando desde la costa. En cuestión de minutos, Jia esperaba ver cómo lanzaban su ataque sobre la Columbia Británica, Montana y Wyoming.

—Señor, hemos establecido contacto sobre Arizona —informó Yi.

—También hay cazas estadounidenses despegando desde Cheyenne —dijo Huojin.

—Avisad a vuestras tripulaciones —dijo Jia con tono tranquilo.

El enemigo sabía que algo iba mal. Seguramente darían orden de poner más cazas en el aire, pero sus opciones eran muy limitadas. Cuando los aviones estadounidenses se quedaran sin combustible o sin munición, o si alguno era derribado, ¿adónde irían? Tal vez alguno consiguiera aterrizar en la tierra de nadie que se extendía al oeste de la zona infectada, donde se convertirían en aparatos inútiles sin ninguna posibilidad de hacer nada; o quizá probaran suerte en las depresiones que había al este de las Rocosas.

De cualquier modo, unos pocos aviones no constituirían ninguna diferencia. Jia contaba con la ventaja del elemento sorpresa.

Se permitió una nueva satisfacción al mirar a su equipo una vez más; observó cómo estudiaban los monitores, escuchó sus voces y contempló sus rostros jóvenes y absortos. Todo el oeste norteamericano refulgía ante ellos como si fueran las piezas de un puzzle. Cada una de las tres pantallas que Dongmei tenía delante mostraba una parte de Idaho o del norte de Utah, con las fronteras dibujadas digitalmente junto con las indicaciones de las ciudades y accidentes geográficos más importantes, como Boise o el Gran Lago Salado.

Casi todo el terreno había sido capturado con imágenes de satélites de baja resolución. Una mayor calidad habría resultado inútil, dado que los monitores eran prácticamente en blanco y negro. Aun así, aquellos mapas eran suficientes. Las autopistas y las antiguas ciudades manchaban la tierra como si fueran ampollas y venas oscuras, y en algunos casos esos lugares estaban muy relacionados con los datos que más le interesaban a Jia.

La República Popular de China no tenía la misma presencia en el espacio que Estados Unidos, ni siquiera después de las numerosas pérdidas sufridas por los estadounidenses durante la guerra civil. De hecho, la generación de satélites Zi Yaun también se conocía como SVTCB, Satélites de Vigilancia Terrestre Chino-Brasileños. La Agencia Espacial Brasileña había proporcionado gran parte de la tecnología y también había sufragado los gastos de los lanzamientos, compartiendo con China el tiempo operativo de los satélites hasta que los asiáticos se hicieron con el control total durante el año de la plaga.

Oficialmente, los Zi Yuan eran satélites meteorológicos que también podían llevar a cabo estudios geológicos. Pero por supuesto también contenían equipamiento óptico militar y sistemas de comunicaciones. Lanzados por primera vez en 1999, aquellos satélites fueron el resultado de una alianza bastante comprensible entre dos potencias emergentes que querían reducir la distancia que las separaba de Estados Unidos. Orientar aquellos ojos para que observaran el oeste americano había sido la parte más fácil de los preparativos que Jia había tenido que llevar a cabo, puesto que hacía ya tiempo que China había reorientado su flota orbital. Después de la destrucción casi total de muchos de sus enemigos tradicionales, como Japón, Vietnam o Corea del Sur,

todos los satélites Zi Yuan de China pasaron a vigilar exclusivamente la India y Estados Unidos. Y aunque fueran menos precisos, lo mismo ocurrió con los demás satélites meteorológicos chinos. Jia no tuvo más que abrir una serie de ojos que ya estaban perfectamente alineados sobre su objetivo, ampliando aún más las coordenadas del terreno que podían controlar con la ayuda de los vehículos de vigilancia aérea no tripulados ASN-104. La mayor parte de los vehículos no tripulados eran capaces de transmitir imágenes de vídeo de gran calidad, aunque debían centrarse en áreas inferiores a los dos kilómetros cuadrados, mientras que los satélites podían verlo todo.

No había forma de controlar la plaga en sí. En muchos lugares, sus efectos eran claramente visibles, pero en la mayoría de los casos, el equipo de Jia no podía más que calcular la dispersión de los nanos mediante proyecciones informatizadas. Los ordenadores eran capaces de combinar modelos de dispersión de viento y de condiciones atmosféricas, combinándolos después con datos sobre los centros de población recopilados por la agencia de inteligencia y con información confidencial sobre los parámetros y la replicación de los nanos.

Por lo general, las proyecciones solían ser bastante conservadoras. Aun así, Jia temía dejar sin infectar bolsas de población en territorio enemigo. Los nanos aparecían en los monitores como remolinos o nubes de un azul más oscuro. La plaga mental comenzaría a desarrollarse en cuanto entrara en contacto con la población estadounidense, sobre todo en las bases militares que habían prosperado en los alrededores de las viejas ciudades. En algunos lugares estaban produciéndose patéticos intentos de evacuación. Vehículos y peatones se agolpaban formando estampidas en las autopistas, que eran las rutas más directas hacia las montañas.

Casi toda la población buscaba puntos elevados. Ese instinto se manifestaba con fuerza incluso para Jia. Los supervivientes siempre veían las cimas de las montañas como los puntos más seguros, pero por el momento el enemigo no había conseguido llegar tan lejos. En las pantallas, los grupos de gente y de camiones se volvían de color azul oscuro de manera inexorable. Después, el viento continuaba extendiendo la plaga y adentrándola en las líneas norteamericanas y canadienses.

«Unidos venceremos.» Jia comprendió la veracidad de ese pensamiento. Era la única idea de la que no dudaba.

Se produjo un sonido ensordecedor detrás de él. La puerta no era más que un montón de tablones de madera reforzada, el punto más débil del búnker. Se abrió de par en par y un soldado de asalto vestido de negro cayó al suelo movido por la inercia del ariete de metal. La luz inundó toda la estancia, un resplandor amarillento y cegador. Aquella explosión de luz fue casi tan desconcertante como el propio asalto, aunque no cesaba de parpadear conforme los demás soldados accedían al búnker.

Se trataba de soldados del Segundo Departamento. Una docena de ellos irrumpió

en la estancia apuntando a los miembros del equipo de Jia con subfusiles Tipo 5.

—¡Abajo! —gritaban—. ¡Al suelo!

Dongmei se levantó empuñando la pistola, conectada aún a su equipo mediante los auriculares.

—¡No! —gritó Jia—. ¡No os resistáis!

Los gritos de los soldados continuaban llenando la estancia.

—¡Al suelo! ¡De rodillas!

Dongmei acató la orden de Jia. La mujer se echó al suelo y lanzó el arma tan lejos como le fue posible. Sus compañeros hicieron lo mismo, poniéndose de rodillas con las manos levantadas. Huojin y Gui se estremecieron bajo la luz parpadeante. Jia también pudo ver cómo Yi reaccionaba al escuchar una voz a través de los auriculares; deseaba responder, pero tuvo que contenerse.

¿Habría algún problema con los aviones de Yi? ¿Estarían recibiendo los pilotos nuevas órdenes a través de la misma frecuencia? Los pensamientos de Jia se vieron dominados por la frustración, pero el coronel se sintió aún más desconcertado cuando vio al sargento Bu Xiaowen entre las tropas del Segundo Departamento. Los hombres del uniforme negro se habían dispersado para rodear a los miembros de su equipo. Bu estaba a la derecha de Jia. Debía de haber sido uno de los primeros soldados que irrumpieron en la habitación. Los ojos de ambos se encontraron durante un breve instante antes de que Jia apartara la mirada.

—¡He dicho que al suelo! —gritó otro sargento.

Jia permaneció en pie, mirando a su superior. El Segundo Departamento era la división de contrainteligencia electrónica del Ministerio de Seguridad Estatal del Partido Comunista, y Jia conocía bien a los oficiales del MSE en Los Ángeles. Obviamente, alguien le había seguido hasta el búnker. Pero ¿quién había dado la orden de intervenir?

Dos soldados se acercaron a Jia y le dieron una patada.

—No te muevas —ordenó el primero, mientras le quitaba la pistola y el cuchillo reglamentario. Acto seguido, hicieron lo mismo con las armas del resto del equipo.

Jia escuchó una vez más el zumbido de los auriculares de Yi, y fue la disciplina lo único que impidió que se girara para mirar el equipo electrónico. ¿Qué estaba pasando sobre Colorado y Wyoming? ¿Acaso necesitarían concentrar los aviones en otros puntos?

«No tenemos tiempo para esto», pensó.

Los uniformes negros continuaron entrando en la habitación, creando un obstáculo que le resultaría muy difícil sortear antes de que su equipo pudiera retomar el trabajo. Sin embargo, Jia no pronunció ni una palabra hasta que uno de los soldados se dispuso a desconectar la fuente de alimentación que había junto a la puerta.

—No toques eso —dijo.

—Tranquilo —espetó otro hombre.

Jia se giró inmediatamente para dirigirse hacia él.

—Ésta es una operación autorizada.

Tal vez aquel oficial frunció el ceño; Jia no podía estar seguro porque su rostro apenas era visible debido a las luces que había detrás de él.

—Está arrestado —dijo el oficial.

El gobernador entró apresuradamente a la estancia en cuanto recibió la confirmación de que el equipo de Jia había sido reducido. Entró seguido por un oficial del Ministerio de Seguridad Estatal. Jia se puso firme para saludar al general Zheng. Todos los soldados del Segundo Departamento hicieron lo mismo, excepto los dos que continuaban apuntando al equipo de Jia con los subfusiles.

—¿Está usted loco? —le preguntó el gobernador con un tono enfadado. Shao Quan era un hombre mayor que ejercía su autoridad a la manera tradicional. Con setenta y cinco años, Shao era el doble de viejo que cualquiera de los que se encontraban en aquella estancia; una capa de pelo fino y grisáceo cubría su cabeza redondeada y oscurecida por el sol de California. Llevaba un traje oscuro, chaqueta azul y corbata del mismo color.

Jia continuó mirando al frente, manteniendo el saludo al general Zheng. Sabía que no podía permitir que su agitación se hiciera visible. Sin embargo, se percató de que cuatro de los guardaespaldas personales del gobernador Shao también habían entrado en la estancia, apuntando hacia el suelo con los rifles de asalto.

—¡Nos ha costado usted varios años de trabajo! —gritó Shao—. ¿Y por qué? ¿Por fanfarronería y venganza? ¡Es usted un idiota! —Miró con desprecio hacia la insignia que Jia portaba en el cuello, sorprendido quizá por el hecho de que un coronel pudiera ser tan ambicioso.

«Cada segundo que nos hagan perder es una nueva oportunidad para que algo salga mal», pensó Jia.

—¿Acaso pretende matarlos a todos? ¿Qué está usted disparando contra los estadounidenses? —Shao señaló a los monitores y después giró el brazo hacia el general Zheng, como si también quisiera incriminarle—. Nuestras tropas no están preparadas. ¿Se da cuenta de lo que una nueva guerra podría significar ahora mismo?

—Señor —dijo Jia, dirigiéndose al general.

El gobernador Shao continuó gritando.

—¡Apáguenlo todo! —ordenó a los soldados del Segundo Departamento. Los militares dudaron por un momento y miraron a Zheng en busca de instrucciones. La voz de Shao se convirtió en un chillido estridente—. ¡Vamos! ¡Muévanse! Desconecten los ordenadores y lleven a estos hombres a la sala de interrogatorios.

Shao enfatizó la palabra «hombres» mientras miraba fijamente a Dongmei. Ella

era la única mujer de la estancia. Permanecía de rodillas, igual que todo el equipo de Jia, excepto él mismo, lo cual la hacía sentirse aún más indefensa. Estaba temblando, aunque conseguía disimularlo bastante bien. La cara de Dongmei era inexpresiva y tenía la espalda erguida, aunque el flequillo temblaba sobre sus ojos oscuros.

El rostro anciano de Shao estaba henchido de poder, y Jia sintió ira y desprecio ante la idea de que uno de sus técnicos fuera separado del resto del equipo por cualquier razón. No permitiría que abusaran de ella.

—Señor —dijo, mirando al general Zheng a los ojos.

—Puede que aún no sea demasiado tarde para evitar que los estadounidenses tomen represalias —dijo Shao. El gobernador se dirigió hacia Zheng, aunque parecía como si estuviera ensayando un discurso público—. Se trata de una operación clandestina que hemos detenido de forma inmediata —dijo—. Los responsables serán castigados con severidad.

El general Zheng rondaba los cuarenta años y era más fuerte que el gobernador Shao, aunque no estaba tan moreno. Sin embargo, su rostro también estaba lleno de arrugas, especialmente alrededor de los ojos, lo que le daba un aspecto escéptico e inteligente. En aquel momento no estaba interesado ni en Jia ni en Shao. Caminaba entre los aparatos electrónicos, moviendo la mirada de un monitor a otro. Sentía curiosidad. Jia disimuló una sonrisa. El gobernador Shao era el civil con más poder de todo el hemisferio occidental, pero California era un estado militar y el general Zheng podía invalidar su autoridad si lo consideraba necesario...

Shao apremió a Zheng con una sola palabra.

—General —dijo.

Zheng levantó la vista y asintió.

—Debemos actuar con rapidez antes de que se produzcan represalias —dijo Shao—, y no sólo procedentes de Norteamérica, sino también desde casa.

—Sí —respondió Zheng.

La decisión del general ya había sido tomada. Tras hacer un gesto a las tropas, varios soldados se dirigieron a toda prisa hacia los ordenadores y los monitores. Yi fue tan imprudente como para interponerse en su camino, bloqueando el paso al soldado que avanzaba primero. Éste le golpeó en la cara con la culata del subfusil y le hizo caer al suelo. Otro hombre tiró de Dongmei y le agarró la hebilla del cinturón para introducirle la mano en los pantalones. El soldado emitió un gruñido, no por el esfuerzo de levantar aquel cuerpo tan delgado sino por el efecto de algo mucho más fuerte que crecía dentro de él. Lujuria. No habría piedad con el equipo de Jia.

Shao y Zhang pensaban que de algún modo podrían compensar el agravio de aquel ataque y continuar con el pacto de no agresión con Estados Unidos y Canadá. Y creían que, en parte, podrían conseguirlo castigando a Jia y a los técnicos de manera ejemplar.

«Demasiado tarde», pensó Jia.

6

La nueva guerra fría era insostenible. Los políticos podían adoptar la postura que quisieran, pero la realidad era que ningún bando tenía recursos para mantener aquella situación de forma indefinida. Antes o después alguien tendría que tropezar, y el coronel Jia era de los que pensaban que debía ser su propio bando.

Sí, los estadounidenses habían estado al borde de la derrota antes del alto el fuego. Habían sufrido pérdidas muy numerosas. Pero con el final de la lucha, el Ejército Popular de Liberación había sufrido una de sus derrotas militares más aplastantes. El alto el fuego no fue un punto muerto. Supuso un desastre tremendo debido al alto precio que debió pagar sólo para alcanzar aquella distensión. Tras las guerras, el ejército quedó integrado por una ingente cantidad de veteranos y por fuerzas de élite como los Halcones de Asalto de Jia; pero cada día que pasaba su fuerza disminuía un poco más.

A pesar de que ambos lugares estaban separados por más de mil kilómetros, California se vio muy afectada por el ataque nuclear sobre Leadville, Colorado. Todas las fallas de la costa Oeste entraron en actividad. Las grandes áreas metropolitanas de San Francisco y Los Ángeles fueron destruidas. Los tsunamis hicieron que el océano se tragara la tierra. California quedó reducida a una aglomeración de tierras áridas y de zonas totalmente desérticas, especialmente en el sur, donde se concentró la mayor parte de las tropas chinas. Antes de la plaga, el Estado Dorado había conseguido mantener la población gracias a un complejo sistema de depósitos y canales de agua que se extendían a lo largo de cientos de kilómetros, pero pronto todo aquello quedó reducido a escombros.

Ni rusos ni chinos desembarcaron en California hasta que los terremotos más fuertes hubieron cesado. Entonces lograron hacerse con reservas de alimentos, combustible, herramientas, vehículos y munición, aunque las herramientas no estaban calibradas para sus equipos. La munición no funcionaba con sus armas ni los proyectiles servían para sus piezas de artillería o sus aviones. A corto plazo no hubo ningún problema. Durante las primeras semanas de la guerra operaron con escuadrones de pilotos chinos en aviones estadounidenses. Las tropas de infantería avanzaron por tierra en vehículos civiles y en camiones del ejército estadounidense, apoyados por sus propios tanques y su propia artillería. Era necesario continuar con los ataques mientras los estadounidenses se batían en retirada, y la guerra relámpago resultó ser todo un éxito.

Entonces la paz comenzó a presentarse como algo más difícil. Pronto se vieron muy superados en número. Menos de un mes después del alto el fuego, los rusos comenzaron a evacuar a su gente de vuelta a la madre patria antes de que el enemigo volviera a cruzar las fronteras, dejando únicamente una dotación de quince mil

pilotos y soldados de infantería para poder utilizarlos como moneda de cambio contra Estados Unidos. Los chinos redujeron sus fuerzas de ocupación a la mitad, haciendo que ciento cincuenta mil héroes de la República Popular tuvieran que hacer frente a varios millones de estadounidenses.

Desde entonces, los estadounidenses sólo habían conseguido restablecer unas pocas bolsas de industria pesada, pero eso era más de lo que los chinos habían prosperado entre las ruinas de las ciudades del este. No tenían capacidad suficiente para enfrentarse a una carrera armamentística. Ya resultaba demasiado difícil defender el territorio ocupado. Necesitaban agua. Necesitaban infraestructuras. Los enjambres de insectos eran una buena fuente de proteínas, pero a su vez hacían imposible el cultivo de trigo y arroz. En su lucha contra las hormigas perdieron tanto sustento como el que habían obtenido. Además, las tropas de ocupación recibieron órdenes de extraer el valiosísimo crudo de los numerosos yacimientos petrolíferos de California, por lo que tuvieron que reconstruir todas las refinerías y torres de perforación. Mientras tanto también debían hacer frente a las bajas que sufrían constantemente en las escaramuzas fronterizas.

Jia no diseñó la plaga mental él solo. Ni siquiera conocía la ubicación de los laboratorios, pero aun así fue uno de los oficiales que propusieron aquella acción antes incluso de la invasión de Estados Unidos. El MSE y el Partido Comunista tenían casi un siglo de experiencia en lavados de cerebro, adoctrinamiento, psicopatología, neurología y control de la población. Bajo la apariencia de investigaciones médicas normales, sus programas armamentísticos también habían realizado exhaustivas investigaciones con enfermos de Alzheimer y Parkinson.

La plaga mental era un arma que no derramaba sangre, y combinaba varias disciplinas que la convertían en la herramienta perfecta. Durante años, Jia fue un defensor acérrimo de su potencial.

Y aquella noche había sido él el encargado de liberarla.

Jia esperaba haberlo hecho mejor. Si todo hubiera salido bien, el ataque habría terminado antes de que a las unidades de contrainteligencia del MSE les llamara la atención el elevado número de aviones que estaban despegando de Los Ángeles con órdenes nuevas, y mucho antes de que siguieran el rastro hasta el laberinto de búnkers militares. Tenía la intención de abandonar el subterráneo una vez que el ataque hubiera terminado, y dejar que algún oficial superior se apoderara del mérito.

Sus órdenes nunca especificaron quién sería ese hombre. Supuso que no podría ser Shao Quan, pero no resultaba descabellado que el gobernador, igual que Jia, también trabajara para el Sexto Departamento. Todos los oficiales y políticos del MSE habían sido reclutados por una u otra habilidad. Entre las Fuerzas de Élite, incluso los oficiales más jóvenes tenían también cargos dentro de la agencia de inteligencia, y debían responder ante dos superiores. Jia había sido instruido para

obedecer al gobernador Shao si éste se dirigía hacia él empleando el código adecuado. Pero en lugar de eso, parecía que la naturaleza compartimentalizada del MSE había actuado en su propia contra. Jia no podía estar seguro de eso cuando Shao o Zheng se unieron a las tropas del Segundo Departamento que habían ido tras él, pero después de que echaran la puerta abajo, el mejor escenario posible sería que el general Zheng llegara tarde e intentara evitar que el gobernador interviniera. Ésa era la razón por la que Jia había esperado; pero parecía que Zheng no formaba parte de la conspiración.

Antes de que los soldados del Segundo Departamento destruyeran los ordenadores de forma irreparable, Jia murmuró una frase dirigida al general.

—La lluvia otoñal es fría y dulce —dijo.

—¡Alto! —gritó Zheng.

Los soldados se detuvieron al instante. Había un monitor hecho añicos en el suelo. El sargento Bu tenía un ordenador portátil entre las manos y había otro hombre que sostenía una maraña de cables, aunque aún no habían infligido ningún daño de consideración al equipo.

El rostro bronceado del gobernador Shao se llenó de terror cuando Jia y Zheng se miraron mutuamente.

—¡Represento al Partido Comunista! —dijo Shao. El anciano comprendió entonces la traición de Jia como directivo del MSE. Sabía lo que estaba ocurriendo, pero intentó luchar de todas maneras—. ¡Soy el gobernador! ¡Deben acatar mis órdenes!

Los guardaespaldas de Shao levantaron los rifles sólo para comprobar que había una docena de subfusiles apuntando hacia ellos. Los soldados del Segundo Departamento habían reaccionado con la misma velocidad, y les superaban en número con una relación de tres a uno.

—No —suspiró Dongmei, dirigiéndose a ambos bandos. Su voz suave sonó como un contrapunto extraño a las voces masculinas.

—Que nadie dispare —dijo Zheng.

—¡Obedecedme! —gritó Shao, señalando hacia el equipo electrónico—. ¡Desconectadlo!

—Las lluvias dejan paso al invierno —dijo Zheng.

—Pero el invierno siempre llega antes que la primavera —añadió Jia para completar el protocolo.

Nadie se movía. El portátil que Bu tenía en las manos emitió un pitido, y sobre el suelo, Yi se llevó la mano al rostro ensangrentado. En algún lugar del búnker, un zumbido sonó a través de unos auriculares.

Zheng se giró hacia el gobernador.

—Apresadlo vivo —dijo, señalando a Shao. Acto seguido, despidió a los

guardaespaldas del gobernador con el mismo gesto brusco de desprecio.

Los hombres de Shao sólo pudieron gritar cuando los subfusiles abrieron fuego. Uno de ellos consiguió efectuar un disparo hacia la masa de uniformes negros, abatiendo a tres de ellos. Después todo hubo terminado. Varios soldados del Segundo Departamento esposaron a Shao mientras los demás atendían a los muertos y heridos. Uno de ellos no paraba de gritar, cubriéndose el hueso astillado que le salía del hombro.

Entre todos aquellos uniformes negros, Jia se fijó en uno en particular. El sargento Bu había dejado caer el ordenador portátil para poder desenfundar el arma y correr a proteger al general Zheng.

—¡Ten más cuidado! —gritó Jia. Bu había cargado hacia la derecha de los guardaespaldas, y el propio Jia sintió una angustia indescriptible al ver cómo conseguía esquivar una bala por milímetros.

Entonces se dio cuenta del peligro que entrañaba mostrar sus emociones.

—Bastardo inútil, si has roto ese ordenador, ¡te enviaré a los campos de trabajos forzados! —añadió. Había encontrado otra razón para reprender a aquel hombre. ¿Acaso estaba sobreactuando? No. Todo el mundo estaba muy agitado, y sólo prestaban atención al soldado herido o al gobernador Shao—. ¿Cómo te llamas? —gritó.

—Señor, yo sólo cumplo órdenes del general —contestó Bu, prolongando aquel intercambio tontamente.

Jia estuvo a punto de golpearle. Incluso llegó a levantar el puño. Pero en los ojos oscuros de Bu pudo distinguir un afecto y una aflicción inconfundibles. El corazón de Bu también había sufrido en aquel intercambio de disparos a corta distancia. De hecho, Jia se preguntó si Bu habría corrido a proteger al general Zheng o a protegerle a él.

Jia se giró, dándole la espalda a su amante, y continuó dando órdenes a su equipo.

—Que todo el mundo regrese a sus puestos. Confirмен todos los contactos. Teniente Cheng, si su puesto está inoperativo, quizá deba cederle el control de sus aviones a los demás.

—Ayudadles —dijo Zheng, dirigiéndose a Bu y a los dos soldados que estaban más lejos del charco de sangre—. Coronel, ¿qué más podemos hacer? Tenemos que dar la voz de alarma a las tropas. Imagino que habrá más mensajes que deba enviar.

—Señor, sí, señor. Transmitemos las órdenes ahora mismo —respondió Jia—. Con su permiso, permítame restablecer el control de los ataques antes de explicarle la situación.

—De acuerdo —respondió Zheng.

Jia realizó de nuevo el saludo militar, admirando el autocontrol de Dongmei mientras los soldados del Segundo Departamento les ayudaban a restablecer todos los

aparatos electrónicos. Dongmei no había entrado nunca antes en combate. Su pecho se hinchaba bajo el uniforme mientras lo cubría con su esbelta mano para intentar tranquilizarse... pero fue el contorno de los hombros de Bu y la silueta de sus caderas esbeltas lo que hizo que Jia apartara la vista de los miembros de su equipo.

Aquel hombre realmente se preocupaba por él. Jia estaba sorprendido. Había pensado que aquélla era una relación de conveniencia. Por lo que sabía, no había nadie como ellos dos en todo Los Ángeles. Fue un verdadero alivio poder encontrar a Bu Xiaowen, incluso aunque Jia se sintiera avergonzado de lo que hacían juntos. Ahora se sentía avergonzado por otra razón, por pensar que hasta entonces había rechazado la posibilidad de tener algo más profundo y duradero. Por suerte, no había tiempo para recrearse en esa idea.

—Coronel, he perdido contacto con los vehículos aéreos no tripulados —informó Yi.

—Señor, hay más cazas enemigos despegando desde Wyoming —añadió Huojin.

—Mis sistemas están bloqueados, señor —dijo Dongmei, posando la mano sobre el ordenador portátil.

—¿Han alcanzado nuestros aviones los objetivos? —preguntó Jia mientras se sentaba en su propio puesto. Hacía ya tiempo que debían haber enviado las nuevas coordenadas a las cámaras orbitales, y le preocupaba la situación de los vehículos no tripulados de Yi. Su equipo no controlaba aquellos artefactos de forma directa. Jia no contaba con los recursos suficientes—. Póngase en contacto con las unidades de las Fuerzas Aéreas encargadas de controlar esos vehículos —le dijo a Yi.

Conforme hablaba, Jia se atrevió a lanzar una nueva mirada hacia Bu, que estaba ocupado tratando de colocar los cables que había en el suelo. Normalmente pasaban días antes de que tuvieran oportunidad de hablar en privado, incluso aunque fuera un simple intercambio de palabras casuales. Sus encuentros físicos eran aún menos comunes, y Jia se preguntó cuándo podrían volver a tener uno.

Entonces se topó con los ojos inquisitivos del general Zheng.

Si alguna vez hubo una nación preparada para superar un holocausto e imponerse a sus rivales, ésa era la China del siglo XXI. Incluso antes del fin del mundo, ya era un país repleto de jóvenes desesperados.

A finales de la década de 1970, el Partido Comunista introdujo una serie de leyes para controlar a la población, recogidas en la denominada política de un solo hijo. Aunque contaron con una amplia oposición, aquellas leyes consiguieron evitar más de cuatrocientos veinte millones de nacimientos. Una pareja, un hijo. Era la única forma de garantizar la educación y la atención sanitaria a toda la población, y de hacer que la República Popular pasara de ser un estado de campesinos a una potencia tecnológica. Su población se había disparado después de la segunda guerra mundial, haciendo que la nación más grande del planeta corriera el riesgo de colapsarse desde

dentro. Dar cobijo y alimento a todo el mundo se convirtió en la principal industria del país, y fue la razón por la que China avanzó muy por detrás de otros países desarrollados en cuestiones como la carrera espacial, la carrera nuclear o la modernización de los ejércitos; pero transcurridos cuarenta años, esas leyes consiguieron cambiar a la República Popular de un modo que nadie había previsto. Los abortos forzados y las esterilizaciones eran medidas comunes que las autoridades locales reforzaban para cumplir con las estrictas cuotas de nacimientos impuestas desde Beijing. Muchas familias también decidían abortar fetos de sexo femenino, guiadas por la preferencia de herederos masculinos para que hicieran perdurar un apellido familiar, un negocio o un puesto en la sociedad. Muchas niñas fueron víctimas de infanticidios y abandonos.

En numerosas zonas había muchos más hombres que mujeres, y en ocasiones se llegó a alcanzar una proporción de cinco a uno. Las mujeres homosexuales eran especialmente relegadas al ostracismo, por miedo a que las lesbianas robaran todos los vientres de China. Los hombres soportaban una gran presión por miedo a decepcionar a sus antecesores.

Durante su infancia, Jia Yuanjun no comprendía qué le pasaba. De hecho, pronto se dio cuenta de que estaba muy por encima de la media. No se sentía debilitado por aquella ansiedad que afectaba a los demás chicos de su clase. Se sentía cómodo sin chicas. Sus compañeros no. De manera que mientras los demás discutían entre ellos y buscaban algo que no podían encontrar, Jia pudo centrarse en sus estudios y en sus profesores.

Su carrera dentro del Ejército Popular de Liberación era respetable y cubría sus necesidades básicas, lo que le permitía enviar dinero a sus padres. Como teniente prometedor que era, cuando apenas contaba con veinte años, el MSE se fijó en él. Las agencias de inteligencia siempre habían tenido mucho interés en reclutar a jóvenes sobresalientes, pero por entonces Jia ya había comprendido que tenía un terrible secreto. Los encuentros furtivos que tantos de sus compañeros de escuela habían experimentado, no sólo en busca de un alivio físico sino también con el fin de desarrollar relaciones afectivas, también habían estado repletos de amenazas y juegos de dominación. Los chicos que confesaban su condición eran expulsados del ejército. Pero lo que era aún peor, cuando el Partido difundiera su oprobio, aquella mancha les negaría cualquier puesto bien remunerado en las ciudades.

Y aún había otro riesgo más. Los preservativos eran muy caros. La mayoría de los encuentros eran sin protección. El sida estaba muy extendido por toda Asia, y si Jia daba positivo, le resultaría muy difícil explicar el porqué, sería una doble sentencia de muerte. No había ninguna cobertura médica para un oficial licenciado con deshonor.

Sin embargo, a pesar de sus reservas, se sentía atraído hacia sus amigos. ¿Era sólo la suerte lo que había impedido que fuera traicionado? ¿O era su verdadera naturaleza

lo que le permitía tener relaciones en las que ambos se volvían vulnerables y comprometidos? Jia era capaz de dar mucha ternura, lo que iba en contra de la actitud dura y masculina de muchos. Se sentía humillado al pensar que su yin era muy fuerte, pero el impulso resultaba irresistible. El sexo estaba bien, pero el amor era mejor. Jia también había comprobado que con frecuencia eran las relaciones más insensatas las que hacían que un hombre denunciara a su compañero de forma anónima. Jia se sentía más seguro al comprometerse con sus novios. Todos ellos tenían el destino de su compañero en sus manos, pero con frecuencia eran aquellos que sentían repugnancia hacia sí mismos quienes se volvían más crueles y destruían a sus amantes.

En la antigua China apenas había represalias contra las relaciones homosexuales. Siempre que un hombre cumpliera con sus deberes como marido y como padre, lo que hiciera después era cosa suya. Esa actitud cambió durante la revolución cultural. El Partido Comunista tachó a los homosexuales de desviados y de amenaza para la sociedad ideal. Los hombres que confesaban su inclinación eran encarcelados y en ocasiones ejecutados.

Esa persecución comenzó a perder intensidad en el siglo XXI. La sodomía dejó de estar criminalizada y la homosexualidad se eliminó de la lista de trastornos mentales. Sin embargo, tanto el Partido como el ejército continuaron aferrándose a las ideas más conservadoras de la revolución.

La plaga de máquinas provocó que lo peor de aquella era saliera de nuevo a flote. En las montañas no había suficiente espacio para todos. Gran parte de las minorías chinas desaparecieron. El sutil racismo de la etnia Han se convirtió en un mecanismo de supervivencia claro y despiadado. El Partido Comunista resucitó todos los viejos prejuicios, eliminando a cualquier sospechoso.

Jia no era un activista. Incluso antes del apocalipsis jamás habría podido actuar en contra de su país. La parecía algo fútil. No era un cobarde. Era lo suficientemente inteligente como para ver hacia dónde iba la corriente. Sabía que la mejor manera de asegurarse la supervivencia era hacerse indispensable. El Partido podía pasar por alto delitos menores si el que los cometía demostraba ser leal y trabajador. Jia era consciente de la ironía. Estaba dispuesto a darle a China todo lo que tenía precisamente porque China no lo quería todo de él, sino sólo su resistencia y su inteligencia.

También era consciente de que un papel destacado en el desarrollo de los nanos le convertiría en objeto de una intensa vigilancia. El MSE debía de haber interrogado a todo aquel que sirvió junto a él en algún momento. Muchos de aquellos hombres ya estaban muertos, pero ¿y si el MSE descubría a un antiguo amante? ¿Y si hablaban con alguien que sospechaba de él? Durante semanas, Jia temió ser descubierto. No quería perder su oportunidad, pero aun así pensaba que quizá lo supieran. Tenían que

saberlo.

La plaga mental era una apuesta arriesgada. Su propia gente no podía ser informada de aquel ataque precisamente porque podía no salir bien. Jia sabía que, aparte de unos pocos ensayos, los nanos aún no habían sido probados, de modo que el trabajo no sólo requería un oficial de alto rango sino también alguien que actuara movido por un miedo terrible y una gran ambición. Él era el candidato ideal. Si algo salía mal, no les costaría deshacerse de él, le tacharían de advenedizo y de homosexual. No habría defensa posible. Jia sería considerado como un fracaso y sería ejecutado.

—El Gobernador no es estúpido. Es cierto que nuestras tropas no están preparadas —dijo el General Zheng.

—Señor —respondió Jia—, todo está saliendo según lo previsto.

Zheng se giró para mirar de nuevo los monitores.

—¿Ésos son los nanos? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Qué es lo que hacen?

—Nuestra gente los diseñó para que afectaran a la estructura básica del cerebro, señor. Partiendo de ahí, ataca a los lóbulos frontales.

—¿De modo que es mortal?

—No, señor. Es un arma que no derrama sangre. Quiero decir que no destruye tejidos. Los nanos simplemente se sitúan en las hendiduras sinápticas y afectan a la memoria y al sentido del tiempo. Ahora mismo los estadounidenses están terriblemente confundidos.

La probabilidad de daños más elevados era muy alta, por supuesto. Al obstruir millones de receptores cerebrales para bloquear los impulsos electroquímicos que se transmiten entre las sinapsis, la plaga mental no sólo dejaba a sus víctimas aturdidas y agitadas, sino que en ocasiones también podía causar daños permanentes.

—¿Y si cambia la dirección del viento o si los nanos consiguen llegar hasta China? —preguntó Zheng.

—Nosotros somos inmunes, señor.

—¿Estás máquinas son capaces de diferenciar la genética racial?

—No, señor. Nos han inoculado inyectándonos la vacuna.

No existía ninguna diferencia entre los cerebros orientales y los occidentales. Sin unos nanos diseñados para protegerlos, la plaga los habría atacado a todos.

Dos semanas antes, Jia fue uno de los primeros en recibir las inyecciones hipodérmicas que le inocularon un fluido supuestamente rico en nutrientes. La orden de lanzar la plaga tuvo que esperar hasta que todos los habitantes de la República Popular hubieran recibido la misma vacuna. El MSE también permitió que se vendieran pequeñas cantidades a los rusos en el mercado negro, tanto en Asia como

en California. Por supuesto, esas dosis habían sido alteradas para eliminar la vacuna de su composición, ya que los chinos sabían que las agencias de espionaje rusas no tardarían en vender su propia versión del suero a los europeos como parte de su juego a dos bandas con el enemigo. Los rusos pensaban que aquellas vacunas no eran más que una parte de los estrictos programas médicos chinos, una sopa de vitaminas B pensada para ayudar a sus desnutridos soldados.

—Comprendo —dijo Zheng—. Los estadounidenses se habrían dado cuenta si nos hubiéramos movilizado para avanzar detrás de la plaga. Si el plan no hubiera sido secreto, podrían haber interceptado nuestras comunicaciones.

—Sí, señor —Jia se sintió aliviado. El hecho de que Zheng hubiera llegado a esas conclusiones por sí mismo le evitó tener que revelar tanta información. Era una situación muy delicada. Zheng debía de sentirse muy incómodo al recibir órdenes de un coronel tan joven; ésa era la razón por la que en un principio se puso de parte del gobernador Shao. Jia necesitaba normalizar de nuevo aquella relación lo antes posible—. Puede usted contar con mi lealtad, señor. Mi tarea era simplemente lanzar el ataque —explicó Jia, que además decía la verdad—. Estoy seguro de que pronto recibirá la confirmación.

—¿Ante quién debe usted responder? —preguntó Zheng.

—No lo sé, señor.

—¿Ante el general Quin?

—Le juro que no lo sé, señor.

—Pero a pesar de eso, su operación incluye docenas de unidades aéreas y terrestres, además de los laboratorios de los nanos. Quiero sus códigos de control.

—Sí, señor.

—¿Quiénes son sus contactos? ¿Son del MSE?

—Sí, señor. El Sexto Departamento, señor. El coronel Feng y el coronel Pan han sido mis comisionados.

Huojin interrumpió la conversación.

—Coronel, los primeros transportes ya están en el aire, señor.

—Continúen con el plan previsto. Tomen la capital —respondió Jia.

Las tropas fronterizas y las Fuerzas de Élite estaban en alerta permanente, de modo que Jia había podido movilizar dos compañías de paracaidistas sin correr el riesgo de llamar la atención de los estadounidenses. Pronto todo el Ejército Popular estaría marchando sobre los desiertos y controlaría el cielo.

—¿Y si se produjera una respuesta nuclear? —preguntó Zheng—. Estos búnkers no están preparados para protegernos contra sus misiles.

—No, señor, pero estamos en suelo estadounidense, y la plaga se está extendiendo con las corrientes de viento. No tendrán tiempo para considerar sus opciones.

En ese caso, los estadounidenses también tendrían que hacer frente a la lluvia radiactiva. Si decidían atacar la costa Oeste, el flujo habitual del viento de oeste a este transportaría la radiactividad hasta sus propios hogares sobre la divisoria continental; y el poder de la amenaza de la destrucción mutua aún estaba muy presente.

—Y son conscientes de que nuestra patria respondería lanzando sus propios misiles —añadió Jia—. Nuestra expectativa es que los estadounidenses duden. Entonces la plaga caerá sobre ellos.

¿Habría habido en toda la historia alguna guerra que se ganara en unas pocas horas? Jia no había aceptado aquel deber por la gloria. Aunque su nombre debía mantenerse en secreto, no pudo evitar estremecerse ante la idea de que algún día sería recordado como uno de los señores de la guerra más grandes de Asia, como Kan, Sun Tzu, o héroes de la propia China como Mao y Chiang Kai-shek.

La guerra de Norteamérica debería haber sido suya desde el principio. Los rusos se habían convertido en una máquina de guerra despiadada durante su lucha en Oriente Medio, pero la invasión masculina del Ejército Popular estaba movida por una motivación mucho más fuerte.

Querían volver a casa.

Querían mujeres.

Norteamérica podía haber satisfecho ambas necesidades, convirtiéndose así en una segunda China. Habían conseguido hacer miles de prisioneros en California, Arizona y Colorado. Para las mujeres, esa situación era menos terrible que para los hombres. El Ejército Popular de Liberación estaba demasiado ocupado como para construir refugios para los prisioneros de guerra, y las reservas de agua en el desierto eran escasas.

Los campos de trabajo acabaron con muchos combatientes enemigos, pero las mujeres se libraron. La mayor parte de ellas habían sido repatriadas como parte del alto el fuego, excepto por las pocas *bù lì zhì* que decidieron quedarse con sus maestros. La victoria habría traído consigo muchísimas más concubinas. Si los ejércitos chinos se hubieran impuesto, habrían sido recompensados con muchas *liēzhide*, esposas de clase social baja, y con una gran mano de obra de esclavos para que se ocuparan de sus granjas y de sus fábricas. Incluso ahora, después del alto el fuego, cientos de mujeres norteamericanas podrían haber dado a luz a innumerables bebés chinos. Finalmente, la República Popular podría dominar el mundo, manchando la pureza de las demás razas. Ese proceso llevaría varias generaciones y daría lugar a infinidad de minorías étnicas, pero Jia podía prever que conseguirían la paz embarazo a embarazo.

La nueva plaga era de efecto inmediato. Algo en lo que Jia podía participar en cuerpo y alma. Y si aquel ataque salía bien, entonces estaría más seguro de lo que jamás había estado, alabado y aceptado por los líderes del ministerio.

Estaba muy orgulloso de su relación con el Sexto Departamento, que no había hecho sino reforzar sus lazos con el Partido Comunista. El MSE usaría la victoria para reforzar su poder, acelerando así su apuesta por unificar a todo el Partido bajo el mando de sus propios generales. Con aquel nuevo liderazgo también pretendían efectuar un cambio de dirección. En un principio, la República Popular había planeado evacuar a todas sus tropas tal y como se había acordado en el alto el fuego. Pero la realidad era que gran parte de Asia había quedado erosionada hasta dejar al descubierto el manto rocoso, igual que el Medio Oeste norteamericano. Sólo las franjas costeras y las montañas eran habitables. La capacidad que China tenía para acoger y alimentar a otros ciento cincuenta mil soldados era la misma que esas tropas tenían para sobrevivir por sí mismas en la California ocupada.

La plaga mental era la única respuesta posible para las tropas que habían sido abandonadas. Necesitaban conquistar Norteamérica o morirían. Estaban a punto de anunciarse nuevas órdenes junto con la noticia del ataque de Jia.

Habían recibido instrucciones de no regresar jamás a su patria.

A mil trescientos kilómetros de Los Ángeles, en el asentamiento de Jefferson, también había pocas cosas que eran lo que parecían. Cam estaba en el extremo norte del asentamiento con la cabeza dándole vueltas; miraba hacia las cabañas cuando en realidad su tarea consistía en controlar las vallas que había más allá de su hogar. El viento le agitaba la capucha, tranquilo y siniestro. Trató de ignorarlo. Se había asegurado la máscara y las gafas protectoras alrededor del rostro. Sus manos parecían más gruesas protegidas bajo unos viejos guantes de cuero. Tenía las muñecas y la parte inferior de los pantalones sellados con cinta aislante. Aun así se sentía desprotegido. El viento era como una voz que sonaba a sus espaldas. Un susurro que chocaba contra la coraza, frío y persistente, y que marcaba cada pliegue de las mangas y del cuello.

La oscuridad era total. La única luz que brillaba era la de las estrellas; pero aquellas tinieblas estaban repletas de tecnología. Casi todos los hogares de Jefferson tenían electricidad, incluso aunque sólo tuvieran unas pocas bombillas. Algunos hombres habían sacado lámparas, preparándose para iluminar el perímetro hasta la salida del sol. No estaban indefensos. Tenían una ametralladora M60 y un lanzagranadas del ejército ruso, además de docenas de rifles, carabinas, armas cortas y radios militares.

—Aquí número uno —dijo Greg a través de los auriculares. Estaban inspeccionando el perímetro en sentido de las agujas del reloj.

—Dos —respondió una mujer.

—Tres.

El sonido se repitió a lo largo de los once puestos de vigilancia hasta llegar a Cam, en el puesto más al norte.

—Doce —dijo.

—Trece —añadió Bobbi.

Dentro de la primera cabaña que habían sellado, Bobbi seguía controlando la radio Harris y la red local a través de los auriculares y de los *walkie-talkies*. Durante casi una hora habían estado confirmando el estado de cada uno de ellos cada diez minutos. Tenían miedo de volverse los unos contra los otros de nuevo. De hecho, ya había habido una explosión de luces y gritos en la estación número ocho, cuando las baterías de David comenzaron a fallar y la gente de las estaciones siete y nueve pensó que tendrían que dispararle.

Uno de los guardias llevaba una mascarilla de pintor de doble cartucho. Otros tres llevaban chalecos antibalas, que resultaban inútiles contra los nanos pero podían salvarles la vida en combate. La decisión estaba tomada. Jefferson estaba en cuarentena. Incluso aunque pareciera normal o necesitara ayuda, los guardias tenían

orden de advertir o matar a cualquier intruso que apareciera entre las colinas; la prioridad era defender a sus propias familias. Cam estaba dispuesto a participar en una matanza si era necesario, pero había convencido a los demás para mantener el pueblo a oscuras en lugar de iluminar todo el perímetro. «¿Y si aquella mujer vino hasta aquí porque vio el fuego?», les había dicho a los demás. Cam tardaría mucho en olvidar el rostro de Tony con los ojos abiertos de par en par. Parecía que el chico se había quedado mirándole fijamente, tambaleándose atraído por sus gritos.

Había otras maneras de escudriñar la oscuridad. Aún tenían dos visores nocturnos, además del que habían perdido cuando Tony fue contaminado, y las vallas seguían siendo un buen sistema de alerta.

Cam se consideraba un hombre honrado. Desde la guerra se había convertido en un líder público, igual que Allison. La había apoyado, había cuidado de ella y se había preocupado por la economía y la política de Jefferson simplemente porque pensaba que él también podría ser de gran ayuda. Pero ahora gran parte de esa persona había desaparecido. El superviviente había regresado, sus instintos y sus viejas heridas habían vuelto a imponerse sobre la mente fría y racional del político.

Se había parapetado en el puesto más al norte del perímetro defensivo de Jefferson por una razón. Morristown estaba a sólo diecisiete kilómetros en esa dirección. Los nanos se habían apoderado de Allison en cuestión de segundos y habían paralizado todo el lado izquierdo de Marsha, pero incluso aunque la plaga dejara incapacitadas o matara al veinte por ciento de las víctimas, eso dejaría a más de novecientos hombres, mujeres y niños vagando por un asentamiento mucho más grande.

Cam estaba obsesionado por cómo aquella intrusa había llegado hasta allí caminando en contra del viento. Provenía del sureste, donde según sus mapas no había ningún asentamiento. ¿De dónde había salido? ¿Acaso formaba parte de un grupo de nómadas? Le inquietaba más saber qué harían si la dirección en la que caminaba aquella mujer no era algo aleatorio. Pensaba que quizá iba en contra del viento por la misma razón por la que Tony se había sentido atraído por sus gritos; porque eran un estímulo. De ser eso cierto, la gente de Morristown se movería en dirección noroeste, persiguiendo al viento. De ese modo se alejarían de Jefferson. Perfecto. Pero ¿cuánto tiempo pasaría antes de que los nanos llegaran hasta ellos? ¿Y si la plaga se había originado en Utah o en Idaho?

La noche debía de estar salpicada de veneno, y Cam se percató de que respiraba con exhalaciones muy breves, tratando de reprimir uno de los instintos más básicos. «Si respiras, mueres», pensó, tratando de luchar contra un desafío imposible. Lo mismo había ocurrido con la plaga de máquinas. No había forma de detener a los nanos. En lugar de dejarse llevar por el pánico, dejó que el peso del M4 le presionara las manos. Quería ahorrar energía. A pesar de todo, se sentía inquieto por estar allí

solo en medio de la noche, con la vista oscurecida por el tono marrón de las gafas, esperando a la muerte.

Las estrellas eran puntos de luz muy débil que temblaban sobre su cabeza. Los edificios a su alrededor eran siluetas cuadradas y oscuras. Los auriculares cobraron vida.

—¿Dónde está Cam? —preguntó una voz de mujer.

—¿Ruth? —respondió él. Podía escuchar las voces de los demás guardias.

—¿Cómo están Michael y...?

—¿Has conseguido...?

—¡Alejaos de la radio! —intervino Greg—. ¡No ocupéis la frecuencia! ¡Dejad que hable ella!

Cam miró hacia el asentamiento. Podía escuchar más voces en la oscuridad. Los dos hombres que había en el puesto número diez estaban discutiendo, y Cam se preguntó cuánto tiempo podrían aguantar. Ni siquiera era medianoche.

—¿Ruth? —preguntó, tratando de discernir el tono con el que la mujer había pronunciado aquellas breves palabras. La conocía demasiado bien. «Malas noticias —pensó—. Tienen que ser malas noticias.»

—Tengo que hablar contigo —dijo Ruth.

Cam podía caminar por el asentamiento sin necesidad de usar una linterna. La disposición era muy simple: diecisiete cabañas dispuestas en círculo alrededor de los cuatro invernaderos, un almacén, un comedor y las duchas. Ni siquiera tenían el nivel de vida suficiente como para dejar diseminados por el terreno juguetes de niños o piezas de motores.

Pasó junto a la pared de sotavento de una de las cabañas para protegerse del viento. Después volvió a salir a la corriente. Le palpaba las piernas y el espacio que había entre los brazos y el pecho, buscando alguna fisura en la ropa. El viento, frío y hambriento, se le arremolinaba por el rostro.

Cam estaba muy asustado. La transición desde aquel momento de tranquilidad hasta la corriente de viento hizo que se detuviera de nuevo en otra zona protegida. Su mente se vio invadida por el sonido de viejos disparos y el rugir de los aviones; la imagen cruda de un hombre tuerto que levantaba una pala a modo de hacha; la visión y el olor de una mujer escuálida que tosía con el rostro cubierto de sangre. También vio la sonrisa de Allison, aunque trató de borrar esa imagen. Los recuerdos que albergaba en su interior eran un infierno crudo y horrible, y no quería que mancillaran lo que más le gustaba de ella.

Volvió a exponerse al viento, sosteniendo el M4 con una mano, inclinando su peso hacia delante como si caminara por un sendero de barro o nieve. Lo cierto era que ya vivían rodeados por otras plagas. Habitaban en las profundidades de un océano invisible, pero todos habían aprendido a ignorarlo como podían. La atmósfera

de la Tierra estaba empapada con el hedor de la muerte. Billones de personas, animales, aves e insectos habían sido reducidos a cenizas por la plaga de máquinas. Reproduciéndose en una espiral infinita, la tecnología Arcos aprovechaba cada mota de carbono y de hierro para replicarse, desintegrando megatonnes de materia viva y convirtiéndolos en máquinas microscópicas; máquinas que, a su manera, aún seguían con vida.

La tecnología Arcos buscaría nuevos anfitriones eternamente. Miles de nanos inertes cubrían cada metro cuadrado de tierra en capas más gruesas o más finas, como membranas invisibles. Con cada paso Cam levantaba grandes nubes de ellos. La única razón por la que podían sobrevivir por debajo de los tres mil metros era porque habían conseguido vencerlos. Sus propios cuerpos se habían convertido en pequeñas plantas de procesamiento, destruyendo cantidades insignificantes de la plaga de máquinas cada día. Ruth y sus colegas habían encontrado el modo para protegerlos de los nanos.

¿Podría Ruth lograrlo de nuevo?

«Debes protegerla —pensó—. Si la proteges, quizá todo vuelva a ir bien.»

Su única salvación eran los nanos inoculados en forma de vacuna. En un principio fueron un remedio inefectivo. Pronto se vieron superados. En el mejor escenario posible habrían acabado con la plaga de máquinas en cuanto ésta entrara en contacto con la piel o con los pulmones. Pero la realidad era que su capacidad para anular la plaga era muy limitada y funcionaban mejor contra infecciones activas y de patógenos vivos. Ése era el problema. La plaga necesitaba minutos o incluso horas para «despertarse» después de ser absorbida por un nuevo huésped. Durante ese tiempo podía viajar con mucha más facilidad de lo que se pensaba. Los seres humanos estaban compuestos por kilómetros y kilómetros de venas, tejidos, órganos y músculos; y en cuanto la plaga comenzaba a reproducirse, el pulso del cuerpo humano se convertía en su mayor debilidad, puesto que esparcía a los nanos por doquier.

La primera versión de la vacuna no fue muy agresiva. No podía serlo. Era capaz de replicarse únicamente despedazando a su rival. De lo contrario se habría convertido en una nueva plaga. Ruth la hizo capaz de reconocer la estructura única del motor térmico de la plaga, algo que también compartía la vacuna, y le dio la capacidad de detectar la más mínima fracción de deshecho calórico generada por la plaga conforme ésta se reproducía. Pero aquella primera vacuna siempre estuvo muy por detrás de su hermana. Más pequeña y más rápida que la propia plaga, el primer modelo de la vacuna era capaz de erradicar a su presa, pero sólo después de la caza.

La versión final consiguió superar todas esas debilidades. Se movía por el torrente sanguíneo como lo harían unos anticuerpos diseñados para luchar contra una enfermedad concreta, atacando a la plaga de máquinas antes de que los nanos

podieran actuar.

«Quizá la vacuna pueda reprogramarse para hacernos inmunes a la nueva plaga», pensó Cam.

—Ya estoy aquí —dijo a través del comunicador mientras extendía el brazo para golpear la pared de la cabaña. Entonces se percató de que no estaba protegido del viento. ¿Y si ya la estaba absorbiendo?

—¿Cam? —Amortiguada por el traje de aislamiento, la voz de Ruth sonó apagada—. ¿Dónde estás?

—Estoy junto a la pared —respondió, aunque se había alejado un poco del edificio.

El interior de la cabaña de Ruth estaba sumido en la oscuridad. Incluso de día no parecía diferente de las demás, excepto por el hecho de que tenía menos ventanas que la mayoría; sólo había una pequeña abertura en la sala de estar y otra en la habitación de Eric y Bobbi. Ruth necesitaba suministro eléctrico en todo momento, de modo que su habitación estaba equipada con más tomas de corriente de lo que era habitual, y no tenía ninguna abertura que revelara lo que había en el interior.

Aquella cabaña era el corazón del asentamiento. Ruth dormía en la estancia principal junto a la puerta, donde no había ninguna privacidad, y había convertido su habitación en un laboratorio compartimentalizado con varias cortinas de plástico. Era básico y austero; y cumplía su función. Eric había sido su guardaespaldas principal, el mismo papel que una vez desempeñó Cam. Hacía varios meses que él no entraba allí. Desde que mejoraron el suministro eléctrico, no había tenido una buena excusa para entrar, y se había prometido a sí mismo alejarse de ella por el bien de Allison. Aun así, recordaba haber compartido un vaso de té helado con Ruth y con Eric, sentado en el suelo de la sala de estar junto al pequeño saco de dormir de Ruth y frente al aparador abierto en el que solía guardar la ropa, el cepillo de dientes, un lápiz de labios y un libro. Un pequeño espacio muy ordenado y repleto de objetos personales que él no había vuelto a ver.

—¿Hay alguien contigo? —preguntó Ruth.

Cam echó un vistazo por encima de su hombro; de pronto se sintió incómodo al darse cuenta de por dónde iba Ruth.

—Estoy solo —respondió.

—¿Puedes cambiar de frecuencia? Quiero que hablemos en privado.

—¿Greg? —preguntó a través del comunicador.

—Gilipolleces. Manteneos en esta frecuencia —respondió el antiguo sargento.

La frecuencia comenzó a llenarse de voces.

—¡Tiene razón! —gritó Owen.

—Nosotros os permitimos vivir aquí. Os acogimos cuando nadie quería tener nada que ver con los nanos y ahora queréis esconderos...

Cam apagó la radio y se quitó los auriculares. Después se acercó a la pared y golpeó la madera con los nudillos.

—¿Puedes oírme, Ruth?

Un sonido llegó hasta él desde otra parte de la cabaña, un sonido seco y repetitivo como si alguien estuviera sufriendo convulsiones en el suelo.

—¡Ruth! —gritó, creyendo que Patrick o Michael habrían conseguido romper la ataduras.

Comenzó a correr alrededor de la cabaña, pero se dio cuenta de que no podría romper ninguna de las ventanas ni abrir la puerta. Si lo hacía, la nueva plaga también se apoderaría de él. Pero ¿y si los infectados atacaban a Ruth o le desgarraban el traje? Cam encendió su linterna y dirigió el haz de luz hacia el interior.

—¡Eh! —gritó.

El plástico que cubría las ventanas distorsionaba la luz que provenía del interior. No podía ver más que la silueta alargada del armario, de modo que comenzó a golpear el cristal para llamar la atención.

—¡Ruth!

La intensidad de los golpes aumentó hasta convertirse en un ritmo desigual. Sonaba como si alguien se estuviera golpeando una y otra vez. Cam también pudo escuchar un gemido femenino. ¿Sería Linda? Comenzaron a sonar voces por todo el asentamiento. Vio la luz de una linterna. Entonces se percató de que Ruth estaba gritando al otro lado de la cabaña.

—¿Cam? Cam, estoy bien. ¿Dónde estás?

Cam corrió hasta la otra pared.

—Estoy aquí. Pensaba que...

—No dejan de moverse, sobre todo Linda y Patrick. ¡Están muy inquietos! Les he inmovilizado las manos y los pies, incluso los he atado a la mesa, pero no dejan de moverse.

Cam hizo una mueca, tratando de aplacar la tormenta que se había desatado en su mente. No resultaba difícil imaginársela allí dentro. Ruth estaba atrapada. Un montón de lunáticos y de cadáveres bloqueaban el paso hacia la puerta... y a pesar de todo debía permanecer allí.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Cam.

—¡Sácame de aquí!

—No puedo... No podemos hacer eso.

La voz de Ruth pareció estallar.

—¡Sácame de aquí, Cam! Sé cómo podemos hacerlo. Estoy descontaminando esta sección del laboratorio. Vais a tener que echar abajo la pared.

«¿La pared?», pensó. Aquella cabaña era de madera, como todas las demás, pero habían reforzado el interior del edificio con ladrillos y planchas de aluminio. Cam

supuso que podrían abrir un agujero con palancas y sierras, pero ¿por qué?

—Tienes que quedarte ahí.

—¡Por favor, Cam!

—¿Es que no estás trabajando ahí dentro?

Ruth se limitó a golpear la pared repitiendo el mismo ruido que estaban haciendo los infectados en la otra estancia. Lo hiciera de forma consciente o no, aquel sonido hizo que Cam se sobresaltara.

—¡No podemos construir otro laboratorio! —gritó Cam.

Las ruedas de paletas que habían instalado en el arroyo eran toda una obra de ingeniería. Habían tenido que pedir ayuda a dos tipos de Morristown para que instalaran las ruedas y la maquinaria en el punto en el que la corriente fluía con más fuerza, y tuvieron que darles varias cosechas de maíz a cambio de un generador de cinco kilovatios para transformar toda esa energía en electricidad. Una vez que aquellos tipos se hubieron marchado, Cam, Eric y otros hombres del asentamiento tuvieron que enterrar todos los cables para ocultar la verdadera fuente de energía de la red eléctrica.

Allison y los alcaldes de Libertad y de New Jackson consiguieron equipar a Ruth con un microscopio de fuerza atómica y con un equipamiento muy básico. Los militares tenían informadores en todas partes, pero Allison confió en ellos para actuar en la clandestinidad.

Cam apagó la linterna.

—Sólo ha transcurrido una hora y media, tú puedes hacerlo.

—No puedo.

—Si abandonas tu equipo...

—¡Escúchame! He hecho todo lo que he podido. Este microscopio es muy viejo, Cam. Necesitaré un equipo mucho más avanzado si quiero comprender cómo funcionan estos nanos, sobre todo si queremos encontrar el remedio.

Cam cerró los ojos en medio de la oscuridad. «Era lo mejor que pudimos encontrar, y no tienes ni idea de cuánta comida tuvo que entregar Allison a cambio de todos esos aparatos.»

—No tiene sentido esperar hasta que lleguen los helicópteros —dijo Ruth—. Creo que no tenéis idea del tiempo que me llevaría descontaminarlo todo o abrir un boquete en la pared. ¡Cuando lleguen tenemos que estar preparados!

—No creo que debamos contar con esa ayuda, Ruth.

La mujer hizo una pausa. Entonces volvió a gritar de nuevo.

—¡Dijiste que Grand Lake iba a enviarnos un helicóptero!

—Dije que les había pedido que lo hicieran.

—No puedo... Yo...

Entonces se produjo otro ruido en aquel lado de la cabaña que sonó exactamente

igual que los infectados, como algo inútil y perturbado. ¿Acaso ella estaba caminando de un lado a otro?

—Podrías actualizar la vacuna —dijo Cam.

—¿Con qué? ¡Maldita sea! ¿Con qué? ¿Es que no me escuchas? ¡Casi todo el trabajo que he desarrollado aquí ha sido teórico, Cam! ¡Este equipamiento es pura chatarra!

Por un momento Cam también quiso gritar, pero el fuego que ardía en su interior pronto se apagó. Por segunda vez aquella noche supo lo que Ruth pretendía decir a continuación, aunque intentó huir de ese pensamiento con la esperanza de escuchar algo diferente. Ya había perdido a mucha gente en batallas como ésa.

—¿Y qué ocurrirá con nuestros amigos ahí dentro?

—Mi consejo es que huyamos. Puede que aún tengamos alguna oportunidad de sacarle ventaja a esta plaga si nos vamos ahora. Ahora mismo. Tenemos que alejarnos de Morristown.

Eso era exactamente lo que él había pensado. Y se odiaba a sí mismo por haberlo hecho.

—No todo el mundo querrá marcharse —dijo—. Muchos no se irán nunca, Ruth. Sabes que no lo harán. ¿Qué me dices de Susan y de Jen? Sus maridos están ahí dentro.

—No hay otra salida —respondió ella.

Ruth arañó la pared una vez más.

—¡Por favor! —gritó suplicante. La claustrofobia palpitaba en el interior de su pecho, golpeando y retorciéndose como los monstruos de la habitación contigua. Lo único que quería era salir de allí.

Quería estar junto a él.

—¿Cam? —preguntó desde el interior del caparazón ardiente en que se había convertido la máscara. El traje de aislamiento estaba empapado en sudor. Se estaba asando en su interior. Cada nueva bocanada de aire suponía un terrible esfuerzo, y los extremos del visor se habían empañado, lo cual había creado un punto ciego a la derecha de su campo de visión. El laboratorio era un cubículo blanco iluminado por cuatro bombillas, pero Ruth no cesaba de girar la cabeza creyendo ver la sombra de alguien que no estaba allí.

Sentía cómo el corazón se le salía del pecho cada vez que Patrick daba un golpe en el suelo, despertando los gemidos de Linda, Michael y Andrew, si es que aún seguía vivo. La agitación de Patrick había ido en aumento. Ruth podía imaginar la maraña de cuerpos vivos y muertos que inundaba la habitación contigua mientras Pat se arrastraba entre las siluetas de sus amigos. ¿Y si no lo había atado lo suficientemente fuerte?

Posó los guantes sobre la lámina de plástico que cubría la pared. ¿Qué grosor tendría el muro exterior de la cabaña? ¿Veinte centímetros? Ruth casi podía sentir los tablones de madera, los ladrillos, el aluminio, y de nuevo la madera. Pero entre ella y Cam había otra barrera más fina, aunque mucho más importante: el plástico. El laboratorio era como una pequeña tienda de campaña dentro de aquella habitación blanca, y se preguntó cuánto tiempo podría aguantar el recubrimiento de plástico si Patrick o Michael irrumpían en la estancia. Probablemente no demasiado.

—¡No nos queda mucho tiempo! —gritó—. ¿Cam?

—Lo consultaré con Greg —respondió por fin.

—¡Sácame de aquí!

—Lo discutiré con él, Ruth.

Apenas podía oírle en medio de los resuellos que inundaban la atmósfera viciada del interior de la máscara. En una situación normal se movería muy despacio, tratando de no sobrecalentar el cuerpo, con la certeza de que podría quitarse el traje si fuera necesario. Pero en lugar de eso, parecía que había corrido una maratón. Y lo que era aún peor, su lugar de trabajo estaba infestado de nanos. La pulcritud del laboratorio había sido mancillada.

La estructura de plástico que ocupaba la habitación consistía en dos compartimientos desiguales. El primero estaba protegido por tres de las cuatro

paredes de la estancia, tenía una superficie de dos por dos metros y estaba ocupado por un escritorio, un ordenador portátil, la estructura achaparrada del microscopio y unos pocos aparatos electrónicos. El segundo compartimiento era mucho más pequeño, una esclusa de aire del tamaño de un armario que se extendía justo al atravesar la puerta. Hacía las veces de espacio de descontaminación, y contenía una aspiradora y unas bolsas en las que depositaba los trajes azules que normalmente vestía en el laboratorio, muy similares a los de los hospitales. También había una percha para el traje de aislamiento, que a una persona sola le resultaba prácticamente imposible ponerse sin ayuda.

En su afán por ponerse el traje antes de salir al exterior, Ruth debía de haber desgarrado uno de los sellos que aislaban la cámara de descontaminación y la separaban de la estructura principal. El laboratorio estaba equipado con un kit de emergencia para reparar fisuras en el plástico (no contenía más que un rollo de cinta aislante, un cúter, dos rollos de láminas de plástico, dos cables alargadores y un pequeño soldador), pero no estaba segura de haber podido hacer nada con aquella fisura incluso aunque la hubiera visto antes de volver a entrar en el laboratorio. Además, le habría resultado prácticamente imposible esterilizar el traje. La aspiradora sólo estaba pensada para absorber el polvo, las pelusas y el pelo de la ropa antes de acceder al interior.

También habían instalado otras medidas de seguridad: un sistema de ventilación improvisado y varias lámparas de luz ultravioleta que podían ponerle las cosas difíciles a un nano fuera de control, eso si no lo abrasaban completamente. Ruth pensaba que podía volver a sellar el laboratorio desde dentro y después descontaminar toda la estancia junto con el traje, pero ¿luego qué? Salir por la puerta principal no era una opción válida. Sin el traje, no conseguiría dar más de dos pasos en la habitación contigua, pero con él no conseguiría más que contaminarse de nuevo y se quedaría sin tiempo suficiente para quitárselo antes de que se terminara el aire. Necesitaba ayuda. Y no podía abrir un agujero en la pared ella sola...

¿Y si los de fuera se negaban?

Aquel *déjà vu* le hizo regresar a la Estación Espacial Internacional. El gobierno de Leadville se negó a traerla de vuelta a la Tierra porque era un activo que no podrían reemplazar; no les importó que les jurara que ya no había nada más que pudiera hacer estando en órbita. Ahora se enfrentaba al mismo dilema. La gente de Jefferson estaba aterrorizada, e insistiría en mantenerla dentro del laboratorio; por eso le había pedido a Cam que fuera solo. No hacía mucho, ambos estaban muy unidos, pero ahora ella no podía más que suponer lo mucho que el sufrimiento le había cambiado.

Parecía como si él hubiera estado a punto de sugerir que Ruth debía quedarse dentro para cuidar de los infectados. No había nadie más que se les pudiera acercar.

«Pero podría prestarle el traje a otro cuando esté fuera», pensó.

Tal vez alguien mejor que ella se prestaría voluntario para atender a sus amigos. Por desgracia, a su manera, Ruth estaba tan afectada como cualquier otro superviviente, no sólo por el baño de sangre del que había sido testigo, sino también por los muchos meses que había pasado en soledad dándole vueltas a todo lo que había hecho.

El equipo no estaba tan mal como le había hecho creer a Cam. No había mentido, sólo había exagerado un poco para reforzar su argumento. El microscopio de fuerza atómica era un IBM Centipede exactamente igual al que usaba en Grand Lake. En lugar de tener una única sonda, contaba con un conjunto de cien puntas que funcionaban en paralelo. Cuando consiguió colocar un nano de la nueva plaga sobre la superficie de barrido, Ruth pudo trazar una imagen del aspecto exterior en menos de diecisiete minutos; después comenzó a inspeccionar la muestra en mayor profundidad. Irónicamente, estaba repleta de arrugas y surcos, como el cerebro humano.

No había duda de que podría trabajar mejor en un laboratorio real, con la ayuda de asistentes y con una mayor capacidad de procesamiento de datos; pero también podía continuar allí. Tenía miedo de quedarse allí sola. Estaba llena de energía negativa, lo que no hacía más que aumentar su sentimiento de culpa.

Aquella gente había depositado toda su fe en ella. Habían trabajado muy duro para construir el laboratorio y para cultivar las cosechas de maíz a cambio de las que después consiguieron un compresor de aire Ingersoll Rand. Luego tuvieron que modificarlo para poder recargar los tanques de aire del sistema de respiración del traje de aislamiento, para las pocas ocasiones en las que se lo ponía en vez de llevar las ropas hospitalarias. Incluso habían conseguido hacerse con una lavadora-secadora que instalaron en el edificio de las duchas, y que solamente usaban para lavar la ropa de laboratorio. Todos los demás hacían la colada en el arroyo, incluso las madres con hijos pequeños. Tantas precauciones, cada gramo de coraje y determinación... ¿serían suficientes?

¿Y si era ella el eslabón más débil?

«Eso no es cierto —pensó, discutiendo consigo misma—. ¡No lo es! Debemos movernos antes de que lleguen más infectados al asentamiento. Ellos quieren creer que eso no ocurrirá, pero es inevitable.»

Ruth agarró el *walkie-talkie*. Lo había desconectado para poder hablar con Cam a través de la pared, ya que seguía crepitando con el sonido de otras voces. Interrumpió todas las conversaciones cuando subió el volumen y pulsó el botón de ENVIAR.

—Aquí Goldman. —No había planeado hablar de manera tan formal, pero sus viejos hábitos habían vuelto a salir a la superficie y sabía bien cómo usar aquel tono como un arma, ocultando su remordimiento bajo unas palabras recubiertas de acero

—. Voy a salir.

—¡Espera! —dijo Greg—. ¡Ruth, espera!

—Quiero anunciar lo que he descubierto hasta ahora.

—¿De qué está hablando? —preguntó una mujer antes de ser interrumpida por otra voz femenina.

—¡Déjame coger papel y lápiz! ¿Ruth? Soy Bobbi. Voy a buscar un papel para apuntar.

—Tienes que quedarte ahí dentro —dijo Greg—. Nadie puede hacer ese trabajo por ti.

—Tiene razón —dijo Cam.

—¡Voy a salir! —interrumpió Ruth, pero esta vez percibió menos convicción en su propia voz. Toda su atención estaba siendo absorbida por las palabras que no podía transmitirle a Cam.

«Lo siento —pensó—. Yo también echo de menos a Allison.»

En la habitación contigua, Patrick seguía sufriendo convulsiones, no paraba de dar golpes y emitir gemidos. Ruth se preguntó si se estaría muriendo. ¿Tenía la integridad necesaria como para ir a comprobarlo? ¿Y si no conseguía evitar que se asfixiara o si comenzaba a sangrar de nuevo?

—He hecho todo lo posible con este equipamiento —dijo—. Por favor, creedme. Si hubiera algo más...

Otro hombre intervino en la conversación.

—¿Y qué pasa con Linda y con Michael?

—Alguien puede ponerse mi traje y volver aquí dentro. Los tanques de aire se pueden rellenar, mientras tanto...

—Ruth, eso sería una gran pérdida de tiempo —dijo Greg.

—Mientras tanto, puedo continuar analizando datos en el portátil. ¡Eso es precisamente lo que queréis que haga! ¡Y estar aquí dentro no es seguro!

—Linda nunca... —protestó otro hombre.

—Puedo llevarme el ordenador y el microscopio, pero tenéis que sacarme de aquí.

Cam fue el siguiente en hablar.

—Has dicho que el laboratorio está contaminado —dijo, advirtiendo a los demás.

«Genial, Cam —pensó Ruth—. Tengo que aprender a contar siempre contigo.»

—¿Qué significa eso? —preguntó alguien.

—Ruth, ¿es que los nanos también andan sueltos por ahí dentro? —preguntó Greg.

—De todos modos necesitaréis tiempo para reunir las herramientas necesarias. Yo esterilizaré el equipo, y mientras tanto os contaré lo que he descubierto.

—Pero no hay modo de saber si estás limpia —dijo Cam.

—Sí que lo hay.

—Ruth, eso puede esperar —intervino Bobbi—. Presta atención a lo que estás haciendo, cuéntanos lo que sea cuando estés fuera.

—No, os lo diré ahora —respondió Ruth, luchando contra la claustrofobia; su voz se llenó de emoción—. Voy a quitarme el traje antes de que abráis el agujero en la pared —continuó—, así que hay muchas posibilidades de que no consiga salir de aquí sin ser infectada.

Ruth sabía quién había diseñado la plaga cerebral. Reconocía la autoría del trabajo. Gran parte de aquella tecnología se basaba en los mismos avances de la plaga de máquinas y de los diferentes nanos que llegaron después. La primera plaga fue el paso inicial. Una vez abierta, aquella puerta señaló el camino a seguir por todas las demás.

Por supuesto, el equipo de diseño no la desarrolló con la intención de crear una plaga. Quienes estaban detrás de la tecnología Arcos, unos investigadores llamados Kendra Freedman y Al Sawyer, querían encontrar una cura para el cáncer, y consiguieron resolver dos de los tres principales desafíos de la tecnología nanométrica. Como fuente de energía, los arcos usaban la temperatura corporal del portador. Para conseguir cualquier resultado significativo debían de ser capaces de crear suficientes nanos, por lo que contenían un código de replicación muy eficiente que hacía que un solo nano se dividiera en dos, después en cuatro y después en dieciséis; todo ello en cuestión de segundos.

La vacuna se basaba en la misma tecnología, aunque perfeccionada. No era más inteligente que su hermana. Ésa fue la razón por la que los primeros modelos resultaron imperfectos. La vacuna tenía una capacidad muy limitada para distinguir entre la plaga y otras estructuras moleculares. Eso cambió cuando los equipos científicos de Leadville consiguieron desarrollar la capacidad de la vacuna para pensar. Incrementar la capacidad de decisión de aquellas máquinas microscópicas sin limitar su velocidad operativa no resultó tarea fácil, pero tan pronto como la vacuna fue capaz de dejar atrás a su rival, las fuerzas estadounidenses consiguieron sacar una ligera ventaja a rusos y chinos.

Por desgracia, los nanos eran algo demasiado etéreo como para que Estados Unidos pudiera hacer un uso exclusivo de ellos. La versión final de la vacuna se extendió de forma tan inexorable como la propia plaga. Cada vez que un soldado recargaba su arma, cada vez que el personal de tierra preparaba la munición de un caza, su aliento, su sudor y su sangre quedaban infestados de máquinas microscópicas; de modo que aquel beneficio también llegó hasta el enemigo.

Pocos días antes del bombardeo, Leadville también desarrolló otra clase de nano llamado «refuerzo». Una vez más, su núcleo estaba basado en lo que ya se sabía. Los refuerzos empleaban la misma fuente de energía calórica y podían replicarse a costa

de la plaga de máquinas, pero estos nanos sí contaban con un verdadero principio de inteligencia. El código de discriminación que tanto había ayudado a la vacuna comenzó así a convertirse en algo más profundo.

Los refuerzos estaban pensados para leer el ADN de su huésped y para reforzar esa información genética. En última instancia incluso conseguía corregir y mantener esos códigos. Un hombre de veinte años que recibiera esos refuerzos podría tener siempre veinte años, quedaría inmunizado ante toda clase de virus e infecciones y protegido del deterioro propio de la edad, de una mala alimentación y de lacras genéticas como la diabetes, las enfermedades cardiovasculares o el cáncer. La primera generación estaba muy lejos de todos aquellos objetivos, pero le dio a Ruth, a Cam y a muchos otros una protección suficiente contra la radiación que flotaba en las afueras del cráter de Leadville.

Una vez más, los nanos volvieron a extenderse. Los refuerzos pronto se dispersaron por todo el mundo igual que la propia vacuna, y cualquiera pudo estudiarlos y beneficiarse de ellos. Ruth sabía que había un cuarto modelo de nano completamente operativo, y lo sabía porque era suyo.

Aquel parásito no tenía ningún rasgo benigno. En esencia, era un modelo de refuerzo simplificado y combinado con un nuevo código de discriminación, un mecanismo muy simple diseñado para atacar a la vacuna en lugar de a la plaga de máquinas. Ésa era el arma del fin del mundo que Ruth había creado en Grand Lake. Habría conseguido que todo el mundo volviera a ser vulnerable a la plaga de máquinas y habría arrasado a los ejércitos de todos los bandos antes de que consiguieran protegerse en las zonas elevadas.

Ruth no podía saber qué caminos estaban siguiendo otros investigadores aliados. Pero en lo que a ella se refería, no tenía fuerzas para soportar más muertes. Decidió dejar de lado todos los esfuerzos por crear nanos nocivos y centrarse en desarrollar versiones perfeccionadas de los refuerzos. Quería crear una tecnología médica que no sólo evitara la proliferación de enfermedades, sino que también pudiera sanar heridas, como las viejas cicatrices que cubrían el cuerpo de Cam. Había cientos de miles de personas que sufrían las secuelas de la plaga, y miles de ellas también debían hacer frente a las quemaduras o a los efectos de la radiación. Ruth quería ayudar. Ahora aquella decisión le parecía un terrible error. El otro bando había conseguido progresar mucho cuando era ella la que había tenido capacidad para destruirlos a ellos primero.

—Los nanos son chinos —dijo Ruth por el *walkie-talkie*. Lo había dejado en el escritorio para tener las manos libres y poder trabajar con la lámpara de luz ultravioleta sobre el equipo—. El estilo es muy similar a toda la tecnología china que he visto. No es que haya sido mucha, pero Leadville estudiaba todos los programas enemigos tan de cerca como era posible.

—¿Estás segura, Ruth? —preguntó Greg.

—Sí. Estos nanos son chinos. —Estaba intentando iluminar cada recoveco y cada viga, lo cual era especialmente difícil entre los papeles, el ordenador portátil, los dos microscopios, el galvanómetro y los cables. Tenía que apartar los instrumentos con una mano mientras sostenía la lámpara con la otra.

La luz le quemaba los ojos aunque tratara de mantener el rostro alejado de ella, utilizando la máscara como escudo. El calor púrpura era como un sol en miniatura. El hecho de que Ruth se hubiera centrado primero en el equipo y en el escritorio no era casualidad, ya que la lámpara podría afectar al material del que estaba compuesto su traje. De hecho, si no tenía cuidado, también podía derretir las cortinas de plástico.

Ruth escuchó otro golpe y levantó la cabeza. ¿Provenía del interior de la cabaña? Se giró para ponerse de espaldas al escritorio. Todos los cajones le resultaban sospechosos. Abrió el primero y lo iluminó con la lámpara, utilizando la otra mano para apartar unos pocos lápices, unos clips y una grabadora. El siguiente cajón contenía los apuntes de sus estudios y el tercero estaba vacío. Tenía muy pocas cosas que atestiguaran su presencia en aquel lugar.

—Aún no sé cómo se reproducen —dijo—, pero creo que se basan en la misma tecnología de los refuerzos. El motor calórico es muy similar, incluso la estructura general, aunque ésta es mucho más fibrosa. Son más grandes, más sofisticados. Diría que estas cosas contienen alrededor de dos mil millones de UMA.

Todos conocían aquel acrónimo. Unidades de Masa Atómica. Todos los supervivientes habían acumulado tantos conocimientos técnicos como les había sido posible.

—Si usan el mismo motor calórico, ¿no puedes reprogramar la vacuna para que también les ataque a ellos? —preguntó Bobbi.

¿Qué les habría contado Cam?

—Podemos intentarlo —dijo Ruth—. Aunque son máquinas muy diferentes. También las he sometido a bajas presiones y no parece que tengan un límite hipobárico, de modo que puede que no se autodestruyan por encima de los tres mil metros. —Hizo una pausa y se detuvo sobre el escritorio. Acto seguido, iluminó el *walkie-talkie* con la lámpara, aunque no estaba segura de si el calor derretiría la radio.

Pudo escuchar otro golpe, esta vez procedente del exterior. «Bien.»

—¿Cam? —dijo.

—¿Cómo nos afectan esos nanos? —preguntó Cam.

Ruth sonrió aliviada al comprobar que el *walkie-talkie* aún funcionaba. Pero esa sonrisa pronto se evaporó bajo la luz áspera.

—No lo sé —contestó ella—. Es evidente que afectan al cerebro, puede que también al sistema nervioso. Es algún tipo de arma biológica.

—Reuniré a un equipo de trabajo —dijo Cam.

—Gracias. —«Cielo santo, muchas gracias», pensó Ruth. Entonces desconectó el

walkie-talkie y le dio la vuelta para iluminar la parte de atrás.

No era seguro que el baño de luz ultravioleta pudiera pulverizar a los nanos. Como mucho conseguiría dañar a aquellas máquinas invisibles. Sería más efectivo combinar la luz con rayos X, pero en el pequeño hospital de Steamboat Springs no habían podido encontrar todo lo que necesitaban. Al igual que los generadores eléctricos, hacía mucho que el equipamiento médico más común había sido saqueado. Ni siquiera habían podido comprar un equipo de rayos X en el mercado local.

Tratar de iluminar con aquella luz cada milímetro del traje era una tarea irritante. Los tanques de aire de la espalda casi le aplastaron la cabeza cuando se agachó para iluminarse las botas. Apoyó los nudillos en el plástico del suelo y consiguió apartar la lámpara justo a tiempo. Tuvo que apoyar las rodillas contra el escritorio para no perder el equilibrio, recorriendo con la lámpara cada pliegue en sus piernas, su cuello y sus mangas con una precisión impasible.

A continuación, Ruth pasó la lámpara por su máscara, cerrando con fuerza los ojos para protegerse del calor púrpura. Se retorció para dirigir la luz arriba y debajo de sus tanques de aire, contorsionando su tronco. Finalmente se centró en el recubrimiento de plástico. Actuaba con paciencia, moviendo la luz arriba y abajo como si fuera una brocha.

En la otra habitación, Patrick continuaba arrastrándose por el suelo como un gusano. *Pum, raaaas, pum.*

Linda emitió un gruñido.

—Voy a conectar los ventiladores —dijo Ruth—. Será mejor que os apartéis por si algo sale mal.

—¡Espera, Ruth! —dijo Bobbi.

—¡No! Tienes que contarnos más —intervino Greg casi al mismo tiempo.

—Eso es todo lo que sé. ¿Dónde está Cam?

—¡Esto no es una buena idea!

—Greg, me llevaría días descomponer los nanos con este microscopio, pero he conseguido escanear la superficie. Los datos están en mi portátil. Voy a seguir tratando de analizarlos, pero tengo que salir de aquí.

Esperaba que Cam dijera algo. Cualquier cosa. Le habría gustado escuchar una voz amiga que estuviera con ella. Sólo quería volver a tener contacto con él. ¿Es que Cam no comprendía que podría ser la última vez? Debía de estar ocupado organizando a los guardas y reuniendo las herramientas.

—Os avisaré cuando esté lista —le dijo a Greg. Acto seguido, apretó el interruptor de emergencia que había en el escritorio.

Toda la estancia se estremeció. Ruth estuvo a punto de caer. Las páginas con sus apuntes comenzaron a volar y el plástico se estrió a su alrededor. Detrás de ella, se hinchó como si fuera una vela. La tienda de plástico estaba fijada al suelo, al techo y

a tres de las cuatro paredes mediante infinidad de grapas, pero la esclusa de aire y la zona de descontaminación únicamente estaban unidas al suelo. Aquel extremo de la tienda fue el que más se agitó. Su traje también se estremeció. La parte del pecho se comprimió contra su cuello mientras las mangas temblaban por la fuerza del ciclón.

Había dos marcos de metal que daban forma a la tienda, uno pequeño en el techo y otro más grande en el suelo. Habían instalado un enorme sistema de extracción en el suelo y un compresor de aire en el techo. El ventilador tenía más de un metro de ancho. Eric y Cam lo habían cogido de una imprenta, donde se utilizaba para extraer el aire contaminado. Ahora, introducía aire limpio en la habitación a través de dos aberturas hechas en la base de la cabaña. Habían decidido no instalarlo en la pared para evitar preguntas en caso de que el ejército visitara el asentamiento.

Ruth agitó todas las láminas de plástico que pudo con movimientos rápidos y secos, tratando de hacer saltar a cualquier nano que se hubiera posado sobre la tienda.

De pronto, la cortina de plástico que tenía a la derecha se desplomó, cayéndole sobre el hombro y la cadera. Ruth dejó escapar un grito. El plástico estaba intacto; lo único que se había desgarrado eran las láminas reforzadas de la parte exterior; pero si las demás láminas se soltaban, la tienda podría caer sobre ella como si fuera una red; o incluso puede que se rasgara.

Cualquiera de aquellas dos posibilidades probablemente la mataría.

«No te pares», pensó, juntando las manos mientras miraba hacia el orificio rugiente que tenía sobre la cabeza. Acto seguido, volvió a agitar las láminas de plástico febrilmente.

El marco que habían instalado en el techo de la cabaña era más resistente de lo necesario. Estaba diseñado para soportar el peso de la nieve, pero aquellas vigas también sostenían el compresor de aire y un sistema de conductos conectados a un tanque de almacenamiento del tamaño de un automóvil. Habían encontrado aquel compresor en el almacén de una empresa de tuberías. Estaba propulsado por un enorme motor diésel que habían extraído de un viejo camión Peterbilt, y que habían escondido en un sótano bajo la cabaña después de instalar un cinturón de transmisión y un tubo de escape que iban hasta el techo. Ruth no podía oír el motor por culpa del ruido del ventilador, pero probablemente estaba haciendo que toda la construcción se estremeciera peligrosamente.

El compresor tenía una capacidad de 76.000 metros cúbicos por minuto. Eso significaba que podía extraer todo el aire del laboratorio una y otra vez en cuestión de segundos, pero resultaba imposible asegurarse de que toda la estancia fuera segura. Incluso aunque en el primer minuto se extrajera el noventa por ciento del aire contaminado y en el segundo, el noventa por ciento del aire restante, siempre quedaría una pequeña cantidad en la estancia.

Por desgracia, la tienda no estaba aguantando bien toda aquella presión, y Ruth

también estaba preocupada por el resto del sistema. Si continuaba funcionando a máxima potencia, el compresor podía explotar o los conductos podían comenzar a tener filtraciones. Por eso aquella cabaña estaba situada en el extremo sur de Jefferson; en caso de fuga accidental, el viento la alejaría del asentamiento.

Pero ¿y si no sucedía así?

Exhausta, Ruth se subió al escritorio con una lámina de plástico que había extraído del kit de reparación. Mecida por el viento, se agitaba entre sus manos como si fuera una bandera. Parte del conducto que había en el techo estaba bloqueado por fragmentos de papel; entonces extendió la lámina de plástico y lo obstruyó completamente. Acto seguido, accionó el interruptor de emergencia para desconectar todo el sistema.

El ventilador se paró justo antes de que el motor se ahogara y se detuviera. Ya no había necesidad de mantener la lámina de plástico en su lugar. Había sido absorbida casi en su totalidad y Ruth tiró de los extremos tanto como le fue posible, asegurándolos a la parte superior de la tienda.

Repitió el proceso con otra lámina más grande. Después se bajó del escritorio y examinó el laboratorio con la mirada. La tienda seguía fijada a la pared que había justo detrás de la mesa. Aquél no era el muro que pretendía que perforaran desde el exterior, aunque ahora debería serlo. Fuera de la tienda, la estancia no había sido descontaminada. Tendría que sellar el plástico a la pared antes de que pudieran abrir un acceso.

Encontró el *walkie-talkie*.

—Estoy bien —dijo, inclinándose sobre el escritorio para golpear la pared con los nudillos.

—¿Ruth? —dijo Cam—. Santo Cielo, parecía como si toda la cabaña fuera a derrumbarse.

—Cambio de planes. Necesito que perforéis esta pared. —Dio un nuevo golpe, que recibió como respuesta un sonido seco, como el golpe de una palanca. Debía de haber un grupo bastante numeroso en el exterior.

—¡No! ¡Parad! ¡Parad! —gritó.

—¡Deteneos! ¡Esperad! —repitió Cam—. Tenemos que asegurarnos de que estamos en el punto correcto.

Ruth se alejó un poco de la pared. Sentía nostalgia, miedo y alivio. Cam siempre la comprendía rápidamente, excepto cuando ella trataba de expresarle sus sentimientos; pero había otra razón para pedirles que esperaran.

—Quiero volver a irradiar luz ultravioleta sobre todo el laboratorio —anunció mientras alcanzaba la lámpara—. Dadme diez minutos.

Veinte minutos después comprendió que no hacía más que postergar lo inevitable. Debía confiar en el sistema de descontaminación. Se había quedado sin opciones. No

podía hacer más.

—Cam —dijo a través del *walkie-talkie*. Sabía que todos los demás también estaban escuchando, y que el cuerpo de Allison yacía a unos pocos metros en la habitación contigua. No era el mejor momento para decir nada. Pero aun así había muchas cosas que deseaba confesarle.

—Aquí estoy —respondió Cam—. Estamos listos.

—Esperad a que os dé la señal.

Ruth apagó la lámpara y rasgó la cinta aislante que sellaba el cuello del traje. El calor húmedo que sentía por todo el cuerpo comenzó a salir a borbotones. No pudo evitar contener la respiración y cerrar los ojos, no sólo para protegerlos sino también para saborear el aire fresco que sentía en el rostro.

«¿Habré conseguido extraerlo todo?», se preguntó.

De pie y sola entre aquella maraña de plástico, y separada de él por unos pocos metros, Ruth sólo quería comprobar si había perdido la cordura.

Cuando el rostro de Ruth emergió del orificio que habían abierto en el muro, Cam se mostró dubitativo. Ruth tenía el pelo rizado enmarañado y cubierto de sudor. A la luz de las linternas, su piel parecía tener un color rojo brillante, y tenía los ojos inyectados en sangre. Algunos miembros del grupo se apartaron. Se miraron los unos a los otros mientras Greg apretaba el rifle con fuerza.

—¿Ruth? —preguntó.

—Estoy bien —respondió ella.

En el lado derecho de su rostro podía verse un cuadrado de piel que parecía quemada por el sol. Cam se dio cuenta de que tenía la misma forma que el visor de la máscara. Ruth se lo había hecho con la lámpara de luz ultravioleta.

Tuvo que abrirse paso entre los demás para llegar hasta ella.

—Cuidado —dijo. Cam aún llevaba las gafas protectoras y la máscara, pero aun así Ruth trató de encontrar su mirada en medio de los destellos blancos de las linternas. Entonces ella sonrió y desapareció de nuevo en el interior, dejando tras de sí lo que parecía el ruido de una carcajada.

—¡Espera! —gritó Cam.

La euforia de Ruth parecía fuera de lugar. Cam se preguntó si tendría valor para golpearla si su rostro volvía a resurgir por aquel orificio. ¿Estaría infectada? «Al menos puede hablar», pensó.

—Tomad —dijo Ruth, dándoles el portátil a través del agujero. Sus manos dibujaron un gesto en el aire y después desaparecieron. La silueta negra del ordenador Dell habría caído al suelo si Cam no hubiera soltado la palanca para sostener el portátil.

A través del orificio del muro pudo ver el laboratorio y la tienda de plástico. Ruth estaba muy cerca de él, agitando las cosas que había sobre el escritorio con movimientos secos y apresurados. Cam comprendió hasta qué punto ella deseaba escapar, y se acordó de otras ocasiones en las que tampoco se había comportado conforme a su edad. En ocasiones, su inteligencia se veía eclipsada por sus emociones. De hecho, Cam pensó que aquella energía estaba directamente relacionada con su coeficiente intelectual. Parte del genio de Ruth consistía en ser capaz de obtener lo mejor de sí misma, aunque en ocasiones sus maneras también podían ser infantiles y enérgicas.

—Ayudadme —dijo, sosteniendo el portátil. Nadie quiso cogerlo, y Cam comenzó a gritar—: ¡Ayudadme! ¡Comenzará a darnos más cosas dentro de un instante!

Un hombre llamado Matthew agarró el ordenador y Cam se giró hacia la cabaña justo cuando Ruth hizo pasar por el orificio el microscopio de fuerza atómica.

Aquel artefacto no era mucho más grande que su muslo, un cilindro de metal blanco sujeto a una base y cubierto por un cono metálico conectado a un ocular de color negro. A Cam siempre le había maravillado que un artefacto tan pequeño pudiera diseñar unas máquinas tan importantes, pero por propia definición, la naturaleza de los nanos era infinitesimal. El microscopio también contenía un pequeño sistema eléctrico y varios microprocesadores, aunque la mayor parte de la superficie contenía los controles y los elementos ópticos necesarios para su uso. El corazón de la máquina, la palanca de puntas computarizada y la superficie de barrido no ocupaban una superficie mayor que la de una moneda.

A pesar de todo, pesaba unos veinte kilos, y Ruth lo sostenía con dificultad. Cam colocó los brazos bajo el artefacto y lo sujetó apoyándolo contra la pared.

—¡Espera! —gritó Cam.

Owen se colocó a su lado y juntos se llevaron el microscopio caminando sobre los escombros que había en el suelo. Cam estuvo a punto de torcerse el tobillo cuando pisó un trozo de madera y unos cuantos ladrillos resquebrajados.

Mientras lo depositaban en el suelo, pudo ver por el rabillo del ojo que Matthew volvía a la pared justo a tiempo para coger los cuadernos de notas y el traje de aislamiento de Ruth, una maraña de goma amarilla cuyas mangas y piernas colgaban alrededor del cuerpo de Matthew. El hombre no llegó a atrapar los tanques de aire y éstos cayeron al suelo, tirando del traje.

—¡Ten cuidado, Ruth! —gritó Cam, pero la mujer no estaba escuchando.

—¡Cam! —gritó ella—. ¿Dónde está Cam?

Cam dejó el microscopio junto a Owen y a otro hombre y regresó corriendo al lado de la cabaña. Ruth tenía una hoja de papel en la mano. Matthew hizo un movimiento para cogerlo, pero Ruth lo apartó con un movimiento brusco.

—¿Cam? —dijo de nuevo mientras le entregaba la hoja.

Cam reconoció el contenido al instante. Era un mapa. Después de la guerra, durante un tiempo llevaron consigo un frasco que contenía antinanos. ¿Qué otra cosa podían hacer? En un principio lo usaron como amenaza contra las naciones enemigas y contra su propio gobierno para forzar a ambos bandos a poner fin a la guerra, pero entonces cayeron en una nueva trampa. Después encontraron una pequeña funda rígida en la que guardarlo, una simple funda para gafas, pero si el frasco se rompía por accidente, o si se lo robaban o eran asesinados, podría destruir el mundo una vez más. Aquel frasco era demasiado peligroso como para abandonarlo. Pensaron en enterrarlo, pero ¿y si la lluvia o la erosión hacían que saliera a la superficie? Entonces cualquiera podría abrirlo.

No consiguieron encontrar una solución hasta haberse asentado en Jefferson. Compraron una pequeña caja de hierro en Morristown y escribieron en ella mensajes de advertencia en inglés, hebreo y ruso. Ahora aquel frasco estaba enterrado a cuatro

metros y medio de profundidad en las colinas que había al oeste del asentamiento. Tendría que quedarse allí. No podían permitirse perder dos o tres horas para desenterrar aquella caja, incluso aunque los parásitos fueran justo lo que necesitaban para amenazar a los chinos. ¿Conseguirían engañar al enemigo?

—¡Cam! —dijo Ruth.

Él la estaba mirando. Cogió la hoja de papel y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta, quedándose con las manos libres mientras intentaba pensar: «¿Qué más podemos necesitar?»

Las manos de Ruth aparecieron a través del agujero en busca de un lugar en el que apoyarse. Acto seguido, su silueta emergió de la pared. Matthew intentó agarrarla, pero Ruth se golpeó contra el muro, haciéndose daño en el brazo y lanzando un grito de dolor.

—¡Ruth, espera! ¿Hay algo más ahí dentro que necesitamos?

La mujer salió de la cabaña y cayó al suelo. Cam la agarró por la espalda y por la mano izquierda. Matthew la sujetó por el otro brazo. Juntos la ayudaron a ponerse en pie.

Ruth pareció rejuvenecer con la brisa fresca de la noche. Bajo la luz temblorosa de las linternas, su rostro desnudo y quemado parecía excitado y vulnerable. El sudor le goteaba por la frente y respiraba dando enérgicas bocanadas, lo que hacía que sus senos se dibujaran bajo la camisa. Cuando se apoyó sobre él, Cam la abrazó tímidamente; pero se apartó antes de que ella también le rodeara con los brazos.

«Ni siquiera ha apagado las luces del laboratorio antes de salir», pensó, mirando el agujero iluminado que habían abierto en la pared. También se percató de que Ruth no había cogido el *walkie-talkie*. ¿Debía entrar él para cogerlo y apagar las luces? Aquello le pareció una locura.

—Muy bien, vamos —dijo Ruth. Su tono de voz aún contrastaba con el resto del grupo; resultaba demasiado vibrante, incluso feliz.

Protegidos tras los destellos de las linternas, Cam pudo notar el revuelo de los demás.

—¿Ir adónde? —preguntó Owen.

—Hacia el este. No podemos proteger este lugar de la plaga.

Greg negó con la cabeza.

—Hemos vuelto a establecer contacto con Grand Lake. Les hemos dicho todo lo que nos dijisteis, y van a enviar helicópteros.

—¿Para todos? ¿Cuándo?

—Si cuando lleguen no estamos aquí...

—Nos llevaremos la radio —dijo Ruth—. Los helicópteros pueden ir a donde les digamos. Pero no podéis pretender que todo el mundo se quede aquí esperando a un equipo de rescate que no existe. ¿De verdad pensáis que Grand Lake nos va a enviar

diez helicópteros?

Todos la miraron en medio de la oscuridad.

—No —respondió Greg.

Ruth aprovechó aquella ventaja.

—No tenemos el equipo necesario para proteger este lugar, de modo que iremos a Grand Lake. Las montañas detendrán a los infectados. Son torpes y están desorientados, no serán capaces de seguirnos.

«¿Hasta qué punto es su claustrofobia la que está hablando? —se preguntó Cam—. Sólo quiere salir de aquí.»

—Los nanos se mueven con las corrientes de aire —dijo él en voz alta—. Ellos nos seguirán aunque los infectados no puedan.

—¡Siempre será mucho peor si hay portadores! Tenemos que aprovechar la oportunidad y movernos hacia un terreno elevado.

—De acuerdo —dijo Greg, moviendo la cabeza y levantando el *walkie-talkie* para transmitir la orden de Ruth—. Cogemos nuestro equipo e iremos hacia el este —le dijo al resto del asentamiento.

La mayoría de la gente que se escondía en las cabañas selladas no quería salir, y tampoco los hombres y mujeres que había en los puestos de vigilancia.

—¡No sabemos lo que nos espera ahí fuera! —gritó Susan en el *walkie-talkie* desde el interior.

—Al menos aquí tendremos oportunidad de defendernos —dijo Owen—. Además, apenas nos queda gasolina. ¿Cuánto creéis que podremos caminar cuando los camiones se hayan quedado secos?

—¡Y no podéis llevaros la radio! —añadió Susan mientras los demás supervivientes comenzaban a inundar de ruido los auriculares de Cam.

—No pueden...

—La necesitamos tanto como...

Decidió desconectar el sistema de comunicación. De todas maneras, la mayoría de aquellas voces eran audibles en medio de la noche, pero aquella decisión le dio un poco de tiempo para pensar mientras se dirigía a la cabaña sellada que tenía más cerca. Greg, Ruth y Matthew le acompañaban, pero Owen se había ido en otra dirección, probablemente a buscar a su colega Neil. Todos querían estar junto a sus amigos.

—¡Susan! —gritó Cam, tratando de que su voz sonara tranquila a través del recubrimiento de plástico—. Si eres lo suficientemente inteligente, vendrás con nosotros. Sabes que los Rangers van a abandonar el asentamiento y que esa radio es nuestra.

Greg golpeó la puerta.

—¡Tricia, Trish! ¡Nos vamos!

—¡No creo que marcharse sea una buena idea! —gritó Tricia.

Cam probó suerte con otro nombre.

—¿Bobbi? —Pero no sabía si podían oírle, ya que la gente no paraba de discutir y el bebé seguía llorando.

Cam se dio la vuelta para mirar más allá de la cabaña. Había dos linternas que brillaban en la oscuridad en la zona este del asentamiento, y una tercera parpadeaba junto al comedor. En esa dirección también podían oírse los gritos de alguien. Cam calculó que no le quedaría más de un minuto antes de que Owen apareciera con Neil.

—Puede que tengamos que echar la puerta abajo —dijo.

—Está asustada —añadió Greg, aunque en realidad no había necesidad de justificar a su esposa. Cam sintió una sensación de envidia que le oprimía el pecho, mezclada con su propio instinto de protección. En cierto sentido, las cosas serían más fáciles para él ahora que Allison había muerto. Tenía menos que perder. Pero estaba decidido a luchar por la mujer de su amigo y por su hija, Hope.

Greg Estey era la persona más íntegra que Cam jamás había conocido; era inteligente y tranquilo, y no se dejaba llevar por tonterías como el ego o el rango. Había sido capaz de abandonar su vida anterior para hacerse un sitio en Jefferson, manteniéndose leal a Ruth mientras trataba de redefinirse a sí mismo. Granjero, marido, padre... Greg puso el dedo pulgar sobre el botón del *walkie-talkie*.

—¿Bobbi? Soy Greg, me gustaría hablar con Trish, por favor.

Cam volvió a conectar los auriculares cuando Susan interrumpió la conversación a través de la misma frecuencia.

—¡De ninguna manera! —dijo—. ¡Imposible!

La puerta tenía un doble aislante, por dentro y por fuera. Cam comenzó a desgarrar el recubrimiento de plástico del exterior, pero no quería arrancar las capas del interior. Quería que fueran ellas quienes las quitaran. Así a la gente que decidiera quedarse le resultaría más fácil volver a sellar la cabaña.

Los destellos de las linternas llegaron junto a ellos. Cam tuvo que entornar los ojos cuando uno de ellos le iluminó el rostro. Otra de las luces se posó en la puerta de la cabaña, difuminándose sobre las capas de plástico.

—¡Hijo de puta! —gritó Owen—. ¡Ahí dentro estaban seguras! No puedes...

—Bobbi quiere salir —dijo Cam con tranquilidad. Tras la luz de la linterna, Owen no era más que una silueta oscura, amenazante y sin rostro—. Dejad que nos marchemos, es lo único que queremos.

—La radio debe quedarse aquí —respondió Owen.

—No.

—Owen, os enviaremos ayuda si conseguimos encontrarla —dijo Ruth—. Sabéis muy bien que lo haremos.

Greg habló dirigiéndose tanto al *walkie-talkie* como a la puerta de la cabaña.

—¡Mi familia tiene que salir de ahí. Tú puedes quedarte si quieres. Nosotros sellaremos la parte exterior.

—¡Y una mierda! —respondió Owen—. Lo haremos nosotros mismos. Largo de aquí. —Dibujó un arco con la luz de la linterna como si quisiera indicarles que se marcharan, aunque su voz parecía haberse vuelto tan sobria y tranquila como la de Cam. Owen estaba dispuesto a aceptar el compromiso, permitiendo que se llevaran la radio con tal de evitar una pelea. Cam se sintió aliviado. También experimentó un fuerte sentimiento de camaradería, ya que habían sido más fuertes que sus propios miedos. Habían conseguido dialogar en lugar de recurrir a la fuerza.

—Owen, venid con nosotros —dijo de pronto.

—Largo —espetó Owen.

Alguien abrió la puerta desde el interior. El bebé comenzó a llorar con más fuerza y la luz de la cabaña se extendió por el suelo lleno de sombras. Susan se colocó en la puerta en cuanto Bobbi la atravesó con la radio Harris en la mano. Bobbi ya se había puesto la chaqueta y Cam sostuvo la radio para que pudiera ajustarse las gafas protectoras, la máscara y la capucha.

—Estáis cometiendo un error —dijo Susan.

Tricia no se había cubierto la cabeza, probablemente pensando en Hope. De lo contrario quizá la niña no pudiera reconocer a su madre. Las lágrimas corrían por las mejillas de Tricia mientras abrazaba y trataba de tranquilizar a su hija.

—Cariño... —dijo Greg.

Los auriculares y los *walkie-talkies* comenzaron a sonar de nuevo.

—Aquí número once —dijo una mujer casi en un susurro—. Hay gente en las vallas. Soy Ingrid, desde el puesto de vigilancia número once. ¡Hay al menos una veintena de personas en las vallas!

Todos a excepción de Hope se quedaron helados. Los sollozos del bebé continuaban llenando la brisa nocturna.

«Oh, no», pensó Cam.

Aquello era culpa suya. Todo el alboroto que habían levantado se había convertido en un enorme faro en mitad de la noche, gritándose los unos a los otros y llevando linternas por todo el asentamiento. Ahora habían atraído a más infectados.

—¡Entrad todos! —gritó Cam. Trató de empujar a Ruth hacia el interior de la cabaña, pero ella se resistió.

—¡Suéltame!

—¡Te quiero! ¡Tienes que quedarte aquí! —Greg le gritaba a Tricia mientras le agarraba el brazo.

—Greg, no... —respondió la mujer.

Cam y Ruth se miraron mutuamente, atrapados entre sus propios brazos. Las palabras de la otra pareja podían haber sido las suyas.

—Yo... —dijo Ruth.

Cam se separó de ella cuando escuchó un segundo mensaje de alerta a través de los auriculares.

—¡Aquí número once! —La radio crepitó de nuevo—. Están atrapados entre las vallas. ¿Debería abrir fuego?

La frecuencia se llenó de ruido.

—No, espera —dijo Cam, pero Owen y los demás también habían comenzado a hablar a través del mismo canal.

—... a las dos en punto, ya los veo...

—¿Alguien puede iluminarlos?

—¡No! —gritó Cam—. ¡No, apagad todas las luces! —Owen y él comenzaron a andar hacia el puesto de vigilancia número once seguidos de Ruth y Bobbi, pero Cam se giró hacia las dos mujeres—: ¡Volved dentro!

Owen siguió caminando.

—Bobbi —dijo Cam—, tenéis que quedaros aquí. Ruth, ve con ella y...

—No podremos escondernos aquí si...

—¡Haced lo que os digo! —gritó Cam mientras le pasaba a Bobbi el peso muerto de la radio—. ¡Entrad ahí! ¡Ahora!

En el perímetro norte, la gente no paraba de gritar mientras movían nerviosamente las luces de las linternas.

—¡Atrás! —gritó un hombre—. ¡Apartaos o abriremos fuego!

Dos hombres del asentamiento apuntaban con los rifles hacia las vallas. Un tercero trataba de instalar un enorme foco. El Bull Dog era un foco doble con cinco bombillas de quinientos vatios montado sobre un trípode de aluminio. El hombre tenía problemas con el largo cable de alimentación. Por el momento, la luz de las linternas era la única que tenían.

Justo al límite de los rayos de luz blanquecina podían distinguirse figuras humanas. Cam contó nueve; tenía la esperanza de que Ingrid hubiera exagerado.

«Aquí no veo a veinte personas», pensó Cam.

Los intrusos tropezaban y se tambaleaban entre los obstáculos. Uno de ellos había quedado atrapado entre la maraña de alambre de espino, que le había inmovilizado el brazo izquierdo. Ninguna de aquellas figuras era demasiado ágil o rápida. A Cam le dio la impresión de que eran sonámbulos. Quizá se dejó influir por sus ropas. La mayoría de ellos vestían prendas para dormir. Uno de aquellos hombres estaba en calzoncillos. Había muy pocos que no estuvieran descalzos. Parecía que la plaga les había sorprendido totalmente desprevenidos, haciendo que se despertaran para sumirlos de nuevo en otra clase de sueño.

Quizá la invasión de hormigas del invernadero número tres había salvado a los habitantes de Jefferson, obligándoles a mantenerse despiertos. De lo contrario, la

intrusa habría llegado hasta ellos sin problemas, infectando primero a los guardas y después a todo el asentamiento.

«¿Por qué han venido aquí?», se preguntó Cam. Aquella gente se había movido hacia el sur, siguiendo la dirección del viento en lugar de avanzar hacia su origen. ¿Por qué? La luz de las linternas no habría sido visible hasta que no se hubieran aproximado a menos de uno o dos kilómetros de Jefferson. ¿Sería posible que recordaran dónde estaba el asentamiento? ¿Podrían los nuevos nanos ser tan sofisticados? Ruth había dicho que Patrick y Linda parecían tener la necesidad de moverse sin importar la gravedad de sus heridas o la fuerza con la que los había atado. ¿Qué era lo que buscaban? ¿La seguridad de su familia y amigos? De ser así, ése sería un método infalible para extender la plaga.

Todos los habitantes de Morristown se dirigirían hacia allí.

El reverendo Timothy Morris había fundado el asentamiento justo después de la guerra. A modo de recompensa inesperada, recibió de Missoula doscientos cincuenta kilos de semillas. Unos pocos bancos de semillas de Estados Unidos consiguieron sobrevivir a la plaga, y el valor de éstas residía más en su potencial alimenticio que en la posibilidad de consumirlas inmediatamente. Desde entonces, el gobierno había pagado a gente para que realizara cultivos determinados a cambio de un porcentaje de futuras cosechas y del derecho de decidir dónde se enviarían las nuevas semillas.

La prosperidad del asentamiento atrajo a más gente. Aquellos tipos de Morristown no estaban locos. Eran entusiastas. El reverendo difundía la palabra del Nuevo Evangelismo, promulgando que el propósito del hombre era repoblar el mundo. En ocasiones, eso también incluía matrimonios polígamos, intercambios de esposas o enlaces a edades tempranas. Ésa era una de las razones por las que Tony sentía fascinación por los habitantes de Morristown, y por las que su madre los miraba con recelo.

La multitud que rodeaba el perímetro estaba en silencio. Algunos gruñían o gemían de forma ocasional, pero eran sus rostros lo que verdaderamente hablaba por ellos. Aquellos ojos, abiertos de par en par, transmitían miedo. Una mujer con el pelo erizado parpadeaba de manera espasmódica, pero la mayoría caminaba con los ojos como platos como si estuvieran perdidos o desorientados.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ingrid.

—¡No podemos matarlos sin más! —respondió Cam.

—¡Eso es exactamente lo que deberíamos hacer, y deberíamos hacerlo ahora! —gritó otro hombre. El tono agudo con el que habló hizo evidente que también intentaba convencerse a sí mismo; pero ¿qué otra elección les quedaba? Algunos de los infectados ya estaban a punto de atravesar las vallas.

Cam apartó la mirada de aquellas siluetas conforme Greg y Neil se colocaban junto a él.

—¿Dónde está el traje de aislamiento? —preguntó Cam, maldiciendo. «¿Lo dejamos junto a la cabaña de Ruth?»

—¿Y si encendemos un fuego? —propuso Ingrid—. ¿Queda algo de gasolina?

—Los lanzallamas están junto al invernadero.

—Entonces dispararemos al suelo, justo delante de ellos.

Cam miró con respeto a la mujer mayor que acababa de hablar, mientras ésta sostenía con fuerza el M16 que había armado en modo automático. Ingrid se había prestado voluntaria para montar guardia mientras los demás insistían en refugiarse en las cabañas selladas, y Cam recordó entonces el rostro hermoso y de nariz afilada que se escondía detrás de aquella máscara. Ingrid Wood era una mujer fuera de lo común,

no sólo por su edad (poca gente de más de sesenta años había conseguido sobrevivir a la plaga), sino también por su acento. Ingrid había emigrado de Alemania hacía dos décadas, después de un divorcio, y era una mujer amigable, fuerte y muy educada.

—Puede que tengamos que herirlos —dijo.

—¡Entonces hagámoslo! —respondió Neil.

Los primeros infectados consiguieron atravesar las vallas. Eran un hombre joven con una camiseta del equipo de baloncesto de Michigan y una chica muy delgada con unos calcetines blancos y llenos de barro que asomaban bajo un camisón azul. Cam reconoció a uno de ellos. El pelo fuerte y grueso y las cicatrices que el hombre tenía en la nariz eran inconfundibles. Era el hijo de un granjero, un hombre religioso que aprovechaba cualquier oportunidad de arengar sobre la Resurrección a los grupos que llegaban de Jefferson para intercambiar equipamiento o comida. Se llamaba Jake, y era un buen chico que se sentía orgulloso de los manzanos que poseía su familia.

Cam levantó el cañón del M4.

El foco se encendió antes de que nadie abriera fuego. David por fin había conseguido conectar el cable de alimentación, desviando la corriente del laboratorio de Ruth. La luz cayó sobre las siluetas que avanzaban entre las vallas, iluminando la noche como un sol blanco y resplandeciente. Las sombras alargadas emergieron de cada uno de los intrusos formando un abanico de siluetas. Las partes metálicas de las piezas de automóviles centellearon en el suelo.

Los ojos de aquellas figuras resultaban tremendamente extraños. Era como si carecieran de iris. Las pupilas eran enormes, como monedas negras, y no se cerraron ante el brillo de la luz. Era una condición permanente. Todas aquellas personas sufrían algún tipo de daño cerebral.

La luz parecía afectarles. El joven retrocedió y la chica delgada giró la cabeza. Otros alzaron los brazos o empezaron a gemir. La luz hizo que se detuvieran. El Bull Dog era demasiado fuerte. En un principio, Cam pensó que podría funcionar. Pero entonces se percató de la presencia de una segunda oleada de siluetas humanas. La zona iluminada desveló al menos a cien de ellas, y había muchas más avanzando entre las sombras.

Cam sintió cómo se le helaba la sangre. La luz parecía repeler a los infectados que había más cerca, pero los más alejados parecían sentirse atraídos hacia ella. Era como si todas aquellas figuras hubieran decidido dirigirse hacia Jefferson, pero sin ningún motivo aparente. Algunas de ellas se detuvieron o comenzaron a caminar en otra dirección. Otras simplemente miraban al cielo o a sus propios pies.

Cuando el Bull Dog iluminó la zona de las vallas, toda la multitud se giró como si fuera un único individuo; aquella masa de rostros morenos y pálidos reflejaba la luz como si fueran platos de cerámica. La sangre les goteaba por manos y piernas, por allí donde se hubieran caído y herido. Entonces comenzaron a dividirse en dos

grupos, como si quisieran dibujar un círculo alrededor de la corona luminosa que brillaba en mitad de la noche.

—Dios mío —dijo Ingrid.

—¡Apagadlo! ¡Apagad el foco! —gritó Cam.

Pero era demasiado tarde. Los infectados habían reconocido su objetivo y comenzaron a moverse a más velocidad, tambaleándose entre los obstáculos y las marañas de alambre de espino. Los golpes metálicos resonaban a su alrededor, pero ellos se mantenían en silencio, gruñendo y dando bocanadas de aire. Incluso el joven granjero pareció recuperar el equilibrio, avanzando hacia ellos inclinado hacia un lado como si la luz fuera una fuerza física.

—¡Abrid fuego! —gritó Greg, disparando directamente a la cabeza del joven. El chico se desplomó en el suelo.

Los ojos de Cam se abrieron de par en par detrás de las gafas protectoras, pero consiguió reprimir aquella emoción lanzando un grito debajo de la máscara. Agradeció el sonido de los disparos del M4 que tenía en la mano. Consiguieron amortiguar todo lo demás.

Sintió cómo el arma vibraba entre sus manos cuando abatió a la chica delgada con una ráfaga de tres disparos. La sangre parecía púrpura bajo la luz de alta intensidad. Cam también abatió al hombre que había junto a ella. Después a una mujer. Luego a otro hombre. Tanto el M4 como el M16 habían sido diseñados para perforar los cascos soviéticos desde una distancia superior a los noventa metros, pero no para abatir objetivos desprotegidos a menos de cuarenta. Los disparos de Cam atravesaron el hombro del cuarto hombre sin siquiera hacerle caer al suelo.

Al mismo tiempo, Owen e Ingrid dispararon hacia la multitud con los M16. Otros dos rifles y una escopeta abrieron fuego a la derecha de Cam, hacia el interior del perímetro.

Los disparos eran implacables. Veinte figuras se desplomaron en el suelo. Un hombre que se retorció sobre un capó de metal comenzó a emitir unos sonidos que sonaron casi como palabras justo antes de que el lanzagranadas ruso abriera fuego a la derecha de Cam. Un pequeño cohete hizo explosión sobre la zona iluminada, lo cual desató una cortina de fuego y humo. Los habitantes de Jefferson habían acudido a ayudar a Cam y a los demás como un batallón bien entrenado, aunque estaban en contra de las ráfagas de viento que provenían de los infectados.

Las armas que disparaban a la izquierda de Cam fueron las primeras en quedar silenciadas. Estaba recargando su M4 cuando se dio cuenta de ello; sin embargo, no comprendió lo que significaba aquel silencio hasta que levantó el arma de nuevo. Aquellos hombres no estaban recargando. Estaban infectados.

Cam miró hacia la cabaña que había más cerca, buscando destellos de linternas o de disparos. No había nada. Entonces alguien emergió desde detrás del edificio.

Aquel hombre no tenía las manos vacías ni estaba medio vestido como el resto de los infectados. De hecho, parecía querer quitarse la capucha y desprenderse de la escopeta que tenía entre las manos, como si el arma fuera un estorbo en lugar de una herramienta.

—¡Mierda! ¡Tenemos que largarnos de aquí! —le gritó Cam a Greg—. ¡Retirada! ¡Retirada! —Golpeó el hombro de Ingrid, pero la mujer estaba demasiado concentrada en el M16. Estaba disparando hacia el flanco oeste de la multitud.

Los infectados continuaban avanzando. Los disparos no les asustaban, como tampoco los muertos ni los heridos que yacían en el suelo. Tropezaban con los cadáveres ensangrentados de sus amigos sin prestarles más atención de la que dedicaban al alambre de espino o a las piezas de automóviles. De hecho, parecían sentirse atraídos hacia los destellos de los disparos. Era como si estuvieran sumidos en un trance tan profundo que no pudieran experimentar ninguna otra sensación externa. Caminaban hacia las armas, que cada vez eran menos numerosas.

—¡Mantened la posición! —gritó Greg.

—¡Hemos perdido el flanco izquierdo! —respondió Cam—. Cada vez que disparamos a alguien...

El chorro de luz del foco tembló descontroladamente cuando Neil cayó al suelo entre ambos; su cuerpo se retorció sobre la arena. Los nanos estaban entre ellos.

—¡Corred! —gritó Cam. Agarró a Ingrid del brazo para alejarla de allí. Greg se unió a ellos y de pronto aparecieron Owen y otro hombre más. Todos ellos corrieron para alejarse del foco.

Owen y Greg comenzaron a gritar a través de los auriculares para advertir a sus esposas. Si el pueblo caía, sería inútil esconderse en las cabañas selladas. Las reservas de aire no tardarían en agotarse.

—¡Tricia! —gritó Greg—. ¡Tricia!

—... de las cabañas y dirigíos hacia el este antes de...

Más infectados se cruzaron en su camino, dos de los guardas que vigilaban el perímetro. Incluso entre tinieblas resultaba evidente que no se trataba de seres normales. Uno de ellos se había colocado las gafas en el lateral de la cabeza y trataba de deshacerse de la capucha y de la máscara. El otro tenía el brazo derecho extendido mientras dibujaba movimientos espasmódicos y agitaba la cabeza de igual manera.

Era Matthew. Cam lo reconoció por el color verde de la chaqueta. Parecía dominado por los temblores que sufría en el brazo y en el cuello, pero giró la cabeza al escuchar el sonido de las voces.

—¡Cuidado! —gritó Ingrid.

Tenían que salir de allí como fuera. Cam giró hacia la izquierda seguido por todos los demás, sólo para encontrar el camino bloqueado por una camioneta y por la pared del invernadero número uno. El quinto hombre, David, levantó el cañón del rifle.

—¡No! —gritó Cam—. ¡Así sólo conseguiremos empeorar las cosas!

Cam inspeccionó el M4 y tocó el cañón con las manos. A pesar de los guantes podía sentir el calor. Golpeó a Matthew y arrojó el arma contra el otro infectado. Alguien más le arrojó una pistola, lo cual le hizo caer al suelo. Acto seguido, se alejaron de la corriente de viento que soplaba sobre los dos infectados y Cam pudo ver que era Owen quien le había ayudado. Le habría dicho algo de haber tenido tiempo. «Gracias.» A pesar de haber discutido, estaban en el mismo bando.

Pero ya habían perdido su oportunidad. A unos treinta metros, pudieron ver cómo las cabañas que aún estaban selladas comenzaban a abrirse. Iluminados por la luz amarillenta que emanaba de ellas, los demás supervivientes comenzaron a retorcerse. Algunos de ellos cayeron al suelo. Tricia gritaba con Hope entre los brazos. De pronto empezó a convulsionarse. El llanto del bebé se apagó casi al mismo tiempo. La mujer cayó de rodillas y soltó a su hija, que salió rodando de la lámina de plástico que su madre se había enrollado alrededor del pecho para transportarla.

Habían ido directamente hacia la plaga.

«El bebé», pensó Cam antes de mirar a izquierda y derecha entre las siluetas que se convulsionaban. Buscaba a Ruth.

—¡No! —gritó Owen—. ¡No!

No todos los habitantes del asentamiento habían caído. Había gente que trataba de alejarse de los demás o que había vuelto para ayudar a los infectados. En muchos casos resultaba difícil distinguir quién estaba infectado y quién no. La gente sana corría de un lado a otro y se arrodillaba junto a sus amigos o a sus parejas sólo para sucumbir ante los nanos.

Cam agarró a Owen antes de que corriera a socorrer a su esposa.

—¡No! ¡No! —gritaba Owen.

Los gritos hicieron que varios infectados giraran la cabeza hacia ellos. Aquellos rostros eran horribles. Todos ellos eran idénticos. Blancos, negros, hombres, mujeres; sólo había una única expresión en todo el grupo, una mirada perdida y la mandíbula abierta. Muchos de aquellos rostros se retorcían asolados por los espasmos, pero aquellas convulsiones no eran más que pequeñas olas cubiertas de espuma en un océano tranquilo y vacío, sólo afectaban a la superficie. Aquella expresión endeble aparecía una y otra vez. También afectaba a sus cuerpos, entumeciendo todos los órganos excepto los ojos. Los ojos estaban llenos de avidez.

—Aún podemos llegar hasta los coches —dijo Cam—. Adelante, pasaremos entre los invernaderos.

—No —interrumpió Owen, que había dejado de gritar—. No...

—Hope —susurró Greg—. Por el amor de Dios, Hope...

No podían llegar hasta ella. Había veinte infectados alrededor del bebé. Todos eran contagiosos, y parecían ignorar a la pequeña. Incluso su madre se mostraba

indiferente. Tras pasar por encima del cadáver de un hombre, Hope se arrastró indefensa, gateando sobre la tierra con sus manos diminutas. Aquel bebé de tres meses era demasiado pequeño como para caminar. Pero a pesar de su poca habilidad estaba mostrando la misma insistencia que habían visto en todos los infectados.

—Hay alguien detrás de nosotros —dijo Ingrid.

Las luces de las linternas aún brillaban en el extremo norte del asentamiento, como una corona blanca en medio de la oscuridad. Las sombras caminaban entre las siluetas cuadradas de las cabañas.

Desde la dirección opuesta, algunos de sus amigos también habían comenzado a caminar hacia ellos (primero tres supervivientes, luego cuatro, luego cinco). Tricia se unió al desorganizado desfile. Tropezó con un cadáver y estuvo a punto de caer de lado.

El grupo de Cam comenzó a retroceder sin decir una sola palabra, incluso Owen, y Greg. Bajo la tenue luz nocturna, los infectados ya no eran sus familiares. Tenían un aspecto extraño y mortífero. Cam desenfundó su Beretta de nueve milímetros.

—Vayamos hacia los coches —ordenó.

Greg tuvo que apartar la vista de su mujer. Tenía el rostro oculto bajo la máscara y las gafas protectoras, pero su cuerpo denotaba angustia y sufrimiento.

—Greg —dijo Cam—, corre.

No sabía qué otra cosa podían hacer. Sin Ruth, no eran más que un grupo de gente corriente, pero estaba dispuesto a mentir a Grand Lake si conseguían restablecer el contacto. «Envíen un helicóptero —pensó—. Salven a quien puedan. Quizá podamos volver a buscarla con trajes de aislamiento...»

El claxon de un jeep le hizo sobresaltarse. Sonó estrepitosamente desde el otro lado de los invernaderos. Los nervios le traicionaron. Su mano apretó con fuerza la pistola y ésta lanzó una bala contra los infectados. Una de las siluetas que se acercaban se desplomó.

—¡No! —gritó Owen. Golpeó a Cam en el brazo con la culata de su rifle, haciendo que éste se precipitara sobre Greg. Acto seguido, empuñó de nuevo el M16 y lo apuntó directamente hacia el torso de Cam.

El disparo de la pistola debió de haber sonado como una señal de respuesta para quienquiera que estuviera en el jeep. El claxon volvió a sonar una y otra vez. Quizá alguien también estuviera gritando. Cam no podía estar seguro. Los latidos de su corazón eran demasiado fuertes y Owen no paraba de gritar.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritaba Owen.

—Baja el arma —dijo Ingrid mucho más tranquila, aunque ella también había levantado el cañón del M16 y se había colocado a la izquierda de Owen para mantenerse fuera del alcance de su rifle—. ¡Owen! Baja el arma.

—Yo no... —gritó Cam.

—¡Hijo de puta!

No había tiempo. Cada vez aparecían más siluetas entre las luces que brillaban en la cara norte del asentamiento. Desde el sur, los infectados también se acercaban rápidamente. Dentro de pocos segundos estarían rodeados.

Cam empujó a Greg hacia un lado y se arrojó al suelo, tratando de escapar del arma de Owen. Pero no lo consiguió. El M16 le iluminó el rostro con un destello brillante y un ruido ensordecedor. Una bala le perforó la parte izquierda del pecho como una bola de hielo. Otra más quedó alojada en el interior de su brazo. El impacto hizo que Cam cayera de espaldas, pero de algún modo consiguió levantar el brazo luchando contra la fuerza del impulso. Disparó a Owen en la pierna; en parte porque no quería matar a aquel hombre, pero sobre todo porque desde el suelo la pierna era el blanco más fácil.

El impacto de la bala fue devastador. A una distancia tan corta, el proyectil de nueve milímetros abrió un agujero del tamaño de un melón en el muslo de Owen. Le destrozó el fémur, lo cual detonó una explosión de sangre negra procedente de una de las arterias, pero Ingrid acabó con él antes incluso de que cayera al suelo. La mujer descargó el cargador en el pecho de Owen, con una ráfaga de cinco o seis disparos. Una nube de chispas se levantó alrededor del M16 de Owen cuando algunos de los disparos impactaron en el arma. Tal vez ése había sido el verdadero objetivo.

La visión de Cam comenzó a nublarse, aunque aún pudo oír el grito ahogado de David cuando éste se giró y comenzó a correr. David se precipitó por el pasillo que separaba las siluetas de los invernaderos número dos y tres. El claxon del jeep continuaba sonando. Cam trató de ponerse en pie, pero las piernas no le respondían. Lo mejor que podía hacer era apretarse con fuerza el brazo que comenzaba a empañarse la chaqueta de sangre.

Entonces todo se volvió oscuro.

Al despertar, vio a Ingrid y a Greg, que trataban de llevarle a cuestas. Intentó apoyar los pies en el suelo para poner algo de su parte. Sentía como si tuviera las costillas destrozadas y trató de correr junto a Greg, que era quien soportaba la mayor parte de su peso. No podía haber estado inconsciente más de unos pocos segundos. Aún estaban cerca de la estructura esquelética del invernadero número tres, avanzando sin linternas.

El claxon del jeep había dejado de sonar. Quienquiera que estuviera en los coches había sido infectado o había decidido dejar de ser un blanco fácil.

—Esperad —dijo Ingrid, tratando de sostener a Cam.

Greg tiró de él con más fuerza y caminó un par de pasos antes de detenerse en seco.

—Dios mío —dijo.

David yacía en el espacio que había entre los dos invernaderos. Su amigo estaba

de espaldas, temblando, como si hubiera chocado con un muro invisible. No había escapatoria. Detrás de ellos, los infectados habían pasado sobre el cadáver de Owen y caminaban entre las luces de las linternas caídas en el suelo, llenando los destellos blanquecinos con sombras de pies y brazos. Al mismo tiempo, vieron cómo otro grupo mayor de infectados se acercaba hacia ellos desde el norte.

Jefferson estaba en manos de los infectados.

—Atravesemos el invernadero —dijo Cam, señalando con todo su cuerpo mientras se apoyaba en Ingrid.

El viento soplaba desde el cadáver de David en dirección al invernadero número dos, si es que eso era relevante. Cada nueva bocanada era un salto al vacío. El aire debía de estar infectado de nanos.

—Vamos —dijo Greg—. Ingrid, adelante, yo cargaré con él.

Ingrid se adentró a través del muro de contención, agachándose para pasar por debajo de una viga que había servido para soportar las capas de plástico. Pero en lugar de seguir corriendo, se giró con el M16 entre las manos. Había más siluetas a su izquierda, que avanzaban con torpeza entre los invernaderos número uno y dos. En muy poco tiempo les cortarían el paso.

Cam trató de levantar la pierna para pasar sobre el muro maestro justo cuando Ingrid levantaba el cañón del arma. *Clic, clic*. El cargador estaba vacío.

—Imbécil —dijo Ingrid, sacando un nuevo cargador y retrocediendo entre los tiestos en los que aún sobrevivían algunas plantas.

Greg y Cam llegaron hasta ella antes de que abriera fuego. Los destellos iluminaron las columnas y las vigas cruzadas, abatiendo sombras que se desplomaban como crucifijos sobre la superficie del invernadero número uno. Alguien soltó un alarido. Todos los demás se movían en silencio. Comenzaron a sonar más disparos provenientes del jeep, secundando a Ingrid. Cam reconoció el sonido de un M4. Una pistola se sumó a los chasquidos, añadiendo eco a los disparos del rifle. Había al menos dos habitantes del asentamiento que habían conseguido sobrevivir. Cam comenzó a avanzar junto a Greg, movidos por una nueva esperanza.

—¡Por aquí! —gritó una mujer.

Ambos hombres cayeron al suelo al salir de detrás del invernadero. Greg consiguió ponerse en pie, pero el brazo derecho de Cam no respondía. Sólo podía ayudarse con el lado izquierdo, el herido. Su mente estaba borrosa y confusa.

«Levántate, levántate.»

—¡Cam! —gritó Ruth. Estaba de pie junto a él con la mano extendida. Efectuó tres disparos rápidos con la Beretta de nueve milímetros. Cam pensó que estaba soñando.

El M4 disparó desde algún otro lugar, vaciando un cargador entero en cuestión de segundos. Los casquetes vacíos golpeaban sobre el parachoques del jeep. Cam sintió

que alguien tiraba de él y le hacía subir al coche; notó cómo las vibraciones del motor sustituían a la inmovilidad del suelo. El jeep se estremeció cuando alguien más subió al vehículo. El motor seguía en marcha, un murmullo grave y tembloroso.

—¡Ayudadme! —gritó Greg, tratando de colocar a Cam en una posición erguida. Ruth dejó la pistola y apoyó la mano libre sobre el estómago de Cam. Juntos consiguieron colocarlo en la parte trasera del jeep, donde Bobbi estaba de rodillas recargando el M4.

—Estáis locas... —dijo Cam lleno de admiración antes de quedarse sin aliento. «Malditas mujeres», pensó. Ruth y Bobbi le habían desobedecido, habían ido hacia los jeeps en lugar de esconderse en las cabañas tal y como les había ordenado.

Eso les había salvado la vida.

—¿Queda alguien más? —gritó Ruth.

—No, todos han caído —respondió Ingrid.

—Pero yo vi...

—¡Todos han caído!

Algo pasaba con el rifle de Bobbi. Probablemente se había encasquillado. El M4 solía hacerlo cuando disparaba en modo automático, Bobbi lo arrojó al suelo del jeep y saltó al asiento del conductor mientras Ingrid se sentaba al lado de Cam. No tenían nada, excepto otro rifle y una mochila. Cam no veía la radio Harris AN/PRC-117.

—La radio... —dijo con dificultad.

—Susan se quedó con ella —respondió Bobbi.

—¡El microscopio! —gritó Ruth, efectuando dos disparos más hacia el espacio que separaba ambos invernales—. Tengo el portátil, pero creo que el microscopio está junto a mi cabaña. Si pudiéramos...

—¡Olvídalo! —gritó Greg—. ¡Sube al jeep! —Entonces el hombre comenzó a alejarse del vehículo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Bobbi.

—Voy a quemar el asentamiento. El fuego los mantendrá a raya. —Su voz estaba inundada de miedo, y Cam comprendió que lo que más deseaba Greg Estey era reunirse con su esposa y su hija.

—¡No puedes hacerlo! —gritó Ruth.

Pero su amigo ya había desaparecido en la oscuridad. Cam comprendió que se dirigía a la cabaña de las herramientas, donde guardaban los últimos bidones de gasolina. Ingrid sacó medio cuerpo fuera del jeep y comenzó a disparar hacia la camioneta que había junto a ellos. Las balas atravesaron la carrocería del vehículo y perforaron el depósito de gasolina. El combustible comenzó a gotear sobre el suelo. Intentaba acelerar el trabajo que Greg había empezado, pero entonces Bobbi pisó el acelerador. Estuvo a punto de tirar a Ingrid del jeep. Debía de haber pensado que la camioneta iba a explotar, por lo que los sacó del aparcamiento, pasando a toda

velocidad entre las dos cabañas que delimitaban el lado este del asentamiento.

Quizá Cam pudiera ver a Greg durante un instante. ¿Flaquearía su amigo una vez que llegara a la cabaña de las herramientas? En vez de crear una barricada contra los infectados, un incendio podría matar a Tricia, a Hope y a todo el que estuviera en Jefferson, al asfixiarse con el humo. Quizá ésa fuera la intención de Greg, aunque no tuviera valor para ser sincero consigo mismo. De haber estado lo suficientemente cerca, puede que hubiera disparado a su hija en lugar de hacerla sufrir en la inmensidad de la noche o bajo el calor de la mañana, abandonada e indefensa; o quizá Greg se hubiera convencido a sí mismo de que su amor por Hope conseguiría de algún modo sobrevivir a la plaga. Quizá pensaba que podría conservar una chispa de amor hacia su hija.

«Deprisa», pensó Cam. No quería tener que decirle adiós, de modo que confió en que Greg tuviera éxito. Era el único modo de poder permanecer junto a su amigo.

El jeep dio una sacudida al pasar sobre un bache. Bobbi dio un volantazo y comenzó a atravesar las vallas del perímetro, encendiendo por fin las luces. Algo que parecía ser un tapacubos se desprendió de una de las ruedas delanteras. Entonces algo mucho más pesado golpeó la parte inferior del vehículo.

—¡Hay más gente a la izquierda! —gritó Ingrid.

Había más figuras que avanzaban hacia Jefferson descalzas y en pijama. El frío de la noche hacía que su piel pareciera de mármol; tenían los labios azulados y los ojos blanquecinos. Una mujer tenía un corte en la cara y la sangre le goteaba sobre el pecho.

Un instante después, Bobbi dejó atrás aquella multitud silenciosa. Disminuyó la velocidad y se inclinó hacia delante dando volantazos y escudriñando la noche tras la luz de los focos. El terreno era abrupto y estaba salpicado de rocas. Cam apretó con fuerza el codo contra las costillas, tratando de contener la sangre que le brotaba de la herida.

—Necesito ayuda —le dijo a Ingrid, pero Ruth fue la primera en darse la vuelta—. Mis costillas... —añadió.

Cam hizo un gesto de dolor y se irguió ligeramente. Tenía que dejarle espacio para inspeccionar la herida y para, al menos, taponarle el orificio que tenía en el pecho.

No podía permitir que el suicidio de Greg resultara inútil.

Las pérdidas eran inimaginables. Allison, Hope, Tricia, Tony, Owen y todos los demás... los cientos de habitantes de Morristown. ¿Cuántos otros supervivientes estarían encontrando el mismo destino? ¿Y si aquella nueva plaga se había extendido por toda Norteamérica? Así era como Allison habría analizado la situación, incluyéndose como parte de un todo en lugar de verse como algo aparte. Cam suspiró ante la sensación de estar junto a ella. Abrazó con fuerza las brasas de aquel dolor y

dejó que el fuego se avivara. La rabia era un mecanismo de defensa que había aprendido a utilizar hacía años, enterrando el dolor y sacando energía de lo más profundo de su odio. En ocasiones era lo único que le permitía seguir adelante.

Le daba algo por lo que luchar.

Si había algún modo de luchar contra la nueva plaga, tenían que llevar a Ruth a la seguridad de los laboratorios de Grand Lake.

El soldado que había en la puerta del búnker se puso rígido, tras lo cual se relajó y cayó. A su lado, un segundo marine comenzó a sufrir sacudidas y a golpearse contra el muro de cemento. La cinta aislante que estaba usando para sellar la puerta cayó al suelo. Acto seguido, se desplomó junto al cuerpo de su compañero, retorciéndose con movimientos secos y rígidos. Ambos eran voluntarios, pero eso no haría más fácil la decisión de la mayor Reece, que estaba al otro lado de la habitación sosteniendo una pistola entre sus diminutas manos.

Con los ojos secos, Deborah Reece apretó el gatillo. Siempre se había sentido orgullosa de su determinación y su disciplina, fueran cuales fuesen sus sentimientos. Pero no podía respirar y le costaba mantener el equilibrio. Falló el primer disparo. La bala hizo saltar unas chispas sobre el suelo de cemento y se incrustó en el muro.

—Por favor —dijo casi como si estuviera rezando.

El primer soldado comenzaba a emerger de debajo del peso muerto de su compañero. Aunque pareciera imposible, a pesar del esfuerzo miraba fijamente a la mujer. Sus pupilas se habían convertido en dos agujeros enormes iguales a los que había visto en todas las demás bajas.

No sabía su nombre. No era más que uno de los especialistas del J2 que estaban en el interior del complejo cuando la plaga consiguió atravesar la divisoria continental. Tendría unos treinta y cinco años, la misma edad que Deborah, y parecía estar en la flor de la vida. Era capitán. Delgado y quemado por el sol, era la clase de hombre que Deborah prefería para sus relaciones sentimentales, discretas y casi profesionales, y en aquel instante experimentó una especie de intimidad hacia aquel hombre.

«Acaba con él», pensó a modo de advertencia.

Grand Lake estaba siendo asolado por la nueva plaga. A pesar de estar a tres mil trescientos metros, y oculto en el interior de la montaña, la estructura del complejo resultaba muy vulnerable. Todos los que se encontraban en el exterior habían sido infectados. Parecía que algunos aún recordaban lo que se ocultaba bajo la roca, y trataban de abrirse paso entre los túneles y las puertas de seguridad. Los nanos eran más peligrosos que la lluvia radiactiva o que los agentes químicos. El complejo número cuatro había quedado silenciado pocos minutos después del ataque, y tanto el número uno como el dos estaban en peligro.

Aquellas galerías habían sido construidas por ingenieros con un equipamiento y unos recursos muy limitados. Casi todos los complejos subterráneos se habían diseñado únicamente para resistir a los crudos inviernos de las montañas. Los ataques aéreos habían sido una prioridad secundaria, y probablemente las posibilidades de que sobrevivieran a un ataque nuclear eran casi inexistentes.

Con el paso del tiempo, muchas secciones habían sufrido diversos desperfectos, por lo cual habían quedado muy deterioradas. La nieve derretida de la montaña se había filtrado, lo cual había provocado un aumento de la presión que soportaban los tabiques de contención, erosionando la roca que había alrededor y creando grietas y bolsas de aire. Las puertas de acero podrían detener a las personas, incluso a las llamas, pero no a las máquinas microscópicas. Los intentos de reparar y actualizar la base después de la guerra habían sido escasos. Se había dedicado mucha más energía a expandir la red de subterráneos que a mejorar los que ya existían. El complejo número uno se había ampliado para instalar tres entradas que daban al exterior; y según los últimos informes, los nanos habían conseguido atravesarlas todas.

Y no eran sólo los accesos. El sistema de ventilación también constituía un punto débil, al igual que los cientos de conductos que albergaban cables eléctricos y sistemas de comunicaciones. Una vez en el interior, los nanos serían imparables. Los subterráneos eran demasiado angostos, como panales de abeja. El complejo más grande apenas ocupaba media hectárea de oficinas, almacenes y otras estancias comprimidas dentro de un puzle vertical. Deborah necesitaba voluntarios, y el capitán de los marines se había girado hacia su colega diciendo: «Nosotros mismos». A continuación dieron su vida por intentar sellar una puerta con cinta aislante.

«Han dado lo mejor de sí mismos —pensó Deborah—. Ahora te toca a ti.» Había una terrible simetría en aquella idea. Respetaba demasiado su valor como para no tratar de emularlo, y el siguiente disparo impactó directamente en la cabeza del capitán.

Los espasmos del otro marine se habían ralentizado hasta convertirse en temblores erráticos y débiles. Se estaba muriendo. La solución de Deborah sería más rápida. También le disparó a él.

La mujer se giró y pasó junto a un escritorio puesto del revés que había al fondo de la habitación. Sus piernas largas y ágiles se movían con facilidad entre los escombros mientras se cubría la nariz y la boca con la camisa blanca de la Armada, haciendo ondear su melena rubia a pesar de llevarla muy corta.

La máscara aún seguía allí. Al igual que el resto del equipo, que aguardaba en la entrada trasera de la sala, algo que no debería haber sorprendido a Deborah, a pesar de tratarse más de un grupo improvisado sin una cadena de mando definida que de una escuadra. La mayoría de aquellos once hombres y mujeres eran militares, y por lo tanto subordinados suyos, aunque también había un mayor de las Fuerzas Aéreas y tres oficiales de la Armada, y sus órdenes eran más importantes que cualquier vida individual.

«Hay que sellar las salidas cueste lo que cueste.»

Aquella tarea debería haber sido más fácil por el hecho de que ninguno de ellos se conocía. Pero en lugar de eso, Deborah había salvado la vida gracias a aquello que

ella más valoraba en sí misma: la lealtad hacia el uniforme. Podían haber cerrado la puerta y dejarla aislada al otro lado. Pero en lugar de eso habían hecho una barricada para que pudiera pasar entre los cañones de los rifles y de las pistolas.

Distraída por la visión de las armas, Deborah no pudo mantener el equilibrio. Tropezó y cayó sobre el suelo de cemento.

—¡Mayor! —gritó un soldado que estaba bajo su mando. Era Emma Kincaid, una oficial médica como Deborah.

—¡Les dije que abandonaran ese acceso! —gritó Mendelson. Él era el mayor de las Fuerzas Aéreas, un hombre de cabeza cuadrada de unos cincuenta años. Aquellas palabras no iban dirigidas a Deborah, sino a los soldados que habían desobedecido sus órdenes.

Aquella pequeña estancia de cemento estaba rodeada de despachos. Varios hombres y mujeres tenían montañas de papeles entre las manos y había muchos más documentos desperdigados por el suelo. Al igual que la mayoría del complejo, esas oficinas eran para el personal de inteligencia de las cinco secciones del ejército, pero aquellos cubículos no sólo habían sido saqueados en busca de documentos de extrema importancia, sino también para aprovechar material de oficina como los rollos de cinta adhesiva. No había otra manera de sellar las puertas. Deborah, Emma y dos enfermeras habían abierto todos los kits médicos que habían podido encontrar, pero las vendas adhesivas ya casi se habían agotado.

Detrás de ella, un soldado cerró la puerta de acero. Otros tres hombres cubrían la cerradura y las bisagras con hojas de papel. Media docena de manos sostenían los documentos mientras otras tantas colocaban sobre ellos cinta aislante, vendajes adhesivos e incluso un bote de pasta de dientes, cualquier cosa que sirviera para sellar los orificios.

—¡Puede que también tengamos que abandonar esta puerta! —gritó Mendelson—. ¡Tenemos que ir un paso por delante de los nanos! ¿Es que no lo veis? Se están adentrando cada vez más en el complejo para ir a por nosotros. ¡Necesitan gente!

Dos hombres habían perdido la vida por su culpa. Era cierto. Aun así Deborah se negó.

—No.

Era ella quien debería haberse presentado voluntaria, pero un oficial no podía permitirse ese lujo. De haber ocupado el lugar de los marines, ahora ella también estaría muerta y Mendelson habría quedado al mando, y desconocía si a aquel hombre le faltaba valor o simplemente no comprendía nada. Los sistemas de ventilación habían sido desconectados, de modo que cualquier estancia vacía serviría a modo de barrera; quizá habría sido mejor cerrar varias puertas y esperar que el espacio vacío que quedara entre ellos y los soldados infectados fuera suficiente; pero ya no les quedaba más espacio que ceder. Desde aquel pasillo apenas quedaban

cuarenta metros antes de llegar al centro de mando. Resultaba de extrema importancia mantener segura la sala de operaciones. De lo contrario, quedarían ciegos y sordos respecto a todo lo que ocurriera en el exterior, aunque encontrarán otro lugar seguro entre los muchos pasadizos del complejo; ¿y entonces qué?

Sin aquella base la guerra estaría perdida. Habían perdido las comunicaciones con casi todas las instalaciones principales de Norteamérica. Spokane. Calgary. Salt Lake. Flagstaff. Hacía dos horas que habían recibido confirmación de que el presidente estaba a salvo en Missoula y de que aún había supervivientes en Yellowstone y en Albuquerque, aunque más del ochenta por ciento de las tropas estadounidenses y canadienses habían sido aniquiladas. El resto eran focos aislados sumidos en el caos.

—¡Yo me quedo aquí! —dijo Deborah.

—Y nosotros con usted —dijo un soldado.

—¡Esto no funciona! —gritó otro—. ¡Tenemos que intentar otra cosa! —Tenía las manos manchadas de pasta de dientes de color azul, que había utilizado para sellar el quicio de la puerta.

—Estaban tratando de sellar el Sector Cuatro —dijo uno de los oficiales de la Armada—. ¿Y si...

—El Sector Cuatro ha caído —respondió el soldado.

—¡Los demás, seguid trabajando! —dijo Deborah—. ¡Moveos! —Se giró hacia los soldados que había en la puerta—. Pondremos bolas de papel en los orificios que aún no están sellados. Quizá consigamos humedecerlos para crear una especie de pasta.

—Podemos masticarlos si fuera necesario —propuso el oficial de la Armada.

Detrás de ellos podía escucharse el ruido de las botas al caminar sobre el suelo. Mendelson estaba entre los que se estaban marchando.

—¡Maldita sea, abandonen esa puerta! —gritó.

Pero las órdenes de Deborah venían directamente del general Caruso. Además, era posible que no consiguiera olvidar a los dos hombres a los que había disparado en la otra habitación. Aún podía ver el rostro del capitán y sentía en las manos el retroceso del disparo.

¿Cuál era el efecto de aquella plaga? Cualquier cosa que hiciera aumentar la presión en el interior de cráneo haría que el cerebro se comprimiera sobre el foramen magno, el orificio a través del cual se une con la médula espinal. Los nervios craneales que controlaban el movimiento de las pupilas estaban en el tronco encefálico y dejaban de funcionar si se comprimían. ¿Acaso los infectados estaban sufriendo hemorragias internas? Tal vez el efecto de los nanos fuera similar al de una conmoción cerebral. Deborah se preguntó si los antiinflamatorios podrían ralentizar o detener el proceso.

Su amiga Emma le agarró del brazo. Sus ojos estaban llenos de vida. Deborah le

habló apresuradamente.

—Necesitamos que alguien nos cubra —dijo.

—Yo... No —respondió Emma.

—¡No puedo hacerlo de nuevo!

—Yo tampoco estoy dispuesta a hacerlo.

—¡Es una orden directa, teniente! —insistió Deborah, apretando con fuerza la muñeca de su amiga cuando en realidad debería haberla empujado.

Emma era una mujer guapa y esbelta. Se parecía a Deborah, aunque no era tan alta. Siendo la clásica mujer rubia, Deborah sabía que era hermosa, aunque Emma no le andaba muy a la zaga. Era la típica pelirroja (con el pelo y las pecas anaranjadas), y con una sonrisa tímida pero decidida. Se complementaban bastante bien entre sí, y a Deborah le gustaba el grado de confianza que habían alcanzado.

—Sé que puedo confiar en ti —dijo Deborah.

Emma asintió y negó con la cabeza con el mismo movimiento inseguro. Agitado por la abnegación, su cuerpo se movía a izquierda y derecha como un zorro atrapado en una jaula.

—Desenfunda el arma —dijo Deborah con un tono frío, como si estuviera repasando un procedimiento automatizado—. Aléjate tanto como puedas. Si ves que comenzamos a temblar, detente antes de que llegemos hasta ti y dispáranos sin perder ni un instante.

—Deborah, por favor...

Se escucharon gritos provenientes del otro extremo del corredor. Un sonido metálico reverberó por las paredes. Deborah empujó a Emma hacia un lado y levantó el arma para proteger a su amiga.

La otra puerta había sido abierta antes de que Mendelson llegara hasta ella. Gritó para que los hombres y mujeres que estaban a sus órdenes se echaran a un lado. Uno de ellos se puso de rodillas, dejando caer el portátil y los documentos que tenía en las manos.

Durante un instante, Deborah pensó que los nanos habían conseguido extenderse por todo el complejo tras acceder por el otro lado. Entonces una nueva escuadra apareció, abriéndose paso entre sus subordinados. Todos aquellos hombres parecían idénticos bajo los trajes de aislamiento; la capucha les ocultaba la cabeza y el visor de la máscara les daba la apariencia de enormes insectos. Los tanques de aire hacían que se prolongara la línea de los hombros. Los dos que avanzaban al frente estaban armados con fusiles y portaban una linterna, que refulgía en aquel sótano a pesar de que las luces seguían encendidas. La principal fuente de energía de Grand Lake era la estación hidroeléctrica que había río abajo, pero no resultaría muy difícil destruirla. También había generadores diésel dentro del complejo, aunque las reservas de combustible eran escasas y estaban pensadas únicamente para el centro de mando.

«Dios mío —pensó Deborah—. ¿Qué haremos si se apagan las luces?»

—¡Abrid un agujero! ¡Abrid un agujero! —gritó alguien.

No tenían ningún sitio a donde ir. Deborah trató de pegarse a la pared tanto como pudo, chocando con Emma. Mientras tanto el primer hombre ya había llegado hasta ellas. La culata del M4 golpeó el hombro de Deborah (accidentalmente, pensó ella), y la fuerza del soldado hizo que la mujer cayera de lado.

De algún modo, Emma y otro soldado consiguieron sujetarla, agarrándola por el cuello del uniforme. Deborah miró al hombre, llorando de dolor.

Sintió cómo los ojos le escocían de nuevo, esta vez por una nueva sensación. Aquellos hombres eran zapadores, enviados para hacer saltar la puerta por los aires. Uno de ellos llevaba un soldador entre las manos. Tras él, otros dos soldados portaban sendos tanques de combustible y una soldadora de acetileno. Un cuarto hombre portaba un casco enorme con un visor oscuro.

Los esfuerzos de Deborah podrían haber retrasado el avance de la plaga lo suficiente como para preservar aquel corredor y a la mayoría de los hombres y mujeres que tenía bajo su mando. Pero cuando consiguió ponerse en pie, apartó la mirada de los ojos abatidos de Emma y contempló la superficie lisa de la puerta. Estaban a salvo.

Estaban a salvo y era una sensación dolorosa.

—¿Deborah? —preguntó su amiga.

«¿Por qué no había nadie al otro lado del comunicador? —se preguntó—. ¿Y si hubiera hecho caso a Mendelson?», pensó entonces llena de ira.

Su equipo había perdido contacto con el centro de mando cuando empezaron a avanzar por el corredor. ¿Habría habido alguna diferencia si ella hubiera esperado cinco minutos? El equipo podría haber abandonado la otra estancia en lugar de intentar defender la entrada, y entonces los ingenieros habrían llegado hasta ellos antes de que se produjeran más muertes.

Deborah consiguió por fin recuperar el aliento. Su pecho se relajó mientras jadeaba bajo la máscara protectora, corriendo para alejarse de los soldados. Las soldadoras parecieron cobrar vida. Todos los ojos se entornaron ante la luz azulada e incandescente. Todos excepto los de Deborah, que avanzó decidida por el corredor para presentarse ante el general Caruso.

—¡Vamos! ¡Tenemos que movernos! —dijo.

Algunos de sus hombres habían salido por la otra puerta, pero los demás estaban recogiendo papeles del suelo o parecían estar en estado de *shock*. Un oficial de la Armada se giró hacia ella.

—Éstos son los informes de situación de las tropas rusas...

—¡Muévase! —gritó Deborah al pasar junto a él.

Odiaba llorar, pero cada nueva bocanada de aire le hacía experimentar una

sensación de catarsis a pesar de tener los ojos llenos de lágrimas, algo que intentaba ocultar cubriéndose el rostro con el brazo. Como miembro de la última tripulación que habitó la Estación Espacial Internacional, como médico y como oficial de infantería, Deborah Reece había contemplado más muertes de las que era capaz de asimilar, pero nunca antes había quitado una vida.

Deborah había pasado el año de la plaga en la órbita baja de la Tierra, contemplando cómo las ciudades del mundo se apagaban para siempre desde la Estación Espacial Internacional. La EEI dibujaba una órbita completa alrededor del planeta cada noventa minutos, y toda la parte del globo en la que no brillaba el sol estaba cubierta por una oscuridad prehistórica, excepto los pocos baluartes que brillaban tímidamente como estrellas agonizantes. Leadville, Fuji, Katmandú...

Su trabajo era controlar el estado de salud de la tripulación. El hecho de convertirse en rival de Ruth Goldman fue algo accidental. Ellas eran las únicas dos mujeres que había a bordo, y Deborah fue la primera en buscar consuelo entre los brazos del piloto, Derek Mills, mientras que Ruth nunca resolvió su atracción hacia el coronel Ulinov.

El principal desafío consistía en que mientras que Deborah era inteligente, como todos los miembros de la NASA, el genio de Ruth hacía casi imposible poder llegar hasta ella. Probablemente su coeficiente intelectual estaría cuarenta puntos por encima del de todos los demás, pero en su afán por detener la plaga, el agotamiento hacía que se dejara llevar por su estado anímico durante días y días. Sus bromas eran tan certeras como la hoja de un bisturí. Podía herir a todo el mundo sin proponérselo.

Deborah también se diferenciaba de ella en otro sentido. Carecía de la imaginación de Ruth, lo cual le parecía una ventaja. Pensaba que la gente que era demasiado inteligente corría el riesgo de perder el contacto con lo que significaba ser normal y no llegar nunca a comprender los mecanismos básicos del comportamiento social. Desde el momento en que la conoció, Ruth había sido una figura polarizadora, o bien atraía a la gente o bien la repelía. Al igual que Deborah, había personas que experimentaban ambas sensaciones al mismo tiempo, sintiéndose atraídas hacia ella pero incapaces de identificarse personalmente con la intensidad que irradiaba.

Deborah quiso que fueran amigas, y en un principio caminaron en esa dirección. Pero fue entonces cuando Ruth la traicionó. Cuando la tripulación de la EEI regresaba a la Tierra, la pista de aterrizaje resultó ser demasiado estrecha para el transbordador espacial. La *Endeavour* se salió de la pista, matando a Derek e hiriendo a casi todos los demás. Necesitaban tener a Ruth trabajando en los laboratorios de los nanos; pero ocho días después desapareció para unirse a la conspiración para interceptar la expedición a Sacramento, California, donde esperaban recuperar los diseños originales de la plaga de máquinas.

Deborah jamás pensó que volvería a verla de nuevo. Y cuando lo hizo, se sintió

aliviada por el mero hecho de poder ver un rostro familiar. Habían tenido que producirse nada menos que dos milagros para que pudieran volver a reunirse. A Deborah no le sorprendió que Ruth tuviera la tenacidad necesaria para caminar desde Sacramento hasta los límites del desierto de Nevada, ni que hubiera conseguido no ser detectada por los aviones enemigos que sobrevolaban California. Lo más sorprendente fue que Deborah recibió órdenes para abandonar Leadville pocos días antes del bombardeo. El que había sido aspirante a amante de Ruth, Nikola Ulinov, era también un importante diplomático ruso y amigo personal de Deborah. Aprovechando la autoridad que había ejercido en la EEI, Ulinov instó a Deborah a que actuara por sí misma.

Cuando Deborah se presentó voluntaria, los altos mandos militares parecieron alegrarse de poder contar con una médico entre sus filas. Incluso sin haber recibido entrenamiento militar, fue ascendida directamente al rango de capitán, donde podría dar órdenes, pero también estaría sujeta a los hilos que se manejaban desde más arriba. Fue una buena jugada. A Deborah no le importó. Pensaba que Ulinov tenía razón, y sabía que podría desenvolverse con soltura en situaciones de combate.

Y fue exactamente ahí adonde la enviaron, a pesar de ser toda una celebridad. Quizá lo hicieron por el glamour que rodeaba a todos los que habían estado relacionados con la estación espacial, y si su presencia ayudaba a levantar la moral de las tropas, mejor que mejor. Deborah fue destinada a una compañía de artillería en la frontera norte de Leadville. En cierto modo se sentía culpable por haber abandonado a los demás supervivientes de la EEI, pero Bill Wallace se estaba recuperando con normalidad y Gustavo y Ulinov parecían bien situados en las altas esferas del gobierno.

Ahora todos ellos estaban muertos.

Ulinov la salvó a ella antes que a sí mismo. Aquella era una deuda que jamás conseguiría saldar. Odiaba a aquel hombre por haber participado en el bombardeo, pero respetaba profundamente su lealtad y su sacrificio. Era un buen hombre. Simplemente estaba en el otro bando. En última instancia, el bombardeo había hecho incluso algún bien. En el límite norte de la zona afectada, y bajo una intensa lluvia radiactiva, la unidad de Deborah se rindió ante el primer grupo rebelde que cayó sobre ellos. Poco después la gente dijo que habían comenzado a producirse actos de unidad por todas partes, puesto que las fuerzas estadounidenses y canadienses se habían unido para hacer frente a la invasión. Lo cierto era que la compañía de Deborah sólo quería alejarse de la lluvia radiactiva sin tener que luchar contra las fuerzas rebeldes. De hecho, caminaron más de ciento cuarenta kilómetros en dirección norte antes de saber lo que estaba ocurriendo en California.

Una vez más, los conocimientos médicos de Deborah le permitieron llegar hasta los escalones medios de la autoridad que controlaba Grand Lake. Ella no lo quiso así.

Sólo llevaba una semana con los hombres y mujeres de su unidad, pero cuando el cielo se llenó de fuego, aquellos soldados se convirtieron en las únicas personas que conocía en todo el mundo. Aun así debía cumplir órdenes. Deborah tuvo que creer que en Grand Lake sabían dónde podía resultar de más ayuda; y quedó demostrado que estaban en lo cierto.

Ruth fue rescatada de un aeródromo de Nevada y trasladada de nuevo a las Rocosas. Deborah, al igual que Emma, se vio trabajando de nuevo junto a ella. Por primera vez se sintió cómoda con ello. Ruth había cambiado. Era una mujer más abierta. Se necesitaban mutuamente.

Una de las tareas de Deborah era organizar las muestras de sangre de miles de soldados y refugiados civiles después de que Ruth descubriera en ellas una nueva clase de nanos, unos nanos que no deberían existir. Leadville había estado probando varios prototipos en sus propias tropas, y Deborah decidió volver a alistarse cuando Ruth abandonó Grand Lake, pasando a integrar una escolta militar de élite reunida para protegerla. Ruth pensaba que lo mejor sería tratar de recuperar todo el trabajo desarrollado en Leadville, algo que los supervivientes del bombardeo portaban en el torrente sanguíneo.

Por desgracia, muchos de aquellos refugiados se estaban muriendo de hambre, enfermos y aterrorizados. Los aviones chinos controlaban el cielo. Pronto, las tropas de infantería chinas comenzaron a avanzar sobre las estribaciones de las Rocosas; y Ruth traicionó de nuevo a su propia gente, amenazando a ambos bandos con liberar los parásitos. Deborah aún no sabía lo que sentía respecto a aquella decisión. Sí, el plan de Ruth funcionó, y la guerra se resolvió con un alto el fuego, pero a cambio de eso, Ruth tuvo que desaparecer. Y lo que fue aún peor, entregó toda la costa Oeste al enemigo cuando en lugar de eso podía haber diezmado a las tropas enemigas.

Ruth llegó a estar muy cerca de convencer a Deborah para que la ayudara; su condenada inteligencia brillaba en el interior de sus ojos como un fuego sagrado. Sin embargo, los sentimientos de Deborah cambiaron en cuanto Ruth la dejó sola. Mientras sostenía en su mano desnuda un frasco lleno de parásitos, y esperando a que Ruth le hiciera la señal para abrirlo, el corazón de Deborah se estremeció ante la idea de asesinar a miles de estadounidenses aunque eso significara salvar a varios millones. En lugar de eso decidió entregarse junto con los nanos.

Deborah no se sentía orgullosa de haber experimentado aquella tentación. Simplemente estaba muy, muy cansada, herida y asustada. Tampoco mintió a los equipos de Seguridad Nacional que la interrogaron. Eso hizo que fuera considerada una ciudadana leal, lo cual resultaba embarazoso y equivocado. Ésa era la razón por la que seguía en Grand Lake. Deborah era una de las pocas personas «afortunadas» que eran lo suficientemente fuertes como para poder sobrevivir a semejante altitud, incluso aunque tuviera problemas respiratorios, de modo que decidió aceptar un

puesto como personal clave en el complejo número uno.

También decidió cortarse la melena rubia por la misma razón: para encajar mejor. Deborah dejó de ser una civil que servía en el ejército. Ahora ella era el ejército.

Allí se llevaba a cabo una importante misión para mantener la paz. A pesar de sus muchos defectos, la infraestructura que había bajo las montañas de Grand Lake constituía una obra de ingeniería difícil de repetir. El mando militar estadounidense no sólo necesitaba mantener tantas bases como fuera posible, también debía preocuparse de sobrevivir a una nueva plaga. Las pistas de aterrizaje que había en la superficie eran pequeñas y estaban congestionadas, pero los depósitos de combustible estaban muy bien protegidos, y aquel lugar contaba con las ventajas de la altitud y el aislamiento geográfico.

La Base Aérea de Grand Lake era una pieza principal de la red de disuasión dispuesta contra chinos y rusos. No sólo por la cantidad de aviones a los que daba cobijo, sino porque funcionaba con un Mando del Norte alternativo. El complejo número uno albergaba los sistemas de alarma del NORAD, el mando encargado de controlar lanzamientos nucleares en cualquier parte del mundo y de iniciar un posible ataque lanzado por Estados Unidos. Contaban con los ojos, los oídos y la autoridad necesaria para coordinar los silos de misiles de Wyoming y Montana; pero incluso aunque consiguieran alcanzar un ciento por ciento de contención y evitar que los nanos accedieran al complejo, Deborah sabía que las reservas de aire no durarían más de cuarenta y ocho horas.

Aún debía tomar una última decisión.

Había dos hombres con trajes de aislamiento en el pasillo, bloqueándole el paso a Deborah. Uno de ellos iba armado con un subfusil. El otro llevaba una pistola y un *walkie-talkie*. Ninguna de las dos armas apuntaba hacia ella, pero el mensaje estaba claro. Aquellos dos hombres marcaban el inicio de la zona de cuarentena.

Mendelson y otros tres soldados estaban junto a ellos, expectantes y nerviosos.

—Esto no está bien —dijo Mendelson.

Los cables cubrían el techo de cemento bajo dos lámparas fluorescentes. Las botas de Deborah pisaron con fuerza sobre una losa de cemento que se había fracturado, había sido reparada y se había resquebrajado de nuevo. Toda la estancia estaba ligeramente inclinada hacia un lateral. El aire apestaba a moho. En un principio, todos aquellos subterráneos estaban esterilizados, pero la humedad se había filtrado a través de las fisuras del suelo y ahora las bacterias se reproducían al abrigo de la luz y la temperatura necesarias para hacer aquel lugar habitable.

El soldador de acetileno silbaba detrás de ella. La luz azulada parpadeaba cuando las tropas que estaban bajo su mando accedieron a la estancia. Emma estaba entre ellas.

—¿Por qué nos...?

—Quédense aquí —dijo el soldado de la pistola.

Así era exactamente como Deborah lo hubiera organizado todo. Los zapadores también querían asegurarse de que todos estaban limpios antes de permitir que siguieran avanzando.

Pero ¿y si no lo estaban? Aquel pensamiento le daba miedo, pero consiguió ocultar esa sensación con una reflexión breve e impersonal. «Hemos hecho nuestro trabajo.» Deborah enfundó la pistola y se secó las mejillas, avergonzada por las lágrimas.

—No nos pasará nada —le dijo a su gente, tratando de ayudar a los hombres de los trajes de aislamiento. Era importante que todo el mundo mantuviera la calma.

—¿Es usted Reece? —preguntó de pronto el primero de los dos hombres.

Deborah asintió.

—Sí, señor —dijo sin ser capaz de reconocer el rango. Ni siquiera podía verle los ojos a través del visor de plexiglás.

—Bien. —El hombre levantó el *walkie-talkie* y comenzó a hablar. Aquél era un sistema muy rudimentario, pero no debía de estar conectado a la red de comunicaciones de la base—. Tenemos a la mayor Reece —dijo—. Parece que está bien.

—Recibido. —La voz crepitó a través del *walkie-talkie*.

¿Qué estaba ocurriendo?

—Creen que estamos infectados —dijo Mendelson.

—Tienen que estar seguros —respondió Deborah—. Eso es todo. No nos pasará nada.

Estaba lista para sacrificarse si convenía. Siempre lo había estado. Morir por un bien común resultaba un gran honor, y durante los últimos dos años y medio esa creencia no había hecho más que reforzarse.

—Necesitan toda la ayuda posible, y quieren estos archivos —dijo, señalando los portátiles y las carpetas con los documentos.

El centro de mando era demasiado pequeño para acoger a los cientos de empleados necesarios para recibir y analizar todos los datos del Mando del Norte, de modo que estaban repartidos por todo el complejo. La mayoría de la información se transmitía mediante correos electrónicos internos, pero también habían aprendido a dejar constancia física de cada documento. Las hojas de papel siempre podrían leerse incluso aunque un virus hiciera caer todo el sistema.

El soldador se apagó. Se escucharon pasos de botas en el otro pasillo y Deborah se estremeció. Su autocontrol comenzaba a fallar. ¿Y si los nanos habían conseguido atravesar la puerta antes de que los zapadores consiguieran sellarla? La plaga no afectaría a aquellos hombres, pero igualmente podían transmitirla a través de los trajes. De ser eso cierto, en cuanto accedieran a aquella estancia, los nanos se apoderarían de Deborah y de su gente como un incendio fuera de control...

Uno de los oficiales de la Armada comenzó a hablar. Debía de haber pensado lo mismo que Deborah, y quería asegurarse de que los zapadores conocían la importancia de los documentos que llevaba consigo.

—Aquí tengo tres años de informes logísticos de la Agencia de Seguridad Nacional sobre los chinos.

—Yo tengo los códigos de todos nuestros satélites de comunicaciones —dijo otro hombre.

—Está bien —les tranquilizo Deborah.

—Estás sangrando —dijo Emma, extendiendo el brazo para tocar a su amiga, aunque de pronto se detuvo, un gesto que llenó a Deborah de tristeza. Habían aprendido que el contacto físico era peligroso.

Los zapadores accedieron a la estancia abarrotada de gente. Cuando pasaron junto a ella con los M4 y los soldados, Deborah pudo escuchar que hablaban a través de sus radios internas.

—... empecemos —dijo el primero de ellos con un tono apagado.

Pasaron unos segundos.

Nadie estaba infectado.

El último zapador cerró la puerta tras de sí, lo cual hizo que la tensión que dominaba la estancia disminuyera.

—Debes de haberte hecho una herida al caer —dijo Emma. Esta vez posó la mano sobre el hombro de Deborah. Ambas mujeres agradecieron aquel contacto. Las manos de Emma eran hábiles y esbeltas, y se posaron sobre las manchas de sangre que cubrían la manga de Deborah.

Tenía dos arañazos en el antebrazo. Qué extraño. No se había dado cuenta de ello. Deborah incluso llegó a sonreír ante lo absurdo de aquellos cortes. Le hicieron pensar en las tiritas y en una canción que su madre le solía cantar cuando era pequeña y se hacía daño. Decía algo así como «verdes crecen los juncos...».

Emma también sonrió. Aunque no entendía lo que ocurría, agradeció el contacto humano. Pero entonces el momento de tranquilidad se vio truncado.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Mendelson.

Los zapadores comenzaron a mover a los hombres y mujeres de Deborah, llevándoles hacia el centro de mando.

—¡Por el pasillo! ¡Por el pasillo! —gritó un hombre. Parecía como si se estuvieran preparando para atravesar la siguiente puerta, pero Deborah se dio cuenta de que también estaban desarmando a sus propios soldados.

—¡No! —gritó.

—¡Quédese donde está! —le dijo un zapador armado con una Beretta.

—Mayor Reece —dijo otro hombre—, usted viene conmigo.

—¿Qué?

—Vamos, la necesitan ahí dentro.

—¿Dentro del centro de mando? ¿Y el resto de mi equipo? Esta gente no está infectada. ¿Es que no ven que todo el mundo está bien?

—Todos estarán a salvo aquí dentro.

—Eso es una estupidez —dijo Deborah con frialdad—. ¡Si existe riesgo de infección yo también lo tengo! ¡Correrán el mismo riesgo si me dejan entrar!

—Lo siento, mayor, adelante.

«No lo haré», pensó. Miró a los ojos verdosos de Emma con un destello de horror y vergüenza. Eso no estaba bien. Nada de todo aquello estaba bien. Sin embargo, se dio la vuelta y comenzó a seguir al hombre del traje de aislamiento.

Deborah había llegado demasiado lejos como para desobedecer órdenes.

El centro de mando estaba separado del resto del complejo. Ésa era una de las razones por las que los muros de los pasillos que llevaban hasta allí estaban resquebrajados. Era una enorme caja reforzada que se asentaba sobre cuarenta columnas de acero de más de doscientos kilogramos cada una, tan altas como una persona. Aquellos pernos servían para absorber la presión y estaban incrustados en el manto rocoso, mientras que el resto del complejo estaba simplemente excavado sobre la roca desnuda. Nunca hubo recursos para hacer algo mejor, pero aquel diseño adoptado por pura necesidad también sirvió para dotar al centro de una última línea

de defensa. Sólo había dos pasillos que daban acceso al interior. Ambos estaban repletos de explosivos para destruir todo el búnker y detener a los invasores o un posible contagio.

En la antecámara principal se había instalado un puesto de descontaminación muy rudimentario. Eso era lo que debía de haber evitado que los zapadores llegaran antes hasta la gente de Deborah. Ella apenas pudo reconocer aquella estancia, que hasta entonces no había sido más que un pequeño cubículo ocupado por un guarda armado, un teléfono y unas pocas cámaras de seguridad. Ahora estaba cubierto de láminas de plástico. El guarda llevaba un traje de aislamiento similar al de los zapadores.

—Lo siento, señora, voy a tener que pedirle que se quite la ropa —dijo el soldado, mientras le indicaba que caminase hacia la estructura de plástico—. Podrá ponerse otro uniforme en el otro lado.

Ésa era la razón por la que al resto de su equipo no se le había permitido ir allí. De hecho, parecía que aquel hombre también tenía intención de quedarse fuera. La estructura de plástico contenía una pequeña ducha con dos depósitos de agua. La cantidad de agua disponible debía de ser muy limitada. También pudo ver tres ventiladores que absorbían aire hacia el interior del complejo.

Aquél era un esfuerzo inútil. Si los nanos habían conseguido entrar en su torrente sanguíneo, podrían limpiarle la piel y el pelo hasta que Jesús volviera a la Tierra conduciendo un Ferrari y aun así no habrían conseguido nada. Deborah trató de ocultar cualquier destello de condescendencia o desaprobación, aunque se aferró con fuerza a esos sentimientos mientras se desabrochaba el cinturón, se quitaba las botas y se desprendía del uniforme, haciendo un gesto de dolor cuando éste le rozó las heridas del brazo. Tampoco pudo evitar mirar a la cámara que había en el techo. ¿Quién la estaría observando? ¿Acaso importaba? Se enfureció consigo misma ante tal reacción. Había gente muriendo. Quitarse la ropa no era nada en comparación con todo lo que ya le habían ordenado hacer, pero aun así sintió repulsión ante tal humillación.

Escondió su irritación mientras se quitaba el sujetador y el resto de la ropa interior. El zapador tuvo al menos la cortesía de girar la cabeza. El guardia que había al otro lado del plástico no lo hizo. «Bien.» Para ella no era más que una silueta distorsionada, de modo que él tampoco podría verla a ella con claridad, sobre todo desde detrás del visor del traje. No obstante, tenía la sensación de que se sentiría fría y humillada cuando llegara al otro lado.

—Primero lávese el pelo —dijo el guardia—. Después el cuerpo. Frótese bien la cara, por favor. Ahora... ahora la parte delantera y la trasera. Gracias, señora. Ahora cierre el grifo.

Ni siquiera le dieron una toalla. Probablemente esperaban eliminar cualquier nano que tuviera sobre la piel cuando el calor del primer ventilador evaporara el agua que

le cubría el cuerpo. Acto seguido, accedió a un segundo cubículo donde el guarda conectó otro ventilador. Todas las secciones de aquella estructura estaban separadas por cortinas de plástico que se agitaban y retorcían cuando los ventiladores entraban en acción, pero tan pronto como el guarda desconectó el sistema, el plástico volvió a su posición inicial.

Cuando finalmente pudo salir de aquella maraña de plástico, sintió la mente tan rígida y fría como el resto del cuerpo. Ignoró completamente al guarda, a excepción de un movimiento de cabeza cuando éste señaló hacia una percha en la que colgaban varios uniformes dentro de bolsas selladas al vacío. Deborah agarró el primer atuendo del ejército de tierra que pudo encontrar, sólo para comprobar que era demasiado ancho de cintura y muy corto de piernas. No le importó. No pensaba desnudarse de nuevo.

—Estoy lista —dijo.

El guardia apoyó el M4 en la pared y descolgó el teléfono.

—Hemos terminado —dijo.

Los tornillos de la puerta chasquearon como si fueran fusiles.

Habían instalado una estructura de plástico blanco y opaco al otro lado de la puerta, de modo que Deborah no podía ver nada; sin embargo, el ruido de las voces era ensordecedor. Sabía que el centro de mando no era más grande que una casa unifamiliar y que el techo, el suelo y las tres paredes eran de cemento. Cada sonido retumbaba en el interior de aquella caja.

—¿Mayor Reece? —Un capitán de las Fuerzas Aéreas se dirigió a ella tan pronto como la puerta hubo sido sellada por dos soldados vestidos con trajes de aislamiento, aunque se habían quitado la capucha. Los tanques debían de haber sido desconectados para conservar las reservas de aire en su interior.

—Por aquí —dijo el capitán, guiando a Deborah a través de la pequeña tienda de plástico.

El ruido era insoportable. Había más de cincuenta hombres y mujeres hablando a la vez, y muy pocos parecían comunicarse entre sí. La mayoría vestían uniformes azules de las Fuerzas Aéreas. También había gente de camuflaje, de color caqui o con ropas civiles. Casi todos estaban dispuestos en cuatro hileras que se extendían delante de ella. Estaban de pie o sentados ante escritorios prácticamente ocultos bajo una gran cantidad de monitores. Algunas personas recorrían aquel laberinto realizando gestiones, yendo de un puesto de control a otro.

En la pared que había al fondo se habían instalado varias pantallas de mayor tamaño. Las más pequeñas mostraban recuentos de aviones emitiendo signos parpadeantes. Las otras dos contenían sendos mapas. En una de ellas podía verse en azul y blanco el contorno de todos los continentes, sobre los que unos símbolos parpadeantes señalaban los centros de población. La otra pantalla también mostraba

un fondo azul sobre el que se dibujaba en blanco el contorno de las fronteras estadounidenses, canadienses y enemigas de toda Norteamérica. Había símbolos y palabras que centellaban sobre más de un centenar de localizaciones, la mayoría de ellas en los lados ruso y chino.

Deborah las contempló mientras seguía al capitán a través del alborotado laberinto. En ocasiones podía entender alguna palabra aislada. De pronto, un oficial del ejército que se había levantado de la silla chocó contra ella. Ni siquiera se molestó en mirar atrás o en pedir perdón.

—Recibido —dijo otro hombre—. ¿Puedes confirmar...?

—... a las coordenadas ocho, siete, cinco...

Si Deborah estaba interpretando los mapas correctamente, parecía que la situación había empeorado mucho desde la última vez que recibió noticias. Unos puntos parpadeantes mostraban los focos activos de los gobiernos y ejércitos de Estados Unidos y Canadá. Había muy pocos. Quizá poco más de una docena. Mientras contemplaba la pantalla, uno de esos puntos se apagó sobre Nuevo México, a la izquierda del monitor. El mapa estaba repleto de unos textos apenas visibles que mostraban información estática. Las localizaciones que parpadeaban eran las únicas que no habían sido infectadas, y Deborah pudo ver que Europa también estaba paralizada. Había menos de veinte símbolos que aún parpadeaban tímidamente en medio de un océano muerto y grisáceo, principalmente en Gran Bretaña y Alemania. Las marcas que había en el resto del continente estaban congeladas. Más hacia el este, la India estaba en la misma situación.

«Dios mío —pensó Deborah—. Qué rápido va.»

Todo el mundo sucumbía a la nanotecnología. Sudamérica. Oriente Medio. África, en la que, a pesar de no haber existido nunca demasiados supervivientes, incluso las pocas áreas repobladas a lo largo de sus costas septentrionales parecían ser víctimas de la infección.

Los hombres y mujeres que había en aquella caja no pensaban rendirse. Estaban muy bien entrenados. Había un cierto orden en medio de aquel tumulto, un propósito inconfundible, y Deborah experimentó un pinchazo de rebeldía y valor. Levantó la cabeza, compartiendo el ardor de aquellas personas. Acto seguido, siguió caminando detrás del capitán de las Fuerzas Aéreas hasta llegar a la segunda hilera de mesas, donde pudo reconocer a Jason Caruso en medio del caos.

El general Caruso era joven para su rango y para su cargo como jefe de Estado Mayor. A Deborah le parecía que apenas llegaba a los cincuenta. El pelo castaño, los ojos marrones y una complexión bastante común le darían a Caruso un aspecto bastante corriente, de no ser porque su boca lo cambiaba todo. Sus labios, salpicados de arrugas, eran tremendamente expresivos incluso cuando no hablaba. Caruso tenía el hábito de fruncirlos y dibujar una media sonrisa que parecía una mueca. Deborah

pensó que habría sido un terrible jugador de póquer. Aquella boca sacaba a la luz todos y cada uno de sus pensamientos, aunque para sus propias tropas eso suponía una ventaja. En ocasiones reaccionaban antes incluso de que pudiera pronunciar la primera palabra.

Caruso hablaba a gritos por teléfono. Deborah no podía entender lo que estaba diciendo. Había demasiadas voces en aquel lugar, y una mujer de piel morena que había a su lado era especialmente estridente; tenía una mano ahuecada sobre el micrófono de su comunicador para aumentar su potencia.

—Nà me, n0 yě shì zài bào gào n0 de jī dì de wēn yì ma? —decía la mujer.

Deborah se dio cuenta de que era china, aunque su familia debía de llevar varias generaciones en Norteamérica. ¿Cómo habría sido vivir la guerra tras un rostro asiático?

Todos los que había en aquella hilera eran traductores o diplomáticos. Muchos de ellos llevaban ropa civil, aunque aquella mujer vestía el uniforme del ejército. Deborah miró a la pantalla de su ordenador. Era una maraña de ventanas que se solapaban unas con otras. Por lo que pudo ver, se trataba de archivos personales sobre ciudadanos chinos.

—Wǒ mén zài wǒ mén de wèi xīng shàng méi yǒu kàn dào rèn hé jī xiàng. —La mujer continuó sin detenerse. El tono de voz era alto pero tranquilo; no daba sensación de enfado ni de miedo.

—*Commandant, pouvez-vous faire décoller ces avions?* —dijo un hombre en francés.

Deborah también escuchó unas palabras en español, pero el grueso de la conversación era en mandarín. ¿Acaso era eso importante?

—Wǒ xiàn zài gào sù n0, wǒ mén de wèi xīng tú xiàng xiǎn shì n0 de jī wèi shòu y0ng xiǎng —añadió la mujer mientras Deborah reflexionaba.

El capitán de las Fuerzas Aéreas le hizo un gesto con impaciencia.

Deborah se abrió paso entre la multitud, golpeando a la gente en el hombro o en la espalda para que se apartaran. Un hombre hablaba italiano. El tono cadencioso hizo que se acordara de Gustavo y de su afable sonrisa, pero no había tiempo para recuerdos. Entonces comprendió el porqué de los chasquidos de los teclados que había a su alrededor. Cada uno de aquellos traductores tenía al lado a otra persona que transcribía la traducción de la conversación, tecleando afanosamente. Algunos de los transcritores también murmuraban a través del micrófono de los auriculares. Estaban recogiendo datos de todo el centro de mando, pero... ¿adónde los enviaban?

Cuando contemplaba la escena, un hombre se levantó y señaló hacia la fila de al lado, como siguiendo la trayectoria de una frase o de un correo electrónico hasta asegurarse de llamar la atención de otro soldado. Estaban canalizando información hasta otro equipo, en el que los empleados analizaban y corregían los datos para

actualizar los mapas de situación. Deborah volvió a mirar hacia la pantalla principal; la California ocupada seguía estando repleta de símbolos parpadeantes. La plaga no parecía afectar al enemigo.

—Wǒ mén xū yào lián xì zhèng fǔ què rèn shì fǒu xū yào zuò chū fǎn yìng — gritó otro hombre en mandarín.

—¡Aún no hay nada de Dos-Eco-Dos, señor! —gritó otro.

Deborah llegó hasta el grupo de personas que rodeaban al general. Un oficial tocó el hombro de Caruso. Éste se giró, posó la mirada sobre Deborah y continuó hablando por teléfono.

—No acataré esas órdenes a menos que el secretario en persona me diga lo contrario. Ya hemos esperado demasiado.

La impresión y el miedo se extendieron por toda su piel bajo la mirada de reptil de Caruso. Era uno de los pocos jefes de Estado Mayor que quedaban en la Norteamérica aliada. El peso que soportaba su alma debía de ser aplastante, pero era justo para soportar esa presión para lo que había sido entrenado.

A Caruso no le gustó lo que escuchó.

—Si su complejo ha caído, entonces soy yo quien está al mando —dijo—. ¿El secretario sigue con vida? —Después añadió—: Dos minutos. —Entonces le dio los auriculares al oficial de la Armada que había a su lado—. No cuelgues, pásame el teléfono otra vez dentro de noventa segundos.

—Sí, señor.

—Mayor Reece —dijo sin apenas mover la mandíbula. Los músculos se le tensaron debajo de las mejillas.

—Señor —Deborah se puso firme.

—¿Ha visto las fotos? —preguntó Caruso.

—Lo siento, general, aún no. Acérquese. —Tiró a Deborah del brazo para que se inclinara sobre uno de los muchos monitores.

—¿Quién más está en línea en Peterson? —dijo Caruso desde detrás de ella.

El otro oficial cerró varias ventanas y abrió dos fotografías. Un hombre blanco. Una mujer de piel oscura. Aquellas fotografías eran muy granuladas en comparación con las demás imágenes que se veían por la sala, y Deborah pensó que debían de haber sido sacadas de grabaciones hechas por cámaras de seguridad. Le resultaba difícil pensar, se sentía como si acabaran de golpearla.

En aquellos rostros podía verse la confusión de la plaga. Tenían las pupilas dilatadas y el hombre tenía la cabeza inclinada hacia un lado del cuello, con la boca abierta de par en par.

«Y se suponía que estaban a salvo», pensó Deborah.

Todos los complejos de Grand Lake estaban separados entre sí porque no se habían construido al mismo tiempo, y porque se pensó que lo mejor sería dispersar

sus activos. El complejo número tres se reformó a conciencia a fin de garantizar que quedara aislado herméticamente, ya que creían que podía llegar a ser peligroso. Allí era donde estaban los laboratorios de los nanos. Aquella gente debería haber sido capaz de mantener fuera la plaga del mismo modo que mantenían sus propios experimentos dentro.

La mujer era Meghna Katechia, una ciudadana india que tras la guerra se había convertido en jefa de los programas armamentísticos de Grand Lake. El hombre era Steve McCown, el ayudante principal de Katechia, que también trabajó durante un tiempo junto a la mismísima Ruth Goldman.

—¿Puede usted confirmar...? —preguntó el oficial.

—Son Steve McCown y Meghna Katechia —respondió Deborah—. ¿Dónde están los demás? ¿Han conseguido sacar de ahí a Laury y Aaron?

—No. Creemos que uno de los civiles sufrió un ataque de pánico y trató de escapar. El complejo número tres está completamente inutilizado.

Justo al lado de ellos, uno de los traductores se levantó de pronto.

—¡Señor! ¡General Caruso! —gritó—. ¡Tengo a un general ruso solicitando ayuda de todas las fuerzas estadounidenses por todas las frecuencias! Asegura que hay infecciones generalizadas por toda California y dice que han perdido las comunicaciones con Rusia.

—Santo cielo —murmuró el oficial de la Armada.

Caruso se giró hacia un oficial del ejército.

—Ponte con ello, John. —Se giró hacia otro hombre y le hizo un gesto—. ¿Dónde están nuestros satélites?

«¿Una traición? —pensó Deborah—. ¿Es que los chinos también están atacando a sus aliados? ¿Por qué?»

—¡Creo que está diciendo la verdad, señor! —gritó el traductor mientras el coronel se abría paso hacia él sin dejar de dar órdenes al resto del equipo.

—Sigán presionando a los europeos —dijo el coronel—. ¿Qué es lo que saben ellos?

Caruso se giró hacia Deborah.

—¿Podrá ayudarnos si conseguimos sacar algo de material de los laboratorios? —le preguntó.

—¿Señor?

—Si no conseguimos descontaminar el material, le daremos un traje de aislamiento y lo llevaremos todo a una cámara segura. Estoy dispuesto a enviar a mis hombres ahora mismo si cree que tiene alguna oportunidad de obtener información sobre esos nanos. Lo que sea.

Deborah tartamudeó.

—Yo... Señor... —No quería fallarle, pero tampoco podía mentir—. Yo soy

médico. Mi conocimiento de los nanos era muy superficial.

—Sabe usted más que cualquier otra persona a mi cargo —respondió Caruso.

—¡General, tengo a la Trigésimo Quinta de nuevo al teléfono! —dijo el oficial de la Armada mientras le daba los auriculares.

Caruso miró a Deborah.

—Usted sabe cómo usar sus microscopios.

—Sí, señor.

—Entonces enviaré a un equipo para que rescate todo lo que pueda. —Caruso hizo una señal a dos oficiales que tenía cerca. Ambos asintieron. Uno de ellos descolgó un teléfono. Sin perder ni un instante, Caruso se colocó los auriculares.

—Aquí A6. —Escuchó un instante antes de deformar la boca—. Cada minuto que pasa tenemos cada vez más pruebas que indican dónde se han originado esos nanos —dijo—. Goldman estaba en lo cierto.

«¿Ruth? —pensó Deborah—. ¡Está viva!»

Y no sólo eso. Parecía que Ruth había vuelto a ponerse de su lado, lo que hizo que Deborah se alegrara más de lo que habría esperado.

—¿Dónde está el secretario? —preguntó Caruso—. Si no puede confirmar personalmente su situación, entonces yo estoy al mando. —Esperó un instante—. Yo estoy al mando. —Después se dirigió hacia un oficial que había sentado ante un ordenador—: Mensaje de acción de emergencia. Autentifique nuestro estatus como Caleidoscopio.

—Aquí Fuego Salvaje, MAE para todas las unidades —dijo el hombre a través del micrófono—. Repito, aquí Fuego Salvaje, MAE para todas las unidades. Prepárense para recibir el mensaje.

Caruso señaló hacia otro puesto de control.

—Intente ponerme en línea directa con el primer ministro chino, o con alguien del gobierno civil en California —dijo—. Haremos un último esfuerzo para intentar que den marcha atrás.

—Juliet Victor Bravo Golf Whiskey Golf November Delta. Repito: Juliet Victor Bravo Golf Whiskey Golf November Delta —dijo el otro hombre.

Deborah sintió cómo la piel se le erizaba de nuevo porque sabía lo que estaba haciendo Caruso.

Tras la guerra, las jerarquías civiles y militares se separaron tanto como fue posible. Podían haber regresado a Washington D.C., por ejemplo, pero estaba a más de tres mil kilómetros de las Rocosas. Los problemas logísticos habrían sido insuperables. Incluso aunque se hubieran reforzado las defensas locales, Washington D.C. estaría casi completamente aislada, por lo que la gran mayoría de las fuerzas estadounidenses y canadienses permanecieron cerca de la divisoria continental, no sólo para conservar su capacidad operativa sino también para permanecer

concentrados frente al enemigo de California.

Por suerte, las Rocosas se extendían a lo largo de ocho estados y de una provincia canadiense. Únicamente el presidente, algunos altos mandos militares y unos pocos congresistas electos permanecían en Missoula. El resto de los altos cargos de Estados Unidos estaban diseminados por toda la divisoria continental para evitar que un único ataque pudiera acabar con todos ellos. Sus sistemas de mando eran igual de redundantes.

La base aérea de Peterson, al oeste de las Rocosas, se había restablecido como una de las bases más importantes. Varios años atrás, Peterson fue la sede del nuevo centro del NORAD después de que se cerraran los túneles excavados bajo Cheyenne Mountain, y a pesar de haber recibido importantes dosis de lluvia radiactiva, sus infraestructuras eran demasiado valiosas como para abandonarlas. Por desgracia, dado que Peterson acogía a varios escuadrones de las Fuerzas Aéreas, se trataba principalmente de una base de superficie. Algunos de los edificios podrían sellarse para protegerlos de amenazas químicas y nanotecnológicas, pero ahora Deborah dudaba de que Peterson fuera mejor que las cimas montañosas que rodeaban Grand Lake.

Si el secretario de Defensa estaba en Peterson, era probable que ya hubiera caído o estuviera herido, al igual que el presidente y el vicepresidente. Por lo que había podido escuchar, la Secretaría de Defensa debía de haber ordenado a Caruso que no actuara hasta que no estuvieran seguros de quién había creado la nueva plaga, pero parecía que Caruso estaba usurpando la posición de la Secretaría de Defensa en la cadena de mando que controlaba el arsenal nuclear estadounidense.

«De modo que la situación es así de grave», pensó Deborah.

Un profundo sentimiento de realidad se apoderó de ella. Sintió cómo el uniforme le quedaba demasiado grande y respiró el aroma tenso y ácido de los hombres y mujeres que ocupaban aquella caja. Cada nueva decisión que tomaban resultaba crucial para el mundo.

—Discúlpeme, señor —dijo, tratando de no interrumpir.

Había un nuevo miedo que le oprimía el pecho. Conocía al general Caruso desde la guerra. El bando estadounidense nunca tuvo muchas ventajas, y él no esperaba demasiado, salvo una posible derrota. Siempre abogó por aprovechar las habilidades de Ruth para cometer un genocidio contra rusos y chinos, y Deborah se preguntó si finalmente Caruso habría visto sus posibilidades.

—Señor, ¿está usted en contacto con Ruth Goldman? —le preguntó—. Es a ella a quien necesitan, no a mí. Ella puede explicarnos lo que está ocurriendo.

—Usted es todo lo que tenemos, Mayor.

—¿Y qué pasa con Ruth?

—Señor, tengo al ayudante del secretario de Defensa a otro lado del teléfono —

dijo el oficial de la Armada.

—Desconecte esa línea —respondió Caruso. Cerró los labios con tanta fuerza que parecían las hojas de un cuchillo. Acto seguido, se giró hacia una mujer que había en otra mesa—. Quiero una comunicación abierta con todas las tropas chinas. Les obligaremos a detener la ofensiva inmediatamente o atacaremos Los Ángeles.

«¿Y si Ruth está muerta? —se preguntó Deborah—. ¿O infectada?» Deborah sabía que ella sola no podría proporcionar ninguna información valiosa sobre la plaga. Quizá la elección de Caruso fuera la única posible. Durante el año de la plaga, Estados Unidos perdieron el control de muchos de sus silos porque, aunque aquellos agujeros estaban muy bien sellados, sólo tenían reservas de aire para unos pocos días. Muy poco personal consiguió sobrevivir hasta que la plaga hubo terminado, y fue sólo después de recibir los suministros y los compresores de aire que les permitieron generar la atmósfera de baja densidad necesaria para acabar con los nanos.

Tras el antídoto, sin embargo, las Fuerzas Aéreas decidieron recuperar la mayoría de aquellos silos, y ahora contenían miles de misiles Titan y Minuteman; suficientes como para hacer saltar toda China por los aires si Caruso daba la orden.

«Debes confiar en que tiene razón», se dijo Deborah a sí misma, tal y como siempre había hecho. Pero, esta vez, la duda era mucho más fuerte. Miró una vez más hacia los mapas, tratando de encontrar un hilo de esperanza. En lugar de eso, los puntos que poblaban la California ocupada por los rusos comenzaban a convertirse en fantasmas estáticos y apagados. Únicamente estaban intactos los territorios chinos al sur del estado, como si fueran una zona segura o un epicentro.

Norteamérica estaba al borde de una guerra nuclear.

El jeep se adentró más de cuarenta kilómetros en la oscuridad de la noche antes de quedarse sin gasolina. «Lo que nos faltaba —pensó Ruth mientras Bobbi hundía de nuevo la bota en el pedal del acelerador y giraba la llave de contacto—. Esto es lo último.»

—¡Maldita sea! —exclamó Bobbi.

Ruth se agachó empuñando el M4, preparada para saltar hacia cualquiera de los dos lados del vehículo. Ingrid estaba de pie con el M16. El viento era frío, como el aliento de la muerte. Entonces oyó grillos, algo que le sorprendió.

Criii, criii, criii.

Al principio fue un sonido irregular, pero pronto llenó la oscuridad de la noche. Parecía que los grillos se habían silenciado brevemente por la intrusión del jeep.

Al girar la cabeza para tratar de vislumbrar la colina que se extendía más allá de las luces de las linternas, Ruth vio a Cam con el brazo derecho pegado a las costillas, empuñando una pistola con la mano izquierda. Deseaba tanto protegerle que tuvo que girar la cara antes de que Cam pudiera ver la ansiedad en sus ojos. Hacía ya un buen rato que Ruth se había quitado las gafas para ayudar a Bobbi a orientarse en la oscuridad. Recorrer aquellos cuarenta kilómetros campo a través les había llevado varias horas. Y en varias ocasiones tuvieron que detenerse para que Ruth o Ingrid inspeccionaran a pie un arroyo o el tronco de algún árbol caído.

—Apagad las luces —ordenó Cam.

Bobbi obedeció. En la oscuridad únicamente podía verse la luz de las estrellas. La noche se insinuaba sobre ellos como una larga cadena montañosa que discurría en dirección sureste.

Abajo, mirando hacia el norte, lo único que manchaba la oscuridad del valle era un grupo de brasas anaranjadas. No se trataba de Jefferson. Su hogar no podía verse desde aquellas colinas. Aquel fuego estaba más al norte, y era demasiado grande como para tratarse simplemente de una veintena de construcciones ardiendo.

Morristown también estaba en llamas.

—Tenemos que efectuar un reconocimiento —dijo Ruth.

El plan del grupo era quedarse junto al vehículo durante un tiempo. Faltaban pocas horas para el amanecer. Nadie quería romperse una pierna caminando a oscuras, y Cam necesitaba que le dieran unos puntos. Todos ellos necesitaban comer y descansar. Además, el calor del motor llamaría la atención de los sensores térmicos si algún helicóptero les sobrevolaba o si algún satélite fotografiaba la zona. También podrían usar los faros del jeep para hacer señales, al menos hasta que saliera el sol.

Ruth también quería comprobar la información que había grabado en el portátil. Antes de que estallara la refriega en Jefferson, había conseguido escanear la

superficie de los nanos. No esperaba obtener ningún resultado relevante, pero estaba ansiosa por comprobar si el ordenador aún funcionaba. Aún le quedaba batería para unas seis horas más, pero tendría que guardar todos los datos del programa antes de apagarlo.

En una ocasión escucharon aviones que volaban en mitad de la noche. También oyeron disparos en las colinas que había en dirección norte. Probablemente serían supervivientes de Morristown, pero incluso aunque aquellas personas no hubieran sucumbido a la plaga, los disparos atraerían a los infectados. El grupo de Ruth debía hacer frente al mismo problema, por la atracción que podían provocar las luces y el sonido del motor del jeep. Debían asegurarse de estar solos.

Ingrid levantó el rifle.

—Iré yo.

—Espera, ayúdame con Cam.

—Estoy bien —dijo Cam.

—¡Aún estás sangrando! —Ruth se colocó justo delante de él, posando la mano sobre el brazo bueno. Cam se inclinó para intentar bajar del jeep.

—Deja que te ayude —dijo ella.

—De acuerdo.

—Que te ayudemos —repitió, corrigiéndose a sí misma. «Yo, vosotros.» Aquellas palabras no suponían una gran diferencia ahora que casi todas las personas que conocía habían muerto, pero Ruth era muy consciente de que estaba tratando de aplacar sus sentimientos. La lealtad que sentía hacia él era ciega y total. Ruth no dudaría en matar por Bobbi o por Ingrid, porque ellas eran lo único que le quedaba de su hogar, pero estaba dispuesta a morir por Cam.

—Aquí —dijo Ruth, señalando hacia el lateral del jeep que estaba a favor de la dirección del viento. El vehículo podría protegerles del frío. Resultaría inútil si el aire estuviera infestado de nanos, pero la alternativa sería quedar completamente expuestos, y eso era algo que ella no podía permitir.

Las tres mujeres consiguieron sacar a Cam del jeep sin que cayeran al suelo los fragmentos de tela que Ruth le había colocado bajo el brazo. Dejaron que apoyara la espalda sobre la rueda delantera, donde Ruth pudo percibir el olor a aceite y a metal caliente mezclado con el aroma de la hierba fresca.

Acto seguido agarró su mochila. Aparte del portátil, aquella mochila era prácticamente lo único que tenían; ni tienda de campaña ni sacos de dormir; únicamente tenían unas pocas cantimploras que Ruth había conseguido guardar en la bolsa junto con un poco de harina de maíz, fécula de patata y unos cuantos tomates secos. Tenía hambre, pero hizo caso omiso de aquella sensación. Abrió el ordenador portátil y asintió, iluminada por la luz azulada de la pantalla. El proceso de análisis de la superficie de los nanos aún no había concluido. La barra de estado indicaba que se

había procesado un cuarenta y seis por ciento. Le habría gustado poder usar el monitor como fuente de iluminación, pero era más sensato ahorrar energía.

La pantalla se oscureció al cerrar el aparato. Ruth se quitó la máscara y trató de hacer lo mismo con los guantes manchados de sangre; de pronto sintió una tremenda claustrofobia. Le llevó un rato quitarse la cinta aislante que sellaba los puños de las mangas de su chaqueta. Entonces se arrodilló frente a Cam. Él también se había quitado la máscara y las gafas protectoras, mientras que Bobbi se las había puesto de nuevo. Sin el rostro cubierto, Ruth y Cam eran diferentes de los demás.

—De acuerdo, yo me ocuparé de él —dijo Ruth—. Vosotras deberíais... —Se detuvo y trató de suavizar el tono—. ¿Podríais establecer un PE?

Ingrid negó con la cabeza.

—¿Un qué?

—Un puesto de escucha —dijo Ruth. Había pasado tanto tiempo junto a Cam y Eric que había olvidado que no todos los habitantes de Jefferson formaban parte de la milicia. Ingrid había hecho de abuela extraoficial para todos los niños, de costurera, de barbera e incluso de dentista, y en ocasiones había llegado a trabajar en Morristown e incluso en New Jackson. Antes de retirarse había sido ortodoncista, y la comunidad tenía suerte de poder contar con ella.

—Quizá deberíamos permanecer unidos —dijo Bobbi con un tono triste.

—No, Ruth tiene razón —intervino Ingrid—. Si nos separamos... si ocurre algo...

Si alguno de ellos resultaba infectado, los demás tendrían más probabilidades de escapar de los nanos si no estaban demasiado cerca unos de otros. Eso si había oportunidad de advertir al resto del grupo en la oscuridad.

Ruth agarró con las manos desnudas el guante de Ingrid antes de que la mujer se marchara.

—No os alejéis demasiado —dijo—. Sólo necesitamos establecer una especie de perímetro. Creo que lo mejor será ir hacia la cara oeste, colina abajo. ¿De acuerdo? Tratad de encontrar un lugar en el que estéis protegidas del viento, pero lo suficientemente cerca como para que os oigamos si gritáis.

—Esto no me gusta nada —dijo Bobbi.

—Iré a sustituirte dentro de una hora. Por favor. —Ruth debía de haber dejado entrever su carácter posesivo en su voz o en el modo en que se había arrodillado frente a Cam. Resultaba imposible leer el rostro de Bobbi detrás de las gafas, pero el ligero movimiento de su cabeza indicó complicidad.

—Yo también puedo hacer un turno —dijo Cam.

—¡Te han disparado! Necesitas descansar.

Ingrid dejó que siguieran discutiendo y se adentró en la oscuridad.

—Deja que cuide de ti —dijo Ingrid con suavidad. Tal vez aquellas palabras fueran tanto para Ruth como para Cam.

Bobbi titubeó unos instantes. Aún estaba en estado de *shock*, y sentía miedo y celos, pensó Ruth. La propia Ruth centró su atención en Cam y olvidó el mundo a su alrededor. Lo hizo sin mirarle a los ojos, estudiando su torso.

—¿Puedes levantar el brazo? —preguntó.

—Sí.

—Tenemos que quitarte la chaqueta sin mover el vendaje, pero no quiero cortar la tela porque tienes que mantener el calor corporal.

Bobbi se giró y se marchó, emitiendo un gruñido como de ansiedad.

El canto de los grillos seguía sonando por todas partes. El viento soplaba a ambos lados del jeep y también por debajo de la carrocería. Cam hizo un gesto de dolor mientras Ruth le ayudaba a quitarse los guantes. Primero le quitó la manga del brazo bueno y después se puso en pie para quitarle la parte que le cubría el torso. Todos sus movimientos eran como un baile a cámara lenta, sincronizado. Finalmente consiguió sacar la manga del otro brazo.

Tenía toda la camisa empapada de sangre.

—Dios mío... —dijo Ruth.

—No creo que me haya roto las costillas.

—Silencio. Deja que te limpie la herida.

Ruth utilizó el cuchillo para desgarrar la camisa, ya que tenía que reciclar las partes más limpias para aprovecharlas como esponjas y vendajes nuevos. Cam tenía razón: la herida no era demasiado grave. La bala le había desgarrado el músculo pectoral justo por debajo de la axila, lo cual había causado una hendidura de unos cinco centímetros que se ensanchaba progresivamente, como si fuera una uve inclinada. En algunos puntos, la sangre ya había empezado a coagularse, de modo que Ruth tuvo mucho cuidado de no desgarrarla más, presionando la herida con sumo cuidado.

Cam tenía un cuerpo musculoso y moreno. Sin embargo, sus cicatrices resultaban impactantes. Tenía la mayor parte del pecho cubierta de viejas ampollas, y en las zonas sanas, donde la piel era suave y perfecta, tenía la carne de gallina por culpa del frío.

—Ruth —dijo Cam.

Ella levantó la vista, esperanzada. Pero Cam no la estaba mirando, sino que tenía la vista perdida en el cielo. «Puedes decirme lo que quieras», pensó Ruth.

Únicamente había grillos. Viento.

—¿Por qué está ocurriendo todo esto? —preguntó Cam.

Ruth apenas podía admitir que esperaba escuchar algo diferente. ¿Qué le ocurría? Habían sido testigos de demasiadas muertes. Estaba desesperada por saber que él deseaba besarla.

«Bésame», pensó, a pesar de haberse apartado un poco.

—No lo sé —respondió Ruth. Pero en realidad sí lo sabía. Algunas ideas eran demasiado poderosas como para ignorarlas, ya que cambiarían para siempre el curso de la historia. La rueda. La agricultura. La industria. La bomba. En aquel momento, la población de la Tierra apenas superaba los quinientos millones. Algunos de ellos habían abandonado las montañas, pero la mayor parte de la población seguía concentrada en las zonas seguras.

Nunca había habido un momento mejor para atacar. Una única nación o un único credo podía hacerse con el control del planeta, rehaciendo la humanidad a su imagen y semejanza. Quizá siempre habría algún señor de la guerra que repitiera el mismo plan de una u otra forma, desde el senador Kendricks hasta los generales rusos que desataron la guerra, pasando por los miembros del gobierno chino que habían supervisado el desarrollo de la nueva plaga.

«Siempre son los hombres —pensó Ruth—. Demasiado agresivos. Demasiado atemorizados. Las mujeres encontrarían otra solución.»

Ruth centró toda su atención en coser la herida. Era una tarea desagradable. La aguja casi no tenía punta y el hilo del botiquín estaba pensado para coser tejidos. Tampoco tenían ningún anestésico, ni siquiera marihuana o alcohol casero. Sin embargo, Cam había sido entrenado para soportar el dolor, y no dijo ni una palabra mientras ella entornaba los ojos en medio de la oscuridad.

—Mierda —dijo cuando perdió la aguja en medio de la sangre. Ahora tendría que buscarla entre la carne—. Lo siento, joder. Lo siento.

Cam empezó a sangrar de nuevo. Ruth intentó darse más prisa.

Ella pensaba que la única razón por la que habían huido de Jefferson era porque la plaga era más peligrosa en los infectados recientes. La multitud de Morristown no había exudado tantos nanos como los habitantes de Jefferson. Pero, de algún modo, la plaga sabía cómo evitar replicarse de forma infinita dentro de un huésped concreto. De lo contrario, desollaría vivos a los infectados, igual que la plaga de máquinas original. Aunque la cantidad de tejido blando que empleaba de cada persona era infinitesimal (el más mínimo fragmento era suficiente para crear millones de nanobots), quizá ésa fuera la razón por la que algunas víctimas morían. Tal vez el problema no era que la plaga mental se encontrara con dificultades al penetrar en el cerebro. Los nanos se multiplicaban en el mismo punto en el que se activaban. Estando en la sangre, en ocasiones perforaban una arteria o atravesaban los músculos del corazón...

Aun así, Ruth se maravilló por la capacidad que tenían para registrar y verificar quién estaba infectado. «Tiene que haber algún tipo de marcador universal —pensó—. Los nanos se comunican entre sí. Pero ¿cómo? Quizá pueda usar esas señales para desconectarlos o para hacernos inmunes.»

—He terminado —dijo, limpiándose las manos sobre sus propios vaqueros, ya

que quería conservar los jirones menos manchados de la camisa para volver a vendarle la herida.

—Gracias —contestó Cam.

—Te voy a poner un vendaje compresivo —dijo Ruth mientras se lavaba las manos con las últimas gotas de agua que quedaban en una de las cantimploras. Intentaba mostrarse diligente. Quería mantener aquella distancia en su cabeza, pero sintió que los dedos le temblaban al tocar a Cam de nuevo.

¿Qué estaría sintiendo él? «Dolor, tristeza.»

Ruth cortó una de las cintas que colgaban de la mochila para asegurar el vendaje. Sintió una cierta satisfacción al desgarrar la bolsa. No sabía por qué, salvo que se sentía enfadada e indefensa. Sabía que sus movimientos eran demasiado bruscos.

—Ruth —dijo Cam.

«No le mires —pensó ella. Aunque había otra voz aún más persistente dentro de su cabeza—. Los dos podríais morir en cualquier momento.»

—Ruth.

Ruth le miró a los ojos. Eran mucho más oscuros y vivos que los suyos, ya lo sabía, pero también eran fuertes y estaban tristes y asustados. Él era la persona más fuerte que Ruth había conocido jamás. Fuera como fuese, él siempre sabía lo que había que hacer.

Él la besó. Se inclinó ligeramente y la besó, posando la barba contra su rostro frío, y por un instante Ruth se vio demasiado sorprendida para reaccionar. Después sintió que abría la boca con una enorme sonrisa y emitía un sonido breve y feliz como el de la risa.

—Por favor, Cam. Por favor...

Ruth se puso de rodillas sin dejar que los labios de ambos se separaran. Se sentó a horcajadas sobre él y extendió las piernas alrededor de la silueta delgada de su cintura. Él introdujo la mano por debajo de la camisa de Ruth y le tocó la cintura. La acarició como si quisiera asegurarse de que ella era real. Ella se sacó la camisa por fuera de sus pantalones para que Cam pudiera sentir el tacto de su piel desnuda.

Ambos se separaron para tomar aire. Aquello era peligroso. Cuando Ruth le miró a la cara, pensó que su expresión se había vuelto aún más atormentada. La confusión que brillaba en los ojos de Cam hizo que el corazón de Ruth palpitara con fuerza, y estuvo a punto de besarle de nuevo, pero se contuvo y tomó aire. Posó sus manos femeninas sobre el pecho descubierto de Cam y las usó a modo de contrafuerte, manteniendo sus cuerpos separados por varios centímetros a pesar de estar conectados a través de los muslos de ella y la cadera de él.

«Allison», pensó Ruth.

Sí él quería parar, ella pararía. Respetaba demasiado a Cam como para suplicar o para obligarle a hacer algo. Entonces se acercó más a él. No fue algo controlado. Su

cuerpo reaccionó por sí solo, atraído por la fricción y por el calor que le atravesaba los vaqueros.

Él respondió. Su mano subió por el cuello de Ruth hasta tocarle el pelo, envolviéndole la nuca con los dedos. Se besaron de nuevo y ella dejó de pensar, absorta en el sabor de sus labios y en la dulce y perturbadora presión de la erección. Ella se pegó a él lenta pero obstinadamente.

Él la hacía sentirse joven.

Juntos desabrocharon la chaqueta de Ruth apresuradamente. A continuación, él comenzó a hacer lo mismo con la camisa, pero como sólo tenía una mano, Ruth le ayudó a desabrochar los botones mientras sentía como todo su cuerpo parecía encenderse, nervioso y anhelante. Su rostro irradiaba calor en medio de la noche. Ruth se dejó la camisa abierta para cubrirse la espalda. El tejido le acariciaba los pechos y también el estómago de Cam, incitándole. La mano de Cam apartó la camisa como si fuera una cortina.

Después de años de penurias y de mala alimentación, Ruth estaba tan delgada como Cam. Dejó que los dedos de éste vagaran sobre su cuerpo durante un instante. Después bajó las manos y comenzó a desabrocharle el cinturón.

Los grillos cantaban por toda la colina. La hierba susurraba, mecida por el viento. Ruth vio las estrellas a su alrededor como un carrusel de luces roto por el destello plateado de la luna en el horizonte al oeste, pero decidió no posar la mirada sobre Jefferson.

Tuvo que separarse de Cam para poder quitarse los pantalones. Se quitó una de las botas con brusquedad. Después, los vaqueros y la ropa interior rodaron sobre sus muslos. No podía creer que por fin estuviera ocurriendo. Se agazapó alrededor de él con las rodillas separadas, deseando que pudiera tocarla.

—Déjame ayudarte —dijo ella, posando una mano sobre sus pantalones. Lo hizo para desabrochar el botón y bajar la cremallera, pero antes se detuvo a acariciar el bulto.

Cam introdujo la mano buena debajo de ella. Su tacto era suave y húmedo. Comenzó a acariciarla en círculos con la punta del dedo y ella separó la pelvis involuntariamente, interrumpiendo la exquisita sensación.

—Oh —exclamó—. Por favor...

Cam volvió a tocarla. Ruth apretó la mano, presionando aún más su erección. Las sensaciones que crecieron en su interior eran magníficas y deliciosas, incluso cuando cerró los ojos movida por el dolor de las lágrimas. «Esto está mal —pensó—. ¿Está mal?» Sus sentimientos estaban tan confundidos como debían de estarlo los de Cam, rebosantes de pasión animal, preocupación y culpabilidad.

La atracción que había entre ellos siempre había sido más que un simple enamoramiento. Si únicamente buscara placer físico, Ruth habría elegido a alguien

que no estuviera tan devastado por la plaga de máquinas. Por esa razón habían conseguido ser amigos durante tanto tiempo. Confiaban en el otro. La afinidad que sentía hacia él era lo suficientemente profunda como para superar el egoísmo, e incluso el amor solitario y doloroso que había intentado olvidar.

Sin embargo, ella siempre había deseado reforzar su relación como hombre y mujer, por lo que no cesó de repetirse a sí misma una y otra vez: «Los nanos podrían infectarnos a los dos en cualquier momento».

Cam y Ruth se acariciaron mutuamente. Friccionaron sus cuerpos. El orgasmo de Ruth fue tranquilo, como los que tenía sola en la cabaña cuando en ocasiones escuchaba a Bobbi y a Eric durante la noche, o cuando se despertaba por la mañana después de un sueño y necesitaba a alguien, pero no encontraba más que los recuerdos de Ari, de Cam o de otras fantasías.

Bajar los pantalones de Cam requirió otro esfuerzo conjunto. Quería que él le hiciera el amor de espaldas. Quería que la follara por detrás. Pero su agilidad estaba muy limitada por culpa de las heridas, por lo que pensó que sería extremadamente placentero posarse suavemente sobre su regazo.

—Déjame... —dijo Ruth.

Cam asintió. Incluso la ayudó, colocándole la mano buena en la espalda para sujetar su peso mientras ella volvía a rodearle con los muslos.

El cuerpo de Cam también estaba devastado ahí abajo. Ruth sintió el tacto áspero de las cicatrices que le cubrían la entrepierna. ¿Sería una razón más por la que había tratado de alejarse de ella? ¿Porque se sentía avergonzado? Debería saber que ella siempre guardaría el secreto.

Lo único que importaba en aquel momento era la fricción insistente de ambos cuerpos en la inmensidad de la noche.

No tenía sentido hablar de métodos anticonceptivos. Nadie había visto ni píldoras ni preservativos desde hacía años, excepto como bienes de lujo en el mercado negro. La mayoría de las mujeres que Ruth conocía deseaban tener un bebé, bien mediante el método Ogino o bien mediante encuentros sexuales que no incluyeran relaciones sentimentales. Ruth se alegró de haber tenido el período hacía once días, de modo que no le rechazó. Conforme cumplía años (aunque el tiempo que había pasado en gravedad cero también tendría su parte de culpa), su ciclo se había reducido hasta el punto de que el periodo empezaba cada veintiséis días, lo cual era terriblemente molesto, aunque no compartiera su cama con nadie; pero eso también significaba que estaba ovulando. Podía quedarse embarazada. ¿Acaso era eso algo de lo que preocuparse?

Estaba siendo demasiado racional y lo sabía. Atesoró cada momento de aquel encuentro. Dejó que la cambiara por completo. Tenerle a él era magnífico. Tuvo un nuevo orgasmo, y estuvo a punto de alcanzar un tercero antes de que Cam tuviera el

suyo. Cuando hubieron terminado, siguió encima de él en un abrazo silencioso, deleitándose sobre el sudor que había entre ambos cuerpos hasta que sintió las nalgas demasiado frías y pensó que sería mejor vestirse.

—Cam... —dijo.

—No. Te quiero. Sabes que te quiero. Pero no hablemos ahora. Yo...

—Está bien —contestó ella rápidamente—. De acuerdo.

«Mañana —pensó—. Ahora podremos descansar, y quizá mañana todo esto cobre más sentido.»

—Tengo que encontrar a Ingrid —dijo Ruth.

—No, no te vayas.

—¿Qué? —Ruth se habría quedado discutiendo y jugueteando con él durante horas sólo para seguir sentada sobre su regazo. Apoyados sobre el cálido pecho de Cam, los pezones de Ruth aún estaban erectos, y los músculos del estómago y de la espalda estaban cansados y relajados.

—Intenta dormir —dijo Cam—. Tendrás que estar descansada si quieres comprender cómo funcionan los nanos.

—No... —«No tengo ninguna clase de equipo excepto el portátil», pensó, pero quizá Cam tenía razón. Quizá les rescatara un helicóptero o consiguieran encontrar un convoy, con lo que podrían llegar a Grand Lake o a cualquier otro de los laboratorios diseminados por Estados Unidos.

Ruth se levantó al fin. Sintió cómo las piernas le temblaban y esbozó una sonrisa, enseñándole los dientes a Cam en medio de la oscuridad para en seguida volver a encubrir sus sentimientos de nuevo. Le había estado ocultando a Cam cada vez más cosas, y la sensación de que eso estaba mal había aumentado ahora que acababan de intimar; además, él acababa de perder a su esposa esa misma noche. Ruth debía tener mucho cuidado.

Se vistió. Le ayudó a ponerse los pantalones y la chaqueta. Después se alejó unos cuantos pasos para orinar. Le hubiera gustado poder lavarse, pero no podían desperdiciar agua, y las pruebas del acto sexual le hacían sentir una complacencia infantil.

Al regresar junto a Cam, éste compartió con ella el contenido de una cantimplora. Ambos se aseguraron de que las armas estaban a mano.

—Descansa —dijo él, reclinándose sobre el jeep.

Una parte de ella quería permanecer despierta. ¿Y si ambos resultaban infectados? Quizá fuera mejor si no veía cómo la plaga caía sobre ellos. «Cierra los ojos», pensó. Tal vez aquellos momentos juntos fueran la última sensación que experimentara.

Ruth se tumbó en el suelo, a su lado. Cam posó la mano sobre ella, y Ruth se sintió a gusto. No debería sentirse así (sabía que no debería, porque lloraba a la vez), pero ahora que se sentía bien, una parte de ella había quedado aislada. Estaba

enamorada, y sorprendentemente se quedó dormida. Soñó que le perdía.

Cam escuchó cómo la respiración de Ruth cambiaba hasta caer en un ligero e inquieto sueño. A pesar de saber que estaba exhausta, Cam pensaba que no podría dormir profundamente. La mano de ella seguía posada sobre su pierna, estirándose y encogiéndose. Parecía que su cerebro nunca descansaba. Recordaba aquella costumbre de las semanas que pasaron juntos durante la guerra. El insomnio de Ruth se había convertido en su peor amenaza, ya que nunca le dejaba descansar ni siquiera cuando intentaba recuperarse de sus heridas.

En medio de la oscuridad, Cam le acarició la mejilla.

—*Shhh*, Ruth —susurró, tratando de escuchar algún ruido de Bobbi o Ingrid. Aquellos grillos podían ser la única señal de alarma si alguno de ellos era infectado. Los pasos de una persona harían que dejaran de cantar, de modo que Cam cerró los ojos y se dejó llevar por aquel sonido familiar.

Criii, criii, criii.

Se sentía eufórico y suicida al mismo tiempo. Parecía estar a punto de perder la cabeza. Haberse acostado con ella era algo bueno. Su cuerpo estaba satisfecho, excepto por las partes que más le dolían y por los músculos que sentía entumecidos por culpa de la presión, pero su mente estaba confusa. «¿En qué demonios habían estado pensando?»

En cierto sentido, lo peor era que él suponía que Allison lo habría entendido; incluso lo habría aprobado. Su esposa era una persona extremadamente pragmática. «Bien», le dijo ella, como si fuera un desafío. Ésa fue la última palabra que le dijo, y Cam trató de escucharla de nuevo. Ella le perdonaría. ¿Verdad?

Aún podía sentir el cuerpo de Allison muy cerca de él. Aunque no era tan alta como Ruth, era más fuerte, con el pecho más grande y las caderas más anchas. Le encantaba que él la besara justo detrás de la oreja.

«Dios —pensó—. La has traicionado. Allison ha muerto delante de tus narices y a las pocas horas te estás tirando a Ruth.» Pero a pesar de eso no podía evitar sentir placer al tocarla. El contacto con ella era algo que había anhelado durante años.

Cam abrió los ojos y vio la oscuridad y la luz de las estrellas. Trató de luchar por encontrar algo de paz. Contemplar el cielo le hacía sentirse pequeño y perdido, pero también muy unido al espacio que le rodeaba. La hierba susurraba mecida por el viento. Percibió un aroma a abeto o a alguna otra clase de pino.

«¿Estás ahí?», se preguntó, pero en realidad no creía en fantasmas ni en ninguna clase de dios, no después de tanta muerte. Sabía que para Ruth era algo diferente. Durante la guerra, ella experimentó una epifanía. Nunca habían hablado en profundidad sobre aquello. Cam había sido educado en la fe católica latina y Ruth era de familia judía no practicante, y él pensaba que ella se sentía avergonzada por la

nueva fe que había adquirido porque era algo que no podía explicar científicamente. Sin embargo, antes de establecerse en Jefferson, Ruth había dicho algunas cosas interesantes. Parecía tener la necesidad de compartirlas, y tal vez aún pensara que podía alejarle de Allison.

La primera vez, su grupo había acampado en una planicie cálida y polvorienta al este de las Rocosas. No tenían leña para encender fuego y sólo les quedaban unas pocas raciones de comida del ejército. Cam recordaba perfectamente todo lo que ocurrió aquella noche. Ruth les había preguntado si pensaban que todo aquello (sus vidas, el mundo) podía ser una especie de prueba.

—Yo no creo ni en el bien ni en el mal —dijo ella con un tono cauteloso—. Me refiero a que sea como una especie de ensayo de materiales.

«Ensayo de materiales» era un término científico empleado para referirse a un tipo de prueba pensada para determinar los límites de una sustancia o máquina. Si existía un Creador, según pensaba Ruth, se trataría de un Dios distante e indiferente que sólo se interesaba por ellos por razones que no podían comprender. Aquella concepción era típica de Ruth. Sus ideas eran siempre enormes y enrevesadas, aunque en última instancia también muy sencillas.

—¿Qué clase de dios estúpido se molestaría en crear un millón de billones de sistemas estelares si nosotros fuéramos lo más importante para él? —dijo—. Y eso sólo en esta galaxia. Hay mil millones de galaxias a nuestro alrededor. ¿Por qué no un único sol y un solo planeta? Él no tiene todo el universo en su mano. Eso es ridículo.

La Tierra era un planeta muy joven en comparación con la Vía Láctea, que estaba perdido en la infinidad de sus espirales. El hogar de todos ellos no era más que una roca más perdida en un océano de asteroides.

—Resulta ridículo pensar que todas nuestras mitologías tienen que ver con la realidad —continuó Ruth. Obviamente, intentaba guiarse por la buena voluntad y por la circunspección. ¿Acaso no eran éstos los valores promulgados por la mayor parte de las religiones? Pensaba que eso era para lo que habían sido creados: para ayudarse mutuamente, para cooperar, para mostrarse fuertes y ser comprensivos.

Ruth sentía que tenía algo que demostrar; que sus habilidades eran más que un simple error aleatorio. Pensaba que había una chispa divina en todas las personas, algo que había que encontrar y cultivar.

¿Cómo encajaba su relación en la perspectiva que ella tenía de su propio destino? ¿Acaso él estaba destinado a ayudarla?

«Mierda», pensó Cam. No necesitaban dormir juntos para ser un equipo, y era consciente de que estaba intentando racionalizarlo todo para justificar lo que habían hecho. Se preguntó qué respuesta le daría Ruth si le preguntaba.

Cam estaba de acuerdo con ciertas cuestiones de su filosofía. Pensaba que cada uno era responsable de su propia vida, ya fuera tratando siempre de dar lo mejor de

uno mismo o fracasando en el intento. Resultaba demasiado fácil dejarse llevar por el egoísmo, por el miedo o por la codicia. Aun así, seguía sin estar seguro. ¿Habían cometido un error o habían actuado bien?

¿Y si la respuesta era ambas cosas?

Volvió a acariciar la mejilla de Ruth. «Estúpido.» Ella reaccionó, cambiando de postura y posando la mano sobre el otro muslo. Esta vez no dijo nada para tranquilizar a su subconsciente. «La quiero», pensó. Pero aun así tenía miedo de despertarla. No sabía si alguna vez sería capaz de volver a mirarla a los ojos.

El cielo despejado comenzaba a iluminarse y Cam se alejó de Ruth para controlar a Bobbi y a Ingrid. Avanzaba con el equipo completo: gafas protectoras, máscara, chaqueta y guantes. El viento había dejado de soplar. Los grillos ya no cantaban. Hacia el noroeste, el valle que se extendía frente a él parecía desierto y tranquilo. El incendio de Morristown se había apagado, y sólo quedaba una hilera de postes eléctricos como único testigo de que una vez hubo gente que vivió allí.

Bobbi se había quedado dormida agazapada en un agujero. Cam pudo escuchar los ronquidos antes de que sus ojos pudieran encontrarla acurrucada entre la barricada de piedras que había construido. Cam se detuvo. ¿Había algún modo de asegurarse de que no estaba infectada? Dormir era casi tan importante como comer. Si la plaga mental hacía que los infectados no sintieran necesidad de satisfacer sus necesidades básicas, ninguno de ellos sobreviviría más de unos pocos días. Las noches de otoño eran frías en las Rocosas, y Cam recordó que los infectados de Morristown llevaban ropa para dormir, iban descalzos y en el mejor de los casos tenían los calcetines puestos.

«Vinieron a por nosotros —pensó—. Caminaron dieciocho kilómetros en mitad de la noche y a temperaturas que rondaban los cero grados, de modo que quizá no duerman.»

De todos modos se alejó de Bobbi. Si le lanzaba una piedra y ella se levantaba y comenzaba a caminar con esa cadencia irregular y anhelante... No quería tener que matar a otro ser querido. En cualquier caso, también necesitaba descansar. «Deja que duerma», pensó mientras se dirigía al otro lado de la colina en busca de Ingrid. Esperaba encontrarla al sur de la posición de Bobbi, agazapada en alguna de las dos paredes del pequeño despeñadero por el que habían llegado hasta allí. Había un montículo desde el que Ingrid podría controlar la zona perfectamente, y Cam se dirigió hacia allí, caminando entre matorrales y rocas bajo la tenue luz del amanecer.

Encontró a la mujer en un hueco excavado en la hierba, apoyada sobre el M16. Era una posición muy incómoda que había adoptado para mantenerse despierta. Parecía estar a punto de desplomarse hacia un lado, y Cam esbozó una sonrisa. «Buena chica», pensó. Elevó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Ingrid.

Ella se giró y movió la cabeza.

Cam se acercó y extendió el brazo bueno.

—¿Qué me dices de un buen desayuno?

Ingrid le agarró de la mano, pero no consiguió levantarse más que unos pocos centímetros, mientras intentaba devolverle la vida a sus piernas. El frío la había afectado mucho.

—¿Dónde está Ruth? —preguntó. Quizá sólo intentaba ocultar sus achaques, pero Cam le debía una respuesta sincera.

—La he dejado durmiendo —contestó.

—Bien.

No hizo falta decir más cuando ella le miró a través del cristal amarillento de las gafas. Ingrid supo que habían hecho el amor. Pareció estar de acuerdo. Ingrid vivía sola, y Cam supuso que no era lo suficientemente mayor como para no encontrar entretenidos los romances de las demás mujeres del asentamiento.

Juntos comenzaron a bajar por la colina. Cam se acercó a ella para ayudar a caminar a aquel cuerpo artrítico.

—Hablaré con Bobbi tan pronto como pueda —dijo Ingrid. Habló con un tono realista, y a Cam le pareció bien no tener que ocultarle nada.

«Pero ¿quién hablará con Ruth?», pensó.

Cuando se aproximaron al jeep, pudieron ver que ya se había despertado. Ruth estaba apoyada sobre el vehículo y empuñaba el M4. Era una silueta despeinada. ¿Había algún tipo de luz o de fuente de energía detrás de ella? Tenía la chaqueta abierta y las gafas apoyadas sobre su pelo rizado.

—Somos nosotros, no pasa nada —dijo Ingrid.

Ruth bajó el arma. Cam se alegró de ver que sus ojos marrones miraron a Ingrid y después volvieron a posarse sobre él.

—¿Dónde está Bobbi? —preguntó Ruth desde el otro lado del jeep. Acto seguido, posó la mano sobre el hombro de Cam con un sentimiento de intimidad renovado. La luz que había detrás de ella era la del portátil. En la pantalla podían verse tres ventanas; la más grande era blanca y estaba llena de texto, las otras dos mostraban gráficos. Eran datos sobre los nanos.

—Bobbi ha excavado una trinchera y está durmiendo —dijo Cam—. Parece que está bien.

—Voy a despertarla —añadió Ingrid.

—Ya voy yo —dijo Cam. Se sintió enfadado consigo mismo por comportarse de forma tan infantil, pero parte de su subconsciente se dejó llevar por la edad de aquellas dos mujeres. No eran tan mayores como para ser su abuela y su madre; cuando él nació, Ruth debía de ser una joven adolescente; pero Ingrid podía ser su madre.

Se repitió a sí mismo que debía ayudar a Ingrid a conservar su fuerza intacta. Aún estaban a unos veinticinco o treinta kilómetros de Grand Lake. Calculó que, con suerte, podrían recorrer a pie esa distancia en dos días, aunque a la mujer no le sentaría bien haber estado despierta toda la noche.

—Quedaos aquí —dijo—. Bebed algo de agua.

Sobre todo deseaba alejarse de Ruth. Quizá Ingrid pudiera decir las palabras correctas en su lugar. Cam sentía una angustia insoportable. Se sentía dividido entre los recuerdos de Allison y la mujer que tenía delante, pero si Ruth se sentía dolida, esa actitud distante no le sentaría tan bien como otras cosas que ya había probado.

—Cam —dijo Ruth—. Espera, ya tengo los datos preliminares. Estos nanos son mucho más grandes de lo necesario. Yo diría que al menos un cincuenta por ciento de su superficie resulta inútil; puede que incluso más.

Las palabras cayeron sobre él como otra bala.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ingrid.

Ruth no respondió. Estaba esperando. Cam se giró por fin y ambos intercambiaron una mirada larga, nerviosa y llena de asombro y horror.

—La plaga de máquinas tenía el mismo problema —dijo Cam—. Significa que se trata de tecnología Arcos original.

—Era un prototipo —explicó Ruth—. Freedman y Sawyer los diseñaron con capacidad extra para que pudieran contener programas secundarios más avanzados. Querían estar preparados cuando llegara el momento de mejorarlos, y creo que los chinos han diseñado este contagio de igual manera. Aunque no parece que el desarrollo esté terminado. Aún no están listos.

—Quizá hayan planeado cargar nuevos programas una vez que todos estemos infectados. El modo en que esas cosas afectan a la gente podría ser sólo la primera etapa del ataque.

—Pero las codificaciones están vacías —dijo Ruth—. Por lo que he podido ver, no se trata más que de espacio inútil.

—No sabes hasta dónde han llegado —respondió Cam como si fuera un desafío. Fueron unas palabras crueles, pero había una parte de él que creía todo lo que había querido decir. «Son más inteligentes que tú. Más rápidos. Más agresivos.»

Ruth también alzó la voz.

—La nueva plaga se reproduciría aún más rápido si los nanos no fueran tan grandes —dijo—. Operaría a más velocidad y no tendría tantas probabilidades de... —Ruth titubeó, pero los ojos se le iluminaron como respuesta a la crueldad de Cam—. No tendría tantas probabilidades de causar la muerte.

—Vosotros dos —intervino Ingrid—, dejadlo ya.

Cam sintió cómo su estómago se le cerraba como si fuera un puño.

—Así no conseguiréis nada. —Ingrid se colocó entre ellos y posó las manos sobre

el hombro de ambos, conectándolos, pero Cam se apartó para ocultar su rabia.

—Será mejor que vaya a por Bobbi —dijo Cam.

—¡Lo siento! —gritó Ruth—. Espera... No pretendía...

La luz del sol cayó sobre ellos. Las sombras aparecieron a sus espaldas y Cam parpadeó al mirar al horizonte. Al otro lado del valle en dirección norte se alzaba el muro de cuatro mil metros que formaba la cordillera Never Summer. Los picos blancos centelleaban bajo la luz rosada del amanecer. Aquel amanecer era una visión espectacular. No había nubes, pero la neblina permanente de la atmósfera actuaba como un prisma oscuro, refractando y reteniendo la luz. Las puestas de sol eran igualmente hermosas. Cam y Allison habían contemplado juntos aquel espectáculo cientos de veces, tratando de encontrar tanto consuelo como podían en el hecho de seguir con vida.

La Tierra comenzaba a experimentar los primeros efectos leves del invierno nuclear. Parecía más que probable que el calentamiento global se hubiera estancado o incluso revertido. Habían pasado tres años desde que decenas de miles de fábricas y centrales energéticas de todo el mundo habían dejado de funcionar, y todas las emisiones mundiales provenientes del tráfico debían de ser ahora similares a las de la ciudad de Miami antes de la plaga.

Al mismo tiempo, la atmósfera se había vuelto más densa por culpa del humo y de los escombros pulverizados. Se calculaba que la explosión de Leadville fue de al menos sesenta megatonnes. Y al otro lado del planeta se habían producido al menos diez detonaciones más. Los chinos se vieron obligados a dejar en suspenso la guerra por el Himalaya cuando la India lanzó varias bombas nucleares al norte de su propio territorio. Los indios fueron lo suficientemente prudentes como para informar de lo que estaban haciendo. Y su ataque no se dirigía contra los ejércitos chinos. Aquellas detonaciones nucleares fueron una maniobra defensiva, ya que querían interponer entre ellos y China una gran extensión de tierra inútil y letal; de modo que los chinos centraron toda su atención en otro lugar.

Probablemente, aquella victoria de la India aceleró los esfuerzos de China por controlar Norteamérica. Si los chinos hubieran gestionado mejor el conflicto en Oriente, quizá no habrían sentido la necesidad de competir con Estados Unidos de forma tan directa en la carrera por los nanos armamentísticos.

Observando la luz del amanecer, Cam expulsó esos pensamientos de su mente antes de que le paralizaran. Estaba exhausto y muy irritable.

—Voy a buscar a Bobbi y comeremos algo. Tenemos que ponernos en marcha.

—Cam, yo... —dijo Ruth.

—Cariño, ya lo sabe —intervino Ingrid—. Por favor, dejad de pelear. Ambos sabéis que jamás diríais nada en contra de Allison.

La luz del amanecer se estremeció. Dos destellos gigantescos iluminaron el

horizonte, seguidos de un tercero, de un cuarto y de un quinto. La luz era sobrenatural. Devoraba el cielo y rebotaba contra las montañas como un muro silencioso que caía sobre ellas, desaparecía y luego volvía a caer de nuevo. Cam ya lo había visto antes. Se agachó y se tapó los ojos con el brazo; pero a pesar de todo seguía sintiendo los destellos. «Detonaciones nucleares», pensó.

—¡Al suelo! —gritó Ingrid.

—¡Santo cielo! ¡No! —exclamó Ruth.

Hacia el suroeste, en la oscuridad, pudieron verse unos aviones. Reactores. Cam abrió los ojos. El cielo refulgía con la luz del sol y una falange de siluetas brillantes sobrevoló sus cabezas. Sólo entonces pudieron escuchar el sonido de los motores, que cayó sobre ellos como una ola. Cam se arrojó al suelo, sin importarle si aquellos cazas volaban demasiado deprisa como para detectar unos cuantos cuerpos sobre la colina.

«La onda expansiva nos alcanzará pronto», pensó.

Ruth se colocó a su lado junto al jeep, cargando el M4.

—¿Eran aviones nuestros? —preguntó.

—No lo creo.

—¿Dónde han sido las explosiones? ¿En Grand Lake?

—No. Nos abríamos abrasado.

La luz del amanecer descendió sobre los puntos más elevados como una capa de pintura amarilla, transmitiendo calor a la tierra y a la hierba. Cam sintió el cambio de temperatura cuando se irguió para averiguar la procedencia de otro sonido distante. Provenía del este. Como mínimo un avión estaba dando la vuelta. ¿O acaso había más?

En algún lugar, Bobbi comenzó a chillar.

—¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí! —gritó Ruth.

Al oeste, el cielo comenzó a estremecerse con el sonido de más motores: el grave zumbido de un avión propulsado por hélices. Cam esperó a que Bobbi llegara; corría sujetándose la máscara y las gafas con la mano.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

«Ataque al amanecer», pensó Cam, levantando la vista por encima del hombro de Bobbi. Al este, la luz del amanecer cambió de nuevo. Comenzó a apagarse bajo las siluetas inconfundibles de los hongos nucleares. Luego miró hacia el otro lado. Hacia el oeste pudo reconocer el fuselaje abultado del primer avión que emergió de la noche. Otro más le seguía muy de cerca. Eran dos Y-8 chinos, aviones de carga muy similares al C-130 estadounidense y que también se usaban con el mismo propósito: llevar tropas y material a zonas con poco espacio para aterrizar. Los cazas eran la escolta.

Fuera donde fuese donde se habían producido las explosiones nucleares, tenía que

ser un lugar muy lejano. Pero parecía que los aviones chinos tenían otro objetivo. Cam sólo pudo pensar en un lugar.

—Esos aviones se dirigen hacia Grand Lake —dijo.

Deborah Reece levantó la vista del microscopio de fuerza atómica cuando toda la estancia se estremeció con un sonido seco.

—¿Qué...? —dijo, mirando hacia el techo de cemento.

La silla en la que se sentaba comenzó a traquetear cuando el sonido volvió a repetirse una y otra vez. *Bum. Bum. Bum.* El escritorio también se estremeció, y el visor de su traje de aislamiento comenzó a vibrar por la fuerza de las explosiones.

—Ataques aéreos —anunció Bornmann con un tono distante por culpa del traje—. Malditos hijos de puta.

Bum.

—¿Dónde coño están nuestros aviones? —gritó alguien.

—Rezac, ¿qué tenemos? —preguntó otra persona.

Invasada por el miedo, Deborah creyó que Dirk Walls la había llamado. Era un general de la Marina, y se encontraba tan perdido formando parte de aquel pequeño equipo como la propia Deborah. Ella trató de darse la vuelta, girando todo el torso dentro del traje, pero Walls estaba hablando con la especialista en comunicaciones de la unidad, Michelle Rezac, la agente especial de la Agencia Nacional de Seguridad, una mujer de pelo oscuro con la voz suave y los ojos grises.

De pronto el suelo se inclinó hacia un lado. Deborah perdió el equilibrio. Toda la montaña se estremeció. Bornmann se precipitó sobre ella y Deborah lanzó un grito; pero incluso en medio de la confusión, lo que le llamó la atención fue el desplazamiento lateral del temblor. Las otras explosiones se habían expandido claramente hacia abajo. El temblor más fuerte provino de una dirección completamente diferente, y estuvo seguido por pequeñas réplicas, pero ninguna ellas concordaba con las explosiones de la superficie.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó otro hombre.

Bum. Bum.

Unas cascadas de polvo comenzaron a desprenderse del rincón de la cámara que parecía soportar la mayor presión. Deborah se puso en pie. De algún modo, el microscopio había conseguido mantenerse sobre el escritorio, y ella lo agarró por si se producían más sacudidas.

Nunca hubiera pensado que la tensión que estaba soportando pudiera aumentar aún más. Ahora había aviones chinos surcando el cielo, asolando la superficie del Grand Lake. ¿Por qué? ¿Conseguirían aterrizar?

Bum.

Se preguntó a cuántos soldados podría enviar el general Caruso contra los atacantes, y si ella misma estaría incluida entre ellos. Por supuesto que lo estaba. No podía haber más de una docena de escuadras operativas fuera del centro de mando.

Movió una mano dentro del guante y palpó el bulto de la pistola en la cadera.

Deborah y otras cuatro personas habían salido del centro de mando hacía una hora. Su destino era el laboratorio improvisado que había en los niveles superiores del complejo número uno, donde estaba el material que los comandos de las Fuerzas Aéreas habían rescatado del complejo número tres. Aquellos hombres permanecían con ellos como escolta. El resto del grupo, al igual que Walls y Rezac, sólo estaba allí porque Caruso aún tenía cuatro trajes de aislamiento que no había asignado. El general quería proteger a Deborah, pero también debió de pensar que ya no tenía mucho sentido seguir administrando las reservas. El tiempo se estaba agotando.

Habían actuado tarde, muy tarde. Deborah jamás habría imaginado que el arsenal estadounidense siguiera en tierra, pero aun así había estado de acuerdo con la decisión de Caruso de mantener los misiles bajo control.

Bum. Bum. Bum.

Los escritorios y el equipo temblaban por toda la estancia. Deborah miró hacia el techo de nuevo. La luz fluorescente centelleaba sobre el plástico del visor. Aquel traje había sido testigo de mucha acción, y el hedor a goma no conseguía ocultar el olor a sudor. Adentrarse entre las perneras y las mangas y colocarse la parte superior había sido como entrar en un vestuario masculino.

Bum.

—¡Rezac! —gritó Walls, pero la agente Rezac no le hizo caso. Estaba junto al intercomunicador con la mano apretada con fuerza sobre la silueta amarilla del casco, tratando de asegurar los auriculares a los oídos. En la cintura, al igual que los demás, tenía una caja de controles, pero había desconectado el cable del sistema de comunicación interno del traje y lo había conectado al intercomunicador.

Aquellas nueve personas cubrían todo un abanico de colores. Un hombre llevaba un traje de aislamiento civil de color amarillo, como Rezac, otro era de color verde militar y los demás era negros como la noche. El de Deborah era negro, y no le parecía un mal color. Si tenían que tender una emboscada a las tropas de asalto chinas, no quería tener que hacerlo con un traje de aislamiento amarillo.

La voz de Rezac era un murmullo ininteligible. Deborah la miró, tratando de obtener alguna información. De hecho, todos miraban a Rezac excepto Emma.

—Creo que tengo una imagen —dijo Emma.

—¿Sí? Buen trabajo. —Deborah caminó hasta el escritorio que había a su lado, donde Emma trabajaba junto a un microscopio de fuerza magnética y una pequeña bandeja de plástico repleta de unas pequeñas lengüetas cuadradas llamadas sustratos. Aquel MFM era más grande que el MFA de Deborah. Tenía una base más grande y más controles internos. A excepción de eso, ambos eran bastantes similares, una torre maciza y brillante con varios controles digitales y un ocular en la parte superior.

—Esto es lo que se suponía que debíamos analizar, ¿verdad? —dijo Emma sin usar el sistema de comunicación interno; en lugar de eso alzó la voz para que se

escuchara fuera del casco.

Deborah se inclinó bajo el peso de los tanques de aire, teniendo mucho cuidado para que el visor de su casco no golpeará el ocular del microscopio. Vio una topografía en blanco y negro de lo que parecía ser el fondo de un cartón de huevos, una hilera simétrica de protuberancias unidas por una especie de costillas perfectamente idénticas; pero ¿estaba mirando al nano o simplemente al material del propio sustrato?

Una mota de polvo no tendría una estructura tan uniforme. De eso estaba segura. Pero el único modo que tenía para capturar muestras de la plaga mental era agitar los sustratos en el aire, ponerlos capa por capa bajo el microscopio y buscar pruebas de las máquinas invisibles. Por desgracia, coger con los guantes esos cuadrados diminutos era un ejercicio frustrante. Los sustratos estaban hechos de zafiro y tenían un centímetro de largo y un milímetro de grosor, lo que hacía que fueran como celofán.

Si Emma había conseguido aislar un nano, lo que veía debía de ser sólo una parte. ¿Lo habría ampliado demasiado? Lo cierto era que estaban haciendo algunos progresos. No eran suficientes, pero al menos habían avanzado unos cuantos pasos.

Deborah se sentía orgullosa de haber salvado a Emma. «La necesito. Ella trabajó conmigo y con Goldman», le había dicho a Caruso, instándole a que permitiera que Emma pasara por la sala de descontaminación y entrara en el centro de mando, a lo que finalmente Caruso accedió. Era la primera vez que engañaba a un superior en toda su vida. Poner a su amiga por encima de todo lo demás fue algo egoísta. Algo se había resquebrajado dentro de ella, pero el hecho de que Caruso le hubiera obligado a soportar todo el peso del programa de nanos era algo más que injusto. Él tenía unas expectativas demasiado altas.

Deborah acabó preguntándose qué era más importante para ella: su país o su vida. El hecho de que Emma fuera tan inteligente fue un plus increíble. Era hábil con las manos y tenía buena memoria, y Deborah se permitió el lujo de experimentar una cierta rivalidad. «De ninguna manera pienso permitir que me humille», pensó.

—Bien, ya lo veo —dijo en voz alta.

—¿Y ahora qué?

«No lo sé», pensó Deborah, pero Bornmann las estaba mirando y ella no podía dejar ver su ignorancia.

El capitán Bornmann era un hombre enorme, no porque fuera especialmente grande, sino porque tenía un modo de moverse lento y perezoso que irradiaba peligro y resistencia. Bornmann fue quien estuvo al mando del equipo que entró en el complejo número tres, arriesgando las vidas de sus hombres para recuperar el material. Deborah comprendía sus dudas. Él quería milagros, pero ella no podía darle ninguno.

—¡Atención! —dijo Rezac a través del sistema de comunicación interno—. Están informando de ataques nucleares en Wyoming y en Montana.

—¡Santo cielo! —exclamó alguien.

—Los chinos han atacado casi todos nuestros silos. Y ahora van a por nuestros centros de mando. Parece que casi todas las infraestructuras de superficie están inutilizadas.

Deborah casi tuvo que sentarse. Se tambaleó cuando el corazón empezó a bombear sangre como si fuera un tambor. La furia que sentía era impropia de ella. Quería correr, pero ¿hacia dónde?

—Acabamos de recibir un mensaje cifrado de Salt Lake —informó Rezac—. Ellos también están siendo atacados; informan de la presencia de cazas y de transportes de tropas.

Aquellos ataques eran ambiciosos y estaban muy bien sincronizados. Los chinos habían enviado aviones hacia sus propios misiles, y la invasión estaba funcionando porque gran parte de los radares estadounidenses y canadienses estaban inoperativos. Las comunicaciones también habían sido interferidas. Durante las dos últimas horas, las conexiones por satélite de Grand Lake se habían llenado de interferencias o se habían interrumpido completamente. Los supervivientes de la base de Peterson y de Missoula estaban informando de que tenían los mismos problemas. Probablemente habría una docena de aviones de alerta temprana sobre las Rocosas, los cuales creaban un paraguas electrónico. Por eso los misiles lanzados desde China no se habían detectado; ahora esos aviones habían sido sacrificados por sus propios generales; todos habrían ardidido o habrían quedado inutilizados por el pulso electromagnético.

En cuanto a los cazas y los transportes de tropas chinos, no cabía duda de que se habían aproximado volando a muy baja altitud, aprovechando la divisoria continental a modo de escudo para protegerse de las detonaciones nucleares. Debían de haber calculado la hora de llegada sobre sus objetivos para unos pocos minutos después de que los ICBM hubieran explotado.

«Esto aún no ha terminado», pensó Deborah. No importaba que la guerra estuviera perdida. El enemigo había vencido, pero ella sabía que los hombres y mujeres que la rodeaban jamás se rendirían. Tampoco lo haría la propia Deborah, no con el sentimiento de culpa por haber mentido a Caruso. No había sido un engaño demasiado grave, pero Deborah siempre había situado la integridad por encima de los sentimientos personales.

Ahora ambas deberían pagar el precio. Estaban en primera línea de fuego. Si los chinos querían tomar la base y conseguir prisioneros de las altas esferas, probablemente lo conseguirían, pero antes moriría mucha gente. «Sala por sala — pensó Deborah como si esas palabras fueran un mantra—. Lucharemos por todas y

cada una de las salas.»

—El general Caruso ha ordenado que salgamos de aquí —dijo Rezac.

—¿Que salgamos de aquí? —preguntó Bornmann.

Deborah sintió la misma incertidumbre, incluso la misma consternación. Había tomado la determinación de luchar.

—Recoged el equipo —ordenó Rezac—. No podemos defender esta base contra tropas de asalto. Es imposible. Lo único que tienen que hacer es conseguir que el techo se derrumbe sobre nosotros. Salgamos de aquí.

—¿Ahí fuera? —preguntó otro hombre.

—Ya ha oído a la señorita —dijo Walls—. Iremos por el túnel norte.

—Santo cielo... —dijo el mismo hombre, pero el grupo ya se había puesto en marcha.

«Esto es una locura», pensó Deborah mientras trataba de evaluar el estado del equipo. El microscopio de fuerza atómica era más versátil, pero Emma ya había depositado una muestra de la plaga mental en la superficie del microscopio de fuerza magnética.

—Tenemos que llevarnos los dos microscopios —le dijo Deborah a Bornmann.

—Recibido. —Hizo un gesto a dos de sus hombres—. Sweeney, Pritchard, lleváoslos. Yo iré delante con Lang. General Walls, necesito que usted y todos los demás cojan más tanques de aire, señor.

—Bien —Walls acató la orden sin protestar.

Los tanques de los trajes sólo durarían unos cuarenta minutos más. Deborah no quería ser un incordio, pero se preguntó qué oportunidades tendrían ahí fuera si la montaña estaba cubierta de nanos y de tropas enemigas. ¿Y si aquello era otro error?

Entonces el sistema eléctrico falló y toda la estancia quedó a oscuras.

Deborah era competitiva. Le costaba comprender los fracasos, especialmente los suyos, y su opinión sobre el general Caruso había cambiado. Lo cierto era que él había analizado mal la situación al retrasar el ataque contra los chinos. Se mostraba reacio a atacar suelo estadounidense. Todo el mundo esperaba que algún día California volviera a ser territorio norteamericano, y Los Ángeles y San Diego eran ciudades costeras de mucha importancia.

Antes de que aquel pequeño grupo saliera del centro de mando, Caruso había intentado dar marcha atrás en sus esfuerzos diplomáticos. Intentó negociar los términos de una rendición. Estaba dispuesto a aceptar la derrota si conseguía obtener unas buenas condiciones por parte de los chinos, y se necesitaba una buena dosis de valor para negociar un alto el fuego. La misma clase de valor que Ruth debió de reunir para poner fin a la anterior guerra. Caruso siempre sería recordado como el hombre que capituló. Incluso luchó por conseguir ese papel, quitándole poder al secretario de Defensa porque creía que él podría desempeñar mejor ese trabajo.

Debió de habérselo pensado mejor.

El problema era que cada palabra que pronunciaba debía pasar por los traductores antes de llegar a los chinos, en ocasiones hasta dos o incluso tres veces. Los fallos en los sistemas de comunicaciones no hicieron más que aumentar esos retrasos mientras Caruso pasaba de los teléfonos por satélite a las radios, e incluso a las pocas líneas fijas que había entre las Rocosas y el sur de California.

El enemigo le había tomado el pelo a la perfección. Los chinos eran unos maestros en tácticas obstruccionistas. Siguieron prometiéndole contactos con oficiales de alto rango mientras aseguraban que esos mismos oficiales ya estaban ocupados con otros militares estadounidenses. Cada vez que los equipos de Caruso trataban de establecer contacto con esos compatriotas con quienes los chinos aseguraban estar manteniendo conversaciones, con frecuencia no podían más que verificar que esa gente estaba aislada, infectada o muerta. Enfrentarse a los chinos con esa nueva información no generaría más que nuevas excusas y contradicciones, que además deberían ser traducidas.

Los chinos sólo querían distraerlos mientras los misiles comenzaban a llover del cielo. Caruso debería haber lanzado un ataque contra su propio territorio, al igual que hicieron los indios en el Himalaya. Si hubiera destruido el sur de California, los chinos tendrían que haberse retirado, suspendiendo todas sus operaciones o desactivando la plaga mental; pero el enemigo debía de haber percibido sus dudas y su cobardía.

Deborah se había equivocado dos veces con respecto a él, lo que le hizo sentir que había depositado su lealtad en quien no la merecía.

—¡Alto! —gritó Bornmann a través de la radio.

Pritchard indicó a todo el grupo que se detuviera. Su traje negro era lo primero que Deborah podía distinguir en medio de la oscuridad. Sólo tenían dos linternas y un foco que funcionaba con baterías. La mayoría de los miembros del grupo no eran más que sombras, excepto Rezac y Medrano, cuyos trajes amarillos brillaban un poco más.

Treinta metros por delante de Pritchard había una viga que dificultaba el acceso a la cámara contigua. Bornmann y Lang se habían adelantado, dejando a Pritchard al frente del grupo. El soldado levantó el M4 y Deborah pudo escuchar una escaramuza breve y violenta que se produjo al otro lado. Pronto hubo terminado.

—Despejado —dijo Bornmann.

—Recibido. Adelante —contestó Pritchard. Llevaba el microscopio de fuerza atómica colgado a un lado del cuerpo, dado que los tanques de aire le ocupaban toda la espalda. Tenía la linterna y el M4 preparados en todo momento. ¿Acaso creía que Bornmann y Lang no podrían detectar a un posible infectado en la oscuridad?

Deborah miró a través de las puertas de los despachos que había a ambos lados.

En la distancia, el sonido de los disparos retumbaba por todo el complejo. En más de una ocasión se escucharon pequeñas explosiones, y un silbido remoto e irritante sonaba en los oídos de Deborah, subiendo y bajando el tono en función de las paredes y los espacios abiertos que había a su alrededor. Los chinos se estaban abriendo paso, perforando las puertas blindadas o abriendo brechas desde la superficie. El más mínimo orificio en el centro de mando haría que la plaga lo infectara por completo.

Por el sonido de los enfrentamientos, sabían que la entrada principal y la puerta sur ya habían sido tomadas. Si el túnel norte estaba también bloqueado, aquél sería el intento de huida más breve de la historia. Deborah trató de no pensar en eso. Ya resultaba bastante difícil tener que correr con el traje de aislamiento y con un tanque de aire entre los brazos. Pesaba unos diez kilos. Se sentía avergonzada de no poder llevar más, pero correr con ese traje era como nadar en una piscina de pegamento con veinte kilos a la espalda. Simplemente no tenía tanta fuerza.

Entraron en la siguiente cámara, antaño unos dormitorios. Era una estancia aséptica y cuadra, con unas cuantas literas, varias taquillas y dos cadáveres apilados en el suelo. Bornmann y Lang los habían abatido a golpes. Ambos llevaban rifles, pero los disparos supondrían otro tipo de riesgo.

—Dios... —dijo Emma. Apartó la vista. Deborah no lo hizo. Pensó que aquellos dos soldados (sus propios soldados) merecían que ella se horrorizara. Se quedó quieta sin pensarlo siquiera. Walls chocó contra ella y la hizo caer de rodillas, con lo que el tanque de aire estuvo a punto de caérsele de las manos. «Te van a oír», pensó. El cilindro de aluminio resonaría sobre el cemento como si fuera un gong, llamando la atención de todos los infectados que hubiera en aquella ala.

Walls trató de levantar a Deborah, sujetándola torpemente por el brazo. Llevaba una mochila negra sobre un hombro, que contenía dos portátiles y un teléfono por satélite, además de dos tanques de repuesto en otra mochila que le colgaba del otro lado.

—Estoy bien —dijo ella.

—Ya casi hemos llegado.

Habló como si tuvieran intención de pararse a descansar, y Deborah asintió ante la mentira.

—Sí, señor.

Detrás de él iba Rezac. Los tres chocaron emitiendo un ligero sonido. Rezac llevaba la radio Harris, un tanque de repuesto y un M16. Medrano tenía otros dos tanques y el foco, una estrella blanca que le colgaba de la cadera. La luz caía sobre el suelo, iluminando la gruesa y flácida silueta de sus piernas. Sweeney avanzaba en la retaguardia con un M4, y caminaba inclinado hacia un lado por el peso del MFM.

Mientras avanzaban entre las literas vacías, Deborah volvió a pensar en lo afortunada que era sólo por el mero hecho de seguir con vida. También pensó que

quizá el general Caruso sabía el riesgo que corría al retrasar el lanzamiento de los misiles. Quizá después de todo tenía razón. Formar aquella pequeña unidad fue una prueba de su intento de luchar por todos los medios antes de desatar un holocausto nuclear de dimensiones planetarias. Caruso no sólo les había dado trajes para que tuvieran acceso a los nanos. Con la elección de aquellas personas, también había creado un grupo de mando alternativo. Ésa era la única explicación posible para el hecho de que le hubiera asignado al general Walls el mando de una escuadra de ocho personas.

Walls debía asumir el papel de Caruso como comandante supremo de los Estados Unidos si el complejo número uno caía en manos del enemigo. Rezac sería la especialista en señales. Medrano, ingeniero, sería el mecánico del equipo, y Bornmann y los demás soldados serían la fuerza de ataque. El sargento Lang también haría las veces de lingüista. Al igual que los demás traductores que Deborah había visto, Lang era de origen chino-americano, lo que le daba la ventaja de las habilidades comunicativas. A Deborah no le sorprendería que hubiera más miembros del equipo que hablaran mandarín, cantonés o ruso. Aquélla era una unidad de alto nivel, lo que dejaba a Deborah y a Emma como científicas de poco valor... ¿Qué esperaba Caruso de ellas? Si conseguían escapar y reunirse con otros supervivientes, ¿para qué servirían unos pocos ataques esporádicos contra los chinos? Incluso esa posibilidad parecía improbable. El aire no duraría más de dos horas.

—¡Hemos llegado! ¡Hemos llegado! —gritó Pritchard mientras sujetaba a Emma por el hombro para ayudarla. Habían llegado a una de las puertas blindadas. Al otro lado había un tubo vertical por el que ascendía una escalera circular. Las botas comenzaron a retumbar sobre el acero.

Deborah levantó la vista inútilmente, ya que resultaba imposible ver el final. La altura del pozo hizo que se estremeciera. Bajó la vista de nuevo, pero el ascenso parecía interminable. Le dolían todos los músculos. Sintió cómo los muslos se entumecían. Acto seguido, escuchó un sonido metálico y el tubo se iluminó tenuemente.

Deborah volvió a alzar la vista. Bornmann había abierto de golpe una trampilla en el techo. Aunque Deborah vio un recuadro de luz, le daba la impresión de que aún le quedara mucho camino por recorrer.

«Sigue subiendo —pensó—. Sigue subiendo.»

Finalmente atravesó la trampilla y se sorprendió al verse en el interior de una caravana. Todas las puertas de acceso a los subterráneos estaban ocultas dentro de vehículos recreativos, cabañas o camiones. Los accesos a otras zonas de alta seguridad estaban cubiertos con redes de camuflaje para evitar que los aviones de reconocimiento y los satélites los detectaran. Aquel tubo no era una excepción. El cascarón hinchado de la caravana estaba justo al final de la escalera. Las redes de

camuflaje del exterior estaban desgarradas o quemadas, y caían hechas jirones a un lado del vehículo. El cielo estaba negro. Reverberaba con el sonido de dos reactores, y Deborah pudo escuchar el sonido más grave de otros motores; a excepción de eso se sintió abrumada por el silencio que había a su alrededor.

Bornmann y Lang estaban contra la pared con los M4. Bornmann hizo un gesto para que todos se agacharan al salir por la trampilla. Walls se unió a los dos soldados mientras Deborah continuaba mirando hacia el exterior.

Pudo ver fuegos y nubes de polvo, y por todas partes había extrañas figuras que parecían tambalearse entre la niebla. Ninguna corría para ponerse a cubierto. Caminaban erguidas. Debían de haber estado gritando. Un hombre oscilaba de un lado a otro. El rostro de otro estaba ennegrecido por la sangre y el fuego, excepto por el punto blanquecino que formaba el hueso de la barbilla. Era como si no se hubiera dado cuenta, y miraba entre la niebla con el único ojo que le quedaba.

Estaban infectados. Aquellos hombres y mujeres jamás podrían comprender el peligro del ataque chino. Lo cierto es que les proporcionaron un parapeto mientras Bornmann guiaba al grupo fuera de la caravana. La multitud de infectados les rodeó. Lang levantó el M4 cuando varios infectados se dieron la vuelta, pero no disparó. No había forma de saber a qué distancia podrían estar los chinos.

Bornmann y Lang abatieron a golpes a cinco estadounidenses mientras se adentraban en una maraña de destrucción. Algunos de los edificios y vehículos esparcidos por aquellas montañas escondían las antenas que había sobre el complejo. Los ojos y oídos de la instalación habían sido diseminados al máximo para ocultar cualquier señal, pero el enemigo debía de haber sido capaz de triangular el origen de cualquier comunicación incluso desde poco después de que terminara la guerra. Aquéllos eran los objetivos de los cazas chinos, no la población ni los arsenales.

Bornmann guió a la escuadra entre un grupo de caravanas ardiendo y un jeep que estaba volcado. Había escombros por todas partes, una mezcla de tierra oscura y materiales más ligeros procedentes de muros, muebles y personas. Las redes de camuflaje ondeaban sobre las estructuras o se amontonaban en el suelo. Deborah vio un brazo amputado y un zapato sobre unos cuantos fragmentos de cristal roto.

Comprendió que su incertidumbre era inútil. Ella era una de las afortunadas. Recordaba ese pensamiento a cada paso que daba. Incluso si ella y Emma conseguían escapar, ¿adónde irían? Darle más vueltas sería desperdiciar energía.

«Limítate a hacer tu trabajo», pensó.

Así fue como Deborah consiguió resolver todas sus dudas, y se sintió aliviada. Le parecía estar en el ojo del huracán, sana y salva a pesar de la destrucción que había a su alrededor, incluso motivado por ella. El caos era justo la razón por la que debía permanecer íntegra. Así era como quería ser recordada; como alguien competente y leal; y nadie pensaría lo contrario si guardaba su secreto y seguía las órdenes hasta el

final.

De pronto pudieron ver más allá de las caravanas. La ladera de la montaña descendía hacia el noreste, donde había otros tres picos que se perdían entre la suciedad del cielo. Las nubes oscuras cubrían la tierra como una ola de viento y calor.

«La lluvia radiactiva nos alcanzará», pensó.

—Diríjase hacia el complejo número dos —ordenó Walls a través de la radio, respirando con dificultad.

—Señor, tenemos que ponernos a cubierto. Después podremos ir al complejo número tres y reabastecernos —respondió Bornmann.

—Rezac —dijo Walls—. ¿Ha establecido contacto con el número uno?

Mientras caminaban por entre las ruinas, Rezac había tratado de contactar con el complejo número uno o con cualquier otra instalación aliada.

—Negativo, señor. Aunque algunas unidades hayan conseguido sobrevivir, el cielo está lleno de mierda. No recibo más que estática.

—Su nombre en clave es Víbora Seis —dijo Walls sin inmutarse—. El código de autenticación es Hotel Golf India Sierra India X-ray. Quiero que...

—Misiles —dijo Pritchard.

—¡Al suelo! —gritó Bornmann—. ¿Dónde?

—A las dos en punto. Veo tres, cuatro. Creo que son nuestros.

Unos destellos blancos y amarillentos cruzaron el cielo desde el noreste. Deborah pudo ver tres de ellos que parecían parpadear intermitentemente entre la niebla. El rastro del cohete le hizo daño a la vista.

—¡Yujuuuuu! —gritó Pritchard. Su voz sonó salvaje, y Deborah sintió la necesidad de reaccionar de la misma forma, mezclando su orgullo con un sentimiento de ira.

«Acabad con ellos», pensó Deborah.

Aquellos destellos cegadores eran misiles estadounidenses que volaban hacia los objetivos enemigos.

A mil trescientos kilómetros al oeste de Grand Lake, el coronel Jia Yuanjun caminaba solo por un pasillo vacío. El silencio era cautivador. La soledad no era nada habitual en su día a día. Parte de él la agradecía, e incluso se le erizaba el vello del cuello ante tal expectativa.

«No deberías estar aquí», pensó Jia, pero aquel subnivel le resultaba un lugar familiar. Conocía todos sus rincones. Avanzó sesenta pasos por las húmedas y resonantes sombras y giró a la izquierda. Aquel sótano estaba siempre tranquilo. El arquitecto que había diseñado esos búnkers se había excedido en sus planos, sin duda con la intención de impresionar a sus superiores, y sus esfuerzos de construcción se habían detenido mucho antes de completar la planta inferior. En muchas áreas, las paredes mostraban barras de acero estriado sin cubrir. En otras ni siquiera había paredes. Más adelante, Jia sabía que existía una gran sala en la que no había nada más que unas vigas de carga y unas marcas de pintura blanca que indicaban por dónde debían ir las tuberías y los cables eléctricos que jamás se instalaron. La única iluminación que había era la de unas cuantas bombillas enganchadas al techo. Tampoco había calefacción ni renovación de aire.

Habían construido esa base a las afueras de Los Ángeles, al noreste de Pasadena, donde hacía tiempo que los páramos habían reclamado esa extensión periférica, cubriendo las calles y los jardines abandonados de arena. No obstante, bajo el ardiente desierto, la tierra era fría, y los cientos de personas que habitaban en el complejo exudaban constantemente humedad. La mayor parte de su aliento, su sudor y los aromas de la comida se evaporaban a través de las salidas o se secaban con la insuficiente circulación de los ventiladores, pero Jia estaba convencido de que era el vapor de sus compañeros soldados lo que hacía que aquel subnivel fuese tan gélido. Olía a gente y a tierra, aunque no en el mal sentido, mezclado con la penetrante esencia del cemento y el hierro. Jia se encontraba en las entrañas de su ejército. Suponía que ahí era exactamente donde quería estar. Era un lugar tranquilo. Le hacía sentirse a gusto, aunque lo había arriesgado todo yendo allí. La pisada de una bota se escuchó en la oscuridad.

«¿Y si te han seguido?», pensó Jia. Se pegó a la pared, abandonando la escasa luz por completo, mientras las pisadas se aproximaban rechinando en la arena. ¿Un hombre? ¿Dos?

«Estaba avergonzado», pensó, ensayando las mismas mentiras que llevaba meses planeando. ¿Por qué otro motivo iba a esconderse nadie allí abajo si no fuese para lamentar sus fracasos o la pérdida de sus familias? El acceso a aquel nivel estaba prohibido, pero una de las entradas estaba justo al lado de las dependencias de Jia. Las salas inferiores se utilizaban como un espacio de almacenamiento, lo que le

proporcionaba una excusa convincente para estar allí abajo, y los atestados cuarteles no eran precisamente el lugar ideal para mostrar sus emociones.

Si fuera necesario, confesaría una debilidad para ocultar otra. Lo había hecho a menudo para ganarse a otros hombres. Había descubierto que si expresaba un pensamiento cándido a un compañero o rival, les hacía sentirse poderosos. En ocasiones incluso confiaban en él lo suficiente como para compartir sus propias verdades. Con menos frecuencia, lo denunciaban. De un modo u otro, establecía nuevas relaciones, bien con los hombres que se abrían a él o con los superiores que le interrogaban y que veían su apremio, su inteligencia y su humanidad.

Ni el Partido Comunista ni el MSE querían robots mientras pudieran tener mentes entregadas trabajando para ellos. Los autómatas eran fáciles de encontrar. Los hombres con iniciativa no. Así es como Jia había sobrevivido, aunque siempre había sabido que aquélla era un arma de doble filo. Un día moriría en el lado equivocado del filo. ¿Sería hoy ese día?

«¡No deberías haber venido aquí!», pensó. Entonces se dio cuenta de que las pisadas sonaban frente a él. El caminante había aparecido desde una parte aún más profunda del sótano. Jia se permitió sentir un pequeño alivio. Había mantenido los omóplatos pegados contra el duro cemento, pero ahora se inclinó hacia delante, saliendo a la luz, enmascarando sus nervios con una expresión de alerta.

—No h1o —dijo. «Hola.»

El otro hombre dio un brinco sorprendido y después miró a ambos lados antes de saludar. De haberse topado con otra persona, su pobre postura le habría costado una reprimenda, pero a Jia le conmovió el miedo que reflejaban los ojos de Bu Xiaowen.

—Coronel —dijo Bu—. Está... No pensé que...

—Necesito un momento para recomponerme —respondió Jia. Y añadió—: Ningún miembro de mi equipo ha dormido desde ayer. El general Zheng nos ha dado permiso.

Ambos escucharon el silencio. En alguna parte, un ruido lejano resonó a través del cemento. Sin embargo, no había nadie más en el sótano, así que Jia dio un paso adelante y agarró a Bu por la solapa del uniforme. Después pegó la boca de Bu contra la suya y le propinó un intenso y excitante beso.

Jia no había elegido ser como era. No celebraba su sexualidad, pero la atracción que había entre él y hombres como Bu Xiaowen era innegable. Nunca necesitaban palabras. Simplemente lo sabían. Jia imaginaba que era igual que cuando entre los hombres y las mujeres heterosexuales surgía esa chispa mutua. Sus cuerpos estaban sencillamente calibrados de esa manera, y Jia y Bu llevaban semanas observándose antes de que el primero encontrara una oportunidad para intercambiar unas palabras, sin ser oídos ni vistos, en el hueco de unas escaleras.

Después bajó las manos hasta las caderas de Bu. No podía sentir las por debajo de

su cartuchera, pero era una frustración que agradeció, ya que desvestirse el uno al otro era generalmente el único juego preliminar del que disfrutaban. Sus encuentros sexuales eran siempre muy apresurados.

Apretó a Bu contra su cuerpo ansiando más, pero su autocontrol pudo más e interrumpió el beso.

—No puedo quedarme —dijo.

—Claro —convino Bu, abrazándolo.

Jia no se fue. De hecho, el único movimiento que hizo fue devolverle a Bu el abrazo y pegar la mejilla del otro hombre contra la suya propia. El corazón seguía palpitándole deprisa. Su erección era dura y ansiosa, pero el resto de su cuerpo se relajó.

«Nunca podemos estar juntos —pensó Jia—. Y eso sólo te hace todavía más especial para mí. Tus ojos. Tu comprensión.»

—Pensaba que no te vería —dijo.

—Casi no me ves —respondió Bu—. Mi unidad está en estado de alerta y volveremos a estar de guardia en una hora.

—No puedo quedarme —repitió Jia.

—No deberías haber venido —dijo Bu, esperando algo más.

Jia quería sonreír y decir exactamente lo que Bu quería oír, pero después de toda una vida de engaños, había aprendido a protegerse y a ocultar sus sentimientos. No sabía cómo revelar algo tan sincero. «Te quiero.» Las palabras no saldrían de su garganta.

—Zheng te está observando —dijo Bu.

—Lo sé.

Jia había sido relevado de su cargo, mientras los oficiales superiores se apresuraban a participar en los ataques, y no había opuesto resistencia. De hecho, se había mostrado de lo más servil. Sus victorias serían también su éxito, de modo que Jia se apartó del sargento Bu y se pasó las manos por su propia camisa para alisarse el uniforme.

La mirada de Bu reflejaba arrepentimiento.

—Me alegro de que vinieras, *zh1ng guān* —dijo. Ése era el apelativo cariñoso con el que Bu se refería a él. «Señor.»

Esta vez Jia sonrió.

—Yo también —dijo, cogiéndole la mano. ¿Podría llegar a expresar lo que necesitaba decir? Revelar su corazón sería algo insignificante comparado con los crímenes que habían cometido juntos, y Jia decidió que iba a hacerlo.

«Díselo», pensó.

Entonces salieron despedidos contra el techo con una sacudida tan fuerte que Jia perdió la vista y el resto de sus sentidos a causa del ensordecedor estruendo. Con los

violentos golpes arriba y abajo se fracturó el brazo izquierdo. Sintió cómo los huesos crujían en medio de aquel interminable sonido negro. Su pecho impactó contra algo duro. Después su rostro. Es probable que gritara. El sonido era demasiado fuerte como para saberlo, y no paraba de caer y de golpearse en él.

Cuando cesó, había más luz de lo que Jia podía comprender. Era de día. De algún modo, el sótano se había abierto y lo había dejado en un foso lleno de grises pedazos de cemento y otros escombros más pequeños. El aire estaba inundado de polvo. Olía a carne chamuscada, y Jia tanteó el espacio para ubicarse. El cielo estaba todavía oscuro y gris. Aunque las horas anteriores al alba eran mucho más luminosas que unas cuantas bombillas, todavía quedaba una hora para amanecer en California, si es que la mañana llegaba alguna vez.

Se escucharon voces desde la roca. Había papeles tirados por todas partes en pequeños rectángulos blancos. Algunas de las páginas volaban al tiempo que el polvo se levantaba con el mismo aire caliente. Mientras se levantaba como podía, Jia identificó las inesperadas formas de unas camas y aparatos electrónicos aplastados, e incluso la de un camión entero que debía de haber caído allí. Aquel revoltijo estaba también plagado de cuerpos. Sólo algunos se movían. No todos estaban enteros. Jia vio a un hombre muerto atrapado bajo una masa de cemento, y a otro al que le faltaba la mandíbula y un brazo.

Se sentía como si se estuviese despertando de una pesadilla. Tal vez en el fondo siguiera gritando, pero era como si fuese demasiado pequeño como para asimilar lo que había sucedido. Lo que le rodeaba le llegaba a trozos. Vio una puerta destrozada, un depósito de agua reventado y una cajonera de escritorio sin el escritorio. También había un peine de plástico azul entre los escombros, y Jia lo observó sin comprender.

Entonces se acercó hacia el soldado mutilado. Su cara no era la de Bu y la terrible sensación de desconcierto abandonó a Jia por un instante. ¿Dónde habían estado? ¿Era aquello el pasillo?

La base tembló de nuevo y cientos de voces reaccionaron por encima de él, gritándole al viento. Una pila de escombros se desmoronó cerca, enterrando a algunos de los muertos y a un hombre herido que se revolvió una vez antes de desaparecer. «¡No!», pensó Jia. Pero el hombre ya no estaba. Unas cuantas personas se estaban levantando en el interior del foso, pero la mayoría de los demás supervivientes parecían encontrarse en la destrozada planta superior. No podía contar con su ayuda inmediata.

—¿Bu? —gritó—. ¿¡Bu, me oyes!?

Por todas partes, las paredes derrumbadas formaban barreras y cúmulos inestables. Aquel otro hombre podía estar enterrado bajo cualquiera de ellos. Las voces suponían otro tipo de obstáculo, ya que le impedían oír.

—¡Bu! ¡Sargento Bu! —Su voz iba aumentando de volumen—. ¡Respóndame!

Más tarde, Jia descubriría que un par de ICBM Minuteman habían realizado una detonación a ambos lados de la extensión de Los Ángeles, lo cual había encerrado la ciudad entre sus fronteras noreste y sureste. Aunque la carga de esos misiles era sólo de un megatón cada uno (los estadounidenses habían intentado limitar el peligro de perjudicarse con la radiación a ellos mismos), esto superaba varias veces la fuerza de la primera bomba atómica utilizada en Hiroshima. Y lo que es peor, las dos ondas expansivas chocaron con la fuerza de un huracán.

Al mismo tiempo, otros misiles impactaron en Oahu y Hawái, las bases de operaciones de los rusos y los chinos. Los ataques también podían haber sido una señal, desplazando la devastación hacia el Pacífico, como una especie de finta hacia China. Mucho más cerca, más misiles detonaron en Santa Bárbara, Oceanside y San Diego. Los estadounidenses también destruyeron las tres grandes bases militares interiores que había en el desierto de Mojave, donde los chinos mantenían la mayor parte de su base aérea, pero no hubo ataques en la propia China continental. El lanzamiento estadounidense fue preciso. Posiblemente ya no tenían suficientes silos operativos para una respuesta mayor.

Pero de momento, Jia sólo conocía su pesadilla privada. Agarró un amasijo de restos con ambas manos, haciendo caso omiso de la punzada de dolor que sentía en el antebrazo. Había sangre en el polvo gris. Mucha sangre.

—¡Sargento! —gritó.

Encontró un pie desnudo. Estaba aplastado y doblado, pero aun así Jia sintió alivio. Todavía no pensaba con claridad, así que no se le ocurría cómo podría Bu haber perdido la bota, y mucho menos el calcetín. Aquella era otra persona, un hombre que habría estado durmiendo en los cuarteles superiores. Jia siguió avanzando. El suelo se había convertido en una extraña ruina con montículos. La mayoría de las dunas cedían bajo sus pies. Sus instintos le impulsaban a esquivar los bloques más grandes, pero se asomaba por ellos de todos modos, llamando al otro hombre.

—¡Bu! ¡Sargento Bu!

Encontró un cable suelto chisporroteando entre los escombros. Pasó sobre un montón de fantasmas formados por ropas vacías. Entonces dio un brinco cuando otro superviviente salió cojeando de entre el polvo de repente, como si uno de los fantasmas hubiese cobrado vida.

—¡Tú! —gritó Jia—. Ayúdame. Estamos buscando a un suboficial del Segundo Departamento en...

El hombre no respondió y se alejó, arrastrando los pies. ¿Es que estaba sordo? Tenía el pelo cubierto de sangre, de modo que Jia lo dejó marchar. Oyó gruñir a otra persona y siguió el sonido, abriéndose paso a través de un inmenso pedazo de cemento.

Bu Xiaowen estaba al otro lado. Cada respiración era una forzada escofina. A pesar de estar encorvado y cubierto de polvo, Jia reconoció la voz del otro hombre incluso en aquellas condiciones extremas. Corrió hacia él, tropezando una vez y golpeándose el brazo fracturado.

—Bu —dijo, sorprendido al ver cuánto les había separado el temblor. Ahora estaban juntos. Jia se notó despierto por fin. Sintió unas emociones intensas, y sinceras, al colocar su mano en la mejilla de Bu para comprobar las vías respiratorias de su amante. La boca de Bu parecía estar libre de gravilla y de dientes sueltos. Eso era bueno, pero era evidente que estaba gravemente herido.

—No puedo... —gruñó Bu—. No siento...

—No te muevas. Estoy aquí. No te muevas. Te sacaremos en cuanto podamos —dijo Jia, prometiendo algo que no tenía derecho a garantizar.

La garganta de Bu estaba magullada e hinchada. Tenía el brazo izquierdo retorcido y alejado del cuerpo como si fuera algo muerto. Jia pensó que debía de haber rodado hasta los escombros más cercanos, un amasijo de cemento y acero estriado. Una de las barras de acero le había perforado la pierna y la sangre había salido a chorros por entre el polvo.

Jia presionó su mano buena contra la pantorrilla herida. Dominando el dolor de su otro brazo, se quitó la cartuchera y la envolvió dos veces por debajo de la rodilla de Bu antes de abrocharla bien apretada. Después se giró y empezó a abrir la camisa de su amante.

—El techo... —gruñó Bu—. ¿Qué...?

—No hables. Respira. Escúchame. Sólo respira. Han atacado la base, pero todo irá bien.

La clavícula de Bu le había atravesado la piel. Seguramente tenía un pulmón perforado, tal vez por varias partes. Por eso no inspiraba con normalidad, y Jia no sabía si la respiración boca a boca ayudaría. «¿Qué hago?», pensó, cuando en realidad era una pregunta diferente la que necesitaba plantearse.

«¿Qué he hecho?»

Toda la seguridad de la noche anterior se transformó en culpabilidad. Había presionado mucho para atacar a los estadounidenses. Tal vez aquello no habría sucedido de no ser por él. Había otros hombres con ambición, pero sus circunstancias eran únicas. Tal vez otro oficial no se habría apresurado a demostrar su valía. ¿Y si hubieran esperado hasta que la plaga mental fuese todavía más virulenta? Es posible que los estadounidenses no hubiesen sobrevivido lo suficiente como para devolverles el ataque, y la guerra habría sido realmente unilateral.

Jia hizo una mueca de dolor a través de una máscara de lágrimas. Después se inclinó hacia el rostro aturdido y pálido de Bu. No quería que aquel beso fuese una despedida pero, sobre todo, no quería que Bu muriese sin volver a sentir su amor.

Aunque Bu seguía muy aturdido, sus labios se abrieron para recibir los de Jia. Compartieron aquel minúsculo instante de cariño. Entonces se escuchó el sonido de unas botas sobre los escombros y Jia apartó la cabeza de Bu.

Dongmei estaba al otro lado de las dunas grises. Su uniforme estaba más limpio que el de Jia o el de Bu, y portaba una cantimplora y una pequeña bolsa de suministros médicos. Era encantadora, como un ángel. Jia esperaba que se apresurase, pero mientras que sus anchas caderas estaban preparadas para continuar hacia delante, el resto de su cuerpo parecía inseguro. Se inclinó ligeramente hacia un lado como si estuviera a punto de darse la vuelta y salir corriendo.

Les estaba observando con la boca abierta.

Jia la miró, incapaz de creerse su mala suerte. Los cuarteles de las mujeres estaban lejos del sótano. Dongmei había escapado al bombardeo. De modo que o había descendido hasta el foso o había saltado para ayudar. Era una buena soldado. Posiblemente hubiese corrido hacia el peligro por iniciativa totalmente propia, sin esperar a que ningún oficial se lo ordenase.

Jia vio su única oportunidad al escuchar que otras personas gritaban por detrás de Dongmei. No había manera de hacerla callar sin correr el riesgo de ser descubierto, ni siquiera si usaba las manos en lugar de su pistola. Primero tendría que alcanzarla, y Dongmei se encontraba a treinta metros de distancia. Además, parecía que estaban llegando más soldados al foso en busca de supervivientes.

Necesitarían liderazgo, por lo que el papel de Jia sería ahora más fundamental que nunca, sobre todo si el centro de mando había desaparecido. La responsabilidad era para él más importante que cualquier otra cosa, de modo que se frotó los ojos y se secó la mejilla con la mano cubierta de mugre.

—No puede respirar —dijo Jia, fingiendo haber estado haciéndole a Bu el boca a boca—. Su cuello. Sus costillas.

—Yo... yo... —tartamudeó Dongmei.

—¿Tiene una bolsa y una máscara en el botiquín? También tiene un corte en la pierna. ¿Hay algún médico?

El miedo en el redondo rostro de Dongmei era cautivador, incluso pueril. Era la mirada de una mujer joven que se encontraba ante unos monstruos que jamás había imaginado que existieran. ¿Era posible que fuese tan inocente? ¿O estaba tan asustada porque le admiraba y no sabía cómo asimilar su homosexualidad?

—¡Teniente Cheng! —ladró—. ¿Hay algún médico?

Dongmei pareció reaccionar y volver en sí ante el familiar tono.

—No, señor —respondió—. Aquí abajo no. El capitán Ge nos envió a algunos a ayudar...

«Probablemente hayan enviado sólo a los más débiles —pensó Jia—. A las mujeres y a los heridos. Que los heridos se ocupen de los heridos.» Era cruel, pero

aprobaba la medida. Si todavía había equipos operativos arriba, estarían tremendamente ocupados intentando responder a la ofensiva estadounidense.

¿Quién estaba al mando? ¿El general Zheng? ¿Cuántos oficiales habían muerto con el derrumbe de la base?

—Señor —gruñó Bu—. Señor, no puedo...

—Venga aquí —ordenó Jia a Dongmei, ahogando la voz de su amante. ¿Y si Bu Xiaowen decía algo inoportuno?—. Encárguese de él. Manténgalo estabilizado. Necesito ir arriba, pero jamás dejamos atrás a uno de los Héroes del Pueblo. Este hombre merece toda la ayuda que podamos prestarle.

Dongmei asintió, y a Jia le pareció ver una nueva incertidumbre en su expresión. Estaba empezando a dudar de lo que había visto, lo cual era bueno, pero no suficiente. No podía dejarla a solas con Bu.

Mientras ella se abría paso entre los escombros, Jia se agachó de nuevo hacia Bu. Había tomado una decisión. Siempre había habido dos personas en él, el soldado y el hombre, y era el soldado el que debía ganar sobre su yo secreto y más dulce.

—Te quiero —susurró.

Bu estaba confuso, aturdido a causa del dolor y del *shock*.

—¿Señor? —escofinó. Entonces sonrió—. Señor, no deberíamos...

Jia tapó con su mano buena la nariz y la boca de Bu, ocultando su acción lo mejor que pudo con su propio rostro para que Dongmei no se percatara. Bu se agarrotó bajo él. Estaba demasiado débil para luchar. Sus caderas se movían, pero las heridas de su pecho debían provocarle una agonía incluso peor que la asfixia. También intentó morderle. Jia le cerró la mandíbula aplastándole los labios. Inclinado cerca del rostro de Bu, Jia cerró los ojos para evitar la imagen de los ojos desorbitados de su amante.

Dongmei vaciló de nuevo a unos pocos pasos de ellos. Jia había olvidado fingir levantar la cabeza para tomar aire y exhalarlo en la boca de Bu. Tal vez ella también hubiese visto el rostro de Bu, cubierto de manchas rojas a causa de los capilares rotos.

Ya estaba hecho. Jia no se volvió a mirar al cuerpo mientras se levantaba. Temía echarse a llorar si lo hacía.

—Ha muerto —dijo, poniendo demasiado énfasis en sus palabras. Podría haber sonado como un comentario inocente, sino fuera porque ella acababa de verle cometer el asesinato.

—Yo... Sí, señor —dijo Dongmei. Su mirada era solemne y clara, pero ¿le temblaba la voz?

Jia no podía esperar, ni darle una oportunidad más adelante. Necesitaba confiar en Dongmei, de modo que dijo todo lo que se le ocurrió para demostrar sus aptitudes.

—Lo más importante ahora es reunir a todos de nuevo y asumir el mando. Necesitamos estar seguros de que estamos protegidos contra nuevos ataques, y nuestro equipo será clave para proseguir con los nanos. ¿Cómo has bajado hasta

aquí? ¿Hay alguna escalera?

—Sí, señor. Hemos usado cuerdas, señor. Creo que he descendido por allí — respondió Dongmei, señalando a su derecha. Ahora no iba a enfrentarse a él.

Pero ¿acabaría ella traicionándole?

Jia la estranguló también. Se abalanzó sobre la joven, fingiendo grotescamente la intención de practicar el coito, poniendo sus piernas entre las de ella y levantando los brazos a través de las agitadas manos de Dongmei hasta su cuello, usando su peso para sujetarla contra los escombros. Era su amiga y una soldado magnífica, pero China le necesitaba a él. Era lo mejor que podía hacer por su patria. Era su deber.

Cuando hubo muerto, Jia inspeccionó las ruinas. Arrastró a Dongmei lejos de Bu y tiró juiciosamente de un trozo de barra de acero estriado, lo que provocó una avalancha sobre su rostro y su torso. Si le realizasen una autopsia, las magulladuras del cuello resultarían obvias, pero Jia sabía que los supervivientes estaban demasiado ocupados como para dedicarle tiempo a la investigación criminal.

Después se alejó. Y cuando encontró, a través del polvo y la carnicería, el camino hasta los equipos de rescate, nadie cuestionó el sangriento corte que la soldado le había abierto en la frente ni la furiosa ira que reflejaban sus ojos. Le ayudaron a subir por una escalera de cuerda hasta la segunda planta. Dos médicos intentaron evaluar sus heridas, dejando de atender a soldados con heridas mucho peores, pero Jia los rechazó.

—Atiendan a nuestros héroes —dijo.

—¡Coronel! —gritó un hombre—. ¡Coronel! —Era un teniente de las Fuerzas Aéreas al que Jia reconocía, aunque no recordaba su nombre.

—¿Cuál es el parte? —dijo Jia.

—¡El número de bajas es sobrecogedor, señor! ¡La mayor parte de la base ha desaparecido! ¡No consigo contactar con nadie por radio y el capitán Ge dice que parece que la ciudad entera ha sido destruida!

El joven estaba histérico, pero su reacción sólo parecía aumentar la serenidad de Jia.

—¿Dónde están los generales Zheng y Shui? —preguntó.

—¡No lo sé, señor! ¡Usted es el oficial de mayor rango que he encontrado! Hemos tratado de organizar nuestras acciones de rescate...

—Han hecho bien, pero necesitamos restablecer las comunicaciones tanto internas como con el resto del continente. Necesito saber hasta qué punto nos han perjudicado y con qué recursos contamos. Sobre todo en lo relativo a las Fuerzas Aéreas, teniente. —Jia le dio unas palmaditas paternales en el brazo y vio su propia firmeza reflejada en la expresión del teniente, que era de firmeza y gratitud. Se alegró en medio de toda la rabia que sentía.

Jia Yuanjun atacaría a los estadounidenses con todo lo que quedase a su

disposición.

Cam ya no estaba seguro de adónde ir, pero su principal prioridad no había cambiado. Proteger a Ruth. Sobrevivir. Llevó a las mujeres al este, hacia un angosto valle, porque quería salir del campo visual de más estallidos nucleares. También necesitaban alejarse del viento, aunque en el fondo lo agradecía. La brisa estaba cargada de nanos, pero también evitaba que las altísimas nubes negras que había al este cayeran sobre ellos en forma de polvo radiactivo. Sus puntos de referencia más distantes ya habían desaparecido y sus blancos picos nevados habían sido absorbidos por la tormenta.

—Espera —dijo Ingrid—. Por favor.

Iban caminando en fila india con Cam al frente. Éste se volvió. Ingrid se inspeccionaba la pierna izquierda, y a él le preocupaba que se hubiese torcido el tobillo entre los jóvenes álamos y los quebradizos trozos de pizarra.

—Tú sigue —le dijo Cam a Ruth—. Ya te alcanzaremos.

—No.

—La llevaré en brazos si es necesario...

—No. Permaneceremos juntos. De todos modos necesito consultar el ordenador un momento.

No podía verle la cara tras las gafas protectoras y la máscara, pero el testarudo modo en que levantó la barbilla fue suficiente. ¿Qué podía hacer? No tenían tiempo para discutir, y mientras Cam se esforzaba por hallar el modo de convencerla, Ruth se descolgó la carabina y la mochila. Después se arrodilló y abrió la mochila.

—¡Maldita sea! —dijo Cam, mientras Bobbi se apartaba de su camino.

Se agachó delante de Ingrid, que se había sentado en una sobresaliente roca desgastada. El amanecer había desaparecido, perdido tras las horribles y turbias nubes, aunque había luz suficiente como para que la mica del granito brillase y parpadeara. Los álamos amarillos vibraban en el viento.

El terreno se había visto azotado por las ondas expansivas. Cuando el suelo tembló, los cuatro intentaron agarrarse al césped, pero acabaron saliendo despedidos hacia el cielo. Después llegaron violentos remolinos llenos de tierra y de vegetación, pero aquella alameda seguía siendo un lugar hermoso a pesar de todo lo que había sucedido. La mayoría de los árboles eran jóvenes y delgados como juncos, pero fuertes, y crecían entre los pocos troncos más grandes de sus padres. Cam esperaba que aquel lugar se mantuviese siempre tan vibrante: desierto, seguro y olvidado.

—Lo siento —dijo Ingrid—. Es el dedo del pie.

—A ver si podemos entablillarlo —dijo Cam, tirando del cordón de su bota mientras miraba a Ruth. Ella también le miraba, con el portátil medio abierto en los brazos. Ambos apartaron la mirada. «¿Por qué sigue pinchándome?», pensó.

Había un tercer motivo para avanzar hacia el este. Habían oído enfrentamientos. Aquellos estallidos de artillería sonaban a lo lejos, pero al menos significaba que había gente con vida. Cam sabía que había viejos campos de refugiados en las alturas de aquellas montañas. Algunos de esos campamentos seguían utilizándose como almacenes de suministros. Podrían haber sido excelentes puntos de encuentro para las unidades estadounidenses que intentaban escapar de la plaga.

¿A quién estaban disparando? ¿A su propia gente infectada? La artillería también podía ir dirigida hacia Grand Lake, con el fin de intentar limpiar esos picos de soldados enemigos, si se diera el caso de que los chinos hubieran aterrizado allí. Aquellas montañas y el Grand Lake estaban al menos a veinte kilómetros en línea recta, pero esa distancia estaba perfectamente al alcance de sus armas.

Era una locura caminar hacia una zona de combate con lluvia radiactiva, pero Cam no veía otra opción. Si la desgarrada y entremezclada nube de hongos atómicos iba a desplazarse hacia el oeste, donde ellos se encontraban, probablemente caminar unos cuantos kilómetros en cualquier dirección no supondría ninguna diferencia. Ya habían agotado sus últimas provisiones de comida y agua. Necesitaban ayuda. Más aún, necesitaban soldados entrenados y voluntarios. Ruth veía a las tropas chinas como una oportunidad porque pensaba que debían portar algún tipo de inmunidad contra la plaga mental en su sangre.

Actuara como actuase la nueva plaga, Ruth seguía pensando que su estructura central se basaba en la tecnología de la vacuna de refuerzo. No había motivos para pensar que los chinos no hubiesen desarrollado también una vacuna específica. ¿Cómo si no iban a estar operando en el área de la plaga? ¿Llevaban todos trajes de contención? Parecía improbable que los chinos hubiesen almacenado o fabricado tantos trajes, y en breve la plaga mental llegaría a la propia Asia.

Si el grupo de Cam pudiese capturar o matar a un soldado enemigo, podrían transferirse a ellos mismos su inmunidad con tanta facilidad como compartieron la vacuna original.

¿Sería posible que revirtiese los efectos de la plaga en personas ya infectadas? Ruth no respondía, y Cam sabía que eso implicaba una respuesta negativa. O al menos significaba que ella no lo consideraba posible. Pero merecía la pena intentarlo. Aunque eso no funcionase, al menos podrían protegerse. Entonces podrían empezar a buscar a otros supervivientes y protegerlos también, creando así una pequeña fuerza de guerrillas contra los chinos.

Cam tenía fruncido el ceño mientras examinaba el pie de Ingrid en busca de inflamación o contusiones. Parecía estar bien, pero los cuatro no serían capaces de superar la desesperada emboscada que Ruth había previsto. «Tal vez Bobbi y yo — pensó Cam—. Nosotros dos podríamos intentarlo si estuviésemos solos, pero entonces quién se queda con Ruth? ¿Ingrid? Necesitamos a alguien que no sea una

anciana para protegerla.»

—Esta vacuna —dijo Cam—, ¿interferiría con la otra? ¿Y si la engulle y la anula? Entonces seríamos vulnerables a la plaga de máquinas de nuevo.

—No —respondió Ruth—. Deben de haber reconfigurado el motor térmico de la nueva plaga y de su vacuna. No mucho. Incluso invertir su estructura como una imagen en un espejo funcionaría. De ese modo, las diferentes plagas y vacunas ni siquiera detectarían a las demás.

—¿No vamos a reventar en algún momento? —preguntó Bobbi—. ¿Cuántos tipos de nanos puede tener una persona en su interior?

—Las vacunas matan todo lo demás, Bobbi.

Discutir con Ruth era inútil. Tenía respuestas para todo, de modo que Cam volvió a centrar su atención en Ingrid. Por lo que parecía, ni siquiera tenía el dedo torcido. Simplemente tenía sesenta años. Probablemente le dolían también otras partes del cuerpo: las rodillas, la cadera, la espalda, pero no se había quejado de nada hasta que ya no pudo aguantar más el dolor del pie.

—Dobla los dedos —dijo Cam.

—No puedo. Lo siento.

—¿Los notas adormecidos?

—Sí.

—Vamos a hacer lo que podamos para que sigas andando —dijo Cam, llevándose una navaja a su propio calcetín. Cortó la mayor parte de la tela por encima del tobillo y después volvió a sellar la pernera de su pantalón por dentro de la bota lo mejor que pudo. A continuación usó los pocos centímetros de calcetín cortado para almohadillar la parte anterior del pie de Ingrid. No le sobraba ni un gramo de carne, y su pie era huesudo y enjuto.

Cam tenía una sed insoportable, y aquello le debilitaba. Necesitaban ingerir líquidos, sobre todo Cam, que había perdido muchísima sangre, pero el agua corriente podría ser incluso más peligrosa que el aire. Ruth había dicho que si la plaga mental sólo se reproducía cuando encontraba nuevos huéspedes, lo peor podría haber pasado ya. Todo el mundo en aquella región estaba infectado, de modo que las nubes más densas de nanos deberían de haberse alejado ya, dejando sólo algunos rastros en trampas aleatorias e invisibles. Aun así, era más difícil que se adhiriese a la tierra, a la roca o a las plantas que que fuese absorbida por el agua. El agua en movimiento envolvería a los nanos, concentraría la plaga mental y llenaría las orillas de los ríos y lagos de nanos, de modo que no sabían qué otra cosa hacer aparte de sufrir y aguantarse.

—¿Estás preparada? —le preguntó a Ruth, no a Ingrid. Las palabras sonaron más duras de lo que pretendía, pero no podía creer que estuviese allí sentada tan tranquila con el ordenador sobre sus muslos y tecleando con los guantes puestos.

—Déjala tranquila —dijo Ingrid—. Está concentrada en algo. Ya lo sabes.

—Cinco minutos.

—Necesito quince —respondió Ruth.

Bobbi encontró un sitio para descansar contra un árbol con su M4. Cam no se sentó. Se alejó de las tres mujeres, esquivando los troncos blancos y las hojas amarillas del tamaño de una moneda de los álamos. Había un leve zumbido que no lograba identificar, pero sabía que no debía dejarse llevar por su curiosidad. ¿Serían escarabajos?

—Necesitamos más gente si de verdad vamos a intentar atacar a los chinos —dijo, girándose hacia Ruth—. Vamos.

—Quince minutos —respondió Ingrid.

—Hay algo en estos árboles. Bichos.

—¡Por todos los santos, déjame pensar! —gritó Ruth—. ¡Cállate! ¡Cierra la boca! —Estuvo a punto de tirar el portátil al ponerse de rodillas—. Pero ¿qué te pasa? Te juro por Dios que estoy a punto de terminar de programar esto...

—Vamos —dijo Cam.

—¡No!

—¡Silencio! —dijo Bobbi—. Yo también lo oigo.

—¡Dejadme en paz! —exclamó Ruth—. Tenemos que saber a qué nos enfrentamos incluso si les robamos la vacuna. Ya casi está. Después podemos dejar que el ordenador trabaje...

Cam la agarró y la levantó. Le dolía mucho el costado, pero su miedo podía más, ya que finalmente había visto a dos de los zumbantes insectos. Chaquetas amarillas. Grandes avispas chaqueta amarilla a rayas. Era imposible saber cuántos insectos carnívoros saldrían de sus nidos si los olían. Aunque imaginaba por qué estaban allí. Supuestamente, las chaquetas amarillas, las avispas y las abejas se habían extinguido al igual que las polillas y las mariposas. Las hormigas habían acabado con todo lo que dependiese de colmenas y capullos. Los insectos voladores fueron también vulnerables a la plaga de máquinas. Generaban demasiado calor, al absorber la luz del sol con sus cuerpos y crear fricción con sus alas, el calor suficiente como para activar su motor térmico. El entorno allí era lo suficientemente frío como para que las chaquetas amarillas escapasen a la desintegración, pero debía de haber algo más que las hubiera protegido de las hormigas.

—Cuesta abajo —dijo Cam—. Lo más rápido que podáis.

El zumbido aumentaba a su alrededor. Las agitadas hojas ocultaban los pequeños y oscuros movimientos de las chaquetas amarillas, pero en unos segundos había cincuenta o más. Después un centenar.

—¡Au! —gritó Bobbi, dándose un manotazo en el cuello.

Ruth cedió. Metió el portátil en la mochila y agarró su M4, moviendo ambos

objetos como si fueran pesados matamoscas. Bobbi e Ingrid golpeaban el aire también. Consiguieron ahuyentar a algunas de las chaquetas amarillas, pero enfurecieron al resto. Los insectos zumbaban ante el rostro de Cam, descendían en picado y chocaban contra él mientras dirigía al grupo por un ángulo de la colina. Aterrizaban sobre sus hombros y examinaban su capucha.

—¡Ay! —gritó Ingrid.

Cam se giró. Una de las avispas debía de haberse colado por dentro de la ropa de la mujer, porque ésta se estaba golpeando el pecho. Después se dio contra un árbol y casi cayó al suelo. Ruth se volvió para ayudar y Cam gritó:

—¡No, Ruth! ¡Déjame...!

Entonces vio una serpiente cerca de los pies de Ruth. Era larga, gruesa y de color crema, con manchas oscuras, una serpiente toro. Tenía la cabeza hacia atrás a punto de atacar. Las serpientes toro no eran venenosas, pero si le hacía sangre, la convertiría en un objetivo más deseable para las chaquetas amarillas.

Cam saltó hacia delante y le dio una patada, interceptando el mordisco. Los colmillos del reptil atravesaron su pernera y se clavaron en la piel de su pierna mientras él la pisoteaba.

—¡Cuidado! —gritó Bobbi por detrás de él. Su M4 empezó a disparar al suelo. No estaba disparando a las chaquetas amarillas. Había más serpientes delante de Bobbi, y Cam agarró con su mano buena a Ruth de la manga y tiró de ella al tiempo que ésta tiraba de Ingrid. Se alejaron formando una cadena.

Cam estuvo a punto de pisar uno de sus nidos. La mayoría de las serpientes estaban destrozadas y ensangrentadas. Las doce que había vivas se mordían entre sí en un frenesí de dolor.

Atravesaron a toda prisa la maleza y los álamos. Cam golpeaba todas las ramas que alcanzaba para intentar ahuyentar a los insectos, mientras Bobbi disparaba de nuevo a nada que pudiera ver, peinando la tierra. Si había más serpientes, Cam no sabía si el fuego las excitaría o las ahuyentaría, pero él también sacó su pistola como refuerzo.

Ingrid corría con más ímpetu que concentración y cayó al suelo. Ruth la levantó y Cam disparó seis veces delante de ellas con la esperanza de que los estallidos y el humo de la pólvora afectase a los insectos. Bobbi tuvo la misma idea y descargó el resto de su cartucho ametrallando el aire. Las balas impactaban contra los árboles. Las hojas y los trozos de corteza volaban por los aires. En algún lugar lejano, a Cam le pareció oír los disparos de un rifle en respuesta a sus armas, como un código Morse. Siguieron corriendo. Bobbi recargó, pero contuvo los disparos tanto como Cam reservaba sus últimos tiros.

Salieron de la amarilla alameda a una verde pradera. Los insectos parecían haber desaparecido. Cam no quería detenerse, pero Ruth e Ingrid iban tambaleándose a su

lado, y a él le dio la impresión de que se le había abierto el costado al desgarrarse los puntos.

—Descansemos —dijo entre jadeos—. Descansemos, pero preparaos para continuar.

—¡He visto cincuenta! ¡Cincuenta serpientes! —dijo Bobbi. Mientras respiraba agitadamente, intentó subirse a un viejo tronco, pero se resbaló y estuvo a punto de caer al suelo.

Al mismo tiempo, Ingrid, Cam y Ruth se acercaron con cautela a la maleza con las espaldas pegadas.

—Agua —dijo Ruth—. Tiene que haber agua.

—Seguiremos ese barranco —propuso Cam.

La parte norte de la pradera descendía y se dividía en dos quebradas. Estaba seguro de que acabarían encontrando un arroyo... pero ¿sería seguro beber?

Bobbi sollozó y se quitó la máscara para masajearse las ronchas de la cara y el cuello. Cam se distrajo escuchando más disparos. La unidad de artillería debía de haberles oído. ¿Estaban intentando hacerles señales o estaban perdiendo la intermitente batalla que llevaban librando desde hacía más de una hora? Si habían abandonado su artillería y estaban luchando con armas más pequeñas ahora, ¿sería porque estaban alejándose de personas infectadas?

No hubo más disparos, de modo que Cam se volvió hacia los árboles, preguntándose sobre lo que acababa de ver. Las serpientes toro no eran autóctonas de aquella altura. Tampoco las chaquetas amarillas. Calculaba que se encontraban a unos dos mil setecientos metros. No debería haber nada allí para alimentar a las serpientes, que se alimentaban principalmente de roedores y de lagartos pequeños. No quedaba ningún roedor por debajo de la línea mortal, y no muchos por encima tampoco, pero tal vez ése fuera el motivo de que aquellos reptiles hubiesen migrado a aquella altura, al encontrar suficientes ardillas, marmotas jóvenes, pájaros y huevos como para perdurar todo aquel tiempo. Quizá la población de serpientes estuviese mermando de nuevo tras haber sobrevivido al año de la plaga por encima de los tres mil metros de altura, hibernando durante los largos inviernos y dejando sólo a las criaturas más fuertes y adaptables para que se reprodujeran.

Las serpientes toro podrían estar evolucionando para comer insectos también, adaptando su dieta a la única fuente de alimento disponible. Igual habían evitado que las colonias de hormigas se extendiesen por aquella área, lo cual sería la razón por la que las chaquetas amarillas habían sobrevivido también a aquella altura, desarrollando una cruda simbiosis con los reptiles.

Cam tenía preguntas más importantes.

—¿Crees que la plaga mental afecta a los animales? —preguntó al silencio—. ¿Ruth? Oye. ¿Crees que la nueva plaga afecta a las serpientes y a las chaquetas

amarillas?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

Cam se encrespó ante su tono, pero Ingrid habló primero.

—Hemos conseguido salir de ahí —dijo—. Eso es lo único que importa.

—No, no lo es. Necesitamos saber si vamos a tener problemas también con ellas. Me refiero a si son contagiosas.

Ruth se encogió de hombros. No le miró ni a él ni a Ingrid. Hasta que por fin dijo:

—Los animales no tienen la misma estructura neurológica que los humanos. Ni siquiera se acerca. Imagino que los nanos fallarían o sólo se activarían parcialmente, pero ¿cómo íbamos a saber si una serpiente se comporta de forma anómala?

—Podrían estar paralizadas —respondió Cam—. O quedarse ciegas o tener ataques.

Ella le miró a los ojos.

—Sí.

—Yo no he visto a ninguna serpiente inmóvil —dijo Bobbi.

—Ruth, ¿quieres terminar lo que fuera que estabas haciendo con tu portátil? Después continuaremos —ofreció Ingrid.

—Sí.

Cam no pensaba zanjar el tema.

—Si tuviesen la temperatura suficiente, la plaga podría estar reproduciéndose en su interior incluso sin afectar a su comportamiento —dijo—. Eso significa que será mejor que lo evitemos todo. Que lo matemos todo.

Nadie dijo nada. Ingrid se examinó el pie. Ruth abrió su portátil y Cam observó la pradera en busca de chaquetas amarillas.

—Joder, estoy sedienta —dijo Bobbi.

Él podría haber tenido algo que ver en la salvación de los insectos y las serpientes. Quizá fuese algo perverso, pero la idea le alegró. El mundo necesitaba todas las formas de vida que pudiera encontrar.

Hace tiempo, en Grand Lake, Cam y Allison habían participado en un amplio programa para atrapar y liberar animales con el fin de distribuir la vacuna entre tantas especies como fuera posible. Sobre todo habían tenido éxito con las ratas. Los alces, las marmotas, los urogallos y los pájaros autóctonos de aquella altura se habían cazado hasta la extinción, pero las ratas abundaban en los atestados campos de refugiados y, una vez inmunizadas, hacían el resto de su trabajo por ellos.

Había picos de montañas a los que nadie había ido. Y había otros en los que nadie había sobrevivido demasiado tiempo. Algunos animales habían perdurado en aquellos picos solitarios. Con el tiempo fueron atacados por las ratas vacunadas. Las ratas se reproducían a un ritmo descontrolado por debajo de los tres mil metros, se enfrentaban a los insectos e invadían los nuevos puestos de avanzada construidos por

el hombre. En verano, las ratas también regresaban a las montañas, donde acababan con las crías de las pocas marmotas que quedaban y se abalanzaban en masa sobre los alces viejos o heridos. Robaban los huevos de los urogallos y otras aves. Pero también transmitían la vacuna a los animales que atacaban y que no conseguían matar. ¿Serían las chaquetas amarillas inmunes ahora después de un encuentro con las ratas? Cam esperaba que así fuera. «Deberíamos volver si tenemos la oportunidad — pensó—. Deberíamos regresar y hacer todo lo posible para protegerlas y criarlas.»

En su interior sintió una mezcla de soledad y satisfacción porque sabía que la idea habría complacido a Allison. Habría hecho que se sintiese generosa.

«Imagina lo que podríamos hacer con los polinizadores de nuevo», pensó.

Perdieron de vista el horizonte mientras avanzaban hacia Willow Creek, un elevado cañón a dieciséis kilómetros de Grand Lake. Cam habría evitado aquel valle de no estar seguro de que la unidad de artillería estaba parapetada en su interior. Aun así, mantenía a su grupo lo más al norte del cañón posible, cruzando al este sin perder más elevación de la necesaria. No quería tener que escalar de nuevo para salir de allí si se diera el caso de que los artilleros hubieran huido o estuvieran infectados. El riachuelo serpenteaba por el lecho del cañón, discurriendo hacia el suroeste, hacia el único punto bajo, donde finalmente torcía hacia el sur y caía cuesta abajo al lado de una pequeña carretera estatal. La carretera llevaba a la autopista 40, que no estaba muy lejos de la interestatal 70, el paso Loveland, y las carreteras que llevaban al cráter de Leadville. Cam conocía bien la zona. Durante la guerra, su unidad de Rangers había cruzado de la 40 a la 70, bordeando la zona radiactiva. Varios campamentos civiles y pequeñas guarniciones militares habían ocupado la región desde entonces.

El primer cadáver estaba bajo sus pies, al sur. El hombre estaba tumbado boca arriba, con el rostro y el pecho descubiertos mucho más claros que la roca y la maleza. Sólo la piel blanca captó la atención de Cam. Después se dio cuenta de que el suelo ahí abajo estaba quemado y destrozado, ocultando lo que había sido un surcado camino de tierra.

—Mirad —dijo.

Ruth e Ingrid se arrodillaron, aprovechando aquella oportunidad para descansar. Bobbi entrecerró los ojos en la dirección que él había señalado. Su vista debía de ser mejor que la de Cam.

—Joder —dijo—. ¿Cuántas personas creéis que hay ahí abajo? ¿Treinta?

Una vez Cam entendió qué era lo que tenía que mirar, sus ojos registraron al menos veinte cuerpos tirados en un área tan grande como un campo de fútbol. La plaga mental debía de haber conducido a algunos de los infectados a seguir a los supervivientes hasta aquellas montañas... Los artilleros habían ido desplazando las armas por la boca de Willow Creek, derribando a todo aquel que les perseguía. Cam

estaba contento por partida doble de haberse mantenido fuera del cañón. El campo de batalla estaba al menos a kilómetro y medio de distancia, pero no había duda de que sería contagioso.

—Bobbi —dijo de repente—. Dispara dos veces.

—¿Qué? ¿Para qué? Estoy casi sin munición.

A él mismo sólo le quedaban unas cuantas balas, pero tocó su pistolera.

—Tendrán a alguien vigilando por si alguien llega por lo alto de las montañas, como nosotros —dijo—. Nos dispararán si no les hacemos ver que estamos bien.

Ruth se puso en pie como pudo. Descolgó su carabina mientras Bobbi miraba hacia el cañón como si estuviese buscando observadores de artillería. Incluso harapienta, sucia y herida, Ruth procesaba las situaciones más rápido que todos los demás.

Era una luchadora. Era lo que él necesitaba.

¡Pum! ¡Pum! Ruth disparó dos veces al aire, y sobresaltó a alguien que estaba por encima de ellos. Se escuchó el sonido de la gravilla a unos noventa metros cuesta arriba y Cam se giró, agarrando su pistola de nuevo. «¿Tan cerca?», pensó. Entonces alcanzó a ver una pequeña figura que se escabullía. ¿Una ardilla? ¿Ratas? Tal vez aquellas montañas estuviesen volviendo a la vida de verdad. Tal vez hubiese más serpientes o lagartos, o incluso lobos o abejas en lugares extraños, ayudándose los unos a los otros, formando simbiosis inesperadas. «Allison tenía razón», pensó, sintiendo de nuevo esa sensación de soledad y satisfacción. Los disparos de Ruth todavía resonaban en el cañón cuando dos tiros más les respondieron.

—Una vez más —dijo Cam. Ruth obedeció. A los pocos segundos, la señal se repitió de nuevo de manera exacta, y Cam dijo—: Bien. Nos están esperando.

Los supervivientes estaban situados en un área plana, en una especie de península, rodeados por tres lados por una curva del arroyo que utilizaban para potenciar al máximo sus defensas. Ésta los separaba del grupo de Cam, incluso a pesar de que el agua no parecía cubrir más de un palmo, y había dos pasarelas construidas para cruzar de un lado a otro. Habían intentado levantar barricadas en el lecho del cañón. Cam vio cuatro furgonetas y un todoterreno pegados en fila en el camino de tierra. No había ningún árbol alrededor. Se habían talado todos para obtener combustible durante los largos inviernos. Habían cavado algunas zanjas con palas y posiblemente con potentes cargas de explosivos, lo que había reducido el cañón a inequívocos campos de fuego. Por lo que podía advertir sin los prismáticos, menos de media docena de infectados había logrado llegar cerca del campamento. El cuerpo más cercano yacía desparramado a unos ciento ochenta metros de distancia. Su artillería había alcanzado a la mayoría de los infectados en el otro extremo de Willow Creek. Los francotiradores habían derribado al resto.

Su base la conformaban diez largos invernaderos, dos cuarteles más pequeños,

dos emplazamientos de cañones Howitzer de 155 milímetros, y unos cuantos camiones y vehículos militares multipropósito, o Humvees, que habían mantenido atrás para evitar contaminar el entorno. El gobierno había estado usando ese cañón para una importante operación agrícola. Estaba protegido de las inclemencias del tiempo y a una altura suficiente como para escapar a la mayoría de las plagas, y ya tenían allí mismo algunos de los recursos necesarios. Por eso estaba allí la artillería, para proteger los cultivos de los asaltantes. Tal vez ahora estuviesen alojando a gente bajo el plástico también. Era imposible saberlo.

Cam detuvo a su grupo a cierta distancia de una trinchera en la pendiente septentrional del cañón. Vio al menos a uno de los soldados. La cabeza del hombre era visible. Llevaba puesta una máscara bioquímica M40 con ojos de plástico ovalados y una capucha hasta los hombros. Aunque era un equipo de camuflaje para el desierto, las manchas de color canela y beis eran demasiado claras para aquel entorno.

—Levantad las manos —dijo Cam a las mujeres—. Dejad que nos vean.

—¡Identificaos! —gritó el hombre.

—¡Cabo Najarro, de la Septuagésimo Quinta! ¡Tengo a tres civiles conmigo!

Probablemente hubiese dado igual lo que hubiese dicho. Sólo querían comprobar que pensaba y hablaba. El hombre se levantó y les hizo gestos para que avanzasen.

—¡De acuerdo! —dijo, levantando un *walkie-talkie* hasta su capucha.

Cuando se encontraban a unos noventa metros, Cam vio a dos soldados más apuntando con sus armas. Y más cerca, ayudó a Ruth y después a Ingrid a subir por un irregular muro de tierra y roca mientras Bobbi escalaba sola. Los soldados se mantuvieron donde estaban.

—Necesitamos agua —dijo Cam—. ¿Tenéis agua embotellada?

Ninguno de ellos señaló al riachuelo. O bien habían llegado a la misma conclusión sobre las cuencas de agua o bien habían visto a alguien infectarse tras haber bebido de ella.

—Hay tanques de almacenamiento —dijo el primer hombre, señalando a los invernaderos—. Pasaréis en un minuto. La teniente quiere hablar con vosotros.

—Llevamos andando toda la noche.

—La teniente hablará con vosotros primero.

Un soldado ya estaba cruzando la pasarela más cercana. Era evidente que era una mujer, a pesar de su anticuada máscara de gas, su vieja chaqueta y el antiguo rifle que llevaba colgado de uno de sus hombros. Era delgada, sin apenas pecho, pero su caminar era femenino y su pelo oscuro caía suelto en una melena desenfadada, que no casaba con su actitud. Su uniforme estaba perfecto; sucio, pero perfecto, mientras que su cabello sugería una veta rebelde. Caía por la parte de atrás de su máscara como una bandera. A Cam le resultaba familiar, y cuando habló, aunque su voz sonaba

distorsionada tras la máscara de goma, supo de quién se trataba.

—Najarro —dijo, desviando la vista de él a Ruth—. Tenía que verlo con mis propios ojos, malditos traidores.

Era Sarah Foshtomi.

Ingrid echó mano a su M16. El tono de Foshtomi era amargo, incluso lleno de odio, y la anciana no estaba tan exhausta como para no advertir la amenaza.

—¡No! —exclamó Cam, pero Ingrid se puso delante de Ruth con su rifle de asalto.

—¡No le harás nada! —gritó Ingrid.

Cam agarró el cañón del arma de Ingrid y la desvió hacia arriba. Al mismo tiempo, los hombres de Foshtomi apuntaron con sus propios rifles. Uno de ellos agarró a Bobbi del brazo. Todo el mundo se quedó congelado, y entonces Foshtomi se echó a reír.

—Bajad las armas —dijo—. Hablemos.

El invernadero olía a pimientos y cebollas. Era un olor agradable, y Cam nunca se había alegrado tanto de quitarse la máscara. Su piel desnuda reaccionó al cálido ambiente como si hubiese entrado en una sauna, empapándose de la acre esencia de los cultivos.

Foshtomi les guió a través de filas alternas de espesas plantas de pimientos y de cortos tallos de cebollas. El depósito de trescientos ochenta litros de la parte trasera había sido bombeado hacía tres días, de modo que era seguro. La unidad de Foshtomi había abierto el grifo en la base del depósito para que llenasen las cantimploras y las ollas. El suelo estaba mojado. Cam sólo consiguió dejar que las mujeres bebieran primero por pura fuerza de voluntad, y empezó a quitarse la chaqueta mientras Ruth y Bobbi se tiraban agua con las manos en la boca y en la cara. Ruth tosió, pero no paró. Ingrid bebía más despacio de una de las tazas que había junto al depósito.

—Estás herido —dijo Foshtomi, mirando el ensangrentado costado de Cam—. Deja que vea lo que podemos hacer al respecto.

—Ingrid también está herida. Su pie.

Ella cogió el *walkie-talkie* que llevaba en el cinturón.

—Foshtomi. Necesito un médico en el Edificio Seis.

—Recibido —respondió el aparato.

—Cam —dijo Ruth—. Bebe.

Un rizado y mojado flequillo caía sobre su rostro limpio, lo cual era toda una contradicción. Sus ojos marrones eran suaves y penetrantes. Por un instante, ella se negó a apartar la mirada, aunque podía ver que tenía miedo de lo que él pudiera decir. No habían estado tan cerca y tan desprotegidos desde la muerte de Allison, ni siquiera cuando hacían el amor, ocultos bajo la luz de las estrellas.

Tenían un fuerte vínculo. Cam no quería estar enfadado con ella e intentó

demostrárselo. Al pasar le tocó el brazo. Después se inclinó hacia atrás y bebió más agua de la que debía en cinco tragos incontrolados. Su estómago empezó a hacer ruidos. Estuvo a punto de vomitar. Pero era una magnífica sensación. Era bueno estar vivo y perderse en la sensación de la perfección fría y líquida del agua.

—Si necesitáis orinar, hacedlo en las plantas —dijo Foshtomi tan franca como siempre—. El nitrógeno les hará bien. También hay tarros de miel ahí atrás. Os daremos de comer y os curaremos, y después supongo que tendremos que pensar en qué demonios vamos a hacer con vosotros.

—Gracias —dijo Cam.

—Sí, bueno, no tiene por qué gustarme. —Foshtomi miró a Ruth mientras decía la última parte—: ¿Eres la responsable de esta nueva mierda?

—Ella está intentando detenerla —dijo Ingrid, y Ruth le lanzó una mirada de agradecimiento.

—Entonces fue otro maldito genio esta vez —dijo. Su rostro oscuro y ovalado era implacable—. Sois reclutas, todos vosotros. ¿Entendido?

—Sí —dijo Cam.

—Seguiréis órdenes. Sois soldados... incluso tú —dijo, señalando a Ruth—. Legalmente tengo ese poder según la nueva Constitución. Seguimos bajo la ley marcial.

En su día habían sido compañeros de escuadra. Sarah Foshtomi había sido uno de los miembros de su unidad de los Rangers. Era cabo, como él, y la única mujer del grupo. Por eso hablaba con tanta dureza, para compensar su tamaño y su género. Al parecer, su estilo le había funcionado. Foshtomi debía de haber continuado sirviendo con fuerzas locales, eso estaba claro. Incluso había llegado a teniente. ¿Se había estacionado allí o había huido hasta Willow Creek con otros supervivientes? No importaba. Cam sabía que podía ser una poderosa aliada.

De repente esa magnífica sensación dio paso a una especie de mareo. Se dejó caer en el suelo junto al depósito. Saciar su sed le había hecho ser más consciente de lo cansados que estaban sus músculos, lo mucho que le dolían los pies y del hambre que tenía. Podía haberse quedado dormido.

—¿Estás en contacto con alguien? —preguntó.

Foshtomi sacudió la cabeza.

—Aquí no hay líneas telefónicas terrestres y la atmósfera está totalmente jodida. Tengo algunos hombres intentando conectar con un satélite.

—De acuerdo.

Las mujeres se sentaron alrededor de Cam, excepto Foshtomi, que no estaba acostumbrada a sentarse sin hacer nada. Se quedó de pie, mirando hacia la puerta del invernadero como si de ese modo el médico fuese a llegar antes. De hecho, probablemente se alegraba de tener a Ruth para cooperar, porque hasta ahora, sus

soldados carecían de determinación y sólo sabían esperar órdenes.

—¿Cuánto combustible tenéis? —preguntó.

Foshtomi le miró.

—Habéis venido a pie desde las montañas, ¿verdad? Así que no sabréis cómo está la cosa en las ciudades.

—Greg y Eric han muerto —dijo, respondiendo a su brusquedad con la suya propia. Los dos Rangers habían sido sus compañeros de escuadra—. Siguieron con nosotros todo este tiempo, Sarah. Murieron anoche.

—Yo... —dijo ella.

—Todo nuestro asentamiento está infectado. Había cientos de ellos, Sarah. Greg nos consiguió el tiempo suficiente para que pudiéramos salir.

—Eric era mi marido —dijo Bobbi.

—Lo siento. —La mirada de Foshtomi pasó del rostro de Cam al de Bobbi, y después al de Ruth, pero Ruth desabrochó su mochila y extrajo su portátil con su típica y testaruda resolución.

Cam sacudió la cabeza, admirando la misma dedicación que le había enfurecido en la alameda. Ruth nunca se daba por vencida. No si le daban tiempo. Sus dedos tecleaban sin parar y Cam le dijo a Foshtomi:

—Si tenéis suficiente combustible, podemos intentar sellar esos Humvees.

—¿Y adónde ibais a ir?

—A Grand Lake.

—Estás loco. Hay como un millón de putos zombies en el camino. Además, creemos que los chinos han tomado la base de todas formas.

«Zombies», pensó. En otra vida, a Cam le encantaban aquellas viejas películas cutres. Era curioso que su grupo nunca se hubiese referido a los enfermos con otro apelativo aparte de «infectados». Eran zombies en todos los sentidos: letales, estúpidos y temerarios. Pero eran su familia. El grupo de Cam no se había enfrentado a nadie más que a sus propios amigos y vecinos. La lucha de Foshtomi había sido más larga, más impersonal. Llamarlos zombies hacía que matarlos les resultase más fácil; reducían a los infectados a caricaturas en lugar de considerarlos víctimas reales.

—Los chinos tienen una vacuna contra la nueva plaga. Ruth cree que podemos robarla —dijo.

—¿Y qué hay del parásito?

—¿A qué te refieres? —preguntó, aunque él mismo ya se había imaginado algo así. La nanotecnología parasitaria desactivaría la primera vacuna, la que les mantenía a salvo de la plaga de máquinas. Todos aquellos que no lograran llegar a una altura segura morirían, y Cam sabía hasta qué punto afectaría eso al ataque de los chinos, pero ¿a qué precio?

Foshtomi entrecerró los ojos con odio.

—¿Y si lo liberamos? Eso jodería bien a los chinos.

Ruth dejó de teclear, pero no levantó la mirada, como si tuviera demasiado miedo de dejar que Foshtomi leyese algo en su expresión. A Cam le preocupó que Foshtomi ya hubiese interpretado su propia expresión.

—Sarah —dijo—. El parásito afectaría a todos los que se encontrasen por debajo de los tres mil metros, no sólo a los chinos.

—Pero los nuestros ya están muertos, ¿no?

«Ella también perdió a alguien anoche», pensó. Había una nueva frialdad en la voz de Foshtomi. A Cam le pareció que estaba guardando la compostura, utilizando ese tono imprudente como algo más que una fachada. Su actitud se había convertido en el puntal que la ayudaba a mantenerse cuerda.

—Ya no tenemos el parásito —dijo él.

—Venga ya. Sé que existía. Deborah Reece cedió su frasco. Grand Lake lo guardó en alguna parte, y todo el mundo dice que habría hecho lo que Ruth dijo. ¿Qué ibais a hacer? ¿Esconder el vuestro en alguna parte?

—Eso es exactamente lo que hicimos —dijo Ruth, tecleando de nuevo lentamente en el portátil—. Lo enterramos a cuatro metros y medio en una caja de metal.

—¿Dónde?

—No puedo decírtelo.

—Yo creo que aún lo tenéis —dijo Foshtomi, y Cam se preguntó si iba a tener que enfrentarse a ella. ¿Obedecerían sus soldados una orden de detener y registrar a su grupo?

«Sí —pensó—. Lo harán. Por ella lo harán.»

Cam estuvo a punto de mirarse el bolsillo, pero se contuvo. Incluso con el mapa, incluso sabiendo dónde habían enterrado los nanos a las afueras de Jefferson, Foshtomi no tendría muchas posibilidades de recuperarlos; sin embargo, él necesitaba que se mantuviese centrada en otra dirección, hacia Grand Lake.

—Sarah, ésa no es una opción —dijo Cam.

—Nos han atacado con armas nucleares.

—Incluso si lo tuviéramos, que no lo tenemos, el parásito no actuaría de manera instantánea. Tardaría días en extenderse lo bastante lejos. Es posible que tardase una semana en llegar a California. Las condiciones atmosféricas no nos acompañan. No conseguirías más que matar a nuestra propia gente hasta que el viento diese toda la vuelta al mundo hasta llegar a nuestra costa.

—Entonces lo tenéis.

—No, Sarah. Lo que quiero decir es que no podemos quedarnos aquí.

—Conducir hasta Grand Lake es una locura.

—Te has alegrado de vernos —dijo Cam—. Ya estabas inquieta. Mírate.

Foshtomi adoptó una expresión desdeñosa mientras se giraba. Su intención era

negar lo que él había dicho, pero el respingo que había dado demostraba que estaba en lo cierto. Sí, tenía miedo de abandonar aquel cañón. Una de sus principales responsabilidades era mantener el número de sus fuerzas, pero ¿para qué? ¿Para quedarse allí sentados esperando a que los aviones chinos les atacasen a ellos también?

—No tenemos suficientes máscaras —dijo Foshtomi—. Sólo las llevan nuestros observadores y personal clave.

—Si conseguimos la vacuna, eso no importará.

—Ya habéis visto lo rápido que ataca la plaga a la gente. ¿Cómo íbamos a acercarnos lo suficiente como para...?

—Cam —dijo Ruth.

—Él no está al mando aquí —respondió Foshtomi, girándose hacia ella.

—Cam. Y todos. —Ruth parecía atónita—. La masa extra de los nanos es un mensaje —dijo—. No hace nada. Sólo es un código binario. Alguien lo introdujo en la máquina como una nota.

—Aquí nadie sabe chino —dijo Foshtomi, pero Ruth sacudió la cabeza.

—Está en inglés. Una vez aislado el código, el ordenador lo tradujo en segundos.

—¿Qué? ¿Y qué es lo que quieren?

Ruth parpadeó y se humedeció los labios primero, como si sopesara sus palabras antes de compartirlas en voz alto.

—Dice que es de Kendra Freedman —reveló Ruth.

—Eso es imposible —dijo Cam.

«No, es lo único que tiene realmente sentido», pensó Ruth.

No quería seguir discutiendo con él, de modo que contuvo su emoción. Sabía que podía ser demasiado briososa cuando la invadía la inspiración.

—Deja que te muestre cómo dice lo que hace.

—¿A qué te refieres con «cómo»? —preguntó Foshtomi—. ¿Cuál es el mensaje?

Ruth giró el portátil hacia ellos y dijo:

—Mirad el código. Es una espiral de unos y ceros grabada en el nano. La mayor parte del material extra son sólo ceros, pero la cadena binaria es inconfundible.

Foshtomi miró a Cam, que negó con la cabeza.

—¡Miradlo! He resaltado los unos. Aquí están los ceros. —Ruth tocó el teclado de nuevo—. Estas configuraciones moleculares específicas se repiten cientos de veces. Por eso mi análisis lo reconoció en primer lugar.

—Yo lo único que veo son puntos y protuberancias —dijo Foshtomi.

—Exacto. Ha escogido formas simples para representar sus «unos» y sus «ceros». No necesitan hacer nada más. Son marcos estáticos. Por eso Freedman logró ocultar... Bobbi interrumpió.

—Por el amor de Dios, Ruth, ¿qué es lo que dice?

—«Me llamo Kendra Freedman —dijo, volviendo a girar el portátil hacia ella—. Yo diseñé la plaga Arcos, la nanotecnología que mata por debajo de los 2916 metros. Fue un error. Tal vez pueda detenerse. Mi laboratorio debería seguir intacto en el número 4411 de la calle 68, en Sacramento, California, junto con nuestro trabajo de diseño, el software, las muestras y el equipo mecanizado.»

—Eso es viejo —dijo Cam—. Tiene ya años.

—Por favor, escucha.

—Ya habéis estado en Sacramento —dijo Bobbi, apoyando a Cam. Tenía la mirada perpleja.

A pesar del fragante calor del invernadero, Ruth tenía frío y se sentía destemplada. El mensaje había despertado demasiados fantasmas.

—«Si lees esto, búscame. Quiero necesito...» —Ruth levantó la vista—. Aquí hay un salto. Freedman no pudo reescribirlo —explicó irritada al ver la duda en la mirada de los demás. Después volvió a leer en su ordenador—: «Andrew Dutchess es el hombre que liberó la plaga Arcos. Fue Dutchess. Pero haré lo que haga falta. Puedo arreglar esto.»

«Se parece a mí», pensó Ruth.

Enterarse de aquello le resultaba doloroso. Las dos mujeres no se habían conocido nunca, salvo a través del trabajo de Freedman, pero Ruth había pasado demasiado

tiempo ansiando ser igual de brillante que Freedman como para sentir algo más que admiración. A nivel personal también había aprendido a sentir horror y lástima por la otra mujer. La visión de Freedman había sido la de la inmortalidad, la riqueza y la paz. Había pretendido cambiar el mundo de una manera muy diferente. Y sin la avaricia de un hombre podría haberlo conseguido.

Ruth jamás había imaginado que tendría que enfrentarse a Freedman otra vez en una nueva competición. La causa y el efecto habían completado el círculo. Los equipos científicos de Leadville habían diseñado la vacuna de refuerzo basándose en el trabajo de Freedman. Y estos refuerzos le habían proporcionado a Freedman el conocimiento necesario para acelerar sus propios diseños.

Estaba viva, y era la creadora de la plaga mental.

—«Llegué a las montañas del norte de California —leyó Ruth—, donde sobreviví hasta la invasión rusa. Ellos me entregaron a los chinos.»

—Tiene que ser una trampa —dijo Cam.

—«Esta máquina también es mía. Es un terrible error, y es mío. Me engañaron. Pensaba que estaba trabajando para traer la paz al Himalaya, pero me mintieron. No estaba en el Tíbet. No había nieve ni indios y ahora estoy segura de que...» —Ruth frunció el ceño—. Se corta de nuevo.

—Está divagando —dijo Foshtomi.

«Fue un descuido —pensó Ruth—. Estaba cansada o alguien la interrumpió. Debe de haber estado componiendo el mensaje letra por letra. No lo entienden.»

Le habría llevado horas escribir cada frase, y días o semanas completar el mensaje; sonaba como si estuviese en una prisión. ¿Habría guardias? ¿Otros científicos? Los chinos debían de haberle dejado a Freedman tan poco espacio que parecía que estaba aplastada bajo un microscopio, y debían de haberlo controlado todo con respecto a ella: cuándo comer, dónde dormir y, lo que era más importante, qué hacer y cómo pensar. La idea de aquel interminable escrutinio hizo que Ruth sintiese claustrofobia.

Era increíble que Freedman hubiese conseguido crear aquel mensaje, y aun así Foshtomi tenía razón aunque no lo supiera. A Ruth también le preocupaba la verbosidad de Freedman. Si cada letra contaba, ¿por qué escribió tanto? Su sentimiento de culpa debía de ser insoportable. Por eso se excusaba y culpaba a Dutchess. Aun así, algo en el tono de las palabras de Freedman parecía no cuadrar. ¿Había otro código escondido en aquel mensaje? ¿Y si había usado una clave o algún tipo de juego de palabras sutil?

—«Búscame —leyó Ruth—. Sé que puedo detener la nueva plaga. Mientras escribo esto, estamos a doce de julio del año tres. Tengo entendido que estoy al sur de California, al nivel del mar, pero de alguna manera estamos a salvo. Estos laboratorios se encuentran en el hospital Saint Bernadine de Los Ángeles.»

—Pues estamos jodidos —dijo Foshtomi.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestros hombres tenían órdenes de destruir Los Ángeles con armas nucleares si los chinos nos atacaban. Eso lo sabe todo el mundo. Teníamos que hacerlo para evitar que esos cabrones nos invadieran. Destrucción mutua asegurada. Así que de un modo u otro, está muerta.

—¡Eso no lo sabemos!

—E incluso si aún estuviera allí, ¿cómo vas a llegar a Los Ángeles? ¿Batiendo los brazos?

—Todo podría ser una trampa —dijo Cam.

Ruth negó con la cabeza, suplicante.

—¿Por qué? ¿Qué iban a ganar fingiendo un mensaje suyo? Tampoco os dais cuenta de lo complicado que fue.

—Si intentases llamarla... ¿Dice algo más el mensaje? —preguntó Cam—. ¿Alguna radiofrecuencia específica? ¿Y si los chinos están esperando?

—El mensaje termina ahí.

—Es la trampa perfecta, como un alambre detonador —dijo él—. Las únicas personas que podían descubrir el mensaje son aquéllas a las que tienen más ganas de matar: los expertos en nanotecnología de nuestro bando. Si se trata de ella, ¿por qué no sabe lo de la vacuna? «Estamos a nivel del mar, pero de alguna manera estamos a salvo.» Eso es lo que dice.

—Está aislada. Controlan todo lo que hace.

—¿De verdad crees que está viva?

—Sí. La cadena binaria va hacia atrás e incluso se divide en dos en treinta sitios, ocultos entre los cerros. Por eso los chinos no lo vieron. Puede que ni siquiera pensarán que fuera posible hacer tal cosa.

—Y sabemos que Freedman era la mejor —dijo Cam como si quisiera convencerse a sí mismo.

«¡Cree en mí!», pensó Ruth. Estaba poniéndose de su parte en contra de Foshtomi, incluso después de haber hecho de abogado del diablo, y Ruth le regaló una gran sonrisa de niña.

—¡No hay ninguna prueba de que no consiguiese llegar a una elevación! —dijo—. Sawyer lo hizo.

—Sawyer corrió a las montañas en cuanto pudo —respondió Cam tranquilamente—. Pero Freedman fue al centro de la ciudad a buscar al alcalde o a la policía. O eso es lo que nos dijo él, ¿recuerdas? Ella se quedó atrás.

—Tenemos que encontrarla.

Cuarenta minutos más tarde, la unidad de Foshtomi había hecho todo lo posible para sellar tres Humvees, un Ford Expedition y un camión del ejército de media

tonelada. Sólo eran diecisiete. Foshtomi consideró dejar el camión, pero también querían llevar agua, gasolina y otras provisiones. También esperaba encontrar a más supervivientes y llevarlos con ellos.

Los vehículos eran un riesgo. Los soldados de Foshtomi no tenían ningún material para soldar; sólo contaban con las láminas de plástico utilizadas para los invernaderos y con una cantidad limitada de cinta adhesiva. Habían cubierto la mayoría de las puertas y juntas. Una vez dentro pensaban terminar el trabajo, pero si atravesaban una niebla invisible de nanotecnología, ¿bastaría con el plástico? Era lo único que podían hacer.

Ruth quería hablar con Cam a solas, pero primero estaba ocupado con el médico y luego Foshtomi quería comparar notas con él acerca de sus mapas. Ruth se llevó su portátil a un rincón junto a una de las sembradoras en un nuevo esfuerzo de encontrar códigos secundarios ocultos en el mensaje original. Si Freedman sabía cómo desactivar la plaga mental, ¿no habría grabado esa información también? ¿Y si los torpes despistes estaban hechos adrede? Ruth intentó escribir las primeras letras de una docena de palabras, después sólo las segundas letras, o las terceras, pero nada tenía sentido y se maldijo a sí misma.

«¡Piensa! Tienes que pensar como ella.»

Ruth decidió que si había un código adicional, no sería un juego de palabras. Freedman era siempre directa. Su trabajo era el mejor precisamente porque era muy racionalizado, y eso era algo que sólo podía hacer una persona que actuase de la misma manera. El segundo mensaje estaría inscrito en el cuerpo del nano del mismo modo que el primero, en código binario o en cualquier otro código físico como números en lugar de letras. ¿Había alguna otra configuración molecular que destacase? «¿Qué estoy pasando por alto?»

Cam se acercó a ella.

—Oye, hay un cambio de planes.

A Ruth se le aceleró la sangre al mirar más allá de su hombro y calcular a qué distancia se encontraban de todos los demás. A cuatro metros y medio. Bobbi estaba engullendo una taza de sopa de cebolla y Foshtomi se alejaba discutiendo con dos sargentos.

Ruth se acercó y apoyó las manos en los hombros de Cam. Después sonrió, y cuando el movimiento atrajo la mirada de él hacia sus labios, su sonrisa se ensanchó. Seguía siendo muy cauto con ella. Todavía tenía miedo. Y Ruth lo entendía. Ella misma se había estado castigando durante años también, pero quería parar ya. Quería ser feliz. ¿Tendrían alguna vez la oportunidad?

Ruth se puso de puntillas para igualar el metro ochenta de altura de Cam. Su entusiasmo era bueno, y aumentó cuando se asomó por un lado y vio que Bobbi les miraba ahora con un gesto de enfado. «Que lo desapruebe todo lo que quiera.»

Después pegó su boca a la de Cam. El beso fue lento y dulce, y le partió el corazón. «Soy tuya —pensó—. Soy tuya si me aceptas. Ya lo sabes. Por favor, tienes que saberlo, Cam.»

No quería contrariarle, de modo que no dijo nada. Tal vez aquella intimidad ya fuese demasiado. Cam le apretó la mano al tiempo que se apartaba.

—Recoge tus cosas —dijo—. Foshtomi tiene a algunos de nuestros hombres en la radio y vamos a colaborar.

—¿De quién se trata? ¿Dónde se encuentran?

—De un grupo de mando a las afueras de Grand Lake. Foshtomi les ha dicho que tiene a una experta en nanotecnología y han usado el mismo código. Parece que ellos también cuentan con algunos científicos.

Foshtomi puso a Ruth en el segundo Humvee con la sargento Huff, Bobbi, Cam y ella misma. El tercer vehículo tenía el mismo número de personas porque la teniente consideraba que ésas eran las posiciones más seguras. El todoterreno civil sería el cuarto, tripulado sólo por dos hombres, y por último estaba el camión del ejército, cuya cabina estaba ocupada por Ingrid y dos soldados. El vehículo que iba a la delantera era el único Humvee que había sido equipado con un kit de blindaje FRAG 6. Todos los vehículos militarizados multipropósito eran todoterrenos de dos mil trescientos kilos, de techo rígido, con ruedas gruesas y chapa de acero, pero el FRAG 6 añadía quinientos kilos de metal, de modo que Foshtomi colocó ese Humvee delante sólo con un conductor y un operador de radio. Cuando partieron, el cielo empezó a descargar algunas motas de ceniza como una nieve negra. El viento no había conseguido arrastrar la radiación, y a Ruth le preocupaba aquello. ¿Y si la cosa empeoraba?

Daba gracias por sus amigos. Apretada en el asiento trasero junto a Cam y con Bobbi al otro lado, Ruth se alegraba de sentir su calor y su peso firme mientras conducían durante dos horas por carreteras que antes de la plaga les habrían llevado a su destino en cuarenta minutos. Tomando la 40 desde Willow Creek, y después de vuelta hacia Grand Lake, condujeron en dirección sur, este y luego norte de nuevo. La mayor parte del tiempo extra lo pasaron ocultándose de dos jets chinos. Foshtomi detuvo el convoy cuatro veces mientras los cazas patrullaban en el aire, unas veces con todos los vehículos pegados y otras separados y estacionados en ángulos al azar como si fueran restos abandonados. Ayudaba el hecho de que los antiguos y eternos embotellamientos de años atrás habían sido arrasados en aquellas carreteras, de modo que los bordes de la carretera estaban llenos de coches y de cascos quemados. Los motores habrían sido claramente visibles con los infrarrojos, pero los chinos debían de estar completamente centrados en los lanzamientos de misiles norteamericanos y en los aviones. Además, la cobertura orbital se veía dificultada por el cielo contaminado. Si el enemigo estaba controlando aquella área por vía satélite, sus

capacidades tenían demasiada presión como para preocuparse por unos pocos Humvees. Muchos de los viejos vehículos contenían esqueletos. Los muertos dejados por la plaga de máquinas nunca se habían recogido. Era demasiado trabajo, de modo que los coches abollados seguían plagados de fantasmas atrapados en un grito. Los esqueletos yacían desparramados a través de los cristales rotos y las puertas.

La primera vez que Ruth vio unos restos con gente viva dentro pensó que estaba alucinando. Todos estaban nerviosos, esperando a que los reactores ladeasen hacia ellos y descendiesen. Después vio una caravana blanca con tres sombras agachadas juntas junto a las puertas traseras. El Humvee delantero ya había pasado el vehículo, pero la gente en su interior no se había levantado. Sólo una de ellos levantó la cabeza.

—Mirad —dijo Ruth—. ¿Qué están haciendo?

Foshtomi también pasó sin incidentes, pero la sargento Huff cogió el transmisor de la radio y dijo:

—Aquí Dos. Estad alerta. Tenemos zombies a ambos lados.

Ruth miró hacia el otro lado. Huff tenía razón. Al menos una persona estaba tirada dentro de un Toyota rojo al otro lado de la carretera. Después vio a una más en una camioneta de color canela. «Es como si este lugar fuese una especie de campamento», pensó.

—¿Están bien? —preguntó Bobbi—. ¿Creéis que no están infectados?

—No. Sus rostros...

No todos los infectados habían escogido bien sus refugios. Minutos más tarde, Ruth vio dos cuerpos recientes y flácidos delante de un Sedán. Estaban inmóviles, salvo por una ascendiente alfombra de hormigas negras.

También había zombies en la carretera. Se arrastraban cuesta arriba con los brazos extendidos para mantener el equilibrio y se giraban para recibir a los vehículos que llegaban con el mismo torpe instinto. «Están tan limitados —pensó Ruth—. Oyen un ruido o ven movimiento y van hacia él.»

Foshtomi intentó evitarlos.

—¡Apartad, estúpidos de mierda! —dijo—. ¡Apartad! ¡Apartad!

Entonces les golpeó. La teniente frenaba o torcía si podía, y en una ocasión incluso ordenó al convoy que abandonase la carretera por completo, retirándose al arcén para sortear a una docena de personas. Ruth sabía que su intención era más proteger sus vehículos que salvar las vidas de aquellos desconocidos. Incluso en segunda, Foshtomi atropelló a ocho personas a la vez. Ruth no olvidaría aquello jamás. El terrible golpe sordo de un cuerpo al impactar contra el guardabarros del Humvee era nauseabundo.

Una mujer desnuda impactó contra el capó y dejó una salpicadura de sangre. En otra ocasión, el eje trasero saltó y golpeó en el suelo, y Ruth gritó, sentada tan sólo a unos centímetros por encima de alguien atrapado bajo el vehículo con una pierna o

un brazo enganchado en el hueco de la rueda. Cam abrazó a Ruth y a Bobbi después de aquella experiencia y Ruth se pegó a él con una expresión de auténtico pánico. «No pienses en ello. No pienses en ello. No pienses en ello.»

Para entonces ya estaban conduciendo cuesta arriba de nuevo, apresurándose hacia la azul extensión de agua que daba a Grand Lake su nombre. Los soldados de Foshtomi interrumpieron el silencio por radio de nuevo y volvieron a alertarse entre ellos de la presencia de más infectados, muchos de ellos resguardados en «campamentos» a lo largo de la carretera, dormidos en coches abandonados o acurrucados al borde de la carretera contra los guardarraíles o los árboles. ¿Se estaban comunicando los infectados entre sí? Les resultaría imposible establecer algún tipo de orden social debido a su limitada coherencia. Como el ganado o las ovejas, se agrupaban porque les parecía más seguro que estar solos. Una manada de fantasmas. ¿Hasta qué punto eran conscientes? ¿Estaban todos gritando por dentro?

Ruth intentó mantenerse ocupada pensando en Kendra Freedman e intentó disfrutar del brazo de Cam sobre sus hombros.

«Demasiados infectados actúan de manera diferente», pensó.

—Esa gente cobijándose, eso es nuevo —dijo sin levantar la vista del abrazo de Cam—. Apenas han advertido nuestra presencia. Son dóciles. Debieron de haber llegado andando hasta aquí anoche. Hay algo diferente.

—Aparta —dijo Foshtomi en el asiento delantero—. ¡Aparta!

—Tal vez sólo estén cansados y hambrientos —dijo Ruth—. ¿Y si la plaga mental tuviese una segunda fase? Si los chinos quisieran matarnos...

—¡Aparta!

El Humvee se sacudió cuando Foshtomi atropelló a otra persona y Ruth alzó la voz desesperada.

—Si quisieran matarnos, todo el mundo tendría ataques o derrames cerebrales. Eso es lo único que conseguiría la nanotecnología.

Cam intentó silenciarla.

—Shhh, Ruth —dijo, acariciándole la parte trasera del cuello.

—¡Nadie se ha preguntado qué es lo que hace! ¿No lo veis? La primera fase es sólo para extender la plaga. Están atrofiados y asustados. Van a por sus amigos. Pero ¿luego qué?

—Tal vez un arma lenta fuese lo mejor que consiguieron crear —dijo la sargento de Foshtomi, Tanya Huff.

Alta y fornida, Huff era una de las otras dos mujeres que formaban la unidad de Foshtomi. ¿Sería ése el motivo por el que la teniente le había asignado aquel Humvee?

—Yo creo que los chinos están esperando —repuso Ruth—. ¡Creo que todos los infectados se calmarán dentro de otras cinco o seis horas!

—Aquí Uno —crepitó la radio—. Nos estamos aproximando a la posición. Corto.

—Podría ser seguro esconderse —dijo Ruth—. ¿No os dais cuenta? La plaga es un arma para un primer golpe, pero sólo nos vuelve tontos. Fáciles de dominar. Después alcanza una segunda fase, y puede que hasta haya una tercera. Igual el aturdimiento se pasa y la gente recupera la coordinación, aunque siguen confundidos e influenciados. Son esclavos. También es autoselectiva. Sólo sobreviven los más fuertes. Así que tal vez deberíamos limitarnos a escondernos. Si esperamos unas horas, no tendremos que luchar contra nuestra propia gente además de contra los chinos...

—Haz que se calle —dijo Foshtomi mientras frenaba y giraba a la derecha—. Quiero establecer un perímetro, pero nos quedaremos en los vehículos.

—Sí, señora. —Huff agarró el transmisor de nuevo—. Aquí Dos —dijo—. Formad un círculo pero permaneced en los coches. Buscad aviones. No malgastéis las armas. Recordad que estamos buscando aliados en el terreno.

—Aquí Cinco —contestó la radio—. Tenemos zombies a ciento ochenta metros por detrás.

—Mierda. —Foshtomi detuvo el Humvee—. Probablemente tengamos que ir cuesta arriba si podemos, pero no sé si el vehículo Cinco lo logrará. Traer ese camión ha sido una mala idea. Contacta con Víbora primero. ¿Sigue conectado?

Ruth apenas escuchaba. «Dios mío», pensó. Si estaba en lo cierto, los chinos no sólo obtendrían decenas de miles de esclavos con la victoria. También concubinas, y la idea le oprimía el pecho con fuerza.

—Será incluso peor para las mujeres —prosiguió Ruth—. Recordad lo que sucedió en los campos de trabajo. Había violaciones y embarazos forzados...

—Ahora no —dijo Foshtomi—. Joder.

Ruth levantó la cabeza por fin. Se sorprendió al ver un edificio de ladrillo a un lado del vehículo, un viejo banco que Foshtomi estaba usando para resguardarse. Alrededor sólo había ruinas, las formas cuadradas de los cimientos se perdían entre la maleza. Se encontraban entre los restos de la antigua ciudad de Grand Lake, que se había desmantelado en su mayoría para obtener material de construcción. Eso significaba que estaban a tan sólo unos diez kilómetros de los picos donde había sido invadida la base militar.

Conducir por allí era increíblemente peligroso. Los chinos podrían descubrirlos en cualquier momento, pero al fin y al cabo habían ido hasta allí precisamente para darles caza. Rescatar a los demás estadounidenses era un objetivo secundario para Ruth. Por desgracia, podían esperar un gran número de bajas al abandonar los vehículos. Después de atropellar a los infectados, los exteriores de los Humvees y los camiones estarían cargados de nanos.

«Tendremos suerte si la mitad de nosotros sobrevive», pensó Ruth mientras Huff

cambiaba las frecuencias.

—Víbora Seis, aquí Zorro Gris. Víbora Seis, aquí Zorro Gris. Cambio.

—Os tenemos a la vista, Zorro Gris —respondió una mujer—. Manteneos cerca de la radio. Cambio.

—Recibido, Víbora Seis. Hay una multitud de zombies ascendiendo detrás de nosotros —dijo Huff.

—Veo treinta o más.

—Nosotros también los vemos. No disparéis. No queremos que los chinos oigan los disparos. ¿Cómo andáis de espacio en los vehículos? Queremos montar, pero estamos contaminados.

—¿Qué? —ladró Foshtomi—. Pregúntales qué coño significa eso —dijo mientras Huff presionaba el botón de ENVIAR.

—Repite, Víbora. ¿Tu gente está infectada? —preguntó Huff.

—Llevamos los trajes, pero estamos cubiertos de nanos —respondió la mujer—. No podéis tocarnos. Todavía.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bobbi—. ¿Ruth? ¿Qué hacemos?

«No podemos hacer nada», pensó, pero era su deber encontrar una solución.

—El lago —respondió Ruth—. Tienen que meterse en el lago. Probablemente cogerán más nanos en la orilla, pero tienen que intentarlo. Después yo les diría que se frotasen los unos a los otros con tierra.

—Esos zombies se nos echarán encima en cinco minutos —dijo Cam.

—Necesitamos veinte minutos —dijo la mujer de la radio—. Después podemos limpiar también vuestros vehículos. Conseguídnos algo de tiempo.

—Recibido, Víbora —respondió la sargento Huff.

—Quiero que los vehículos Uno y Tres barran la carretera —ordenó Foshtomi mientras buscaba un par de prismáticos—. Sin armas, los atropellaremos. ¿Entendido?

—Sí, señora —respondió Huff sin mirarla a los ojos, y Ruth sintió la misma aprensiva sensación de alarma. Una cosa era disparar a gente inocente desde la distancia. Usar intencionadamente los Humvees como arietes era algo espantoso, pero Huff empezó a transmitir las órdenes de Foshtomi.

—Aquí Dos —dijo—. Prestad atención.

Foshtomi se volvió hacia Ruth.

—¿Cómo va a descontaminarse Víbora?

—No lo sé.

Un motor rugió tras ellos cuando uno de los Humvees pasaba de largo. El otro apareció desde la esquina del banco y le siguió. Ruth se alegró inmensamente de no estar en aquellos vehículos, pero siempre había sido así, ¿no? Otras personas hacían el trabajo sucio mientras ella estaba a salvo.

—Creo que los veo —dijo Foshtomi. Después bajó los prismáticos y se levantó en su asiento, retorciéndose en el Humvee para encontrar un ángulo mejor a través del parabrisas—. Mierda. Tienen una tela o algo parecido a una tienda de campaña.

—¿Te refieres a una tienda hinchable? —preguntó Bobbi.

—Eso no funciona —dijo Ruth—. Esta plaga no contiene el fusible hipobárico.

—Sólo es una especie de manta. —Foshtomi se dejó caer en el asiento del conductor de nuevo y le pasó los prismáticos a Ruth—. Dime qué ves.

De repente la radio graznó con el sonido de un rugiente motor.

—¡Cuidado! —gritó un hombre. Entonces el ruido cesó y el hombre desapareció.

—Uno y Tres —dijo Huff—. Uno y Tres, ¿estáis bien?

«Por favor, que estén bien», pensó Ruth, pero la radio respondió con la voz del mismo hombre.

—Aquí Uno —dijo—. Creo que el vehículo Tres está infectado. Casi choca con nosotros.

Foshtomi golpeó el techo.

—¡Mierda!

—Vamos a dar la vuelta —dijo el hombre—. Se ha salido de la carretera. Estamos... Sí, veo a Coughlin. Está enfermo. Están todos enfermos.

Ruth temblaba demasiado como para ver a través de los prismáticos cuando por

fin se los llevó a los ojos. Entonces se dio cuenta de que estaba llorando otra vez. «Acabamos de dejar que cinco soldados se infecten para salvar a otros pocos —pensó—. Acabamos de perder a cinco personas y a todos los que han matado en la calle...» Tal vez esas cifras fueran necesarias, pero la sensación era terrible, y Ruth luchaba contra su impotente sentimiento de culpa y remordimiento.

La ladera que ascendía más allá de los restos de la ciudad era marrón y verde. Ruth avistó una figura amarilla, alguien con un traje para tratar materiales peligrosos. Había otros soldados a su alrededor. El tamaño del grupo le decepcionó. «¿Eso es todo?», se preguntó. ¿Habría más escondidos? Tal vez no hubieran podido escabullirse más personas, de modo que ocho o nueve comandos y científicos eran los únicos que habían conseguido escapar de Grand Lake.

Envolvieron a uno de los suyos en una peculiar manta, una manta verde oliva del ejército que parecía agujereada con un alambre. La tela parecía estar llena de pequeños hoyos. Parecía que le hubiesen colgado una gran cantidad de cosas por el otro lado, pero ¿qué? A unos setenta y cinco metros y desde aquel ángulo era difícil ver lo que estaban haciendo, pero se iban pasando la manta de una persona a otra, colocándosela contra las rodillas, el pecho, las botellas de oxígeno y los cascos. Sirviera para lo que sirviese, Ruth suponía que era así también como se rellenaban las botellas de oxígeno, esterilizando antes las conexiones.

Una lluvia de cenizas cayó desde el cielo y después desapareció. Ruth logró ver algo más de la manta al otro lado. Estaba cubierta de trozos de tarjetas de circuitos irregulares, algunas de apenas dos centímetros y medio y otras de hasta ocho centímetros, cosidas a la tela con una extraña mezcla de alambres y cordeles. En algunas partes, algunas de las tarjetas todavía estaban enteras. Eran redondas y estaban metidas en una especie de finas tapas blancas de plástico.

—¿Qué es? —preguntó Foshtomi—. ¿Va a funcionar esto?

Por una vez, Ruth no sabía qué decir.

—Deben de haber montado una especie de material radiactivo —respondió.

«Esas tapas me resultan familiares —pensó—. ¿Dónde las he visto antes?»

Vagamente, oyó el chirrido de las ruedas del otro Humvee que continuaba recorriendo la carretera que había tras ella. Los comandos descendían en grupo. Dos de ellos llevaban microscopios consigo, lo cual era algo bueno, pero Ruth estaba más interesada en la manta, que extendieron justo delante del vehículo de Foshtomi. Al cabo de treinta segundos la colocaron sobre el capó.

—Detectores de humo —dijo Foshtomi—. Esa cosa tiene quinientos malditos detectores de humo.

Levantaron la manta y la acercaron al guardabarros del lado del asiento del conductor y después a la puerta. Ruth sacudía la cabeza confundida. Los fragmentos desmontados de plástico y circuitos eran prácticamente irreconocibles, pero los pocos

que quedaban intactos eran la mitad trasera de unos detectores de humo domésticos normales y corrientes. Aunque también les habían quitado la carcasa frontal y algunos componentes internos.

—¿Ruth? —preguntó Cam.

—No abráis la puerta hasta que se hayan quitado los trajes y demuestren que todo está bien —contestó, observando a los hombres en el exterior, aunque recordó una de las muchas llamadas solicitando material que se había desechado desde la guerra. El gobierno ofrecía munición y semillas a cambio de artículos como gasolina, medicinas, pilas y cobre. También había una recompensa por los detectores de humo. Morristown incluso había establecido un centro de recogida durante varias semanas, en el que los agentes del gobierno llegaron a llenar tres camiones con bienes recolectados. En aquel momento, Ruth supuso que estaban instalando alarmas antiincendios en un montón de nuevos edificios, pero había otro motivo para aquellas reservas, pretendían algo más.

Los comandos tardaron otra media hora en terminar con los cuatro vehículos.

—Habían dicho veinte minutos —protestó Foshtomi al tiempo que hacía un esfuerzo por tranquilizar a los soldados de la radio—. Esperad —les dijo—. Esperad. —Después miró a Huff y dijo—: Joder, me estoy meando.

Los comandos se turnaron para envolverse en la manta de nuevo. Mientras tanto, Foshtomi también habló con su superior, gritando a través del cristal mientras él acercaba su casco a la ventana. El general Walls rondaba los cincuenta años, tenía el pelo castaño y resultaba atractivo sin barba. No era frecuente ver a un hombre bien afeitado.

—¿Señor? ¿Cuál es el plan? —preguntó Foshtomi.

—Hay un depósito del ejército río abajo cerca de la planta hidroeléctrica —respondió—. Necesitamos...

—Acabamos de venir de allí, señor. Está todo lleno de zombies.

—Necesitamos ocultar nuestros artículos científicos, teniente. Cada minuto que pasamos al descubierto estamos tentando a la suerte. Necesitamos reagruparnos.

—Goldman cree que podemos robarles una nueva vacuna a los chinos, señor —dijo Foshtomi—. Eso es lo que planeábamos, llevar a cabo un asalto.

—¿Cuántos soldados tiene, teniente?

—Ocho contándome a mí, señor, más los cuatro civiles.

—Ésta tiene que tener unas pelotas del tamaño de ese Humvee —dijo otro hombre.

Walls asintió con una adusta sonrisa por debajo de la placa frontal que protegía su rostro.

—Los chinos han puesto al menos dos transportes para tropas en la montaña —dijo—. Incluso si volviéramos todos juntos, todavía nos superarían en una proporción

de diez a uno.

—Pero seríamos inmunes, señor.

—Y también estaríamos muertos.

—¡Un momento! —dijo una mujer por detrás de Walls—. ¿Tiene que estar vivo? Me refiero al soldado enemigo. No tiene por qué estar vivo, ¿verdad?

—¿En qué estás pensando? —preguntó Walls.

Ruth apoyó las puntas de los dedos y la mejilla contra el plástico de la ventana para seguir la conversación. La mujer llevaba uno de los dos trajes de civil, de un amarillo chillón que resaltaba entre el negro de los demás.

—Los chinos sacrificaron al menos una docena de aviones cuando estallaron las bombas —dijo la mujer—. Le seguimos la pista a un Mainstay IL-76 que se estrelló no muy lejos de aquí. Ése fue el único motivo por el que lo vimos. Pasó justo delante de nuestro radar.

Walls se volvió hacia el Humvee.

—¿Tendrían los pilotos la vacuna también?

—¡Sí! —exclamó Ruth.

—¿Qué coordenadas puedes darnos? —preguntó Walls a la mujer del traje amarillo. Ésta sostuvo la radio, pero la dejó junto a sus pies para sacar uno de los portátiles que Walls llevaba colgando en un maletín.

—A ver qué puedo conseguir —respondió.

—Nos dividiremos en dos grupos —dijo Walls—. Necesito voluntarios para ir al avión.

—Yo conozco la zona —le dijo Cam a Foshtomi.

—No —dijo Ruth.

—Puedo reconocer el terreno.

—¡No, Cam! —«Quiere seguir huyendo —pensó Ruth—. ¿De qué? ¿De la muerte de Allison?»— Deja que se encarguen los soldados. Nosotros ya estamos cumpliendo con nuestra parte. Estamos...

—De todos modos no te aceptaría —interrumpió Foshtomi—. No por lo que hiciste, sino porque puede hacer uso de sus comandos.

Pero se equivocaba.

—Teniente —dijo Walls con impaciencia—, dejemos que se unan algunos voluntarios. Necesito a todo el mundo en mi equipo. —Aquél era otro ejemplo de aquella brutal matemática—. Estos hombres son traductores e ingenieros —dijo señalando a su gente, mientras que los soldados de Foshtomi eran camioneros, agricultores y equipos de artillería. Walls podía permitirse perderlos.

—Iré yo —dijo Cam.

—¿Cuántos trajes vais a darnos? —preguntó Foshtomi por la ventana. Su tono rozaba la insubordinación, pero a Ruth le gustó que diera la cara por sus soldados.

Walls se la quedó mirando fijamente.

—Dos —contestó—. ¿Serán suficientes, teniente? Le daré mi traje a Goldman. Los demás serán para mi equipo de nanotecnología, mi piloto y mi traductor.

—Sí, señor. Gracias, señor.

—Deje que nos cambiemos primero —dijo Walls—. Luego Goldman podrá vestirse y después subiremos a los vehículos.

—Sí, señor. —Foshtomi se volvió hacia Huff y dijo—: Quiero cuatro voluntarios. Necesito dos hombres con máscaras. Los otros dos llevarán los trajes.

—Yo dirigiré esta misión, teniente —dijo Huff.

—Gracias, Tanya.

Otro de los comandos se acercó al Humvee con la cabeza agachada para inspeccionar el interior. No era un hombre. El rostro dentro del casco era el de una mujer, aristocrático y delgado. Ruth se quedó boquiabierta.

—¡Deborah! ¡Deborah! —gritó.

La primera reacción de Deborah Reece fue una lánguida sonrisa. Después apoyó su guante en la ventana y Ruth imitó a su vieja rival de manera exacta, intentando llegar hasta la mano de Deborah a través del cristal.

¿Era aquél un gesto de perdón?

Ruth no intentó ocultar sus lágrimas. No dejaba de sonreír a Deborah, extática a la par que desconcertada. Sus caminos se habían cruzado muchas veces antes. ¿Por qué? Demasiados amigos habían muerto o se habían separado de ella. Frank Hernández. James Hollister. Ulinov. Newcombe. Ruth no sabía si era el destino lo que la había reunido de nuevo con Foshtomi y Deborah, pero cada vez creía más en la providencia. La estadística por sí sola no podía explicar aquel destino recurrente. Sí, todas habían establecido su hogar a ochenta kilómetros de distancia las unas de las otras, y tanto ella como Deborah eran muy comedidas debido a su educación, pero Kendra Freedman también formaba parte de la ecuación, ¿no?

Cuatro mujeres que representaban la oscuridad y la luz. Freedman era el componente más poderoso con diferencia, pero Ruth no estaba segura de que no fuera la descarada teniente de los Rangers la que los pusiera al fin a salvo. Sarah Foshtomi estaba allí también por un motivo. Ruth estaba convencida de ello.

—Lo siento —dijo sin saber siquiera por qué se estaba disculpando—. Lo siento mucho.

Tal vez aquellas palabras fuesen un error. No quería que Deborah diese por hecho lo que Foshtomi había creído: que ella era la responsable de la nueva plaga.

—Tranquila —respondió Deborah—. Me alegro de que os hayamos encontrado.

No había tiempo para más. El primer comando se abrió el traje mientras otros dos mantenían la manta pegada a su rostro y sus manos. Deborah se apartó del Humvee para ayudar.

No sucedió nada. El hombre estaba bien.

—¿Qué demonios son esas cosas? —preguntó Foshtomi, refiriéndose a los detectores de humo. Su tono era sarcástico, ya que quería rebajar la tensión.

Ruth intentó reírse por ella, pero sólo consiguió emitir un sonido débil y distraído. Todo lo que hacía parecía forzado, una mezcla de pérdida de control y de mantenerse fuertemente contenida.

Descontaminaron al general Walls y después a la mujer vestida de civil. Meter a los comandos en los vehículos fue más complicado. El grupo de Foshtomi tuvo que abrir todos los Humvees y los camiones bien para dejar salir a los voluntarios o para dejar entrar a los comandos. Consiguieron hacerlo en fases, poniendo en riesgo sólo un vehículo a la vez. Ruth esperaba que Deborah acabase en el Dos con ella, pero Walls la envió al Cinco.

Después le llegó el turno de salir a Ruth. Era incapaz de detener el proceso, pero se sintió avergonzada de nuevo mientras se ponía el traje. Walls había decidido arriesgarse a infectarse para salvarla. ¿Qué iba a decirle?

«No volveré a fallarte —pensó—. Encontraré un modo. Lo juro.»

Una vez vestida, les habló sobre Kendra Freedman y el mensaje en la nanotecnología, pero Walls se limitó a negar con la cabeza.

—No sé si podemos hacer algo al respecto ahora mismo —dijo.

—¡Freedman podría detener la plaga!

—Ya hablaremos de eso. Tenemos que ponernos en marcha.

La sargento Huff y tres hombres se quedaron atrás con la Expedición Ford para conducir hacia el Norte, donde la agente Rezac había situado el avión siniestrado. Ruth se preguntó qué posibilidades tenían. Walls debería haber enviado una fuerza mayor, pero Huff esperaba recorrer la mayor parte del camino a pie por los barrancos en los que había caído el IL-76, y Walls no podía permitirse prescindir de más de sus ya pocas botellas de oxígeno.

El teniente Pritchard era el comando que ocupó el asiento vacío de Huff en el Humvee de Foshtomi, probablemente porque Walls quería asegurarse de que controlaba el vehículo. Foshtomi se había enfrentado a él en una ocasión, aunque sólo ligeramente, y Walls debía de recordar que Ruth les había traicionado anteriormente. Pritchard era su refuerzo allí.

Al igual que Walls, Pritchard había cedido su traje. Ruth era la única en el vehículo que estaba sentada incómodamente, intentando dejar espacio para las botellas de oxígeno, aislada de todos los demás.

Las cenizas ascendían en remolinos por la carretera conforme avanzaban. A Ruth se le permitió contactar con Deborah para preguntarle sobre su equipo, que era bueno, y sobre el progreso que había hecho, que era ninguno. La otra mujer, Emma, era sólo otra oficial médico como Deborah. Ninguna de las dos sabía nada sobre

nanotecnología. La breve conversación había descorazonado a Ruth. Terminaron en dos minutos y no se les concedió ni un momento para intercambiar palabras más personales. Walls exigió silencio radiofónico. Ruth se volvió hacia Pritchard.

—¿Cómo habéis descontaminado estos trajes? —preguntó, usando cualquier excusa para distraerse. Estaba malgastando demasiada energía en recriminaciones y sentimientos de culpa. Necesitaba oír que podían mantener a sus amigos a salvo—. ¿Cuánta radiación estabais recibiendo?

—Ninguna —respondió Pritchard—. Unos miliremos.

—Entonces la manta no sirve a cierta distancia.

—A cinco u ocho centímetros. Puede que a diez.

—Pensaba que habíamos progresado más con las CA —dijo Ruth, pero Pritchard se limitó a gruñir.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Cam.

—De las contramedidas ambientales. Durante el año de la plaga, intentamos todo lo que se nos ocurrió para detener la nanotecnología, incluidos los emisores beta como el cobalto-60. —Al ver que seguía confundido, aclaró—: Material radiactivo. La idea era poder llevar un CA encima como una baliza. Todo el que se encontrase a cierta distancia estaría seguro.

—Excepto por la radiación —dijo Cam.

—Bueno. —Ruth vaciló. La enfermedad por radiación se había convertido en un problema mucho menor después de que los equipos científicos de Leadville hubiesen desarrollado la vacuna de refuerzo nanotecnológica, que proporcionaba un bajo y constante grado de protección. Los refuerzos les ayudarían contra la lluvia radiactiva, y Ruth se preguntaba si tendría sentido probar con una fuente radiactiva superior—. Incluso una dosis media sería mejor que morir directamente o perder la cabeza —respondió.

Cam asintió.

—¿Cómo funciona esa manta?

—Los detectores de humo contienen en su interior un poco de americio-241 —explicó Pritchard, mirando hacia fuera mientras pasaban por otro campamento de infectados—. Emite partículas alfa en una cámara de ionización. Si se obstruye con el humo, el flujo alfa desciende y la alarma se activa. El complejo número tres estaba lleno. Al quitarle la carcasa protectora, se obtiene un pequeño foco de radiación.

—¿Por qué no nos lo contaron? ¿Ruth? ¿Por qué no nos lo dijiste? Podríamos habernos hecho con un montón de cacharros de éstos.

—No lo sabía.

—No me mientas.

—Cam, trabajábamos con CA a gran escala. No sabía cómo funcionaban los detectores de humo hasta que nos lo ha explicado Pritchard. —«Y ahora es

demasiado tarde —pensó—. ¿Cuántas reservas se quedaron sin utilizar porque estábamos demasiado ocupados cultivando alimentos o discutiendo sobre política con nosotros mismos?»

—¿A qué te refieres con eso de «a gran escala»? —preguntó Foshtomi—. ¿A más bombas?

—Sí. Pero ¿qué sentido tiene? También hablábamos de crear enormes áreas esterilizadas con residuos nucleares, pero nadie podía vivir allí. Se probó en partes de Denver y Phoenix para proporcionarles más tiempo a los esfuerzos de recolecta de materiales, pero vimos que sólo estábamos perdiendo gente y suministros de otra manera.

—Entonces la lluvia radiactiva es algo positivo a ese respecto —dijo Foshtomi—. Podría perjudicar a la plaga.

—Sí. Ése es el único motivo por el que solíamos estar a salvo en las montañas. La atmósfera es menos densa, de modo que hay más rayos ultravioleta. El hecho de que haya una gran cantidad de ultravioleta perjudica a los nanos.

—La plaga de máquinas se autodestruía a cierta altitud —dijo Cam.

Todavía estaba enfadado, de modo que el tono de Ruth era cauto.

—Eso es lo que pasaba por encima de la barrera —dijo Ruth—, pero a veces ganábamos espacio extra porque los nanobots son terriblemente delicados. Se queman con facilidad.

A la gente se le olvidaba que la nanotecnología era artificial, mientras que los seres vivos eran el resultado de dos mil millones de años de evolución y que habían aprendido maneras de sanar que los nanobots no podían imitar. Todavía no. No tardarían mucho en pasar de las existentes claves de duplicación a las de los mecanismos de autorreparación. Sólo había que desarrollar otro programa, aunque ralentizaría ambas plagas y vacunas. La nanotecnología autorreparadora sería más perdurable, pero menos volátil. Por eso todavía no la habían creado, lo cual era una suerte. De otro modo, un CA podría no funcionar en absoluto.

—Se puede acabar con los virus con unos pocos centenares de impactos radiactivos —explicó Ruth—. Probablemente los nanobots se desactivan sólo con cinco o diez. Imagina un reloj resistente que recibe el disparo de una docena de pistolas de aire comprimido. Algo en su interior se rompería.

—Entonces deberíamos conducir cuesta arriba de nuevo —dijo Cam—. No cuesta abajo.

—Con el humo es como si fuera de noche —dijo Foshtomi—. No nos llegan los rayos ultravioleta.

—Pero se despejará. Podríamos...

—Parad —dijo Pritchard—. Nadie os ha preguntado. El general Walls sabe adónde va.

—¿Ruth?

—Veamos qué es lo que han planeado —dijo—. ¿De acuerdo? Si conseguimos la nueva vacuna, será mil veces mejor que esperar a que haya suficiente sol mañana.

Cam asintió, pero su silencio la inquietó. A Pritchard también. El teniente de las Fuerzas Armadas estadounidenses se volvió en su asiento y dijo:

—¿Estás conmigo en esto, Najarro? Cumplimos órdenes.

—Sí, señor —respondió Cam.

Ruth le habría tocado la pierna si no llevara puesto el traje, porque no era justo que ella estuviese a salvo y él no. Quería quitárselo porque quería compartir su destino, pero sabía que hacerlo sería un acto estúpido e irrespetuoso. Todo el mundo había sacrificado demasiado como para que ahora ella rechazara la escasa y temporal suerte de su traje.

Entonces su frustración se volvió más sombría. Un escalofrío recorrió su espalda como un lento dedo, y Ruth intentó desviar la premonición inclinando la cabeza dentro del casco para rezar. «Por favor, Señor, no», pensó.

Había recordado el sueño en el que perdía a Cam. ¿Sería un mal presagio? Ruth no creía que una fuerza superior estuviese de su lado. Nadie era seleccionado para la gloria o la salvación. Eso era obvio. Sus pérdidas eran terribles. Así como sus errores. Definitivamente no había ningún Zeus grande y blanco en el cielo que les favoreciera a ellos frente a todos los demás. Pensar lo contrario era simplista e incluso estúpido. Cada uno era responsable de lo que era: héroes, villanos, espectadores, piezas clave; por mucho que se vieran influenciados por todo lo que les rodeaba. El mundo fluía constantemente. Era el destino. Ruth tenía una fe absoluta en las leyes de la probabilidad, y cada paso que daba era como una promesa que la llevaba en una y otra dirección. Sabía que a menudo su subconsciente captaba cosas antes que su mente despierta. ¿Había algún patrón que debería haber visto? ¿O era simplemente que sabía que en una mala circunstancia Cam daría su vida por salvar la de ella?

Tenía que estar preparada para detenerle.

Su convoy disminuyó la velocidad de repente al llegar a una curva de la autopista. Ruth alzó la vista, imaginando que habría algún tipo de problema. Habían llegado al depósito y sus cuatro vehículos se dividieron en parejas para cubrir la carretera desde ambas direcciones.

El depósito era más grande de lo que esperaba. Una parte de la pequeña base estaba recién construida, pero los nuevos búnkers achaparrados y las verjas habían absorbido también dos almacenes de aluminio verde preexistentes. Estaban viejos y desgastados por las inclemencias meteorológicas. El cartel de la empresa había sido eliminado de la fachada frontal de uno de los almacenes, dejando un cuadrado menos descolorido donde éste había protegido el metal durante años. Las pocas áreas abiertas dentro de la valla estaban repletas de camiones, un tanque Abrams y varios tráilers y autocaravanas, que los soldados habrían utilizado como oficinas o viviendas. La mayoría de los vehículos seguían aparcados en filas ordenadas. Por lo demás, el depósito era un desastre.

Desde el punto de vista de Ruth, era como si la plaga mental hubiese sorteado a unas cuantas personas dentro de los tráilers. Después, éstas habrían sido atacadas por el resto. En muchas partes, las ventanas habían estallado a causa de los disparos. Dos de las autocaravanas estaban quemadas. Al menos cinco cuerpos yacían desparramados sobre el asfalto, algunos de ellos carbonizados.

—Aquí Bornmann —dijo la radio—. Mantened vuestras posiciones, pero avisad si veis a alguien. Corto.

Algunos de los infectados seguirían vivos. ¿Dónde estaban escondidos? ¿O habrían atravesado la alambrada y se habrían marchado? Ruth recorrió la valla con la mirada, pero no encontró ningún agujero.

—Tienes que detener a tu general —le dijo a Pritchard—. Podemos hacerlo mejor.

—No te preocupes.

—¡Mira esto! Este lugar está plagado de nanos y todo está quemado. Podemos hacerlo mejor. Incluso una casa normal...

—Hay un avión dentro.

—¿Qué? ¿Que hay un avión dónde?

—No pensábamos quedarnos aquí —dijo Pritchard—. Relájate. Sabemos lo que estamos haciendo.

Ruth frunció el ceño por debajo del casco. Después la radio cobró vida de nuevo.

—Aquí Bornmann. Vamos a salir. Dirigíos a nosotros a través del traje de Reece si veis algo. Corto.

El general Walls había situado a todos sus hombres con traje en la parte de atrás

del camión del ejército con la manta. Aquella decisión le permitía abandonar el primer Humvee solo, sin tener que sacar ni meter a nadie. Los soldados protegidos podían saltar del camión cubierto libremente. Ellos eran sus mejores efectivos, incluso aunque uno de ellos fuera Deborah en lugar de cualquier otro comando. Sin embargo, sólo cuatro personas con traje abandonaron el camión, corriendo rápidamente hacia la verja.

—¿Sabes cómo usar el auricular? —preguntó Pritchard, señalando el casco de Ruth.

—Sí.

—Dedícate a escuchar, ¿de acuerdo? No digas nada.

Ruth se llevó la mano torpemente al cinturón de control de su cadera y Cam expresó el mismo problema que la había tenido preocupada a ella.

—No veo ningún avión ni ningún sitio donde despegar.

—Era una operación secreta —explicó Pritchard—. Hemos intentado prepararnos al máximo para este tipo de cosas. Hay aviones escondidos por todas las Rocosas.

—¿Te refieres al almacén? ¿Y la pista de despegue?

—Es un Osprey V-22. De despegue y aterrizaje vertical. ¿Qué estás oyendo, Goldman?

—No dicen nada.

—¿Adónde vamos? —preguntó Cam.

—A Albuquerque. La última vez que tuvimos noticias todavía estaban bien. Rezac está intentando confirmarlo. Ahora silencio. Vigila la parte de atrás si puedes.

Pasaron un mal trago cuando los reactores chinos rugieron en el aire sobrevolándolos, invisibles tras la bruma; sin embargo, los cazas siguieron su camino. El equipo de Bornmann cortó la alambrada y entró a toda velocidad en el complejo. Ruth apenas podía verles al otro lado de la autopista. El almacén tenía unas inmensas persianas, pero las dejaron cerradas y entraron por una puerta de acceso normal.

—Tenemos las alas —dijo Bornmann a través de la radio de su traje. Deborah transmitió su mensaje al resto de vehículos, pero Ruth ya se lo había comunicado al grupo, lo que había provocado un pequeño entusiasmo dentro de su Humvee.

Entonces empezó el verdadero trabajo. El equipo de Bornmann tenía que asumir que el interior del almacén estaba también invadido por la plaga, aunque no había signos de caos. Antes de dejar que Bornmann entrase para iniciar los preparativos previos al vuelo, descontaminaron una buena parte del fuselaje. También le dieron la vuelta a la manta en el aire lo mejor que pudieron. Mientras tanto, Walls le pidió a Ruth que se encargase ella de transmitir la información al resto de vehículos a través de la radio. Ella aceptó, a pesar de que aquello significaba que Deborah sería enviada al depósito con su amiga, Emma Kincaid. Necesitaban ayuda extra.

Al mismo tiempo, a treinta kilómetros al norte, la sargento Huff informó de que su escuadra había conducido lo más lejos posible hasta el avión chino siniestrado. Ahora iban a pie.

A Ruth le vino un desagradable pensamiento a la mente. No sabía qué aspecto tenía el Osprey, y se preguntó si habría espacio abordo para todos. Si el equipo de Huff conseguía reunirse con el otro grupo más grande, serían veintiuna personas. ¿Quién iba a quedarse atrás si el avión era demasiado pequeño?

La espera era insoportable. Ruth volvía a tener hambre y su cuerpo estaba cada vez más tenso e incómodo. Pronto, Pritchard tendría que darle la última botella de oxígeno que tenían en el Humvee. Antes de eso, estaba convencida de que necesitaría orinar dentro del traje. Foshtomi ya se había agachado debajo del volante, se había bajado los pantalones y había mojado el suelo. Era inevitable.

A pesar de aquellas distracciones, Ruth continuó su superficial análisis de la nanotecnología. Lo que de verdad quería era observar la nueva vacuna a través del microscopio de fuerza magnética que los comandos habían traído consigo. Por desgracia, parecía que el equipo de Huff todavía tardaría al menos una hora en alcanzarles, incluso si no encontraban ningún problema para obtener unas cuantas muestras de la vacuna. De todos modos, tampoco había espacio en el Humvee para que Ruth instalase el microscopio.

Cam trabajaba con el ordenador de Ruth, ya que ella no podía teclear con los guantes. Éste tenía las manos feas y llenas de cicatrices pero, para ella, eran la única prueba de su incomparable dureza. Ella se sentía ineficiente, confusa. Podría haber echado una cabezada, pero nadie más había dormido. Todos seguían activos, de modo que Ruth parpadeó y se dispuso a espabilarse. «Nadie va a traerte un maldito café», pensó Ruth.

En el camión del ejército, Walls y Rezac también estaban analizando datos. Rezac habló por la radio de Harris.

—Goldman, ¿estás segura de que tu traducción del mensaje de Freedman es correcta?

—Sí —respondió Ruth.

—No existe ningún hospital Saint Bernadine en Los Ángeles.

—¿Qué clase de mapas estáis usando?

—Tenemos unos archivos de datos increíbles. Google. Estatales. Federales. Ese hospital no está ahí.

«Tiene que estar», pensó Ruth con una nueva desesperación. Si el mensaje era incorrecto, si Freedman no sabía realmente dónde estaba, jamás la encontrarían. Podría estar en cualquier parte. Y eso significaba que Ruth estaba sola de nuevo.

Los soldados protegidos empezaron a despejar el asfalto frente al almacén guiados por el capitán Medrano, su ingeniero. Parte del embotellamiento era fácil de

mover. Los camiones y los todoterrenos de delante se condujeron simplemente fuera de la autopista, aunque encontraron zombies en dos ocasiones. Estas personas llevaban infectadas el tiempo suficiente como para haber alcanzado la segunda fase. La primera vez se trataba de un hombre solo, aparentemente dormido. La siguiente vez encontraron a cuatro hombres y una mujer escondidos en un camión. La mujer saltó sobre Lang y lo derribó. Sweeney les disparó a todos. Entonces otro hombre salió tambaleándose de un búnker, siguiendo el martilleo de los disparos de la M4 de Sweeney.

El daño ya estaba hecho. Los tiros resonaban por todo el valle, de modo que Lang mató al quinto hombre con su pistola, pero ahora seguramente llegarían más zombies, y puede que también los chinos. Era difícil calcular qué distancia recorrería el sonido a través de la ceniza radiactiva.

Medrano instó a su equipo a mover los vehículos más deprisa, incluso después de que Emma hubiese estado a punto de rasgarse el guante después de que se le quedase enganchado en la hebilla del cinturón de un coche. Mientras tanto, envió de nuevo a Deborah al almacén con la manta para que descontaminase toda la superficie que pudiera. Apartaron más camiones del depósito. Una de las autocaravanas quemadas seguía en medio, pero Medrano pensaba que no funcionaría aunque se arriesgase a entrar en ella, de modo que despejaron otros vehículos tan sólo para hacer espacio para apartarla a un lado. Las ruedas medio derretidas se pelaron cuando empezó a empujarla por uno de los lados con un camión, y las llantas chirriaron sobre el asfalto.

—Dos, aquí Rezac —dijo la radio—. Creo que tengo buenas noticias. Hay un hospital con ese nombre en San Bernadino, una ciudad cerca de Los Ángeles. Saint Bernadine. San Bernadino.

Ruth le indicó a Pritchard que le pasara el transmisor y se lo pegó contra el casco.

—Aquí Goldman, buen trabajo —dijo, pero Rezac seguía hablando.

—Tiene sentido. La mayoría de sus habitantes se encuentran en Los Ángeles o en el desierto, en nuestras viejas bases militares. Es posible que establecieran sus laboratorios nanotecnológicos lejos de todo lo demás por si ocurría algún accidente.

—Creo que tienes razón. Buen trabajo.

—Pero eso no es todo. El San Bernadino podría haber sobrevivido a las armas nucleares. No estará en muy buenas condiciones, pero hay algunas colinas y terrenos que podrían haberlo protegido de las ondas expansivas.

—¿Hay alguna manera de dar con algún satélite de esa zona?

—No. Tal vez. Todavía estoy intentando obtener una señal de alguien del mando del norte.

—Gracias —respondió Ruth.

Y Pritchard masculló:

—Mierda. Espero que Albuquerque siga bien.

Ruth se giró hacia Cam y dijo:

—¿Lo has oído? Está viva. ¡Freedman podría seguir viva!

—Sí —contestó, e intentó sonreír.

Ruth volvió a centrarse en el portátil, pero apenas podía concentrarse. La necesidad de orinar no ayudaba. Finalmente tuvo que hacerlo. Relajar aquellos músculos fue humillante, a pesar de que nadie pudiese oír ni oler el chorrito. Ruth intentó emular la actitud de Foshtomi. «Alégrate de que sólo necesitas mear», pensó, pero no le emocionaba nada la idea de quitarse el traje y revelar lo que había pasado. Puede que fuera una actitud infantil, pero quería ser un gigante como Freedman, y las leyendas no se mojaban los pantalones.

Estaba que echaba chispas.

—Creo que he encontrado un punto débil —dijo Ruth, volviendo a una idea anterior—. La nueva vacuna debe de reconocer el mismo marcador que utiliza la plaga mental para identificar a personas que ya están infectadas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Pritchard.

—Ambos nanos están limitados por el marcador. Se comunican entre ellos. La plaga mental sólo se replica hasta un determinado máximo en un individuo. De otro modo acabaría con él como lo hacía la primera plaga. La vacuna funciona casi del mismo modo. Sólo protege a la gente en la que la plaga mental todavía no está presente. El marcador marca la diferencia. Sin ella, los chinos perderían su ventaja. La vacuna se transmitiría también a nuestro lado, del mismo modo que cualquier otra nanotecnología se extiende por el mundo, y el trabajo conceptual de Freedman siempre ha sido demasiado avanzado para eso.

—¿Por qué iba a crear siquiera esta mierda para ellos en un principio? —preguntó Foshtomi.

—No lo sé. Está prisionera. Por su mensaje parecía que pensaba que estaba en otra parte, que los chinos estaban luchando contra la India, no contra nosotros.

—Entonces tenías razón —dijo Cam—. La vacuna no revertirá la plaga en nadie que ya esté enfermo.

—No creo. Pero si lográsemos aislar ese marcador, podríamos sacarle partido. En teoría, podríamos diseñar un parásito que persiguiese la plaga mental y la desactivase. Podríamos... —«Dios mío», pensó. ¿Y si Freedman había creado la plaga mental adrede con el marcador a modo de dispositivo de parada de emergencia?

—¿Qué? —preguntó Bobbi—. ¡Ruth! ¿Qué?

—El marcador es demasiado evidente —dijo, moviéndose de manera nerviosa—. Creo que Freedman sabotó la plaga mental para que gente como yo pudiésemos detenerla. Pero necesito tiempo. Y necesito salir de este maldito coche.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Pritchard.

—No lo sé. Días. En algún lugar seguro.

—Me temo que no tenemos tanto tiempo.

—Lo sé. —La claustrofobia de Ruth le presionaba los pulmones de nuevo y se volvió para mirar por la ventana.

La luz nunca cambiaba. No había sol. El día parecía eterno bajo el cielo negro, pero Ruth supuso que serían primeras horas de la tarde cuando Medrano habló a través de la radio del traje sólo unos minutos después.

—Todo despejado, señor —dijo.

Walls habló por la frecuencia principal.

—Aquí Cinco —dijo—. Uno, vosotros primero. Aparcad al lado de la puerta del almacén. Dos, vosotros entrad directamente. Bornmann dice que hay espacio detrás del avión si os mantenéis a vuestra izquierda. Necesitamos espacio alrededor de la puerta delantera. Aseguraos de no golpear el ala. ¿Entendido? Id despacio. Corto.

—Entendido, señor —respondió Pritchard. Después se volvió a Foshtomi—. Despacio y con cuidado.

—A mí no me digas guarradas —respondió Foshtomi.

Aquello no tenía sentido, pero Pritchard se rió y Ruth se giró hacia Cam. Observó su expresión hasta que él se percató de su mirada y se volvió, y ella pensó de nuevo que era muy atractivo a pesar de las cicatrices y de la barba, que ella siempre había detestado. Tenía un rostro de rasgos marcados.

Ruth emitió un sonido informe parecido a una pregunta.

—Mm.

«Te quiero», pensó.

—Todo saldrá bien —dijo él.

—Sí. —Ruth apoyó su hombro contra él. Entonces Foshtomi arrancó el motor y se puso en marcha.

El primer Humvee aparcó a un lado de las puertas del almacén. Sólo una de ellas estaba abierta. La teniente entró por ella con el coche. Una vez hubo entrado, tres comandos bajaron la persiana de nuevo. Foshtomi encendió los faros. Uno estaba roto, pero el otro atravesaba la penumbra.

El Osprey era un avión elegante, negro y de tamaño medio, y estaba pegado al suelo. Las ruedas parecían ridículamente pequeñas. Unas alas gruesas se extendían desde la parte superior del fuselaje en lugar de salir de la parte inferior o central como Ruth había visto en otros aviones. Las hélices también eran diferentes, con unas largas palas montadas sobre unos motores rectangulares del tamaño de un coche. El avión en sí parecía lo bastante grande como para transportarles a todos, aunque estarían algo apretados. Un enorme par de estabilizadores verticales se elevaban en la parte trasera. Foshtomi pasó lentamente. En la parte trasera del almacén había una serie de oficinas de paredes blancas y la teniente se detuvo delante de ellas.

—Esperad mis órdenes —dijo Walls a través de la radio—. Uno, vosotros saldréis

primero después de que Reece haya descontaminado vuestro vehículo. Avanzad hacia el avión por la puerta normal.

—Entendido, señor —respondió uno de los soldados ocupantes del vehículo Uno.

A Ruth le fascinaba su disciplina. Walls estaba utilizando a los hombres del otro Humvee para comprobar si el almacén era seguro. Aunque debían de saberlo, hacían lo que se les pedía.

Cinco minutos después, Deborah apareció junto al vehículo de Ruth con la manta. Mientras ella maniobraba alrededor del Humvee, por la radio del traje de Ruth se escuchó:

—Aquí Bornmann. Los chicos del vehículo Uno están ya en el avión y lo hemos sellado de nuevo. Corto.

—Están a salvo —dijo Ruth a sus amigos.

—Excelente. —Pritchard señaló de lado a lado—. Comprobad que lo tenemos todo al mancharnos, el portátil, la comida, el agua, las armas. Yo cogeré la radio.

—Moveros un poco si podéis —dijo Foshtomi—. Estiraos. Llevamos mucho tiempo sentados.

Empezaron a moverse en el reducido espacio, y Bobbi jugueteó con el cuello de su chaqueta. Cam ya se había ajustado las gafas protectoras y la máscara. Ruth no quería gafarlos con nada que sonase a despedida (aquéllas podrían ser sus últimas palabras), pero tampoco tenía sentido esperar. ¿Para qué? Quería ser más valiente de lo que era en realidad, de modo que se obligó a arriesgarse.

—Te quiero —dijo—. Siempre te he querido.

La segunda parte no era cierta, pero quería que lo fuera. Necesitaba ese grado de conexión y de apoyo, y no quería perderle sin hacerlo real.

—Yo también —respondió Cam—. Yo también te quiero.

Ruth se echó a llorar cuando él besó la placa frontal de su casco. Estaban muy cerca el uno del otro, y aun así no podían tocarse. También sentía que debía decirle algo a Bobbi y a los dos soldados. No sabía qué, pero sólo por el hecho de estar vivos eran sus hermanas y su hermano.

—Gracias —dijo—. Gracias.

—Tú sácanos de esta mierda de una vez, Ruth —dijo Foshtomi.

—Vale, está limpio —dijo Deborah a través de la radio del traje. Ruth y Pritchard transmitieron la información a Walls.

—Es vuestro turno. Adelante —respondió éste.

Todos salieron del coche.

Por la ventana de una de las oficinas se veía a un hombre. Estaba a sólo unos centímetros de Ruth, tirado en el suelo. Debía de haber estado dormido hasta que el ruido del motor del Humvee le despertó. Estaba herido. Parecía tener la mandíbula rota y por la barbilla le resbalaba la sangre que le caía de los dientes.

—¡Ah! —gritó la científica, retrocediendo hacia el Humvee.

El infectado empujaba el cristal con ambas manos y lo hacía vibrar. Tenía unos ojos grandes y desorientados. No encajaban con su rostro, que estaba vuelto directamente hacia ella, aunque su mirada se dirigía hacia arriba y hacia su derecha. Apenas se le veía la pupila. Sólo se le veía el blanco del ojo, como si estuviera mirándose su propio cráneo. Pero era consciente de su presencia. Volvió a empujar la ventana con ambas manos, hasta que se abrió una grieta por un lado.

Foshtomi gritó desde la puerta del conductor mientras Ruth empezaba a girarse.

—¡Corre! —Ruth sintió que Cam le cogía las botellas de oxígeno, pero a él se le salió el guante cuando ella se inclinó y lo empujó. Ella estaba segura en su traje. Él no. Ruth aguantó con su brazo todo el peso que pudo y le dejó bruscamente en la parte trasera del Humvee. «Te quiero.»

—¡Espera! —gritó él.

Foshtomi abrió fuego. Una ráfaga de tres disparos de su M4 atravesó la ventana y al hombre infectado. El cristal estalló en mil pedazos mientras él se giraba, salpicando sangre desde el pecho.

Ruth sintió un pinchazo en la muñeca, bien el rebote de una de las balas o un fragmento de cristal. Antes de que pudiera agachar la mirada, su antebrazo se puso rígido. Los músculos se le tensaron como si se hubiesen vuelto de acero. Casi le desgarran la carne del hombro. Los tendones saltaron desde el codo hacia un lado de su pecho. Habría gritado si hubiese tenido tiempo. Entonces el dolor invadió su corazón. El suelo se combó para recibirla como una gran pared gris y apenas fue consciente del momento en el que el casco del traje golpeó el Humvee mientras caía. Ya no era capaz de diferenciar entre el vehículo y el suelo a esa velocidad.

Su último pensamiento fue una extraña sensación de *déjà vu*, como si estuviese volviendo a casa. Ya había estado allí antes. Su dolor y su confusión eran intensos, pero esos sentimientos venían acompañados de una sensación de nostalgia. De alguna manera sabía adónde tenía que ir. Encontraría el camino hasta allí, y su cuerpo empezó a agitarse con impulsos nerviosos cuando intentó levantarse para caminar.

Ruth Goldman había absorbido la plaga mental.

Cam sólo tenía una opción. Correr. Se dio la vuelta y se puso de pie con el impacto de la mano de Ruth todavía doliéndole en su lado herido, y después se alejó de ella con sus sentimientos enterrados en un gélido terror. Había dejado a mucha otra gente atrás. Era capaz de controlar su dolor, pero aquello le destruía.

Le dio una palmada a Bobbi al otro lado del Humvee y la arrastró hacia el avión con tal fuerza que la tiró al suelo. ¡Levántate! ¡Vamos! —gritó, agarrándola de la manga.

La reacción de Foshtomi fue más salvaje. Al principio Cam pensó que había matado a Ruth. Vacío su carabina en modo automático y los disparos peinaron el metálico almacén.

—¡Nooo! —gritó Cam antes de girarse.

Foshtomi estaba en el espacio entre el Humvee y la pared de la oficina, pero Cam vio lo suficiente como para darse cuenta de que estaba disparando por encima de Ruth hacia la pared más alejada del edificio. El aluminio se abollaba y resonaba. Foshtomi estaba usando su arma para crear un flujo de aire hacia el lado contrario. Tal vez eso bastase para repeler a los nanos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —gritaban los hombres.

Pritchard pasó corriendo junto a Cam y Bobbi en su misma dirección, mientras éstos se agachaban por debajo de los inmensos estabilizadores verticales. Entonces alguien vestido con un traje de contención les bloqueó el paso. Era Medrano.

—¿¡Dónde está Goldman!?! —gritó.

Cam intentó esquivarle, pero Medrano le agarró. Cam empujó a Bobbi hacia la parte delantera del avión mientras gritaba:

—La hemos perdido. Se ha infectado.

Los hombres se separaron. Medrano y un segundo hombre enfundado en un traje negro corrieron hacia el Humvee. Cam corrió al lado del avión. El fuselaje sólo medía dieciocho metros de largo. Había una rampa de carga bajo la cola, pero estaban usando la puerta delantera de estribor. Cada respiración le producía un terrible dolor. Se tambaleó, pero entonces Foshtomi apareció detrás de él y lo agarró por la cintura.

Pritchard sujetaba a Bobbi para alejarla de la puerta delantera mientras ella pateaba y gritaba. Cam vio a Bornmann en el interior a través de la pequeña ventanilla de la puerta. Se había quitado el traje, pero todavía llevaba el auricular. Él también estaba gritando, pero Cam no le oía.

—¡Cállate! —gritó Cam—. ¡Cállate!

—¡Dejadnos pasar! —chilló Bobbi.

Ruth era muy contagiosa, exhalando y exudando nanos, aunque casi todo permanecería dentro de su traje. Sin embargo, también habría una nube alrededor del

hombre muerto de la oficina. La plaga mental se extendería por el almacén. Probablemente parte habría entrado también en el Humvee. Tal vez sólo tuvieran unos segundos, pero no había manera de que Cam entrase a la fuerza. ¿Y si disparaba al cierre? Entonces todo el avión estaría expuesto a la plaga, pero podrían sellar los agujeros con algo. Cam estaba casi a punto de disparar cuando vio que Bornmann se llevaba la mano al oído para escuchar la radio.

Bornmann abrió la puerta.

Foshtomi se apretaba las sienes con ambas manos y maldecía.

—¡Mierda! ¡Joder! Tenía que haberme limitado a golpear a ese tipo o algo. Podía haberme infectado a mí.

Cam no la culpaba por lo que había pasado. Todos estaban tomando malas decisiones, idiotizados a causa del agotamiento, y Foshtomi no lo había hecho con mala intención. Había intentado proteger a Ruth.

El interior del avión era utilitario. A excepción de su prominente cabina de mando, el Osprey era poco más que un tubo con una cubierta plana y riostras descubiertas en las curvas paredes de metal. El cableado estaba a la vista. No había asientos. Estaba preparado para transportar cargamento o paracaidistas, pero Foshtomi encontró uno de los únicos rincones disponibles y se hundió cerca de la larga y pronunciada junta de la cola del avión.

—¡Mierda! ¡Mierda! —repitió.

«Estábamos tan cerca —pensó Cam—. Joder, estábamos tan cerca. Deberíamos haber dejado a Ruth en el coche hasta que estuviera inmunizada.»

Pero no sabían si Huff conseguiría la vacuna. La cuestión es que era necesario que Ruth subiera a ese avión. Estaban a punto de quedarse sin aire. Pronto, otros comandos tendrían que quitarse el traje como había hecho Bornmann para ampliar el tiempo que uno o dos podían permanecer protegidos usando las botellas de oxígeno casi agotadas como una última reserva. Mantener a todo el mundo a salvo había sido como hacer malabares con bombas de relojería.

Cam se alejó de Foshtomi. No había ventanas en la parte trasera del avión; sólo unas pequeñas portillas a los lados. Se agachó para mirar por la cabina de mando, pero sólo vio las puertas del almacén. Toda la acción tenía lugar detrás de él. Bornmann dijo que los comandos habían inmovilizado a Ruth y le habían quitado el casco, comprobando que no se ahogaba ni se mordía la lengua. Deborah comprobó sus signos vitales, que eran fuertes, excepto por la mala respuesta pupilar, tal y como habían esperado. Su cerebro se estaba bloqueando.

En cuanto tuvieran tiempo pensaban llevarla a uno de los tráilers fuera del almacén. La refugiarían en la mejor autocaravana que encontrasen, pero no podían abandonarla a su suerte. Podría vagar sin rumbo y perderse o hacerse daño.

Alguien debería quedarse con ella.

Primero necesitaban descontaminar el almacén de nuevo lo mejor que pudieran, así como el portátil de Ruth. El general Walls, Ingrid y otro hombre seguían en la cabina del camión del ejército. También querían trasladar el resto de su equipamiento, después de lo cual los propios comandos desinfectarían sus trajes y embarcarían en el avión.

Cam iba de un lado al otro del avión como un poseso. Hubiera preferido ser crucificado antes de ver a Ruth en esa situación. Había sido tan cruel guardando las distancias con ella. ¿Por qué lo había hecho? Sabía lo corta que podía ser la vida. Cada segundo que habían pasado juntos había sido valioso. Ahora sólo les quedaba una remota esperanza.

Bornmann estaba hablando por el auricular de nuevo, comunicándose con la gente del exterior. Cam le tocó el hombro. Bornmann no le hizo caso, así que Cam le agarró más fuerte hasta que el hombre se volvió y le miró irritado.

—¿Qué? —espetó Bornmann.

—Tenemos que ir a Los Ángeles.

Consiguieron embarcar a Walls y a los demás sin incidentes, menos a Deborah, que se quedó con Ruth, y a Sweeney, que continuó montando guardia en el exterior del almacén. Su M4 ladró dos veces, para derribar a los zombies en la verja.

El avión estaba atestado. Por todas partes, los hombres hablaban entre ellos en voz baja, aliviados de haberse despojado de sus trajes y sus máscaras. Cam rodeaba a Ingrid con sus brazos, consolando a la anciana mientras miraba hacia delante y gritaba:

—¡Es el único modo! —dijo—. Nadie más sabe de nanotecnología, y Freedman...

—Aquí no decides tú —dijo Bornmann, dando un paso al lado para evitar que Cam llegase hasta donde estaban Walls y Rezac, que estaban arrodillados en el suelo con una radio y los dos ordenadores.

—¿Qué vais a hacer si no? —preguntó Cam, hablando por encima de Bornmann.

—Déjalos en paz. Déjalos trabajar.

—¡Es demasiado tarde! —exclamó Cam—. Aunque Huff consiga llegar con la vacuna, ¿qué vais a hacer? Sólo tenéis un minúsculo grupo de gente y ningún sitio a donde huir.

Unos minutos antes, la sargento Huff había vuelto a comunicarse con ellos. Su equipo había encontrado al menos diez cuerpos dentro del avión chino siniestrado. Todos estaban terriblemente calcinados. Huff había dicho que había recogido sangre y muestras. «Muestras», pensó Cam. ¿Qué significaba eso? ¿Que había recogido el brazo o los intestinos de alguien?

El lugar del siniestro era una trampa. El avión debía de haber acumulado una gran concentración de nanos en su superficie mientras caía en picado. Posiblemente también llevaba la plaga a bordo, como un avión suicida. Huff se acercó a los restos

sola con su traje amarillo, y ordenó al resto del equipo que se mantuviesen a una distancia de noventa metros. Sin embargo, el viento estaba en su contra, de modo que sus dos soldados, que sólo contaban con la protección de unas máscaras bioquímicas, resultaron infectados. Se giraron hacia el tercer hombre. Éste se rompió un sello de su cuello. Su valor no había servido para nada. Huff les disparó a todos. Ahora conducía hacia el Sur sola, incapaz de reemplazar sus botellas de oxígeno casi agotadas. Era un trabajo que requería a dos personas. Pensaba que lograría llegar hasta ellos, pero Walls había ordenado a Sweeney que acudiera en su busca en uno de los Humvee.

Mientras tanto, Walls y Rezac continuaban intentando contactar con alguien por radio o a través del teléfono por satélite.

—Todavía podemos ganar esta guerra —dijo Cam.

—Tendré un satélite encima en tres minutos —murmuró Rezac.

—Venga. Suéltalo—dijo Walls.

—¡Kendra Freedman diseñó ambas plagas, y probablemente creó también la segunda vacuna! ¿Y siuviésemos ese poder de nuestro lado?

—Ya basta —dijo Bornmann—. Es una orden. Lang. Pritchard. Cogedle y llevadle atrás.

—¡Podríamos matarlos a todos —dijo Cam—. ¡Escuchadme! Freedman es nuestra mejor baza si queréis matar a todos esos chinos de mierda.

El rostro de Lang se tensó. Cam no pensó que fuera a molestarle con aquel comentario racista. Los chinos estadounidenses debían de haber sufrido un millón de desaires y de chistes malos. De hecho, Cam pensaba que Lang lo aprobaba. La rabia en los ojos de Bill Lang no estaba dirigida a Cam, sino más allá, a su enemigo, mientras miraba de un lado a otro a los demás hombres que ocupaban el avión. Su aceptación debía de significar mucho para él.

—Éste es nuestro hogar —dijo Cam—. Este lugar es nuestro.

—Lang, sácalo de aquí o lo haré yo mismo —dijo Bornmann, pero Cam no se habría detenido ni aunque hubiese podido controlarse.

—Cientos de miles de personas han muerto, ¿y lo único que queréis es esconderos? —gritó.

Lang lo agarró del brazo. Él tenía más que demostrar que todos los demás, motivo por el que obedecía las órdenes a rajatabla. Cam sabía que era a los demás a quienes tenía que convencer.

—¡Podemos recuperarlo todo! —dijo—. Colorado. California. ¿Y si Freedman crease una tercera plaga o un nuevo parásito?

Walls se puso de pie, pero no se metió entre el puñado de hombres. No necesitaba hacerlo. Su mera presencia bastó para atraer la dirección de todos hacia la parte delantera del avión.

—Esto es algo personal para todos nosotros —dijo Walls—. Debéis mantener la

mente despejada.

—¡No haréis ningún bien si os limitáis a huir!

—Necesitamos la vacuna, y compartirla es nuestra principal prioridad. Alguien tiene que sobrevivir.

—¿Para qué? La vacuna no revertirá los efectos de la plaga. Sólo protegerá a quien se la inocule antes de enfermarse. ¿Qué importa que consigáis salvar a un centenar de personas más? Lo único que conseguiréis será tener un grupo grande de gente que vea cómo os arrodilláis y os rendís.

—Señor —dijo Bornmann, dispuesto a defender a Walls, pero el general no necesitaba su ayuda.

—Piensa en lo que nos estás pidiendo —replicó Walls—. Todas las cartas están en manos de los chinos. Una misión suicida no cambiará ese hecho. Necesitamos tiempo para reagruparnos.

—No. Éste es el mejor momento para intentarlo, mientras siguen con los efectos del ataque. Si esperáis, les proporcionaréis más tiempo para organizarse también. Ataquemos a esos putos amarillos ahora —dijo Cam, usando el insulto como un cuchillo. Había sido testigo de bastantes discriminaciones por el color de su piel como para sentirse furioso y avergonzado de sí mismo, pero tenía que agotar todos sus cartuchos para convencerles. El odio religioso podía ser la única opción que le quedase para lograrlo. Sin un dogma ciego e irracional, estaban demasiado maltrechos y agotados como para luchar. Cam podía verlo en sus rostros. Walls también. Por eso el general quería dejar que descansaran y se repusieran, esperando que se produjera el milagro de establecer contacto con otras fuerzas estadounidenses. Pero Cam temía que si dejaban de moverse incluso por un día, jamás volverían a levantarse.

Si necesitaba invocar una guerra de razas, que así fuera. Aquélla era la realidad del intento de China de dominar el mundo: amarillos contra blancos, mestizos y negros. Se odiaba a los invasores en toda Norteamérica. Nadie era inmune a la ira o a la indignación. Cam sólo quería canalizar esas emociones.

La tormenta de fuego de su mente debía de ser exactamente lo que Ruth había sentido al final de la última guerra. Ahora comprendía su histeria. Si había un Dios, esto es lo que Él quería para Cam. El camino era evidente. En su día, los hombres de las cuevas en el mundo islámico se habían automotivado contra el inmenso poder de Estados Unidos de la misma manera, declarándose puros y rectos, y condenando al mundo occidental como el Gran Satán. Ahora era su turno como la última resistencia contra un enemigo muy superior. No había muchas posibilidades de ganar. Sólo podían aspirar a ello. Buscar a Freedman entre las líneas enemigas habría sido una locura incluso antes de que estallaran los misiles y convirtieran la ciudad de Los Ángeles en un infierno radiactivo, pero no hacerlo sería admitir la derrota.

Sólo los fanáticos seguirían adelante.

—Kendra Freedman podría ser la última persona que pudiera ayudarnos —dijo Cam—. Si puede revertir la infección, nos devolverá a Ruth también. Y después las dos masacrarán a los malditos chinos.

—Creo que quieres hacer esto por los motivos equivocados —dijo Bornmann—. Por ella.

—¿Y si tiene razón? —dijo Emma con voz calmada, sorprendiéndoles a todos. Emma no había dicho nada desde hacía horas, excepto para aceptar órdenes.

—Señor, podríamos dividirnos —sugirió Pritchard.

—Iré yo —dijo Foshtomi—. Me ofrezco voluntaria.

—Indudablemente nos dividiremos —dijo Walls—. Probablemente en tres grupos. Necesitamos estar seguros de que extendemos la vacuna, y el avión será un objetivo muy visible. Algunos de nosotros se marcharán en los Humvees en direcciones opuestas. Un grupo se encargará también de mantener a Goldman con vida.

—Tengo un satélite —dijo Rezac desde su portátil.

—Envíales nuestros archivos —ordenó Walls.

—Hecho. No tenemos ningún otro contacto.

—¿Eso qué significa? —susurró Bobbi.

Medrano se inclinó hacia ella y dijo:

—Justo lo que estás pensando. No hay nadie más en nuestras redes militares.

—Nuestra prioridad es obtener fotografías de la zona —dijo Walls a Rezac—, para trazar un plano de ciento sesenta kilómetros a la redonda.

—Hecho.

—También quiero fotografías de Los Ángeles —dijo Walls.

Cam levantó involuntariamente ambos puños en un gesto eufórico y triunfal. Se sentía como un animal que acababa de lograr escapar de una jaula. «La encontraremos», pensó al tiempo que Walls decía:

—¿Cuánto tardaremos en sobrevolar la costa Oeste?

Sweeney regresó con Huff cuarenta minutos después. Deborah les ayudó a descontaminar sus dos trajes, y después se desinfectó a sí misma de nuevo, aunque indicó que era imposible limpiar la sangre y las muestras de tejidos. Huff había llenado dos cantimploras de sangre y había sellado varios trozos de carne quemada en otra. Subir los recipientes al avión conllevaba el riesgo de infectar a los demás, porque irradiar la sangre para acabar con la plaga mental también acabaría con la vacuna. Pero tampoco tenían manera de separar las dos cosas. Tendrían que decidir si todos los que no tenían traje absorberían la vacuna antes que la plaga.

Cam se ofreció voluntario para ser el primero en probarla, ganándose otra palabra amable por parte de Emma.

—Eres muy valiente —dijo.

Pero Walls le detuvo.

—Tú conoces a Freedman, ¿no? —preguntó Walls.

Era cierto que Cam poseía conocimientos de segunda mano sobre ella que nadie más tenía. Eso lo colocaba entre la élite de Walls con el resto de intocables como los pilotos, los traductores y los médicos.

Uno de los Rangers de Foshtomi sacó el palillo corto. Se llamaba Ayers. Foshtomi también se prestó voluntaria, pero Ayers se negó.

—Tranquila, teniente —dijo.

Ayers salió del avión con la máscara bioquímica y la capucha puestas. Deborah extrajo una jeringuilla de su botiquín. La mojó en la sangre y después se la clavó en el antebrazo y repitió el proceso varias veces. Finalmente, Ayers se quitó el equipo de protección. Se acercó a la puerta del almacén y salió, escoltado por Sweeney, que transmitía todos los movimientos a través de la radio de su traje.

—Está bien —dijo Sweeney—. Funciona.

—¿Y Ruth? —preguntó Ingrid—. Cam, ¿qué demonios vamos a hacer con Ruth?

Estaban de pie junto al avión, respirando el acre y polvoriento olor de la ceniza. Ya habían llevado a cabo las inmunizaciones. Los soldados se estaban quitando las gafas protectoras y las chaquetas y charlando aliviados, incluso riendo. Los ojos color avellana de Ingrid estaban tristes. Cam la abrazó de nuevo, pero no podía dejar que su corazón se ablandase. Quería mantener su rabia. De modo que cuando Ingrid hundió su rostro contra su cuello, él permaneció rígido, con la cabeza erguida, y por ello vio cómo Deborah se acercaba con una cantimplora llena de sangre. Ésta se había quitado su traje de contención.

—¿Queréis venir conmigo? —preguntó, señalando hacia las autocaravanas que había fuera del almacén.

—Sí.

—Me alegro de veros de nuevo —añadió Deborah, abrazando a Cam brevemente. Era un gesto atípico, pero después de tanta muerte, todos estaban más abiertos al contacto físico. Cada palabra parecía una despedida.

Los tres salieron del edificio mientras Bornmann y Pritchard abrían las altas puertas del almacén. Casi todos los demás ya estaban revisando los vehículos, la comida y demás pertrechos libres del peso del temor a infectarse. Bobbi siguió a Cam con la mirada, pero ella estaba ayudando a Lang con tres cajas de agua y continuó con su labor. Tal vez fuese la opción más inteligente.

Deborah les guió hacia una de las autocaravanas, una enorme Holiday Rambler de color arena.

—Preparaos —dijo—. Ésta no es Ruth. ¿Entendido? No es la Ruth que conocíais.

Cam oía unos golpetazos constantes procedentes del interior. ¿Qué era aquello? ¿El aire acondicionado o las cañerías? Después miró a Deborah y vio que estaba apretando los dientes.

—De acuerdo —respondió Cam.

Deborah empujó la puerta plegable y les guió por los empinados y estrechos escalones. En el interior, el suelo se ensanchaba. El lujoso vehículo medía casi tres metros de largo, y tenía una grandes ventanas tintadas, con un parabrisas más claro. Detrás del asiento del conductor, unos sofás color canela y una mesa de madera llenaban el espacio delantero. Cam no miraba por dónde iba y se golpeó la cabeza con una televisión colgada demasiado baja, pero no apartó la vista de Ruth.

Estaba atada al pomo de un armario que había detrás de uno de los sofás, con las manos sujetas por detrás de su cabeza. «Ha sido Sweeney», pensó Cam. No podía imaginarse a Deborah atando a su amiga de esa manera. Era una postura inmovilizadora de la que Ruth no podría librarse sin hacerse daño. Ese instinto básico parecía funcionar. Se había desplomado con parte de su cuerpo fuera del sofá, pero no había luchado más contra la cuerda, aunque su tobillo golpeaba incesantemente el rodapié del asiento. El ritmo era interminable. ¿Estaría intentando hacerles alguna señal? De ser así, su memoria estaba atrofiada, limitada a unos pocos segundos. Estaba atrapada en un bucle. Y apestaba. Sus ropas estaban sucias de ceniza, sudor, sangre y orina. Y lo peor de todo es que estaba babeando, y con los ojos en blanco.

—¡No! —exclamó Ingrid—. ¡No! ¡Ruth no!

Cam no se movió. Sus pensamientos estaban encerrados en una oscura y definida línea de incredulidad. Estaba conmocionado, pero se aferró a su sentido del destino.

—Prueba la vacuna —dijo Cam.

Si Ruth se equivocaba, podría revertir la infección. Deborah se acercó a Ruth; pero Ruth había tenido razón, como siempre. Esperaron varios minutos después de haber atravesado su muslo con la jeringa ensangrentada, pero no hubo ningún cambio en su rostro ausente y animal.

Ingrid se echó a llorar. Los suaves y hermosos rasgos de Deborah se tensaron mientras luchaba por contener sus propias lágrimas. Los sentimientos de Cam estaban extrañamente silenciados. Aquél no era el final. Ruth estaba viva, y había hablado sobre cómo la infección parecía tener diferentes fases. Podría despertarse por su cuenta al día siguiente. O tal vez en una semana. Lo principal era asegurarse de que los chinos no obtenían el control total para que no pudieran hierla o esclavizarla.

—¿Me oyes? —preguntó Deborah. Al principio Cam no estaba seguro de a quién le estaba hablando. Se sentía muy distante, pero entonces Deborah añadió—: ¿Ruth? Ruth, cielo, por favor.

—Yo cuidaré de ella —dijo Ingrid mientras se arrodillaba. Intentó relajar la agitada pierna de Ruth con una mano. Ésta no parecía darse cuenta de nada. Ingrid alzó la vista hacia ellos de nuevo. Parecía asustada, pero su voz era firme.

—Yo me quedaré con ella, Cam. Puedes contar con ello. Le daré de comer, la bañaré y la mantendré a salvo.

—De acuerdo.

No importaba si él no regresaba siempre que vencieran a los chinos. E incluso si fracasaban... «Tampoco importa —pensó—. Si hay algo al otro lado, te encontraré. Si vamos al cielo o a cualquier sitio parecido, te esperaré. Estaremos juntos.» Allison también estaba en su mente, pero su amor por ambas mujeres era el mismo. Le dolía y le llenaba de determinación al mismo tiempo, y era mejor que cualquier otra cosa que jamás hubiese experimentado. Cam se inclinó para besar el pelo sudado de Ruth y permaneció pegado a su cabeza, recordando lo bien que olía. «Te encontraré», pensó.

Después se dio la vuelta y se marchó.

El general Walls no podía arriesgar su vida en el avión. Si establecían contacto con otras fuerzas estadounidenses, necesitarían que estuviera vivo para coordinarlas, de modo que su intención era quedarse en Colorado sólo con Rezac y Ayers bajo su mando, y con Ingrid y Bobbi como cuidadoras de Ruth. Ellos irían al sur y otra pequeña escuadra conduciría hacia el este.

Foshtomi se negó a quedarse atrás.

—Señor, soy responsable de lo que le ha sucedido a Goldman —dijo—. Tiene que dejarme participar en esto.

Walls accedió. También permitió que la sargento Huff permaneciese con Foshtomi. Puso a Pritchard al mando de la segunda escuadra, que estaba formada sólo por el propio Pritchard, Emma y los otros dos supervivientes del grupo de Foshtomi. Cam pensó que habría tenido más sentido dejar a Foshtomi o incluso a Huff al mando, pero Walls debía de confiar más en sus comandos. El teniente Pritchard estaría solo. De hecho, si Walls era capturado o asesinado, Pritchard le sustituiría como comandante en jefe de Estados Unidos. El capitán Bornmann tenía un rango

superior al de Pritchard, pero como Bornmann no se comunicaría por radio desde el avión, eso le dejaba fuera de la cadena de mando. Walls también se negó a enviar cualquiera de sus códigos o datos sobre la misión en California. En lugar de ello le entregó a Pritchard uno de sus portátiles y varios documentos.

Rezac tenía una hoja de notas diferente para Bornmann. También les mostró a todos su portátil. Una hora antes había encontrado varias fotos de Kendra Freedman, pero no tenía impresora. No había manera de compartir las imágenes, salvo memorizarlas cada uno en su cabeza.

La científica tenía cuarenta y pocos años antes de la plaga de máquinas. Era regordeta y muy negra, una afroamericana con una piel color chocolate llena de hoyos y unos labios todavía más oscuros. Tenía el cabello alisado y unos ojos sorprendentemente pequeños para su amplio rostro, o tal vez fuese sólo una ilusión causada por sus gruesas mejillas.

Mientras todo el mundo estudiaba las fotos, Rezac discutía sobre los transpondedores del Osprey con Bornmann.

—Dejadlos conectados —dijo Rezac.

—Puedo desactivar el Modo 2 —sugirió él.

—Eso os marcará como un problema en cuanto aparezcáis en un radar. Ninguna de sus naves robadas van apagadas —respondió Rezac.

—Cuidad de Ruth —les dijo Cam a Bobbi y a Ingrid.

Bobbi le dio un beso.

—Que Dios os bendiga. Buena suerte —se despidió Bobbi.

Bornmann encendió los motores del avión y lo condujo fuera del almacén. Cam no se volvió a mirar a Ruth antes de embarcar. Prefería recordar su alegre y sonriente rostro en lugar de aquella muñeca de trapo en la que se había convertido. No había asientos. La única sujeción que había era la de unos cinturones de carga que se habían atornillado en las riostras de la pared a babor. Cam se sentó junto a Foshtomi y Huff contra las tiras de lona, y Deborah se unió a ellos con expresión adusta.

El Osprey se elevó hacia el cielo. Ascendió dando sacudidas y salió del estrecho espacio de la verja del depósito con los rotores tronando por encima de sus cabezas. Al cabo de unos minutos, Cam oyó el chirrido de ambas alas. El familiar ruido de las aspas de un helicóptero se fue intensificando, aunque con el tono más suave de las hélices de un avión. La velocidad aumentó.

En algún lugar más abajo, el general Walls y los demás también se marchaban, pero sus Humvees ya estaban muy por detrás.

Cam tenía cincuenta preguntas para Deborah. Probablemente, ella buscaba el mismo número de respuestas por su parte, pero ninguno tenía ganas de hablar. Ambos dormitaron, y lo mismo hicieron Foshtomi, Huff y Medrano. El zumbido del V-22 los adormecía, y todos habían aguantado más de lo que físicamente podían resistir.

Tampoco había nada que ver. En el interior del avión parpadeaban sombras y luces que se volvían cada vez más definidas conforme escapaban de la radiación. La luz del sol resplandecía en el parabrisas. Aunque Cam debería haber dormido un poco, sus pensamientos no cesaban. Sus músculos no se relajaban. Lo único que consiguió fue dormir de manera ligera.

Su vista a través de la parte delantera del avión estaba bloqueada por Sweeney, que se encontraba de pie entre los dos asientos de los pilotos con la cabeza agachada a la altura de Bornmann y Lang. Esperaban encontrar problemas, lo cual no sucedió. El Osprey zumbó hacia el oeste. Sweeney seguía analizando las notas de Rezac, ojeando las páginas con nerviosa energía. Reorganizaba y doblaba los papeles y hacía anotaciones en los márgenes con un lápiz azul.

Llevaban veinte minutos volando cuando Lang empezó a parlotear en mandarín. Y de la misma repentina manera dejó de hacerlo.

Todavía les quedaban más de mil trescientos kilómetros por recorrer. El Osprey alcanzaba una velocidad de 500 kilómetros por hora, pero Bornmann dijo que lo mantendría a velocidad de crucero, a unos 440 kilómetros por hora. No quería levantar sospechas. Además, quería ahorrar combustible. Con los depósitos llenos y una pequeña carga, el Osprey podía cubrir más de 3.860 kilómetros, pero alguien debía de haber extraído combustible para otros propósitos durante el largo período de paz. Los tanques apenas estaban medio llenos. Aun así, si no llevaban a bordo más que ocho personas, algunas armas pequeñas y otros materiales, Bornmann calculaba que podrían recorrer como máximo unos 2.400 kilómetros. No era inconcebible que pudiesen llegar hasta San Bernadino y escapar de nuevo sin necesidad de repostar. No podrían llegar muy lejos, pero ese margen extra podría marcar la diferencia entre la vida o la muerte.

En una ocasión entraron en una zona de turbulencias. Varias veces, Bornmann tuvo que realizar pequeños desvíos para corregir la dirección, y el estómago de Cam sintió las subidas y bajadas de altura. Tenía la impresión de que no se habían elevado demasiado del suelo en ningún momento, y tras un gran giro a la izquierda se preguntó si estaban evitando las montañas.

El vuelo se estabilizó. Medrano fue al baño que había junto a la rampa de carga trasera. Deborah y Cam se turnaron también. Foshtomi repartió agua, pan de harina dura y pimientos secos. Cam se deleitó en su fuerte sabor masticando con los ojos cerrados. Pensó en Ruth. Y en Allison. Y en todo lo que podría haber sido.

—¡Cuidado! —gritó Lang, mirando hacia atrás desde el asiento del copiloto hacia Sweeney al tiempo que empezaba a hablar en chino por el auricular con una voz mucho más calmada.

—Yī yī sī míng h1i —dijo—. Yī yī sī míng h1i. Wán bì.

«Nos ha visto alguien», pensó Cam.

—Ahí vamos —susurró Foshtomi.

—W3 dān wèi zhēng yòng zhè jià fēi jī yòng yú yì liáo ché tuì. W3 mén zài fēi jī shàng y3u qī míng shāng yuán hé li1ng míng s0 zhě. Wán bì.

A su lado, Sweeney dijo:

—Tienes que darles un nombre. Toma.

Sweeney señaló sus notas y Lang dijo:

—W3 shí shěn yáng měng h4 duì Běi duì zh1ng. W3 zhòng fù yī biàn. W3 shì shěn yáng měng h4 duì Běi duì zh1ng. Yōu xiān yī yī sì míng h1i. Wán bì.

Cam no pensaba que llevasen más de dos horas de vuelo. Eso significaba que seguían sobrevolando Arizona o Nevada, o que acababan de atravesar la frontera de California. El juego acababa de empezar.

La Agencia Nacional de Seguridad había captado y descifrado miles de intercambios entre aviones chinos y la torre de control en tierra. Algunas de esas señales eran muy recientes, y Rezac les había proporcionado a Bornmann y a Lang tanta información como le había sido posible. Sólo podían cruzar los dedos y esperar que los códigos funcionasen. A su favor, China nunca había sido tan avanzada como Estados Unidos a la hora de organizar datos o en cuestiones de integridad de sistemas. Y lo que es mejor, las Fuerzas Aéreas chinas estaban confundidas incluso antes de los ataques de los misiles. El mando de Estados Unidos calculaba que menos de un cuarenta por ciento de la fuerza enemiga la conformaban aviones chinos. El resto eran aviones estadounidenses robados, tanto militares como civiles.

Cam no estaba seguro de qué estaba diciendo Lang, excepto por lo que había deducido de oír hablar a los comandos sobre su tapadera. Iban a fingir ser una escuadra de los Tigres Feroces de Shenyang, quienes Rezac creía que habían participado en el ataque a Grand Lake. Lang declarararía que el Osprey había recibido órdenes de trasladar a los heridos más graves de regreso a California.

—*Què rèn* —dijo Lang. Y después, al cabo de un momento añadió—: Bù w3 zhòng fù yī biàn. Yī yī sì míng h1i. Wán bì.

Su tono era estable, pero le hizo una mueca a Sweeney.

—Esto ha sido un error —dijo Medrano.

—Cállate —espetó Foshtomi—. Somos mucho más listos que esos putos chinos.

«Eso es verdad», pensó Cam. Le lanzó a Foshtomi una mirada de admiración, aunque no le dijo nada, simplemente le tocó el brazo y después se llevó un dedo a los labios. A Lang no le ayudaría nada tener a unos estadounidenses hablando de fondo.

El silencio era anticlimático. Lang pulsó dos interruptores sobre su cabeza. Bornmann continuaba pilotando el avión y, más atrás, Cam y Foshtomi suspiraron de alivio al mismo tiempo. A ambos les agradó la pequeña coincidencia. Foshtomi golpeó con su hombro el de Cam de manera brusca y fraternal.

—Se lo han tragado —dijo Sweeney.

Lang asintió.

—Parece que todo está hecho un desastre. Aterrizaremos en Bakersfield. Parece que es la base operativa más cercana.

—¿Y qué hay de Edwards o de Twenty-Nine Palms? —preguntó Bornmann.

—Fueron destruidas —respondió Lang.

—Necesitamos una historia más creíble antes de desviarnos a Los Ángeles —dijo Sweeney, jugueteando con sus notas—. Sigamos con la idea de que formamos parte de una evacuación médica. También habrá heridos en Los Ángeles. Podemos decir que tenemos espacio para evacuar a algunos de sus...

Una alarma empezó a sonar en la cabina de mando.

—Mierda —dijo Bornmann—. Sujetaos bien.

—¡Señales hostiles a las cuatro en punto! —gritó Lang.

El Osprey ya estaba girando a babor. Cam se golpeó contra la curvada pared, y Deborah y Medrano cayeron encima de él.

Entre aquel embrollo, al mirar hacia delante, Cam vio a Sweeney aferrándose al asiento de Bornmann. Después se soltó y saltó hacia la misma zona donde estaban el resto de ellos apilados contra la pared, que casi se había convertido en el suelo. Cam sintió que el motor a babor chirriaba en algún lugar por debajo de él. El fuselaje tembló como si hubiese sido abofeteado por el viento.

—¡Sujetaos! —gritó Sweeney—. ¡Sujetaos! ¡Sujetaos!

El Osprey no contaba con ningún tipo de armamento. Ni tampoco podía competir en velocidad con los cazas, y mucho menos contra misiles tierra-aire. Su única esperanza era una acción evasiva. El avión se elevó y dio la vuelta. Cam todavía estaba quitándose al resto de encima. Se agarró a uno de los cinturones de carga, pero salió despedido de la pared, golpeándose la muñeca y la espalda contra algo. Deborah colgaba a su lado agarrada con una mano. Todos los demás parecían estar bien sujetos al fuselaje. Huff lo agarró de la chaqueta. Con esa pequeña ayuda, Cam estaba bien sujeto, pero la torsión cada vez más rápida fue demasiado para Deborah. El brazo se le torció y finalmente se soltó.

—¡No! —gritó Foshtomi, intentando agarrarla.

La teniente se había deslizado tras dos cinturones que la sujetaban de la cintura, pero ni siquiera doblada por completo consiguió llegar y agarrar a la otra mujer.

Deborah cayó y se golpeó contra el techo y después contra la pared más distante. Después, el mareante movimiento lateral y ascendente cambió cuando el Osprey empezó girando a estribor. Deborah salió despedida de nuevo hacia ellos. Cam estaba demasiado desequilibrado como para agarrar a su amiga, aunque su pierna le golpeará en la barbilla, pero Foshtomi la alcanzó por la cintura, confiando en que los cinturones las aguantasen a ambas. Nunca le había faltado confianza, y Cam volvió a sentir admiración por ella.

—¡Ya está! —gritó Foshtomi—. ¡Ya está!

Increíblemente, el avión se estabilizó. Los seis se dispusieron a abrocharse bien las sujeciones, presas del pánico. Cam terminó de asegurarse a sí mismo (los cinturones de tela parecían demasiado finos) y se volvió para ayudar a Foshtomi con Deborah. De alguna manera consiguieron asegurarla entre ambos. Deborah tenía un enorme chichón a causa de la contusión en la frente que se había abierto por un lado y le había llenado el cabello rubio de sangre. Su mirada de ojos azules era débil y estaba aturdida.

Delante, Lang volvía a hablar en mandarín mientras sus manos danzaban por encima de las consolas de mando. Ahora el Osprey estaba ascendiendo, y Bornmann empezó a gritar:

—¡Misiles! ¡Dos cazas por detrás! Vamos a amerizar este cacharro si podemos...

La pared explotó. El fuego y el calor penetraron a través de la parte trasera del avión por un centenar de minúsculos agujeros. Los fragmentos de metal repiqueteaban en el fuselaje. Después, el fuego fue sustituido por el humo y la luz del sol. El aire silbaba a través de los agujeros con un ruido ensordecedor. La mayor parte del humo negro se disipó, pero fue remplazado por la roja salpicadura que salía del pecho de Foshtomi.

—¡Sarah! —gritó Cam, pasando por encima de Deborah para ayudarla.

La explosión tuvo que haber fallado el blanco. De lo contrario, ya no estarían allí. Pero los daños provocados eran suficientemente malos. El viento y la luz del sol aullaban por el avión mientras Cam intentaba atrapar los órganos que escapaban por el costado de Foshtomi. Sus intestinos estaban calientes. Su rostro, blanco y sin vida. Cam gritaba e intentaba presionar a pesar de todo, con el brazo temblando contra la intensa fuerza de su descenso.

El Osprey caía en picado.

«No —pensó Cam—. ¡No!»

Miró hacia delante de nuevo buscando el cielo, buscando a Dios, buscando mirar otra cosa que no fuera aquel horror. Más allá de los pilotos vio un espacio azul. Después apareció el horizonte.

El intenso color naranja del desierto llenó el parabrisas. El suelo estaba muy cerca. «¡Esto no debía acabar así!», pensó, pero el ala derecha del Osprey impactó contra la tierra y la aeronave dio una voltereta al tiempo que el fuselaje se desintegraba.

En aquella vorágine de cuerpos y de metal, Deborah sintió un fuerte dolor en el hombro izquierdo. El ambiente estaba lleno de polvo caliente y humo. Y después todo terminó. El tornado se detuvo, pero el dolor se quedó con ella, inutilizándole el brazo.

Estaba fuera del avión. El suelo bajo su cuerpo era duro y seco, y podía sentir la brisa y la luz del día. A pesar de las cortinas de polvo, veía la mayor parte del fuselaje cerca de allí. Después, el neblinoso sol desapareció. Cuando levantó la cabeza, se había desplazado bajo las sombras de una de las altas alas.

Tenía que haber más supervivientes.

—¡Bornmann! —gritó, esforzándose por respirar—. ¿Cam? ¿Me oís?

¿Por qué no le respondían?

De alguna manera consiguió ponerse de pie, doblada casi por la mitad a causa del hombro dislocado. También le dolían las costillas de ese lado y estaba cubierta de arena y sangre. La mayor parte no era suya. «Foshtomi», pensó, intentando determinar la gravedad de las heridas de la otra mujer a partir de la cantidad de líquido que empapaba su uniforme. ¿Sería posible que todavía estuviese viva?

Unos retorcidos robles y matorrales cubrían la ladera. Las plantas marrones estaban cubiertas de restos grises y blancos. El fuego lamía la maleza por varios lugares. El Osprey había arrojado irregulares trozos de aluminio y de acero hacia la ladera junto con trozos de cable, cristales y plástico. El viento hedía a combustible.

Deborah no pensó en huir. Ni siquiera al ver las crecientes llamas. No era nadie sin sus compañeros de escuadra. Apenas recordaba las dudas que le habían asaltado antes de que Walls les hubiese sacado del complejo número tres. Deborah había recorrido un camino muy largo para verse de nuevo en el mismo sitio donde había empezado, como una pieza clave de la maquinaria, pero se alegraba de volver a ser esa mujer. Eso era todo lo que siempre había querido. Su sufrimiento había reforzado su mejor cualidad: su disposición a entregarse por los demás. El equipo la necesitaba, no sólo como otra arma, sino como médico, especialmente ahora.

Se volvió hacia los restos. Había un hombre tirado bajo un trozo plano de la paleta de una hélice. Corrió hacia él, pero Sweeney estaba muerto, con el cuello roto e inclinado hacia atrás. También tenía las piernas rotas, y puede que la columna. Deborah apartó la mirada y vio uno de los motores detrás de ella. En cierto modo todavía estaba dentro del avión. La mayor parte de la aeronave la rodeaba, formando una barricada desigual.

El cielo retumbaba con el distante rugido de los reactores. Pero aquello no parecía importar. Dio dos pasos y vio otras dos formas humanas. Deborah oyó que alguien gruñía y se acercó.

—¿Bornmann? —dijo—. ¿Me oyes?

El primer hombre era Lang. Una pequeña área en la parte izquierda de su rostro estaba ilesa. De lo contrario no le habría reconocido. El impacto le había arrancado la mayor parte de la piel y de los músculos desde el cráneo.

Traductor, copiloto y comando, Lang podía haber sido el elemento más versátil de su equipo, y Deborah se detuvo sobre su cadáver, desmoralizada y perdida. Después superó su dolor con un poco de humor negro que había aprendido de Derek Mills, el piloto de la lanzadera *Endeavour*. «Los pilotos son siempre los primeros en la escena de un accidente aéreo», había dicho cuando estaban planeando su descenso de la EEI. Tenía que honrar a Lang. Le daba la sensación de que los pilotos habían evitado que la Osprey se estrellase y cayera en una espiral mortal elevando la nave en el último minuto. De no haberlo hecho, ella también habría muerto, así que pasó junto a él con un firme sentimiento de gratitud.

El siguiente hombre era el capitán Medrano. Éste volvió a gruñir.

—Soy yo —dijo Deborah sin sentido.

El hombre apenas estaba consciente. Tenía el brazo roto y cortes en la cara. Pero su pulso era firme, y al examinarlo superficialmente, no detectó ninguna otra hemorragia ni heridas importantes. En el poco tiempo que hacía que se conocían, Medrano le había recordado a un tejón. Era bajo, redondo y escéptico. No estaba segura de que le gustase, pero era su hermano de todos modos. No quedaban demasiados como para poder escoger.

Mientras le presionaba la herida del rostro, miró entre los restos de nuevo. Se sentía como si le hubiese fallado a Ruth por ser incapaz de encontrar a Cam. ¿Se habían emparejado Cam y Ruth por fin? ¿Y si él había muerto como Sweeney y Lang?

A Deborah nunca le había gustado Cam para ella. Era peligroso, inexperto y parecía sacar lo peor de Ruth. La volvía demasiado sensible. Pero también era terriblemente leal. Deborah no podía evitar respetar ese grado de entrega y, al igual que le sucedía con Medrano, también estaba ligada a Cam.

—Levántate —dijo Medrano como para sí mismo.

—Espacio —le advirtió Deborah, pero él habló de nuevo, claramente, intentando centrar sus ojos en ella.

—Levántate. Huye. Los cazas...

Los cazas chinos estaban regresando.

Deborah había estado oyendo el cambio de volumen e intensidad de los motores distantes sin darse cuenta de lo que eso significaba. El sonido la impulsó a actuar.

—Vas a venir conmigo —dijo repleta de nuevas fuerzas.

—No puedo andar —dijo Medrano—. Tengo el tobillo...

—Y yo tengo el hombro... —contestó ella.

Una larga sección del fuselaje se meció hacia ellos. El metal chirrió contra trozos más pequeños de escombros. Deborah arrastró a Medrano del uniforme con la mano buena, ganando unos centímetros mientras los restos pasaban por encima de ellos.

Alguien salió del avión como un milagro.

Estaba sucio y puede que quemado. También caminaba de lado como Deborah, protegiéndose las costillas, y reconoció el pelo negro por los hombros. Cam. La suerte parecía acompañarle siempre, algo que ella envidiaba.

—¡Ayúdame! —gritó, pero Cam se detuvo y alzó la vista.

El ruido en el cielo aumentaba. Resonaba desde las colinas. Deborah tiró de Medrano hacia arriba mientras Cam se acercaba corriendo. Agarró a Medrano por el otro lado y los tres corrieron cuesta abajo hacia los árboles espaciados. Medrano gritó cuando su muñeca golpeó la espalda de Deborah. A ella le dolía intensamente el hombro. Su maltrecho avance les llevó más allá de los restos del siniestro y de una mata naranja de roble venenoso.

Cam se inclinó delante de Medrano; sus labios se apartaron de sus dientes. Le faltaban dos incisivos. El resto de sus dientes parecían colmillos fuera del sitio.

—¡Por aquí! —gritó, arrastrando a todos hacia él como una cadena humana.

«No vamos a lograrlo», pensó Deborah, mirando hacia atrás mientras los cazas chinos chillaban en el aire. Quería enfrentarse a su propia muerte.

Las turbulencias azotaron los robles y su pelo corto y sucio. En el mismo momento, un misil impactó contra los restos del Osprey. La artillería era algo valiosísimo. Si aquellos pilotos sabían que había supervivientes, debieron de pensar que con un misil bastaría. La explosión lanzó el vientre y el ala de estribor del Osprey por los aires. Se produjeron estallidos secundarios de los depósitos de combustible del ala. Las llamas salpicaron la ladera.

El impacto propulsó a Deborah hacia los árboles, separándola de Medrano y de Cam. Tal vez había rebotado. El dolor en el hombro fue terrible y se desmayó. Cuando volvió en sí, alguien le estaba golpeando el pecho. Cam jadeaba mientras la golpeaba, y ella se dio cuenta de que aquel nuevo dolor era demasiado agudo como para provenir de su puño. Apestaba a piel y a ropa quemada. Cam había extinguido unas llamas de combustible ardiendo en el uniforme de Deborah, quemándose la mano desnuda en el intento. Estaban rodeados de humo. El bosque estaba ardiendo.

—Deborah —dijo—. ¡Deborah!

Era obvio que él también estaba algo mareado, pero Deborah sabía que Cam había hecho un curso de primeros auxilios (aunque no era nada comparado con su propia formación, Deborah se alegró igualmente).

—Mi hombro. ¿Puedes ponerlo en su sitio? —pidió Deborah.

—Lo intentaré.—Cam se volvió y dijo—: Medrano. Ayúdame.

Le dobló el brazo y el codo, rotándolo hacia fuera mientras Deborah intentaba no

retorcerse del dolor. Después, le levantó el codo todavía más, forzando la bola del húmero a entrar de nuevo en su cuenca a través del cartílago. Deborah perdió el conocimiento de nuevo. Pero después, el dolor disminuyó e incluso recuperó algo de movimiento.

No había tiempo para improvisar un cabestrillo. El humo era asfixiante, y podían ver las llamas devorando las ganchudas ramas de dos árboles.

—¡Vamos! —exclamó Cam.

Deborah tenía un cargo superior al de Cam (y Medrano también), pero le dejó ponerse al mando de todos modos. Recordaba cómo había convencido a Walls de que les enviase al oeste. Las mismas características que le hacían peligroso eran justo lo que los tres necesitaban en aquel momento: un coraje decisivo e implacable. Tenía que confiar en su agresividad. Era la base real de la suerte de Cam. En ocasiones, los riesgos que corría eran el mejor y el único camino.

Los tres descendieron corriendo por la ladera, gruñendo y cojeando. No tenían nada más, tan sólo se tenían los unos a los otros. Se habían quedado sin radio. Y sin agua. ¿Adónde se creían que iban?

El humo disminuyó, pero Cam cambió de dirección de repente, haciéndolos ir hacia un lado por la pendiente cuando parecía que habrían escapado del fuego si seguían descendiendo. Deborah estuvo a punto de preguntarle: «¿Qué diablos haces?» Había un espacio despejado, como una especie de prado, más abajo, sin maleza. ¿Por qué no atravesarlo? Después se dio cuenta de que aquellos árboles no tenían hojas y estaban muertos. Y algo se deslizaba por los grises robles podridos. Las hormigas cubrían la madera desnuda.

—Espera —dijo Cam—. No.

Después estiró los brazos como para tirar de ellos para cambiar de dirección de nuevo, pero se quedó parado y levantó las manos.

Había soldados enemigos esperando entre los arbustos.

Deborah vio al menos a ocho hombres en un frente de escaramuza, con los rostros ocultos por unas capuchas bioquímicas de color canela o por unas antiguas máscaras negras de gas. Sus chaquetas eran de color verde oscuro. La mayoría portaban rifles AK-47. Otros llevaban unas ametralladoras que no reconocía.

Uno de ellos gritaba en mandarín.

—*¡Bié dòng! ¡Xià jiàng!*

Ella no lo entendía, pero sus intenciones estaban claras. Les indicó que se tiraran al suelo. En cuestión de segundos, otros tres soldados más aparecieron cuesta arriba. Las únicas vías de escape eran a través del humo o de las hormigas, pero Medrano estaba dispuesto a todo.

—Yo atraeré sus disparos —dijo.

—Espera —contestó Deborah—. No te muevas.

Ninguno de ellos llevaba ningún arma aparte de sus pistolas personales, y Cam había perdido su cartuchera al chocar contra el suelo.

Cam levantó las manos todavía más, y Medrano levantó un brazo, manteniendo la extremidad rota contra su costado. Deborah no tuvo más opción que imitar a sus amigos, aunque estaba amargamente decepcionada.

El hombre que había gritado se giró hacia sus hombres y señaló a dos de ellos.

—Онycтyмe их на землю —dijo.

«¡Son rusos!», pensó Deborah. Debería haberlo imaginado. Las tropas chinas no habrían llevado puesto aquel surtido de máscaras y guantes, ya que eran inmunes. Aquellas personas eran rusas, y también estaban huyendo de la plaga.

—¡Зaймyмeсь делом! —dijo uno—. ¡Зaймyмeсь делом!

Deborah había aprendido la entonación y el ritmo de su idioma durante los meses que había pasado en órbita con el comandante Ulinov. Nikola incluso le había enseñado varias frases. Intentó decirlas ahora mientras el par de soldados se aproximaba, ocultos bajo sus capuchas bioquímicas.

—¡Дoбpoe yмpo, мoвapyщy! —dijo. «Buenos días, camaradas», aunque ya era bien entrada la tarde. Era un juego al que había jugado con Ulinov.

—¿Kak Bы пoжyвaeмe? —«¿Qué tal estáis?»

En ruso, las palabras eran ambiguas. La frase servía como un «hola» básico, pero también podía significar más cosas. Aquello les sorprendió. Los dos soldados vacilaron.

—Sois estadounidenses —dijo el oficial.

Estaban tan sucios y quemados que eran irreconocibles. Les había tomado por chinos. Por eso les había gritado primero en mandarín.

—Da —respondió Deborah. «Sí.»—. ¿Dónde estamos?

—Arrodillaos —respondió el oficial al tiempo que indicaba a sus soldados con un movimiento que los capturasen.

—¡Esperad! —exclamó Cam—. Atrás. Podemos protegeros de la nanotecnología china, pero probablemente estemos cubiertos de ella. Venimos de las zonas de plaga. Podrías infectaros si nos tocáis.

—Entonces estaríais enfermos —dijo el oficial—. No volando.

—Soy la comandante Reece del ejército de Estados Unidos —dijo Deborah imponiendo su autoridad, pero Cam les sorprendió a todos. Fue sincero.

—Tenemos la nueva vacuna —dijo—. Si nos ayudáis, podemos compartirla con vosotros también.

El fuego se estaba aproximando. Deborah podía oír las llamas por la colina tras ella mientras el humo se espesaba.

—Deberíamos avanzar —dijo, pero el oficial se negó.

—Nyet. Entregadnos la vacuna —dijo antes de ladrar una docena de palabras que

ella no entendió. El ruso más cercano retrocedió, pero ninguno bajó su arma.

—Dejad que me limpie primero —dijo Cam—. Puedo intentar descontaminarme, al menos un poco.

El oficial asintió, pero le quitó el seguro a su AK-47. Deborah se estremeció. «Un movimiento en falso...», pensó casi sin atreverse a respirar mientras Cam se frotaba a sí mismo con la maleza y con tierra. Era un procedimiento de descontaminación bastante rudimentario, aunque inteligente, como siempre. Deborah se preguntó qué más le habría enseñado Ruth. ¿Se le habría ocurrido aquello a él mismo? Era inteligente, sólo le faltaba formación. Y eso le volvía impredecible.

—La comandante Reece y yo estamos al mando aquí —le dijo Medrano.

—De acuerdo.

—Mantén la boca cerrada a partir de ahora.

—Los necesitamos. Míranos. —Cam se detuvo apretando un puñado de tierra marrón contra su manga, haciendo caso omiso de los arañazos y los cortes que tenía bajo su uniforme quemado—. Pero ellos también nos necesitan.

—Deberíamos haber negociado —rugió Medrano. Después miró a Deborah—. ¿Comandante? Todavía estamos a tiempo.

—No, creo que tiene razón —dijo Deborah.

—Ésta es la misma gente que bombardeó Leadville y que inició toda esta puta guerra.

—No es verdad. En este momento sólo son supervivientes, como nosotros. —Deborah se volvió hacia Medrano con todo el aplomo que pudo reunir, con los ojos llorosos a causa del humo—. Ni siquiera sabemos dónde estamos, capitán. Estamos heridos. Y desarmados. Creo que Cam tiene razón.

—¿Qué les impide dispararnos en cuanto les entregue la vacuna?

—La información. Díselo, Cam.

Cam le dirigió a Deborah una pequeña sonrisa. Era un signo de aprobación y, por primera vez, Deborah entendió por un segundo la atracción que Ruth sentía hacia él. Bajo aquellas cicatrices, era atractivo, y oscuro, y competente.

Tras sacar una navaja de su cinturón, se agachó y hundió la hoja en el suelo para intentar limpiarla de nanos. Después se levantó y sostuvo el cuchillo sobre su mano izquierda.

—Necesito a un hombre —les dijo a los rusos.

—Sidorov —dijo el oficial.

En respuesta, el soldado entregó su rifle a sus compañeros y se acercó.

—¡Dígale que no se quite la capucha! —dijo Cam—. Que no respire y que extienda el brazo.

«Será mejor que esto funcione —pensó Deborah mientras el oficial traducía lo que había dicho Cam—. Si se infecta, si cae al suelo con espasmos, nos matarán.»

Cam mojó la punta de la hoja con sangre de su propia mano. Después arremangó la manga de la chaqueta del soldado y le hizo un pequeño corte en el brazo.

—Estamos intentando llegar a Los Ángeles —dijo mientras procedía—. Mi equipo posee información acerca de la fuente original de la plaga. Creemos que podemos detenerla.

—¿Крыша поехала? —dijo el oficial. «¿Cómo?»

—Necesitamos llegar a Los Ángeles —respondió Cam, adoptando una postura firme con él, pero el oficial respondió a la testarudez de Cam con la suya propia.

—¿Cuánto tiempo tardará en estar seguro mi hombre? —preguntó el oficial.

—Ya lo está. Ya sabéis lo rápido que actúa la nanotecnología.

—Pero ¿cómo vamos a saberlo? No hay pruebas.

—Dile que se quite el equipo de protección.

«Llegó el momento», pensó Deborah, y se puso tensa mientras el oficial hablaba con aquel hombre, dispuesta a desenfundar su arma, preparada para correr aunque el hombro le palpitase de dolor.

El soldado se quitó la capucha bioquímica. Era sorprendentemente joven, rubio como Deborah y casi con la tez igual de suave. Era un adolescente, aunque su mirada era dura y fría como la piedra. Deborah quería decirle algo, pero el muchacho no la entendería ni aunque lograra encontrar las palabras. «Somos tus amigos», pensó.

—Доброе утро —balbuceó.

Los ojos de veterano del chico recorrieron de arriba abajo su alto y demacrado cuerpo. Seguía sin mostrar ninguna emoción.

—Como veis, está bien —dijo Cam—. ¿Quién es el siguiente?

—Esperaremos —dijo el oficial.

—Necesitamos ir a Los Ángeles, a un lugar en la periferia más alejada de la ciudad. Creemos que sobrevivieron a las bombas.

—Eso no es imposible —respondió el oficial.

Deborah sintió una leve esperanza y se preguntó dónde estaban y si podrían conseguir un avión.

—Venid con nosotros —dijo el oficial—. Mantened la distancia. Sidorov será vuestro guardia. ¡Обезоружьте их!

El chico señaló la pistola de Deborah. Ella no se resistió. Medrano quiso hacerlo, pero tenía media docena de rifles apuntándole, de modo que dejó que el chico le quitase el arma también.

Atravesaron la colina caminando. Deborah reunió nuevas energías conforme el sol emergía desde la bruma, filtrándose entre los retorcidos robles. Era de un suave y dulce color amarillo. Apestaban a humo y a combustible, pero inspiró profundamente el aire puro de la brisa. La tierra olía diferente allí que en Colorado, más a tierra y menos a hierba. Nunca había olfateado nada tan maravilloso.

El oficial ruso intentó mantener la cuarentena, caminando con el resto de sus hombres varios pasos por delante de Deborah, Cam, Medrano y el chico, pero Deborah pronto desfalleció. Medrano intentó sostenerla, pero él tampoco estaba mucho mejor. Al cabo de unos minutos, el oficial ordenó a todos que se detuvieran y le pidió a Cam que vacunase a otros dos hombres. Necesitaba que alguien cargase con los prisioneros.

Unos pocos soldados ya habían desaparecido, corriendo por delante. Deborah creía que otros dos o tres habían vuelto hacia el humo. ¿Para qué? ¿Para combatir el fuego?

Dividir el pelotón había dejado al oficial sólo con cuatro hombres, incluido él mismo y el chico. Deborah suponía que si había un momento para dominarlos, sería ése, pero se cayó al suelo presa de las náuseas. Sólo fue ligeramente consciente de que Cam repetía el procedimiento con la navaja o de que Medrano le quitaba la cartuchera para improvisarle un cabestrillo para el brazo. «Esto es lo que se siente al entrar en *shock* —pensó—. Estás en *shock*.»

—Agua —dijo—. ¿Ha... hay agua?

El chico le entregó una cantimplora a Medrano. Tal vez ayudase. Cuando la llevaron al campamento ruso quince minutos después, Deborah seguía consciente. Vio un camión en el pedregoso barranco. También había una red de camuflaje colgando de una gruesa roca gris. Colocaron a Deborah debajo. Su último recuerdo era la luz del sol sobre la tela.

Dos horas después estaban sobrevolando el terreno marrón en un helicóptero. Deborah seguía atontada. Se sentía como hipnotizada por la estruendosa vibración de los rotores y el patrón de sombras de los barrancos y las estribaciones inferiores que pasaban a gran velocidad. El sol brillaba bajo al oeste. La oscuridad iba apoderándose de todos los picos y crestas.

«Disfrútalo mientras puedas», pensó.

El aire allí era puro, pero, por delante de ellos, el cielo meridional se perdía tras gigantes nubes negras. La radiación y el humo planeaban sobre la cuenca de Los Ángeles como una cadena montañosa, con todas sus inmensas pendientes, su volumen y sus cimas inclinadas hacia el interior, arrastradas hacia el este por el viento del océano. Era un mundo diferente. No todos ellos se marcharían de allí. Aunque no hubiese más disparos, y aunque Freedman estuviera viva y la encontraran, no había espacio en el helicóptero. Al menos una persona tendría que ceder su asiento.

La aeronave en la que viajaban era un viejo helicóptero de la KTVC News 12, de casco estrecho y corto. También era de un intenso color rojo. Al principio, Deborah pensó que estaban peligrosamente expuestos dentro de sus ventanas de plexiglás, pero el color del helicóptero era lo de menos. Lo que importaba era la señal del radar

y, sobre todo, sus códigos del transpondedor y de la radio.

Estaban a doscientos veinticinco kilómetros de San Bernadino. El Osprey se había estrellado en la cara oriental de las Sierras, cerca del monte Whitney y del Parque Nacional Sequoia, en la parte central de California. Bornmann debía de haber virado al norte antes de recibir el impacto en un intento de escapar de los cazas. Estaban en territorio ocupado por los chinos. Los rusos no debían estar allí. Sus fronteras con el Ejército Popular de Liberación estaban a ochenta kilómetros al norte, justo al sur de Fresno, aunque habían logrado mantener Fuerzas Especiales dentro de esa línea. El oficial, el teniente coronel Artem Alekseev, estaba al mando de varias unidades de vigilancia encubierta cuyo aislamiento les había salvado. Un tercio de los hombres de Alekseev habían caído víctimas de ráfagas de nanos transportados por el viento, pero no había nadie más a quien enfrentarse. Habían sobrevivido. Y ahora se habían aliado con los estadounidenses, o viceversa.

Después de haber decidido arriesgar la vida de todos los hombres bajo su mando con las inoculaciones de Cam, Alekseev había buscado ropa de sobra y había vestido a los tres estadounidenses con uniformes rusos. Medrano hizo todo lo que podía para diferenciarse de ellos. Insistió en retirar las etiquetas de los nombres de su uniforme y del de Deborah, además de su insignia del ejército y su propio parche de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, y coserlo todo en su nueva vestimenta, pero sólo había cuatro identificadores para los tres. REECE. MEDRANO. EJÉRCITO DE EE. UU. FUERZAS AÉREAS DE EE. UU. En combate, los soldados americanos no llevaban nada más, ni siquiera la bandera. Le puso la insignia del EJÉRCITO DE EE. UU. a Cam, pero el efecto era desdeñable. Todos parecían rusos.

Alekseev demostró estar rondando los cuarenta años cuando por fin se quitó la máscara bioquímica. Tenía el rostro moreno a causa del sol y del clima, excepto en una de sus mejillas, donde la piel estaba marcada con tres cicatrices blancas de pinchazos que Deborah no lograba identificar. ¿Qué podría haberle dejado esas marcas? ¿El alambre de espino?

Deborah no confiaba en él. Para convencer a Medrano de que compartieran la vacuna le había dicho que los rusos ya no eran sus enemigos. Todos querían vivir, y aquello era verdad, pero Deborah no era tan indulgente.

Alekseev era muy listo, así que Deborah pensaba vigilarlo de cerca, aunque no pareciera que tuviese nada que ganar traicionándoles y entregándoles a los chinos. ¿Cortas sentencias de cárcel para sus hombres? Sus ambiciones eran mayores que eso.

Al igual que había hecho el general Walls, Alekseev había dividido a los soldados que le quedaban en dos escuadras y les había ordenado buscar a otros supervivientes. Sus recursos eran demasiado escasos como para planear un contraataque serio. Durante todo el día, él había estado esperando y escuchando, detestando su

impotencia. Para entonces, los chinos debían de haberse apoderado de las mejores instalaciones estadounidenses. Al día siguiente al amanecer, si no antes, se centrarían en limpiar cualquier foco de resistencia en la California rusa, así que Alekseev decidió apoyar a los tres estadounidenses en su apuesta a todo o nada en la búsqueda de Kendra Freedman.

En primer lugar, era el propietario del helicóptero, escondido en un viejo campo de refugiados a once kilómetros al norte de su escondite. En segundo lugar, la inteligencia rusa había estado controlando el tráfico radiofónico chino desde la ocupación con bastante suerte. Había sido necesario que los aliados coordinasen sus misiones aéreas, lo cual dio a los rusos muchas más oportunidades de las que tenía el bando estadounidense-canadiense para estudiar, piratear e infiltrarse en el sistema chino. El coronel Alekseev creía que podía burlar el control aéreo chino, en lo cual habían fracasado los estadounidenses. Por desgracia, en el helicóptero de la KTVC sólo había cuatro asientos. Alekseev había tenido más voluntarios de los que podía enviar. Ninguno de sus soldados quería quedarse atrás. Deborah sintió un reticente respeto por su valor, al tiempo que apoyaba a Cam y Medrano en su discusión con Alekseev. Ella tampoco quería quedarse atrás. ¿Qué iba a hacer? ¿Echarse una siesta?

El hecho de que Deborah, Cam y Medrano estuviesen heridos no ayudaba. El médico de Alekseev trató sus heridas, le entablilló el brazo a Medrano y les cosió los cortes, pero los tres estaban hechos un desastre. Según Alekseev, el único estadounidense que debía ocupar uno de los pocos asientos era Cam. Le habían explicado que Cam conocía a Freedman y que sabía algo de nanotecnología, pero Deborah extendió aquella verdad a medias hacia ella. «He sido ayudante de investigación —había explicado—. Y Medrano estudió en el área de Los Ángeles. Y es ingeniero. Le necesitamos si vamos a rebuscar entre lo que quede de la ciudad.»

Alekseev estaba seguro de que el helicóptero admitiría una carga de seis personas. Irían apretados, pero necesitaban a la mayor cantidad de gente posible. Los laboratorios debían de estar protegidos por una numerosa guardia china. Su mejor baza era atacarles con un bombardeo aéreo repentino. Cuando su piloto regresó con el helicóptero, los soldados de Alekseev cargaron en él el equivalente al peso de una persona en granadas autopropulsadas y demás armamento. Eso dejaba sólo cinco plazas, cuatro descontando al piloto, un hombre desafortunadamente corpulento llamado Obruch.

Se habían salvado de una decisión todavía más dura. Alekseev había enviado a tres hombres a investigar su avión siniestrado entre el humo. Esos soldados informaron que no habían encontrado ni rastro de Tanya Huff o de Lewis Bornmann. Si habían sobrevivido al accidente aéreo, lo cual parecía improbable, debían de haber muerto con el impacto del misil.

Al igual que Foshtomi, Huff había participado a la hora de salvar a Cam y a

Deborah. La muerte de Huff la hacía sentirse pequeña y humilde, e indescriptiblemente orgullosa. Continuaría adelante por ellos hasta donde fuera posible.

Deborah esperaba morir con aquellos extraños. Toda su fuerza de ataque la conformaban Cam, Medrano, el coronel Alekseev, el sargento Obruch y ella misma, y los depósitos del helicóptero estaban llenos sólo al sesenta y cinco por ciento. Eso significaba que la distancia máxima que podían recorrer era de 257 kilómetros. Tendrían que encontrar un aeródromo y repostar para salir de Los Ángeles.

Deborah se alegraba de contar con un amigo. Apretujados en la parte trasera, Cam trabajaba por familiarizarse con un AK-47 ruso mientras Medrano inspeccionaba una granada autopropulsada. Deborah se limitó a descansar el hombro y observar el cielo y la tierra bajo sus pies. Por imposible que fuera, estaba en paz. Deborah Reece era una buena soldado.

Todavía estaban a unos ciento sesenta kilómetros de San Bernadino cuando su helicóptero golpeó las cenizas como si fuesen una membrana sólida. La aeronave se balanceó. Incluso el ritmo de los rotores cambió. El giro de las paletas se transformó en un sonido más corto y discordante, como si todo estuviera más cerca ahora.

Algo que a Deborah no le preocupaba era la radiación. La vacuna de refuerzo nanotecnológica les protegería de todo menos de la peor de las dosis. En cualquier caso, no esperaba vivir lo suficiente como para llegar a enfermar. Entonces miró hacia la oscuridad. El polvo golpeteaba el plexiglás. Había capas en las nubes. En ocasiones no podía ver nada más que los remolinos grises y negros. Otras veces, la neblina se abría y podía divisar el suelo, en su mayoría un desierto ennegrecido. Ocasionalmente aparecía una carretera, o alambradas, o una línea de postes telefónicos derribados.

Sabían que los chinos habían tomado las bases militares de Estados Unidos en el desierto de Mojave. Medrano pensó que aquellos objetivos debían de haber sido atacados también. La tierra estaba vacía y quemada, lo cual no facilitaba nada su trabajo. Habían perdido los mapas y los aparatos electrónicos al estrellarse. Eso significaba que también habían perdido su esporádica conexión por vía satélite. Habían memorizado las coordenadas GPS del hospital Saint Bernadine, pero el helicóptero de la KTVC le habían arrancado hacía tiempo su sistema de posicionamiento global para apoyar la campaña de guerra rusa.

En colaboración con Medrano, Alekseev pensó que había encontrado el lugar exacto en un mapa suyo. Usando el rumbo de una brújula, algunos puntos de referencia en el terreno y algunos cálculos a ojo, pensaban que podían encontrar las inmediaciones a grandes rasgos. Por suerte, San Bernadino estaba en la interestatal 40, al sur de un estrecho paso entre las montañas San Gabriel y San Bernadino, que formaban la frontera oriental de la periferia de Los Ángeles. Esos picos serían

difíciles de pasar por alto. Algunos de los picos más altos se elevaban por encima de los tres kilómetros, y la interestatal debía actuar como una carpeta roja, formando una larga y distintiva banda en el terreno.

Cuatro veces vieron aeronaves chinas en la oscuridad. Las estelas de los cazas atravesaban las cenizas como balas, arrastrando el hollín en línea recta. Un avión volaba muy cerca, y a punto estuvo de volcar el helicóptero. Obruch maldijo y luchó con los mandos.

Alekseev ya había respondido a dos desafíos por radio en mandarín. Después de que fallaran su objetivo, hubo un tercer intento. Deborah esperaba el impacto de un misil (¿llegarían a sentirlo siquiera?), pero la muerte nunca llegó. Los códigos de Alekseev eran MSE, dijo, y se hacía pasar por un oficial de alto nivel, e incluso reprendió a los miembros de control del tráfico aéreo por volver a contactar con él. Quería silencio.

Finalmente empezaron a atravesar las montañas de San Gabriel. Obruch también podía seguir una carretera y el seco y destrozado canal de un acueducto. Ambos daban a la I-40, y después al paso.

La tierra se transformó. Las gasolineras y los aparcamientos para camiones aparecieron primero. Almacenes. Un concesionario de venta de vehículos. Una cantera. También había casas, y vallas publicitarias y una interminable hilera de inmensos postes de metal que sostenían el tendido eléctrico. Todo parecía haber recibido una sacudida. Los edificios estaban hundidos. Incluso la carretera estaba combada y partida. La ceniza cubría el mundo y le arrebatava todo color.

La destrucción empeoró conforme avanzaban por el paso. Había inmensas áreas residenciales: miles de viviendas siguiendo ordenados planos en damero sobre las colinas. Todas las calles se habían construido sobre unas gradas similares a unos anchos escalones que descendían por la pendiente de la montaña, salpicada de estructuras más altas como torres de apartamentos y centros comerciales. Desde el aire, incluso ahora, el orden que se había impuesto era impresionante. Aquellas carreteras y los cimientos podrían resistir durante siglos, pero los elementos más ligeros habían sido arrancados. Los tejados de las casas habían desaparecido. Gran parte de aquellos pequeños edificios cuadrados se habían derrumbado. Numerosas azoteas de los bloques de apartamentos y los centros comerciales también faltaban, y los edificios habían perdido una o más paredes. Ni siquiera el ladrillo y el cemento había sobrevivido. No había ni una sola ventana intacta. Todo ese material había sepultado las calles, al ser arrastrado por las ondas expansivas, formando montones y dunas que cubrían desastres anteriores. Mucho tiempo antes de que cayesen los misiles, San Bernadino había sido sacudido por terremotos e inundaciones. No llovía muy a menudo, pero cuando lo hizo, los jardines y las colinas devastados por los insectos desaparecieron, dejando las calles obstruidas con los restos de la erosión.

Deborah todavía podía ver por dónde se habían formado ríos que habían descendido salvajemente por la ladera en algunos vecindarios.

Un pequeño porcentaje de los escombros eran huesos. Cientos de miles de personas habían muerto allí durante la primera plaga. Sus cráneos y cajas torácicas se mezclaban con los muebles y demás posesiones domésticas tiradas entre restos de ladrillo, madera seca, puertas, tablillas y material de aislamiento. Las señales estaban derribadas. Los árboles y los coches, volcados. Parecía imposible que alguien hubiese sobrevivido, pero Deborah cumplió con su labor, observando las ruinas en busca de alguna pista. Estaba a unos sesenta metros de altura. La visibilidad no alcanzaba más que unos pocos cientos de metros. Incluso las montañas se perdían en la oscuridad. Todo parecía igual. Lo único que resaltaba eran las paredes rotas, los innumerables bordes rectos de las paredes rotas.

A su lado, Medrano comparaba notas con Alekseev en la cabina de mando, intentando comprender el holocausto. Delante, los dos rusos murmuraban juntos en su propio idioma, hasta que Alekseev se giró y dijo:

—Estamos pasando nuestra marca. Tenemos que regresar hacia el norte.

—He estado contando las calles —dijo Medrano.

—Yo también —contestó Alekseev—. El hospital está detrás de nosotros.

—Mirad —dijo Cam, golpeteando con el dedo la ventanilla—. ¿Qué es eso?

Deborah se asomó por detrás de Medrano para intentar ver, lo cual resultó más fácil cuando Obruch se agachó lentamente junto a Cam.

Había gente desparramada sobre los escombros, cadáveres recientes y enteros, no esqueletos. Deborah contó al menos diez. Tenían el color de las cenizas, como todo lo demás, pero habían caído encima de los restos. Eso significaba que habían llegado allí después de los bombardeos.

—*He слишком приближайтесь* —dijo Alekseev.

El helicóptero había ido descendiendo, pero Obruch ajustó la elevación, ascendiendo de nuevo, y después girando para evitar pasar por encima de la zona donde estaban los muertos. Deborah intentó ver los cuerpos a través de su ventanilla, pero apenas veía nada desde ese ángulo.

—¿Qué crees que les pasó? —preguntó Medrano, y Deborah pensó que no les habían disparado. Parecían... derretidos.

Las extremidades y las cabezas estaban alejadas de algunos de los cuerpos.

—Debe de haber sido reciente —dijo Cam—. No hay bichos. Ni hormigas. La manera en que esa gente ha sido mutilada...

—*Там!* —gritó Alekseev—. A vuestra derecha.

Ése era el lado de Deborah, la cual miró a través de las irregulares formas de la ciudad. Sintió esperanza e inquietud al mismo tiempo, porque sabía exactamente lo que Cam estaba pensando. Esos hombres parecen haber muerto a causa de los nanos.

—Hay más cuerpos al norte —informó Alekseev.

—Entonces tenemos un rastro —dijo Medrano—. Pero ¿en qué dirección? ¿Qué grupo murió primero?

—Hay un helicóptero en el suelo, en mi lado —señaló Cam.

—Mierda —maldijo Medrano.

Alekseev le ladró algo a Obruch en ruso.

Cam añadió:

—No, se estrelló. No supone un problema. No veo ningún movimiento ni...

Deborah lanzó un grito ahogado.

Había una bruja entre los escombros que se veían abajo, de piel oscura y cabello salvaje. Movía una mano hacia ellos como si estuviese lanzándoles un hechizo.

—¡Sube! —gritó Deborah—. ¡Sube!

Obruch obedeció al instante. El motor aulló mientras él elevaba el helicóptero dando un brusco giro hacia la izquierda. La fuerza del giro empujó a Medrano contra Deborah, presionando su hombro herido, pero ella jamás se había alegrado tanto de experimentar una sensación de movimiento.

«¿Qué nos estaba lanzando? ¿Nos hemos escapado?»

—¿Qué has visto? —preguntó Alekseev.

—Está debajo de nosotros. Estaba en mi lado. —Deborah había perdido el sentido de la dirección del helicóptero mientras ascendían hacia el cielo, pero Obruch lo estabilizó y niveló el morro. Deborah la vio de nuevo. La bruja saltaba por las negras dunas y caía y rebotaba con el abrigo ondeando bajo la corriente de aire del helicóptero.

—¡La veo! —exclamó Deborah.

¿Era Freedman? Las fotos de archivo mostraban a una mujer corpulenta. Aquel veloz espectro era enjuto y jorobado y sus hombros sobresalían sobre su cuerpo delgado. ¿Quién si no podía ser? Aquella mujer parecía haber acabado con dos o tres pelotones de soldados chinos, lanzando nanos y derribando helicópteros, pero podía ser cualquiera, ¿no?

¿Y si los chinos habían capturado a otros investigadores estadounidenses o a algunos de los mejores científicos de Europa o la India?

—Нуже нас —dijo Obruch.

La bruja corrió por la lisa superficie de una pared de ladrillos caída y saltó hacia el espacio entre un coche y un amasijo de cables. Después desapareció como por arte de magia.

—Опустите нас на землю —dijo Alekseev a Obruch, señalando.

Deborah les interrumpió. Había reconocido la palabra «aterrizar».

—Espere, coronel. Será mejor que aterricemos lejos de ella o nos matará también. Si los cálculos de Alekseev eran correctos, si realmente era ella, Freedman se

había dirigido hacia el sur al abandonar el hospital para ir a algún otro destino. No la habrían visto de no ser por los campos de hombres muertos que marcaban su paso. ¿Hacia dónde iba?

Obruch descendió hacia los escombros a cuarenta y cinco metros de donde la habían visto por última vez.

—¡Cam, ven conmigo! —gritó Deborah, abriendo la puerta y saliendo hacia el ruido y el polvo de los rotores—. ¡El resto quedaos aquí!

—*Nyet!* —dijo Alekseev—. ¡Yo también voy!

—De acuerdo. No dejéis que se escape, pero no la agobiéis tampoco. ¿Entendido? —Deborah inspeccionó las cenizas con los ojos entrecerrados con más temor que emoción—. ¡Tiene algún tipo de nanotecnología!

—*Da.* —Alekseev cogió el transmisor de su cinturón y le gritó algo a Obruch al tiempo que le hacía señas. «Si Freedman nos mata, al menos Medrano y Obruch pueden intentarlo de nuevo», pensó Deborah. Ése era su mejor plan. Todo dependía de la débil conexión entre Cam y aquella mujer... y si era otra persona, alguien que ni siquiera hablase inglés...

«Tenemos que correr el riesgo.»

Los tres corrieron hacia los asfixiantes escombros bajo el helicóptero. Deborah sólo tenía una mano para agarrarse. Se resbaló y cayó en un montón de ladrillos y mortero, tuberías dobladas y un baño de porcelana. Cada paso que daban levantaba una nube de hollín. Oyó cómo Alekseev le pedía indicaciones a Obruch, pero estaba demasiado ocupada abriéndose paso a través de un trozo de tela podrida como para girarse. Entonces se sobresaltó al escuchar dos sonidos delante de ella. Era un ruido de metal sobre madera, y Deborah se vio ante la bruja, que estaba sorprendentemente cerca.

«¡Ha corrido hacia mí!», pensó Deborah atónita.

—¡Espere! —dijo con voz áspera. Tenía la garganta demasiado seca como para lograr decir algo más.

La bruja estaba de pie por encima de ella. Se había subido a un montón de tablas de madera apoyadas sobre un poste derribado que indicaba una calle. Las cenizas cubrían los dos paneles blancos, doblados y colocados en forma de equis en la señal, pero aun así todavía podían leerse en letras negras: CRESTVIEW AVE y EAST 16TH ST. La oficial militar que había en Deborah pensó que aquello era importante. Aquello era la zona cero. Habían encontrado a su mujer. Tenía que ser Freedman. Pero la bruja no tenía rostro. Ni cuerpo. Podía haber sido una silueta andante. El oscuro óvalo en el que debería haber estado su rostro se fundía perfectamente con su negro cabello desgreñado, y sus ropas estaban cubiertas de ceniza. Lo único que la definía en su delgado y jorobado cuerpo eran los ojos. Sus ojos blancos ardían de poder y de tormento, y entonces sus brazos empezaron a agitarse también.

Deborah observó aquellas oscuras manos durante un instante, paralizada por la otra mujer. Llevaba una mochila. Ése era el extraño bulto que tenía en la espalda. Deborah también vio que tenía un grueso cardenal en su antebrazo izquierdo, una marca de un suicidio fallido. En un momento dado se había intentado cortar las venas.

—Espere. Soy la comandante Reece...

La bruja levantó ambos puños.

«Va a matarme», pensó Deborah.

Pero entonces Cam gritó:

—¡Kendra! ¡Kendra Freedman!

La bruja giró la cabeza.

—¡Somos Rangers del ejército estadounidense! ¡Somos Rangers del ejército estadounidense! ¡Hemos venido a rescatarte!

Todos los músculos del cuerpo de Freedman se tensaron. Fuera lo que fuese lo que llevaba en las manos, Cam no quería que lo lanzase hacia delante.

—¡Conocí a Albert Sawyer! —gritó—. ¡Soy un amigo!

Uno de los problemas es que llevaban uniformes rusos. Y otro es que el rostro de Freedman era una máscara salvaje. Sus ojos giraban y sobresalían de miedo.

—¡Voy a mataros! —ladró—. ¡Atrás!

—Conocí a Albert Sawyer —repitió Cam.

Esta vez la mujer pareció asimilar aquellas palabras. Agachó la cabeza y la volvió a levantar, no como un asentimiento, sino como una mujer que estaba comprobando sus pensamientos. Por un instante, Freedman parecía ignorar su presencia, pero no bajó los brazos.

Cam se deslizó hacia la superficial fosa en la que se encontraba Deborah por debajo de Freedman y se puso al mismo nivel de desventaja. Pensó que aquello la calmaría.

—Sawyer ha muerto —dijo con delicadeza. Esperaba poder compartir aquella información con ella. Pero cuando Freedman alzó los ojos, su expresión estaba cargada de terror.

—Están todos muertos —dijo, aunque su voz parecía estar desconectada del resto de su cuerpo. Era monótona y distante. Ni siquiera parecía que les hablase a ellos.

Kendra Freedman estaba loca. En algún momento dado había sufrido un brote psicótico.

Deborah reprimió un leve sonido similar a un lamento, pero no intentó huir. Se mantuvo firme, confiándole a él su vida. Él quería cogerle la mano. Quería decirle que todo iba a salir bien, pero tenía que centrar toda su atención en Freedman. La manga le había descubierto la mano y Cam observó la cicatriz de su muñeca. Había conocido a personas con tendencias suicidas. En algunas ocasiones era imposible llegar hasta ellas.

—Hemos venido a rescatarte —dijo—. Me llamo Cam.

Ella le hizo caso omiso. El helicóptero seguía batiendo sobre las ruinas que había tras él a su derecha. La mirada de la mujer se desvió en esa dirección, y después hacia la izquierda. ¿Qué miraba? ¿A Alekseev? Cam le habría gritado al ruso que no se acercase si no fuera porque temía levantar la voz.

—Soy un amigo —dijo.

—¡Atrás!

—Hemos venido para...

—¡Voy a mataros!

Freedman estuvo a punto de caerse cuando el montón de escombros bajo sus pies

se removió, y echó su mano izquierda hacia delante para equilibrarse. Pero se mantuvo en pie, y ellos no murieron.

Era la segunda vez que reaccionaba violentamente a esa palabra. Amigo. ¿Por qué? Los chinos debían de haberle prometido lo mismo, y Cam se esforzó en buscar un modo diferente de conectar con ella. Sawyer. Se había detenido cuando había mencionado a Sawyer, de modo que dijo:

—Conocí a Al. Él me lo contó todo. Me dijo que no había sido culpa tuya.

—¿Cuál era su primer número de patente?

—Yo... eh...

La mano de Freedman se elevó de nuevo de manera amenazadora.

—Le gustaba ese número tanto como un millón de dólares —dijo ella.

De repente mostraba un absoluto control de sí misma, y ese cambio era excepcionalmente aterrador, porque ahora Cam veía su verdadera presencia y su intelecto. ¿De verdad sería más inteligente que Ruth?

Si intentaba engañarla lo sabría.

—Al me dijo que tu hermana te había regalado todos esos viejos discos de ABBA en CD por Navidad, y que los llevaste al laboratorio y los ponías todo el tiempo. Aquello le volvía loco.

«¡No digas esa palabra! —se advirtió a sí mismo—. Loco. Amigo. Vigila tus palabras.» Su mente iba a toda velocidad, pero procuraba hablar despacio.

—A Al le gustaba el hip-hop, y tú le hacías escuchar el rock pasado de ABBA y Duran Duran. Bromeaba con ello.

Sawyer la había llamado zorra estúpida. Su sentimiento de culpa le había vuelto frío y mezquino. Negaba que tuviera la menor parte de responsabilidad en el fin del mundo, a pesar de haber sido una parte integral del equipo de diseño de la tecnología Arcos.

Aquellas personas eran únicas. Su excepcional formación las diferenciaba de los demás. Ruth siempre se había sentido responsable porque ella podía hacer algo, pero nunca era suficiente. ¿Cómo debía de ser esa carga para la mujer que había supuesto la fuerza principal en la creación de la plaga de máquinas? Un planeta había muerto por su culpa.

«Si esto no funciona...»

La mirada de Freedman se desvió de nuevo hacia el helicóptero, negándole a Cam la oportunidad de establecer contacto visual. Eso sólo aumentó su nerviosísimo. «No podemos dispararle —pensó—. Pero tampoco podemos dejarla aquí. Los chinos ya han enviado tropas para recapturarla, y enviarán más. Seguramente ya haya otro helicóptero de camino en estos momentos.»

—Al —dijo Freedman como un robot.

—Hemos venido a rescatarte —repitió Cam—. Este helicóptero es nuestro.

Somos soldados estadounidenses.

Ella se miró los puños. El miedo la había hecho abrir los ojos de par en par de nuevo, y Cam se dio cuenta de que gran parte del miedo que sentía era de ella misma, de las cosas que había hecho para escapar. No quería provocar más muertes.

—Llévame al laboratorio —dijo.

—Iremos adonde quieras.

Pero dijo las palabras demasiado rápido, como si estuviese hablando con un niño. Su tono hizo que la mujer volviera a levantar el rostro y Cam vio que la científica estaba allí, cuerda, escuchando y coherente. Sus ojos brillaban triunfales.

—Construyeron otro laboratorio cerca —dijo—. Sé que está ahí.

—¿Quieres decir en el hospital San Bernadino?

—Construyeron otro laboratorio cerca. Decían que no, pero empleaban a los mismos mensajeros y vi al mismo hombre el mismo día. Sé que está ahí.

«Mensajeros», pensó Cam, poniéndola en duda. ¿De verdad podía haber deducido la existencia de un segundo laboratorio al que se podía llegar caminando desde el San Bernadino a partir de esa pequeña pista? «No para de repetirse de manera exacta», pensó. Se aferraba a algunas frases, como una mujer que se ahogaba y se agarraba fuertemente a un salvavidas, como si dudase o incluso se hubiese olvidado de quién era.

Aquello era más que un continuo estado de *shock* o sentimiento de culpa. ¿La habrían torturado los chinos?

—Por favor. —Deborah se pasó la mano buena por el pelo rubio oscurecido por las cenizas, quizá para reforzar el hecho de que no era asiática. Después levantó la mano con la palma hacia la mujer—. Por favor, Kendra. Ven con nosotros.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Cam—. Los chinos enviarán a más hombres...

—Los mataré.

—...y no nos queda mucho combustible.

Freedman empezó a agacharse sobre las tablas sueltas. Entonces se detuvo y observó.

—No tendremos que ir muy lejos —dijo—. Sé que está ahí.

—Ven con nosotros —dijo Deborah—. Por favor.

—No.

—Podemos llevarte de vuelta hasta las fronteras estadounidenses —dijo Cam con más seguridad de la que sentía. Necesitarían repostar incluso si no les impedían el paso los aviones chinos. «Y si nos detienen —pensó—, ¿le meto una bala en la cabeza o dejo que se la lleven porque han ganado y ella podría ayudarles a conseguir repoblar el planeta?»

«Dios mío. ¿Es mejor que muramos todos?»

«Quién sabe lo que podría llegar a crear si los chinos la mantenían encerrada durante el resto de su vida. ¿Qué nos harían a los demás? Si mejoraban la plaga mental, podrían controlar a todo el planeta durante miles de años, criar personas como si fueran vacas o perros, para hacerlas fuertes y obedientes. Belleza. Sexo. Sería mejor matarla», pensó, preguntándose si podría apuntarla con la pistola antes de que ella lanzase sus nanos.

—No voy a ir —dijo Freedman.

—No lo entiendes —respondió Deborah. Parte de su antigua arrogancia se reveló en su voz y su postura, y Cam la admiró por ello—. Ha muerto mucha gente buena para que nosotros pudiésemos llegar hasta aquí —dijo—. Te necesitamos.

—Necesito ver el otro laboratorio —dijo Freedman—. Allí crearon la vacuna.

—¡Tenemos la vacuna! Tú también debes de tenerla —dijo Cam, pero Freedman no se movió de su montón de escombros y permaneció de cuclillas. Volvió a recordarle a un niño pequeño. ¿Qué iba a hacer? ¿Contener la respiración?

De repente volvió a ponerse de pie, extendiendo los puños a ambos lados mientras miraba por encima de la cabeza de Cam. Deborah no era la única que estaba perdiendo la paciencia. El coronel Alekseev había mantenido la distancia, actuando como guardia, pero ahora se acercaba hacia las ruinas con su AK-47 en mano.

—¡Tenemos que irnos! —gritó.

—No voy a ir.

—No parece que sepas dónde se encuentra ese laboratorio —dijo Cam con voz suplicante.

—Podemos mantenerte a salvo en Colorado. Tenemos equipamiento. Y hay un microscopio de fuerza magnética y...

—El laboratorio está cerca. ¡Sé que está ahí!

La pasión de Freedman le recordó de nuevo y de manera incómoda a Ruth. Tal vez por eso dudaba. Se habían obsesionado con sacarla de la periferia de Los Ángeles y el cansancio y las prisas les habían impedido imaginar un cambio de planes. ¿Y si tenía más sentido quedarse allí?

—¿Por qué? —preguntó Cam, intentando no retroceder ante una ráfaga de cenizas. El helicóptero rugió cerca en respuesta a alguna señal de Alekseev, azotando las ruinas con polvo y trozos de papel, pero Cam persistió—. ¿Por qué quieres la vacuna?

Y después añadió:

—¡Te llevaremos allí!

El intenso aire del helicóptero cesó cuando éste aterrizó, lo que facilitaba la conversación, pero Freedman levantó las manos a ambos lados de su cuerpo dispuesta a luchar. Cam flexionó su cuerpo, adoptando por acto reflejo la postura de un pistolero.

—Podemos avanzar mucho más rápido por aire —dijo.

A su lado, Deborah también se había llevado la mano al arma.

—¡Por favor! —suplicó—. Por favor, Kendra.

—Fue Andrew Dutchess quien liberó la tecnología Arcos, no yo —dijo Freedman—. Fue Dutchess. —Hablabla de nuevo con un hilo de voz, mientras se movía y parpadeaba de manera nerviosa.

«Mierda —pensó Cam—. Joder, creo que ha olvidado dónde está.»

Cam dio un paso hacia ella con las piernas rígidas. Vacilaba a cada movimiento, e incluso el vello se le ponía de punta de la tensión. La obligaría a reconocer dónde estaba o se enfrentaría a ella. Con un poco de suerte podría desarmarla. Sus nanos debían de estar en frascos de plástico o de cristal, como había hecho Ruth.

—Hay una nueva plaga —dijo—. La plaga mental.

Sus mirada se volvió hacia él, clara y temerosa.

—Puedo detenerla —dijo.

—¿Cómo?

—Hay un marcador en la vacuna. Yo misma ayudé a crearlo, pero hicieron todo el trabajo que pudieron sin mí. Necesito componentes clave y unos programas informáticos para diseñar mi propio instrumento.

—¿Tú instrumento? —dijo Cam sin comprender.

—Sé que está ahí.

—Viste al mismo hombre el mismo día —dijo Deborah para provocarla, pero también la distrajo.

Cam estaba a punto de subir sobre las tablas de madera rotas; podría derribarla tirando de sus pies por debajo. Pero Freedman sonrió y dijo:

—Sí. El otro laboratorio está cerca.

—¿Cómo puedes detener la plaga mental?

—Puedo alterar la vacuna y crear una herramienta. Una nueva especie de nanotecnología.

Ahora estaba completamente lúcida, hablaba deprisa, como si estuviera pronunciando un discurso memorizado.

Debía de haberse repetido esas mismas palabras cientos de veces en cautividad, pero Cam se preguntó si podían confiar en ella. No parecía ser más sólida que la luz del sol sobre las persianas de una ventana. Ahora abierta. Ahora cerrada.

—Atacaré a la nueva plaga y a su vacuna —dijo—. Las personas infectadas se recuperarán y desactivará la vacuna en todos aquellos que hayan sido inoculados.

—Dios mío —dijo Cam.

Si lograban encontrar el otro laboratorio, y si Freedman podía hacer lo que decía, se cambiarían las tornas con los chinos. Millones de personas en todo el mundo recuperarían su inteligencia al tiempo que los ejércitos chinos se volverían

vulnerables a la plaga mental.

Deborah no se lo estaba tragando.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Por qué eso no se giraría en contra y volvería a dejar a nuestro bando también expuesto a la infección?

—Porque puedo proporcionarle los mismos marcadores autónomos que desarrollamos para la plaga —explicó Freedman—. Mi herramienta reconocerá quién es inmune y quién no, y actuará de manera diferente en cada persona que encuentre.

—Tecnología inteligente —dijo Cam, buscando la mirada de Deborah—. Recuerda el salto que han dado. La plaga mental y su vacuna no son sólo máquinas. Hasta cierto punto, ambas son capaces de pensar, o incluso de algo más en el caso de la vacuna de refuerzo. Pueden recordar lo que han hecho.

—Aun así no funcionará —dijo Deborah—. Ninguno de nosotros estamos enfermos. No hay nadie más que nosotros y los chinos en cientos de kilómetros a la redonda, y ninguno de nosotros es portador de la plaga. Incluso si logra invertir quién es inmune y quién no, eso no soluciona nada si los chinos nos detienen. ¿Es que no lo ves? Ni siquiera tienen que matarnos. Les basta con mantenernos encerrados.

—Sí que portamos la plaga —dijo Cam—. Vinimos de Colorado. Tenemos que llevar algún rastro en la sangre. O en los pulmones. O en la piel.

Freedman asintió.

—La vacuna es lo único que os protege. Mi herramienta atacará a la vacuna.

—Y así es cómo se extenderá —dijo Cam. Después tocó el brazo de Deborah para intentar transmitirle tanto ternura como una absoluta determinación—. La plaga mental infectará a los chinos. Todos los que dejamos atrás despertarán.

—Pero eso nos incluye a nosotros —dijo Alekseev por detrás de él—. A mis hombres y a nosotros. Lo que pretende construir nos infectará a nosotros también, ¿verdad?

—Sí.

Deborah siguió mirando a Cam sin decir nada, pero Alekseev asintió.

—De acuerdo, vamos —le dijo Cam a Freedman—. Tienes mi palabra. Encontraremos el laboratorio.

Merecía la pena si con ello conseguía salvar a Ruth.

Alekseev registró a Freedman pistola en mano y le quitó los cuatro frascos de plástico que Cam estaba convencido de que contenían los nanos. También le quitaron la mochila. Deborah la revisó con cautela.

—Aquí no hay nada más que cantimploras —dijo ella, mientras Medrano y Alekseev acosaban a Freedman a preguntas para obtener más información.

—¿Qué es lo que estamos buscando? —preguntó Medrano, pero Freedman se limitó a llorar en el regazo de Cam una vez abordo, con los seis apretujados en el helicóptero. Se escondió en su pecho y su cuello y lloró como una niña desconsolada,

mojándole la ropa negra por las cenizas mientras formaba palabras entre sus sollozos sin aliento.

—Fue Dutchess —susurró—. No fui yo. Fue Dutchess.

Cam se esforzaba por escucharla. Tal vez ella necesitase aquel secretismo. Estaba claro que había aprendido a esconderse durante su encierro, tanto de sus captores como de su propia conciencia.

—Ella no sabe adónde vamos —dijo Deborah—. Lo único que puedo decir es que no habrá aviones ni camiones. Los chinos no se habrían arriesgado a tener un tráfico constante, aéreo o terrestre, entre los laboratorios. Nuestros satélites podrían haber detectado el patrón. Eso significa que debe de estar cerca de aquí.

—Hay cinco mil edificios cerca de aquí —respondió Medrano.

—Busca otro hospital —dijo Cam—. O un complejo de oficinas, o un colegio. Necesitarían espacio: salas limpias para el laboratorio, salas de almacenamiento, cuarteles... Vayamos hacia el sur. Ella iba hacia el sur.

—Ella se ha vuelto loca —dijo Medrano.

—Es más inteligente que el resto de nosotros juntos. Creo que se dio cuenta de algo. Había pistas. ¿Kendra? —Cam suavizó la voz—. Kendra, ¿dónde está el otro laboratorio?

—Encontré a la policía —dijo—. Se lo conté. A dos mil novecientos dieciséis metros. Se lo conté.

Estaba balbuceando sin sentido. Estaba enferma, físicamente enferma. La cara redonda y las papadas de la foto de Rezac se habían transformado en una especie de calavera viviente. Los pómulos marcados tiraban de su piel, razón por la que sus ojos parecían tan grandes y sobresalientes. No pesaría más de treinta y seis kilos.

Kendra Lelei Freedman había sobrevivido al año de la plaga sólo gracias a un extraño karma. Mientras la nanotecnología causaba estragos al norte de California y se extendía rápidamente, ella logró llegar, no se sabe como, hasta la oficina del gobernador en Sacramento. Kendra seguía llevando puesta su bata de laboratorio, lo cual debía de haber ayudado. También gritaba más fuerte que las demás personas aglomeradas fuera de los edificios de la capital, y usó su peso para abrirse paso hacia delante. Convenció a un guardia nacional de que sabía lo que se escondía tras los informes confusos. Un oficial la escoltó por las barricadas.

La policía estatal la metió a ella y al gobernador en un helicóptero de la Patrulla de Carreteras de California sólo para verse abrumados por la multitud, y las frenéticas llamadas por radio del piloto pasaron inadvertidas en medio del caos. No ayudó que la lluvia de marzo se transformase en nieve conforme se apresuraban hacia el este. Después se infectaron, al volar por debajo de los tres mil metros. El piloto consiguió elevar el helicóptero hasta una altura segura en medio de la tormenta, pero llevaba un ojo sangrando y estaba semiconsciente cuando se estrellaron contra la ladera de una montaña.

Otras personas llegaron al mismo pico. Demasiadas. Sólo duraron hasta el verano, cuando jugaron su primera partida de Piedras. Era una competición que Kendra se había inventado, un engañoso juego de ingenio que dominaba. Los perdedores eran asesinados y comidos. Kendra sabía que nunca podía perder, no con su memoria. Convenció a la mayoría de que estuviesen a favor de jugar porque las primeras víctimas serían las más traumatizadas, las menos inteligentes y las menos útiles. Lo consideraron justo. El grupo se iba reduciendo y Kendra lo manipulaba todo el tiempo. Aquello le hizo perder la cabeza. No era lo bastante valiente como para suicidarse, de modo que murió de otros modos. Sea como fuere, Kendra todavía vivía cuando empezó la guerra de la plaga. Los rusos la encontraron. Kendra les dijo quién era para evitar que le disparasen, y ellos se la entregaron a los chinos.

El MSE empezó a manipular su frágil alma. Le dijeron que Estados Unidos había sido erradicado por un ataque nuclear a gran escala y le mostraron pruebas de imágenes por satélite, algunas de las cuales debían de ser reales. La subieron a un avión y volaron durante casi un día. Después le dijeron que habían aterrizado en el Himalaya, donde estaban intentando desesperadamente defenderse de los tanques y la infantería india. Le ofrecieron una oportunidad para redimirse: crear una nueva nanotecnología. Su propia gente ya había estado trabajando en la plaga mental. Kendra sería el catalizador que la haría operativa. Dijeron que la nueva enfermedad debía de ser un método para acabar con la guerra que no derramase sangre. Le contaron que sólo querían unir ambos países bajo un mismo gobierno antes de que

otro ataque nuclear acabase con aquellas pocas islas seguras por encima de la plaga de máquinas. No le contaron que la vacuna de Ruth ya se había extendido, permitiendo que la gente reclamase el mundo por debajo de los tres mil metros de altura. Y Kendra nunca pidió salir para comprobar su ubicación. Ya había visto bastante nieve y viento y rocas desoladas. Se sentía a gusto en su cálida prisión. Las mujeres que la atendían eran dulces y amables, todo lo contrario a lo que había vivido en la cima de aquella montaña. Quería creerles.

Kendra empezó a trabajar de nuevo. Se sumió en la perfecta lógica de sus microscopios, y cuando ocasionalmente se quedaba estancada en algún aspecto de la plaga mental, se dedicaba a otros proyectos y reexaminaba la tecnología Arcos para buscar puntos débiles. Tenía que haber alguna manera de destruirla. Sus manipuladores la dejaban trabajar en diferentes líneas de investigación porque aquello la mantenía contenta. También se dio cuenta de que esperaban que sus esfuerzos abrieran nuevas posibilidades en sus programas de artillería. Para cuando descubrió la vacuna de Ruth en su propia sangre junto con la nanotecnología de refuerzo ya era demasiado tarde. Ya era demasiado tarde cuando se dio cuenta de que había vuelto a repetir su terrible error, proporcionándoles el poder de acabar con el mundo de nuevo.

Se puso en huelga. Pero no duró mucho. El MSE empleó la privación de sueño, los fármacos y el frío para obligarla a trabajar. Dejó de comer, pero la alimentaron a través de un tubo gástrico y por vía intravenosa. Y cuando dejó de ser eficiente, empezó el dolor. Electricidad, cuchillos... Juró volver a ayudar para que cesara.

Se había vuelto errática, y lo sabía. En ocasiones exageraba su comportamiento cuando era totalmente dueña de sí misma y provocaba oportunidades para fingir y engañar. También ayudaba el hecho de que para entonces entendía gran parte de su idioma. Fingía querer ser uno de ellos, lo que esperaba que agradase a sus supervisores. Se negaba a hablar en otra lengua que no fuera el mandarín, confundiendo adrede las palabras y desordenando sus notas escritas. Kendra sabía que esperaban que mejorase la plaga mental de manera que se pudiesen introducir pensamientos en las personas infectadas, no sólo afectando a su capacidad de pensar sino dando forma y alentando espíritus cooperativos. Todavía faltaban muchos años para que eso fuera posible. Enseñar a la nanotecnología a interrumpir la función cerebral superior ya era bastante extraordinario, pero mostró ambición y les convenció para aumentar la masa atómica de los nanos para permitir el espacio necesario como para albergar esos programas. Los chinos no se dieron cuenta de que la masa extra que había creado también incluía un mensaje codificado.

Por desgracia, no estaba segura de que alguien llegase a encontrar jamás su grito de socorro. Y lo que era peor todavía, no se le ocurrió utilizar los nuevos marcadores autónomos para revertir el estado de quienes se habían infectado con la plaga mental

hasta que le arrebataron ambos tipos de nanotecnología. Su mejor baza para detenerlos era proseguir con sus investigaciones en la tecnología Arcos. Creó una nueva plaga de máquinas, primero disminuyendo su tamaño para aumentar su velocidad. También le cambió el motor térmico con una simple reacción a base de proteínas. Eso fue fácil. La tecnología Arcos era eficiente para desintegrar tejido orgánico, función que le había atribuido para crear así energía. Bastaría para destruir a todos los que participaban en sus programas nanotecnológicos, incluida ella misma.

Por fin estaba preparada. Demasiado tarde. Más que ninguna otra cosa, aquellas deprimentes y miserables palabras resumían su vida. Demasiado tarde. No había logrado cortarse las venas lo bastante profundamente en la cima de la montaña, y había seguido comiendo en pequeñas cantidades incluso después de haber jurado por Dios y por el diablo que iba a dejarse consumir, pero la reducida tecnología Arcos la mataría igual que debía de haberlo hecho el modelo original años atrás. Kendra pensó que moriría después de abrir el primer o el segundo frasco.

Se equivocaba.

Los chinos habían reconstruido el San Bernadino. Aun así, las ondas expansivas de los misiles derribaron la mayor parte del edificio. Atrapados en sus oscuras salas, sus equipos de investigación y el personal militar necesitaron horas para salir de allí. Al menos una docena de personas resultaron heridas o desaparecieron. Nadie más volvió para ayudar. La mantuvieron alejada de las ventanas, y la penumbra era continua, pero Kendra pensaba que era por la tarde cuando la escoltaron hasta sus laboratorios en el sótano para recuperar su material. El comandante Su dijo que tenían que prepararse para mudarse.

No había suficientes personas para llevárselo todo, de modo que Kendra se llenó los bolsillos con cajas de muestras y con memorias USB, y con ocho finos frascos de nanotecnología. Después la sacaron y la llevaron hacia el creciente estruendo de un helicóptero.

La aeronave se acercaba desde el sur mientras ella se alejaba de los demás hombres y mujeres, observando la ciudad negra y devastada. Le dejaron su espacio. Estaban acostumbrados a su manera de actuar y no tenía ningún sitio a donde ir.

El helicóptero aterrizó en un área despejada por los hombres del comandante Su. Kendra no sabía si pretendían trasladarla al otro laboratorio o si estaban trayendo a aquellos equipos al norte. Quizá debería haber esperado. Pero no tenía demasiado autocontrol. Lanzó un grito de angustia y rabia y lanzó el primer frasco.

El comandante Su cayó con la mejilla desintegrada, agarrando su pistola. Los demás murieron con el cuello o el pecho desgarrado. Al igual que la tecnología Arcos original, su plaga de máquinas acelerada encontró su entrada más rápida a través de las fosas nasales y los pulmones.

Verles morir fue un infierno.

Era como volver a casa.

Había matado a un número inimaginable de personas y, de una manera más personal, había liderado a un grupo de gente para que asesinasen y cocinasen a dieciocho seres humanos en la pequeña cima de aquella montaña. ¿Qué importaban unos cuantos más? Kendra disfrutó de sentirse cualquier cosa menos impotente. Se había convertido en una diosa de la oscuridad, en la destructora de los mundos.

Riendo, corrió hacia el helicóptero. Los pilotos encendieron los motores de nuevo y empezaron a elevarse. Ella lanzó otro frasco, esperando sentir la nanotecnología a través de su propio cuerpo con el viento levantado por la aeronave. Pero tenía buena puntería. El frasco atravesó la puerta abierta y la plaga no salió del helicóptero, que volcó y se estrelló contra las ruinas a unos noventa metros de distancia. Entonces se quedó sola, salvo por los tres heridos y una mujer que se hacía llamar Jane, una de sus cuidadoras, que siempre había sido dulce y respetuosa.

Kendra los mató también.

Un segundo helicóptero llegó conforme se subía a los escombros. Primero pasó de largo, pero regresó y aterrizó en la ciudad que tenía ante ella... y entonces se encontró con los soldados chinos en las cenizas mientras el helicóptero volvía a elevarse. Su mente se ausentó. Debía de haberles matado a todos, pero no lo recordaba. Cuando poco a poco volvió en sí, estaba llorando contra la parte delantera plana y sólida de un buzón. Había encontrado algo que todavía estaba en pie, aunque estuviese cubierto de hollín. El buzón seguía fijado a la acera y ella se apoyó contra él, rodeada de incalculables kilómetros de edificios arrasados y escombros.

El tercer helicóptero fue el que llevó a Cam hasta ella.

Alekseev y Obruch estaban discutiendo algo en la cabina de mando hasta que Deborah intervino al escuchar algo que no le gustó.

—¡Tenemos que hacerlo! —les gritó.

—No estamos muy convencidos de que esta búsqueda sea útil —dijo Alekseev—. Deberíamos intentar sacarla de aquí.

Cam sacudió la cabeza.

—¿Para qué? La respuesta está aquí.

—Estáis locos —dijo Alekseev.

Pero Obruch gritó:

—*Туда! В мою сторону!*

Y giró el helicóptero hacia la izquierda. Estaban a unos treinta metros sobre los barrios arrasados por la onda expansiva. Al principio, Cam no sabía qué era lo que había atraído la mirada de Obruch. No había ninguna variante en el patrón inferior. Las casas eran unos pequeños y erosionados cuadrados. Las calles formaban líneas menos abarrotadas entre la desolación. Después vio un grupo de estructuras con un atisbo de rojo en los tejados desmoronados, lo cual era algo excepcional. También se

divisaban unos aparcamientos delante y un gran campo de atletismo al otro lado. Parecía un campus universitario.

—Kendra, mira —dijo—. ¿Kendra?

Sus ojos saltones estaban fijos en algo que él no podía ver, de modo que Cam la dejó estar. Conforme se acercaban, vio dos círculos en la ceniza desde donde habían despegado unos helicópteros, apartando los escombros. Había sido la fuerza de los rotores lo que había revelado lo que quedaba de los techos de teja roja.

—*Вот именно* —dijo Alekseev. Y después, en inglés—: Vamos a descender. Preparaos.

Aterrizaron cerca, contra la duna formada por el edificio más grande, que probablemente había sido un gimnasio, y dejaron a Kendra y a Obruch en el helicóptero. Estaba catatónica. Obruch sacó su arma. Deborah y Alekseev cubrieron un lado del edificio y Cam y Medrano el otro. El cuerpo de Cam traqueteaba con dos AK-47 y una ametralladora. Medrano y los demás llevaban lo mismo o más. El ruido del helicóptero impedía la opción de sorprender al enemigo. Nadie esperaba tener el tiempo suficiente de recargar, de modo que derribarían tantas puertas como les fuera posible antes de que les matasen a ellos.

El corazón de Cam traqueteaba como las armas que llevaba a su espalda, pero tenía la mente despejada, e incluso decepcionada. El campus estaba vacío. Todo el mundo se había marchado, excepto cuatro cadáveres alineados en el suelo de una clase. A juzgar por sus heridas, habían resultado heridos cuando los edificios se desmoronaron. Los chinos debían de haber evacuado el área, primero llevando a sus científicos al San Bernadino y después dirigiendo al resto del personal a buscar a Kendra después de recibir una llamada de emergencia por radio alertándoles de que estaba suelta.

Cam no lo expresó, pero su decepción se transformó en una nueva preocupación. ¿Y si los datos y las muestras que necesitaban estaban en los helicópteros chinos siniestrados?

Peinaron el campus más a fondo intentando identificar qué áreas habían sido utilizadas como laboratorios y oficinas. Diez minutos después, Medrano les gritó que llevasen a Kendra a un edificio cerca del campo de atletismo. Había quedado protegido de la onda expansiva gracias a otros edificios. Había un agujero en el techo y una pared se había derrumbado, pero más de un tercio de las clases estaban intactas.

Cam fue a ayudar a Obruch, ya que Kendra no quería abandonar el helicóptero. Se acurrucó en el asiento trasero e intentó zafarse cuando Cam le tocó la pierna.

—Estamos aquí —dijo—. Hemos encontrado el otro laboratorio.

Era inútil. Se vieron obligados a sacarla a rastras, pero su actitud cambió conforme la llevaban medio en brazos a través de los edificios destruidos. Sus gigantes ojos se llenaron de curiosidad. Quizá se había olvidado de su nido de

seguridad en el helicóptero.

—¿Qué te parece? —preguntó Deborah cuando llevaron a Kendra al interior.

Había tiendas de campaña de plástico negro opaco instaladas en dos de las habitaciones, aunque el plástico estaba partido o colgando perforado por los escombros. Unos monos estériles estaban tirados en unos percheros que se habían caído al suelo. También había varias mesas que habían estado repletas de material de microscopía. La mayor parte de los instrumentos estaban en el suelo. En otra habitación había filas de portátiles y ordenadores de mesa, archivadores, y una pizarra blanca cubierta con los complicados y cuadrados símbolos del mandarín escrito.

Cam sintió un inusual optimismo repentino. Los chinos no habían podido ni empezar a llevarse aquel material en su primer vuelo al San Bernadino, y no se imaginaban que unos soldados estadounidenses pudieran adentrarse tanto en la zona arrasada. Debían de haber planeado volver a por la mayor parte de su equipamiento. «De hecho, tenemos suerte de que recibieran un revés tan tremendo —pensó—. Los pocos aviones y helicópteros que han conseguido hacer funcionar han estado ocupados todo el día con otros problemas, pero eso cambiará. Esta suerte no durará mucho.»

—Tenemos que darnos prisa —dijo.

Kendra estaba callada pero receptiva. Asintió y dijo:

—Dejadme ver. Necesito ver. Dejadme ver.

¿Estaba refiriéndose conscientemente a la escasa luz que entraba por el techo destruido? Cam suponía que no, pero estaba oscureciendo. El interminable crepúsculo se había transformado en algo más oscuro. Más allá de las nubes de ceniza, el sol estaba descendiendo.

Cam dejó a Kendra con Deborah para ayudar a los otros hombres. Medrano había localizado la sala de generadores en el lateral derrumbado del edificio. Los tres generadores de los laboratorios estaban enterrados. Y lo que es peor, la mayor parte de las latas de combustible estaban rotas.

—Puedo conectar uno de esos —dijo Medrano—, pero será mejor que lo movamos primero o este lugar estallará en llamas.

Cam, Alekseev y Obruch apartaron los restos mientras Medrano intentaba recuperar algunos de los cables eléctricos, con dificultad debido a su brazo roto. Después identificó qué generador quería conectar. Ya casi no se veía nada. No había estrellas en el cielo ni se apreciaba la luna por debajo de la lluvia radiactiva. La oscuridad de la noche sería absoluta.

Obruch sacó una pequeña linterna y se la entregó corriendo a las mujeres mientras Cam y Alekseev arrastraban el generador hacia un espacio abierto de cemento.

—Dadme un par de minutos —dijo Medrano, empalmando el nuevo cable a la

instalación en las clases.

La respuesta de Kendra fue menos satisfactoria cuando se apresuraron a entrar en el laboratorio.

—Necesito tres horas —les dijo, hurgando entre interminables archivos.

—Hay un microscopio de fuerza atómica. Parece que funciona. Cree que tiene todo lo que necesita —dijo Deborah.

Alekseev se llevó a Cam aparte.

—Esto es una locura —dijo.

—No. Hemos recorrido demasiado camino como para abandonar ahora. O lo logra o no lo logra. No tiene sentido salir huyendo. ¿Adónde íbamos a ir? El helicóptero está casi seco.

—Ellos mantenían aeronaves —respondió Alekseev en su inglés extraño—. Comprobaré el combustible.

—¿Y adónde íbamos a ir? —preguntó Cam—. Tu bando ha desaparecido. Y el nuestro también. Pero adelante, comprueba el combustible. Vamos a necesitar todas las armas que podamos fabricar si vamos a defender este lugar contra las tropas enemigas.

Alekseev se detuvo.

—Estás hablando de algo parecido a vuestra batalla de El Álamo —dijo—. *Yankee Doodle do or die*.

Cam casi sonrió. Alekseev confundía la historia de Estados Unidos, pero no su espíritu. Era una nación creada por rebeldes y personas oprimidas que nunca llegaron a entender muy bien cómo lograron su propio éxito. Cam quería volver a verles en lo más alto.

—Los chinos no se esperan que estemos aquí —dijo—, de modo que tenemos el factor sorpresa de nuestro lado. Eso debería funcionar contra el primer grupo que aparezca.

—¿Y qué hay del siguiente?

—En el mejor de los casos, no tardaremos tanto.

—¿Confías en los cálculos de Kendra? ¿Tres horas?

—Sí. Ya sabes quién es.

—Sabemos quién era —le corrigió Alekseev.

—Creo que está... motivada —dijo Cam, buscando la palabra adecuada—. Quiere hacer bien las cosas. ¿Entiendes? Quiere hacer algo bueno.

El generador emitió un ruido sordo fuera de la sala y las luces se encendieron, inundando el edificio.

—¡Hecho! —exclamó Medrano.

Kendra gritó, agitando los brazos ante la repentina iluminación.

Deborah la agarró, hablando deprisa, mientras los hombres corrían a desconectar

todos los interruptores posibles. No querían ser la única estrella en la noche.

Cuando terminaron, Alekseev se acercó a Cam de nuevo.

—Debemos sellar esta tienda —dijo Alekseev, señalando el plástico negro—. Puede trabajar en su interior.

Cam miró a los duros ojos marrones del coronel.

—Entonces, accede —dijo—. Nos quedaremos.

—*Da*.

«Entonces nos quedan unas tres horas de vida», pensó.

Deborah protestó cuando le pidieron que se quedara con Kendra, pero lo cierto es que estaba herida y tenía algo de experiencia trabajando en laboratorios. Era lo más lógico. No podían dejar a aquella mujer sola. Antes de marcharse, Cam le dio un beso en la mejilla a Deborah porque la conocía mejor que nadie. Ella le agarró del brazo para mantenerlo cerca e inclinó su frente contra la de él con una repentina intimidad. «Ojalá estuvieras aquí, Ruth», pensó Cam. ¿En quién pensaría ella?

—Cuídate —dijo Deborah.

—Tú también.

Los cuatro hombres se dividieron por las ruinas para atrincherarse contra los chinos. Se apresuraron a pesar de saber que si ganaban, si alguno de ellos sobrevivía, se destruirían igualmente con la contravacuna de Kendra.

Cam, Deborah y Medrano debían de tener restos de la plaga mental en su cuerpo. Todos ellos habían salido andando del almacén en el que había estado estacionado el Osprey V-22 después de inocularse, preparándose para el vuelo, e incluso el más leve residuo de nanotecnología bastaría. Con suerte, Kendra crearía una nueva zona de infección, una trampa para cualquier chino que penetrase en ella. Cam y los demás serían los primeros en caer, pero conforme cada vez más chinos se fuesen contagiando, su contravacuna se iría extendiendo. Su zona de infección se expandiría. Llegaría hasta territorio estadounidense y, desde allí, hasta el resto del mundo.

Todavía podían ganar aquella guerra.

El coronel Jia Yuanjun se puso en posición de firmes y trató de reflejar en su postura lo que no veía en su desaliñada apariencia. Dedicación. Fortaleza. Sólo había tenido unos minutos para peinarse e intentar alisarse inútilmente el uniforme con las manos para recibir a sus visitantes. El antebrazo le palpitaba de dolor envuelto en una rudimentaria escayola.

—Fàng sōng —dijo el general Qin. «Descanse.»

—Bienvenido, señor —respondió Jia, también en mandarín. No estaba seguro de cómo interpretar el inexpresivo rostro del general, pero el uniforme de Qin estaba limpio, al igual que el de sus dos subordinados y los tres guardaespaldas de las Fuerzas de Élite.

El general Qin pasaba de los sesenta; era un hombre corpulento, con la cara curtida por el sol, y temblaba a causa del estrés. Jia advirtió un tic en la parte inferior de sus carrillos. Aquello era mala señal. El hombre también era consciente de ello y se daba toques en la mandíbula de una manera brusca y nerviosa. El hecho de que su visita fuese sorpresa también podía indicar peligro. El helicóptero militar Z9 que había llegado desde San Diego se había anunciado como un vehículo de evacuación médica que llevaba hasta la base de Jia suministros muy necesarios. Pero, en cambio, transportaba al oficial del MSE, que se había convertido en el tercer mando de la California china después del bombardeo.

Jia no pensaba que con aquel subterfugio se pretendiera engañar al enemigo. No cabía duda de que todavía había satélites estadounidenses, pero no quedaba nadie para controlar esos ojos y esos oídos. Jia tenía suerte de que uno de sus sargentos se hubiese aventurado a llamar desde el campo de aterrizaje para anunciar la auténtica identidad de sus visitantes conforme el general Qin entraba en la base.

Jia lamentó el aspecto de su improvisado centro de mando incluso más que el suyo propio. Había sido necesario escapar a las cenizas. Habían trasladado todo lo que habían podido rescatar a unos cuarteles de segundo nivel que conservaban el techo y las paredes intactos, y usaban las literas para colocar sus aparatos electrónicos, las pantallas y las notas. Estaba todo hecho un desastre. Había cuarenta hombres arrodillados o sentados en el suelo para acceder a sus consolas mientras que otra docena más actuaban de mensajeros, pasando por encima de un inseguro amasijo de cables de conexión y de alimentación. El ruido era insoportable. Y el olor también. La ceniza se había colado en la habitación con ellos, y todo el mundo estaba ensangrentado, sudado, deshidratado y asustado.

El silencio se apoderó del cuartel en el momento en que Jia recibió a Qin en la puerta. Pero se disipó de nuevo con las ajetreadas voces, aunque todo el mundo fue consciente del cambio. Parecía que los recién llegados hubiesen salido directamente

de la China continental, limpios y aseados, lo que resaltaba todavía más su autoridad. Habían estado protegidos mientras todos los demás en California ardían.

—¿Dónde está vuestro personal del SATCOM? —inquirió Qin.

—Aquí, señor —señaló Jia.

—Estos oficiales están ahora al mando —dijo Qin al tiempo que sus dos subordinados, un comandante y un teniente, se dirigían al cuartel. Ambos portaban un maletín. El comandante también llevaba su propio ordenador portátil.

Jia sintió un ramalazo de resentimiento. «Lo hemos hecho bien», pensó.

—Hay algún lugar donde podamos hablar tranquilamente —dijo Qin, dándole a sus palabras un tono de orden, y no de pregunta.

—Sí, señor. Permítame que deje instrucciones...

—Mis oficiales están al mando —dijo Qin.

—Sí, señor. Por aquí, señor. —Jia ni siquiera se volvió a mirar la sala para hacerles señales a los dos supervivientes de su equipo de mando, Yi y Renshu. Salió del cuartel con el primero de los guardaespaldas de Qin pegado a la espalda. Caminaba a paso ligero. Para Jia era importante que sus soldados no oyeran cómo le disparaban, y Qin no le concedería más piedad o más ceremonia que la que él mismo había tenido con Dongmei.

El pasillo estaba lleno de hollín y de escombros, abierto a la noche en uno de sus extremos. Cada respiración sabía a fracaso. Después el general salió del cuartel con un segundo guardaespaldas. Tal vez el alivio de Jia fuese infundado (¿iban a arrestarle?), pero no pudo reprimir una sensación de victoria, lo cual le hizo sentir resentimiento de nuevo. Les odiaba por hacerle sentir miedo.

La puerta se cerró y les dejó en la oscuridad. Uno de los guardaespaldas de Qin encendió una linterna. Por arriba, Jia oía los gritos de sus ingenieros y de las decenas de soldados forzados a actuar como peones. Habían estado trabajando todo el día para asegurar la base y continuarían toda la noche. Se sentía orgulloso de ellos.

Jia guió a Qin y a sus guardaespaldas a través de dos puertas. La segunda estaba bloqueada por un bloque de cemento y de acero estriado. Una insignificante gravilla cubría el suelo, difícil de ver con la ceniza. Qin avanzó elegantemente ante el rayo de luz que salía de la mano de su guardaespaldas. No obstante, Jia vio una ocasión para mostrar respeto.

—Cuidado con el suelo, señor —dijo.

La tercera puerta daba a una sala de suministros que había permanecido cerrada hasta que la pared se había combado con los temblores, lo cual había roto la puerta y su marco. De lo contrario, Jia la habría abierto a la fuerza. Nadie había recuperado las llaves, pero las cajas de zumo para los niños y la comida enlatada que se almacenaban en su interior era lo único que había sustentado a sus soldados desde la salida del sol.

Jia se hizo a un lado en la entrada y le dio al interruptor para iluminar el cemento vacío. No quedaba nada más que un envoltorio azul chillón con la imagen de un sonriente perro rojo. Jia miró el cartón. ¿Compartiría su tumba?

«No», se dio cuenta entonces. Ni siquiera le estaban mirando a él.

—Señor, esto no me gusta —dijo el guardaespaldas, dirigiendo su linterna hacia el exterior del marco de la puerta.

—Unas cuantas grietas en la pared no son precisamente el mayor riesgo al que nos hayamos enfrentado hoy —respondió Qin—. Salid. Proteged el pasillo. Sólo serán unos minutos.

«¿Qué es lo que quiere?»

Jia observó a Qin mientras este último entraba en la habitación solo. Ni siquiera se había molestado en confiscar el arma de Jia, lo que decía mucho sobre su poder y su dureza. Era evidente que Qin conocía el expediente de Jia en el MSE. Esperaba obediencia y eso es lo que le daría. Sólo le habría gustado dar la imagen adecuada. Volvía a ser consciente de la sangre y la suciedad de su uniforme, aunque también se regodeaba con ello. No había tenido tiempo de conseguir ropa nueva. Y probablemente no había ropa nueva en ninguna parte, y desde luego no para todo el mundo, y a Jia no le interesaba sentirse más cómodo si sus soldados no podían compartir la misma mejoría. Su andrajoso uniforme definía bien su propia conducta.

Estaba presionando a sus hombres más que nunca. Habían tardado horas en establecer un nuevo centro de mando y retomar el contacto con las pocas estaciones de radar que quedaban al sur de California. Durante todo ese tiempo permanecieron indefensos, sin nadie que controlara y patrullara sus fronteras. La mayoría de los aviones que habían sobrevivido habían estado regresando desde territorio enemigo, diseminados por toda Norteamérica. Unas cuantas aeronaves seguían estacionadas en diversos lugares de California, pero con el holocausto habían perdido su rastro, o a sus pilotos, o a su personal de tierra.

La base de Jia fue una de las primeras en volver a conectarse. De hecho, hasta primera hora de la tarde, él había sido el oficial superior a cargo del Ejército Popular de Liberación. La radio funcionaba de manera intermitente. Las líneas se habían cortado completamente. Consiguió formar una especie de infantería y varias unidades blindadas en una docena de emplazamientos, pero ¿para qué? Ninguna de ellas podía contactar con las demás, y tampoco habrían servido de nada contra los cazas enemigos.

Era aún más crucial vigilar los lanzamientos de misiles, tanto los propios de China como otro posible ataque estadounidense. Necesitaba estar al corriente. Pero no conseguía reconectar con sus satélites. Su primera orden útil había sido redirigir sus aviones hacia territorio ruso, donde podrían utilizar los aeródromos. Esta decisión le pareció todavía más previsoramente cuando se enteró de que una segunda ola de misiles

ICBM había destruido Montana y las Dakotas, acabando con los últimos silos de los estadounidenses. Había protegido su fuerza aérea, que de otro modo habría sufrido más bajas con los ataques de los misiles. Después restableció las patrullas sobre California.

Hubo dos contraataques. Tres F/A-18 partieron desde Flagstaff y derribaron cinco cazas chinos antes de caer ellos mismos. Un único Osprey V-22 despegó en Colorado y, usando códigos chinos, había logrado adentrarse en California antes de ser derribado también. También hubo varios aviones estadounidenses que se dirigían a la costa Este o al extranjero. Fueron perseguidos y aniquilados. Tal vez unos pocos habían logrado escapar.

La batalla estaba ganada, pero el coste había sido demasiado elevado. Jia era el justo culpable, no una cabeza de turco, y el honor exigía que los hombres que habían iniciado la guerra se hiciesen responsables de sus pérdidas. Qin asumiría el mando de aquella base, eso era obvio.

«Me alegro de haber servido», pensó Jia mientras sacaba su arma y se la entregaba a Qin con la culata hacia él al tiempo que inclinaba la cabeza a modo de reverencia.

—Hace veinte minutos nuestros laboratorios nanotecnológicos no han fichado a la hora prevista —dijo Qin para su sorpresa.

—¿Sí, señor?

—Puede que su radio no funcione —dijo Qin—. O que sus edificios hayan sido destruidos por una réplica. O puede que se trate de un problema mayor. Necesitamos estar seguros.

«Podría haber nanotecnología armamentística escapando del emplazamiento», pensó Jia, completando los temores que Qin había dejado sin mencionar.

—Había considerado desviar mi helicóptero hacia la zona —dijo Qin—, pero mi misión aquí es fundamental y sólo éramos siete hombres con el piloto incluido. Tengo entendido que cuenta con un segundo helicóptero en esta base, ¿no es así?

—Sí, señor.

Antes del año de la plaga, el ELP había iniciado una nueva e importante iniciativa de aumentar su flota de helicópteros. Aun así, seguían estando muy por detrás de otros ejércitos más modernos. Sólo consiguieron hacerse con un puñado de Z-9 y de Z-10 de la fuerza invasora y no tenían suficientes pilotos como para aprovechar todos los helicópteros que habían ganado en la guerra. Un helicóptero con tripulación y que funcionase era inestimable, pero aquella misma mañana Jia había ordenado que una de las pocas aeronaves de la región volase hasta allí con la esperanza de rescatar más elementos electrónicos de otras bases. Habían tenido poco éxito, pero al parecer aquella también había sido una decisión predestinada, de modo que se arriesgó a hacer una pregunta.

—¿Se encuentran cerca los laboratorios nanotecnológicos?

—Están a menos de una hora de esta base, en San Bernadino, contra las montañas —dijo Qin.

Aquella información se le había ocultado a Jia. Sólo había visto informes del progreso de los científicos, pero entendía por qué había estado más cerca del programa de lo que había pensado. Había habido protocolos de cuarentena en caso de catástrofe. Él estaba dentro de aquellas fronteras. Antes de que los misiles cayeran habría podido contactar con los laboratorios de haber sido necesario.

—Es posible que bombardeemos el lugar —dijo Qin—. Antes quiero que dirija un equipo de ataque a los laboratorios. Asegure nuestra investigación y a nuestro personal allí también. Vuelva a demostrar su valía. Algunos quieren despojarle de su cargo, pero usted es esencial para el MSE y nosotros siempre cuidamos de los nuestros.

Su pulso se aceleró al escuchar la inflexión en las palabras de Qin. «Nosotros.» Jia había tenido una extraña sensación desde que se habían conocido, pero había estado demasiado preocupado como para darse cuenta. Ahora aquel hombre le había rozado el dorso de la mano con la punta de los dedos. Fue un gesto efímero. Ya no le tocaba, pero tenía una luz atenta en los ojos, y ningún oficial chino habría tocado a otro de ese modo en una conversación normal.

Qin Cho también era homosexual.

Aquella certeza fue como si se le abriese el cielo a través de las cenizas. «Conoce mi secreto —pensó—. ¡Y lo comparte!» Después, más sorprendido todavía, pensó: «Podría tenerme si quisiera. Soy suyo. Y él mío.»

El pulso de Jia se aceleró todavía más. Qin no estaba mal. Su autoridad y la experiencia que reflejaban sus ojos compensaban con creces su exceso de peso y la vejez de su cuerpo. El peligro era una sensación de emoción prohibida. Jia no podía ni imaginar el momento o el lugar para compartir cama con aquel hombre, pero la idea era extraordinaria.

Llevaba mucho tiempo preocupado pensando que sus superiores hubiesen descubierto su sexualidad y que estuviesen dispuestos a usarla en su contra. ¿Y si su plan era todavía más rebuscado de lo que creía? Si sus ataques fallaban, podían utilizar su desviación para condenarle, pero si tenía éxito, se asegurarían de que el oficial al mando fuese uno de ellos.

«¡Hay más de nosotros en la sombra!», pensó Jia. Al menos quería creer que Qin no era el único como él, porque apenas podía contener su emoción.

¿Invalidaba su condición sus otras lealtades? Probablemente no. Pero podría crear un subbloque de poder fantasma dentro del MSE. Los elementos más militaristas del MSE ocupaban los cargos de mayor autoridad. Unos cuantos hombres en posiciones clave podrían influir en el destino de la nación, y a los homosexuales les movería una

profunda motivación personal para ascender, aparte de los grandes objetivos de China. También tenían menos probabilidades de verse limitados por las preocupaciones de sus esposas o sus hijos. ¿Y si su vergüenza y su orgullo eran los verdaderos responsables de la agresión que había llevado a la guerra? ¿O a desarrollar la propia plaga mental? ¿Podían esperar utilizar la nanotecnología para reprogramarse a ellos mismos y convertirse en hombres heterosexuales algún día? ¿Sería posible hacerlo?

Si se había denunciado a Jia cuando era joven, aquella información debía de haber sido interceptada y suprimida por alguien que siempre estaba buscando más reclutas. Eso significaría que habían estado observándole. Jia no sabía hasta qué nivel de la escala de mando habría llegado. Qin ya era general antes incluso de que cayesen los misiles y no se habría desplazado en persona hasta la zona en cuarentena si fuese el cargo superviviente más alto de su hermandad.

Jia ansiaba tener más poder. Reconocimiento. Aceptación. Incluso aunque fuese en secreto, la idea de ser bien recibido por personas que compartían su mismo estigma era irresistible.

«Así es como me seduce», pensó Jia. Serían como amantes. Si se daban literalmente placer el uno al otro o no, era casi incuestionable. Era la detestable verdad la que les unía.

—Será un honor, señor —respondió Jia—. Gracias, señor.

—Entonces ¿lo entiendes?

—Creo que sí, señor. Sí, señor.

Qin había estado examinando el rostro de Jia mientras iba asimilando todo aquello, observando cada desconcierto y emoción perceptibles. «Él debió de sentir lo mismo cuando ellos se acercaron a él», pensó. ¿Cuánto tiempo haría que existía aquel concilio? ¿Años? La idea hizo que la cabeza le diera vueltas. Se sentía como si se encontrase en una escalera sobre una inmensa fosa. Un paso en falso le llevaría a la muerte, pero también tenía una estimulante sensación de cercanía. Tal vez algún día él estaría por encima de otro hombre, ayudándole también.

Jia sonrió, pero el rostro del otro hombre se oscureció como si le rechazara. ¿Había pensado que era una sonrisa insinuante? ¿Una treta?

«¿Lo he hecho con esa intención?», se preguntó Jia.

—Ya sabes que ha entrado un vuelo estadounidense en California hace cuatro horas —dijo Qin.

—Sí, señor. Lo derribamos, señor.

—Estaban usando códigos del Segundo Departamento. La coincidencia en el tiempo parece sospechosa. El destacamento que protege los laboratorios no es insignificante. Un pelotón completo de Tigres Negros residía con los equipos científicos. También estaban equipados con dos helicópteros propios. Si sus radios

han fallado, ¿por qué no han enviado esos helicópteros para solicitar ayuda?

—El avión estadounidense fue destruido, señor.

—¿Y si había más? ¿Podrían los estadounidenses haber traspasado vuestras líneas con otra aeronave?

—Sí, señor. —Jia tenía ahora una postura formal. Se había dado cuenta de su error. En su relación con Bu Xiaowen se había visto en el mismo dilema, que era precisamente la razón por la que la homosexualidad era ilegal en el ELP. El favoritismo era una debilidad, así como la sumisión forzada y el resentimiento que podía surgir de las violaciones. Si el concilio estaba tan bien afianzado como Jia esperaba, debían de ser incluso más estrictos a la hora de exigir una política de no intervención entre ellos. Era una ley esquizofrénica pero vital, negar su propia naturaleza. ¿Había excepciones? ¿Relaciones encubiertas? Debía de haberlas. Pero ¿cuál sería el castigo?

—Soy consciente de que estabais medio ciegos —dijo Qin.

Jia asintió. Su red de radares todavía funcionaba sólo al cuarenta por ciento y, en demasiados lugares, la vigilancia orbital estaba bloqueada por la lluvia radiactiva.

—No esperamos lo imposible —dijo Qin.

—No, señor. Gracias, señor.

—Pero todos nosotros sufriremos si hay Fuerzas Especiales estadounidenses en esos laboratorios. —Qin volvió a enfatizar una palabra de nuevo. «Nosotros.» La señal era inconfundible.

Si el concilio había iniciado la nueva guerra, sus destinos estarían ligados a la nanotecnología. Vivirían o morirían con ella. El impulso que habían adquirido desde que se desató la plaga mental y sus tecnologías derivadas les harían ascender a los escalones más altos, o si la investigación se perdía, la repentina falta de potencial podría hacer que esos cargos se ofrecieran a elementos militares más convencionales.

—No nos falle —dijo Qin, bajando la voz.

Entonces sus dedos rozaron el antebrazo de Jia de nuevo mientras evaluaba a aquel hombre más joven.

Era una invitación. Qin podía proteger a Jia de los líderes que no pertenecían al concilio si tenía éxito. Rescatar a los científicos y la nanotecnología ayudaría a compensar las faltas que habían percibido en la conducta de Jia... si realmente sabía en lo que se estaba metiendo.

Jia empezó a dudar. ¿Y si Qin le estaba engañando? Tal vez no existiese ningún concilio, sólo él. El general podía estar llevando a cabo una operación no autorizada y utilizando a Jia para sus propios fines. Jia esperaba que no fuera así. Si un arma nanotecnológica incontrolada había silenciado los laboratorios, podría morir tan pronto como sus helicópteros entrasen en el área... pero si el concilio existía, incluso su muerte les serviría, alertándoles de que contuviesen la nanotecnología con todos

los medios que fuesen necesarios, incluso nucleares, limitando así los daños a su fuerza política. Él formaría parte de su legado. Y si había soldados enemigos en California, Jia tendría la oportunidad de castigar a los estadounidenses con sus propias manos.

«Sea como fuere, soy de Qin», pensó, mientras se ponía firme para saludar.

—Mi equipo de ataque estará reunido en cinco minutos, señor.

Cam se pegó la linterna contra el uniforme al oír los helicópteros, sofocando su blanco haz de luz antes de levantar la cabeza desde debajo de una camioneta Ford.

—Helicópteros —dijo—. Dos, puede que tres.

Alekseev no salió de debajo del vehículo.

—Los estoy oyendo —dijo—. Déjame terminar.

—Debemos evitar que nos pillen al descubierto.

—Irán a vuestro San Bernadino primero. Ilumíname.

Cam cerró la boca. No tenía sentido poner nervioso a alguien con los dedos en un cartucho de C-4. Alekseev había instalado un puñado de explosivo plástico en la rueda trasera del lado del conductor del Ford, donde volaría por los aires el eje y el remolque. Cam apuntó con la linterna bajo la camioneta de nuevo, con la cabeza girada hacia el otro lado. Por desgracia, su visión nocturna era terrible después de haber estado viendo trabajar a Alekseev.

No les preocupaba que nadie saliese a hurtadillas de entre los escombros. Los chinos podían haber acuartelado a otros soldados cerca de allí, o puede que algunos hombres hubiesen sobrevivido a los ataques de Kendra, pero moverse de manera silenciosa por aquel caos era imposible.

Cam era capaz de distinguir la mayor parte de las ruinas de su entorno inmediato con el débil halo de la linterna. A cuatro metros y medio, los restos de color ceniza se fundían con la penumbra de color ceniza. Todo estaba en silencio, excepto por el leve susurro del polvo que caía, que le recordaba a las tormentas de nieve, el esquí y tiempos mejores. Incluso disfrutó de aquella melancolía, porque sabía que aquella leve paz no duraría.

Los helicópteros procedían del noroeste, y atravesaban vibrando la ciudad. Cam sentía el ruido en la madera y el cristal bajo sus botas. En algún lugar a su izquierda una duna se derrumbó y se escuchó el repiqueteo de unos ladrillos.

Cam y Alekseev llevaban casi una hora trabajando con ahínco en el tumulto del lado oeste de la universidad y habían estado a punto de perder la linterna cuando Cam se abrió la mejilla con un trozo sobresaliente de madera. Ambos se habían caído varias veces, lo cual les había provocado heridas en las manos y las rodillas. Medrano estaba solo en el norte. Obruch cubría los lados este y sureste, donde sus defensas serían más débiles. Tampoco esperaban tener muchas posibilidades de servir de refuerzo a los demás en caso de que fuera necesario. El perímetro era demasiado

grande. Cam había acompañado a Alekseev más como un aprendiz que como un guardia. Tal vez fuera necesario saber cómo cablear explosivos plásticos.

—Están en el suelo —dijo Cam cuando el temblor de la aeronave aumentó brevemente y después cesó cuando los helicópteros aterrizaron en el San Bernadino. Con el cambio de sonido, su pulso también se aceleró, en lo cual halló una calma familiar. Sentía una nueva determinación que era tan bien recibida como no deseada. La espera había terminado.

«No tardarán en darse cuenta de que allí no hay nadie», pensó.

—Será mejor que volvamos. Deja lo que te quede por hacer.

—*Da*. He terminado.

En cada sitio en que habían parado, lo primero que había hecho Alekseev había sido dar forma a la blancuzca arcilla. Después había introducido un fino cilindro en los explosivos y había ajustado la pequeña pantalla digital situada cerca del extremo superior. Los cilindros eran detonadores por control remoto de frecuencia específica. El activador era una especie de artefacto de color verde oliva parecido a una pequeña fiambrrera. La mayor parte no era más que una pila, un trozo de antena y acero para amortiguar. En la parte inferior había una pantalla digital y un teclado simple de veintitrés teclas. Las primeras veinte eran cuadradas. Las otras tres eran rectangulares y en ellas se leía: ARMAR, CANCELAR y DISPARAR. Era parte del equipamiento estadounidense que la gente de Alekseev había ido recogiendo durante la primera guerra.

Ver aquellas palabras en las manos de Alekseev era extraño. Hacía tan sólo un día se habían enfrentado entre ellos. Ahora eran amigos. A Cam no le gustaba, pero lo necesitaba. Mientras trabajaba, Alekseev le había adjudicado a cada detonador una clave de una tecla en frecuencias entre los 1.000 y 3.000 megahercios. Medrano había usado entre 4.000 y 5.000, Obruch entre 6.000 y 7.000. Cada uno podía detonar las cargas de los demás si hiciera falta, incluido Cam, que llevaba su propio activador. Su mejor oportunidad de conseguir tiempo era fingir que una fuerza numerosa había ocupado el campus. Eso suponía tener que colocar bombas en todos aquellos lugares adonde no podían dirigir sus armas. La mayoría de aquellas cargas sería pequeña. Alekseev no había traído tantos C-4 como le habría gustado, pero les habían preparado otras sorpresas.

También esperaban que los chinos tuviesen miedo de dañar sus laboratorios y a sus científicos. Probablemente, ni siquiera sabían que aquellas personas estaban muertas. Alekseev había planeado fingir que los habían tomado como rehenes. Con un poco de suerte podrían alargar las negociaciones hasta que Kendra los hubiese infectado a todos.

Deborah se estremeció, aunque no dijo nada, cuando el ruido de los helicópteros resonó dentro de la tienda de campaña. Simplemente se limitó a observar a Kendra.

Después algo golpeó el techo de plástico negro que había sobre ellas. Los escombros se deslizaron por los dos lados de la tienda, acariciándola como si fueran dedos y caras extrañas. ¿Se estaba resquebrajando el edificio con la vibración del ruido? ¿Se había dado cuenta Kendra de algo?

La flaca y enmarañada bruja se había quedado helada hacía diez minutos. No decía nada. No hacía nada. Sólo miraba el microscopio de fuerza atómica. Deborah tenía miedo de zarandearla, pero ¿cuánto tiempo podían seguir así?

La tienda negra las rodeaba como un manto o un velo. Parecía medir mucho menos que cuatro metros y medio por seis. Las paredes brillaban con las lámparas halógenas, entrecruzadas con las sombras del equipamiento y las suyas propias. Tal vez no hubiese sido tan horrible si el plástico no fuese opaco, o si tuviesen una radio o alguien con quien hablar fuera.

A Deborah le dolía el hombro. Y la cara. Y el pecho. Al menos tenían agua. Medrano había traído dos garrafas de siete litros y medio de la cocina de los laboratorios antes de cerrar la tienda con cinta adhesiva, y Deborah usó una para lavarse la cara y el cuello y para lavar la estirada piel de Kendra, cuidando de la bruja de ojos apagados como si fuera una niña o una muñeca. Aquello pareció revivirla. Durante un rato, Kendra había estado espabilada, trabajando como si ya fuese otra persona. Los primeros treinta minutos juntas habían sido intensos y productivos, mientras Kendra le echaba un vistazo a las carpetas y las cajas de muestras y le describía a Deborah los caracteres mandarines que buscaba. Habían encontrado modelos anteriores de la vacuna. Insertaron un sustrato tras otro en el microscopio. Kendra usaba a Deborah como si fuera sus manos, hablaba con ella y pensaba con ella. A Deborah le impresionó su ímpetu. Kendra identificó la quinta y la octava muestra como las ideales. Después trazó un bosquejo en el cuaderno para dar forma a sus conceptos. Deborah pensó que el dibujo parecía un renacuajo. Tenía una cola larga y curva sobre un cuerpo ovalado, pensado para desplazarse y cazar, pero primero Kendra tenía que crearlo, e hizo una mueca de decepción cuando dos ordenadores portátiles le negaron el acceso al requerir una contraseña. Al menos consiguió acceder al tercero, y farfulló algo en chino con una carcajada. Aquel fue el primer indicio de que algo iba mal. Sus movimientos empezaron a volverse repetitivos, casi maníacos. Después volvió a hablar con Deborah otra vez, en el idioma equivocado.

Kendra había seleccionado veinte archivos y había descartado otros quince, mientras Deborah se esforzaba por entender su importancia y no reconocía nada. La mente de la otra mujer funcionaba mucho más rápido que la suya, pero también se estaba fragmentando a esa velocidad.

—Podemos programar el microscopio para montar un nano modificado a partir de un modelo preexistente —había dicho—. Nos ahorraremos horas. Pero primero

necesito... Y si... No.

Después se hizo el silencio. Kendra se detuvo. Deborah no sabía adónde había ido su mente. Cada respiración era como ejercer presión sobre cáscaras de huevo. Deborah pensó que podía traer de vuelta a la mujer con una palabra o tocándola, pero ¿y si era un error? Podía interrumpir cualquier cálculo que estuviese realizando en su cabeza. Lo más importante era no asustar a la fea bruja.

No podían depender de ella, y Deborah se preguntó qué haría Kendra cuando empezasen los disparos.

El Z-9 de Jia abandonó el hospital cuando éste terminó la llamada por radio.

—Nuestra gente en el punto uno ha sido asesinada por acción enemiga —dijo a través de la estática, observando a las Fuerzas de Élite que tenía a ambos lados—. Repito, nuestra gente en el punto uno ha sido asesinada por acción enemiga. Corto —repitió, incitando a sus hombres al tiempo que confirmaba su informe.

Bajo la débil luz verde que se reflejaba de los instrumentos de la cabina de mando tenía unos ojos preciosos, salvajes y brillantes. El Z-9 era una aeronave pequeña. Jia sólo contaba con cinco soldados, aparte del piloto y el copiloto, los cuales eran también comandos. En el otro helicóptero también iban ocho hombres. Jia habría preferido un ejército, y había reducido al mínimo cualquier riesgo para sus soldados después de haber sobrevolado el San Bernadino la primera vez. Las pruebas habían sido grotescas incluso a cierta distancia. A través de sus lentes de visión nocturna habían visto cadáveres licuados por todo el patio y un Z-9 volcado sobre unos escombros cercanos. Uno de los muertos empuñaba su arma. Aquello había sido suficiente para Jia. Los cuerpos parecían estar derretidos, y nadie se enfrentaba a la nanotecnología con una pistola. Qin tenía razón. Por terrible que fuera, Qin tenía razón. Los estadounidenses se habían infiltrado por aire en la cuenca de Los Ángeles, sorprendiendo al personal del laboratorio. Lo más probable es que ya se hubieran marchado, huyendo con datos inestimables y con prisioneros. Pero ¿adónde? ¿Cómo?

La rabia que sentía era impropia, dirigida tanto hacia su propia gente como hacia el enemigo. Podría haber protegido aquel lugar de haber sabido que estaba al alcance. Los superiores del general Qin no tenían ningún derecho a culparle por aquella pérdida, pero lo harían. Aquello hacía que se sintiese aún más atraído por el concilio de Qin.

Jia había ordenado el descenso de ambos helicópteros sólo para ahorrar combustible, y habían aterrizado en unas depresiones razonablemente estables entre las ruinas. Después había mandado a un equipo formado por tres hombres a explorar el enorme edificio del hospital. Detestaba tener que permanecer allí, pero tenían que asegurarse de que el emplazamiento estaba vacío primero. Aquella era la máxima prioridad.

Sus soldados regresaron diez minutos después y confirmaron su primera impresión. No había supervivientes. Pero, inexplicablemente, había una cantidad importante de material, de portafolios y de ordenadores portátiles apilados en el vestíbulo del hospital. Jia no paraba de darle vueltas a aquella información mientras volaban hacia el sur. ¿Por qué dejarían los estadounidenses todo aquel material atrás? Si no podían llevarse todo en su aeronave, ¿por qué no lo habían destruido?

—Señor, hay otro helicóptero en las ruinas por delante de nosotros —dijo el

piloto, girándose hacia Jia.

—Dirígete hacia allí.

Recogerían a los muertos más tarde, junto con el resto del material y las pistas que quedasen. Jia estaba seguro de que el segundo emplazamiento también había sido atacado, pero tenía que verificarlo físicamente por puro protocolo. Una tarea inútil. Así es como terminaría su vida, limpiando los errores de otros hombres antes de que le condenasen por esos errores. Su decepción era enfermiza, aunque pensó: «Haré todo lo que pueda. Tal vez ayude a Qin si...»

—¡Cuidado! —gritó el copiloto.

La estela de dos cohetes cruzó la noche a toda velocidad. Las ardientes líneas se ensancharon y pasaron de soslayo el helicóptero de Jia mientras los rotores rugían, impulsados por la reacción de los pilotos. La aeronave se inclinó bruscamente hacia la izquierda de Jia, pero el júbilo que sintió no se debió a haber escapado de los cohetes.

«¡Los estadounidenses siguen aquí!», pensó.

Le quemaban las retinas de sus ojos. Ambos cohetes venían prácticamente del mismo lugar entre las ruinas.

—¡Ahí! —gritó Jia, señalando por encima del casco del piloto. El Z-9 no tenía armamento, pero quería evitar recibir más disparos.

—Los veo —dijo el piloto mientras el copiloto hablaba por el auricular—. Vamos a girar a la izquierda hacia...

Un tercer cohete se elevó desde la tierra directamente delante de ellos. Pasó justo por delante del morro de la aeronave de Jia. El piloto empujó al colectivo de nuevo, meciéndolos hacia abajo. Después la noche explotó.

—¡No! —gritó alguien en el resplandor.

El cohete había alcanzado al otro helicóptero y éste se alejaba en una inmensa nube de fuego y humo.

«Los tenemos», pensó Cam. Tres explosiones iluminaron la oscuridad como fuegos artificiales, aunque dos de las granadas autopropulsadas aterrizaron en las ruinas sin dañar a los helicópteros. Aquellos brillantes estallidos de fuego le desorientaron porque los había esperado en el aire. Por un momento su mente empezó a dar vueltas, intentando entender los fogonazos distantes en el suelo mientras una tercera luz, mucho más cercana, dibujaba la forma de una de las aeronaves chinas en el cielo.

El tercer lanzamiento fue obra de Medrano, disparado desde algún lugar a su derecha. Fue sólo un golpe de refilón. La explosión pareció rebotar del lateral del helicóptero, pero había sido un golpe mortal. Con infinito cuidado, Medrano había colocado frascos de la nueva plaga de máquinas en cuatro de sus granadas autopropulsadas. La granada abrió una brecha en el vehículo. La nanotecnología hizo

el resto. El helicóptero empezó a dar sacudidas y después descendió en espiral hacia los escombros. Las llamas se habían apagado antes de que se estrellase contra el suelo. Ni siquiera explotó. Pero se escuchó un sólido impacto en la oscuridad.

Cam agarró otra granada del trozo de cemento en el que había decidido luchar. Estaban más cerca de los laboratorios de lo que le gustaba, pero tenían miedo de que les superasen demasiado en número, y querían poder disparar hacia el campus en caso de que el enemigo lograra acceder.

Los cimientos del edificio estaban al descubierto en la parte en que las paredes habían sido destruidas, creando un pequeño rincón abierto en el que Cam había dispuesto su arsenal, memorizando cada arma en fila. Si Alekseev había apuntado con un segundo lanzacohetes, el coronel ruso todavía no había disparado. Cam no veía al otro hombre, pero era consciente de su presencia y de la de los demás, como ecos de sí mismo. En combate, estaban tan unidos como si fueran hermanos.

—¡No dispires aún! —gritó Alekseev—. ¡No dispires!

—¡Te oigo! —gritó Cam.

Aquella era su última granada, y estaban disparando a ciegas. Habían sido probablemente sus primeros lanzamientos, como proyectiles trazadores, los que le habían proporcionado a Medrano la oportunidad de hacer diana. Ahora la aeronave que había sobrevivido estaba girando hacia el norte, y el sonido de sus aspas golpeaba los escombros. Cam se levantó y prestó atención en la oscuridad abriendo bien los oídos, y usó todo su ser como un diapasón. Podía seguir las vibraciones. «Ahí», pensó.

—¡A las once en punto! —gritó—. ¡Están a las once en punto!

Cam volvió a agacharse en la base del edificio.

—¡Reacciona, reacciona! —gritaba el copiloto, intentando despertar a sus camaradas.

Mientras, Jia gritaba por su propio transmisor:

—¡Aquí Dragón Corto! —dijo—. ¡Nos están atacando! ¡Los estadounidenses parecen estar atrincherados alrededor...!

La ciudad que había debajo estalló. Jia seguía buscando el otro helicóptero cuando las negras ruinas volaron por los aires con cuatro detonaciones. Las llamas subían distorsionadas. Cada estallido estaba cubierto de escombros. Uno de ellos lanzó un coche en espiral hacia él, y el capó y las ruedas saltaron volando por su cuenta. Algo golpeó la aeronave con lo que parecía el ruido de un escopetazo y el helicóptero empezó a dar bandazos.

—Nos han dado —dijo el piloto con calma.

«He sido un egoísta —pensó Jia—. No he tenido el suficiente cuidado.»

—¿Podemos volar? —preguntó, pero la respuesta era obvia. El vehículo giraba cada vez más deprisa en el sentido de las agujas del reloj.

—La cola... —empezó el piloto.

—Intenta que lleguemos al suelo de una pieza —dijo Jia antes de gritar por radio de nuevo—: ¡Aquí Dragón Corto en el punto dos! ¡Nos han dado! ¡Nos han dado! Los estadounidenses parecen estar atrincherados alrededor del objetivo y vamos a aterrizar al norte...

Otras dos explosiones tiñeron el cristal de luz. En el falso amanecer, Jia vio las vigas de un centenar de paredes rotas que se elevaban desde el suelo. Postes. Cables. ¿Había algún sitio seguro sobre el que aterrizar? Segundos después aterrizaron de golpe sobre aquel desastre. El helicóptero rebotó, y después se inclinó hacia un lado.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó el piloto, desconectándolo todo mientras Jia y sus hombres saltaban en un rápido orden. Debería haberse sentido orgulloso de ellos, pero no podía ver nada más que su furia y sus propios fallos.

—Dividíos —dijo, indicando a la escuadra del teniente Wei que se dirigiera hacia su izquierda.

Los dos pilotos y otro hombre irían con él.

—Los rodearemos por ambos lados. Mantened la radio conectada. Daos prisa. Necesitamos atravesar sus líneas lo más rápido posible.

Primero informaría a su vieja base. ¿Enviarían refuerzos? ¿Cómo iban a llegar más soldados hasta él si no había más helicópteros? Jia le era leal a China y al general Qin, pero era consciente del peligro que había en lo que debía decir:

«El cincuenta por ciento de mi fuerza de ataque ha muerto.»

Si sus superiores intuían que estaba perdiendo aquella batalla, enviarían los bombarderos pesados de Xian sobre los laboratorios. De hecho, Jia se preguntaba si aquellos aviones no estarían ya en el aire.

Kendra alzó la mirada hacia las primeras explosiones.

—Vete —dijo—. Ayúdales.

—Estoy aquí para ayudarte a ti —respondió Deborah, perpleja al ver la serenidad que reflejaba el rostro de Kendra. «Dios mío —pensó—. ¿Es posible que haya estado totalmente coherente todo este tiempo?»

—Sé lo que tengo que hacer —dijo Kendra—. El marcador...

Hubo otra enorme detonación fuera del edificio, y más escombros cayeron acariciando y arañando la tienda de campaña.

—Sólo necesito algo más de tiempo —dijo Kendra.

—Puedo ayudarte.

—Tienes que confiar en mí.

«Pero no lo hago», pensó Deborah.

—Kendra...

—Estoy bien. Mírame. Estoy bien. Sé lo que tengo que hacer.

Deborah miró a los ojos negros y brillantes de la bruja. Después asintió, cogió su

AK-47 del ordenador y rasgó las portezuelas selladas de la tienda de campaña.

Los escombros ardían. Las llamas saltaban y reptaban por las ruinas por una docena de lugares, proyectando sombras y una luz anaranjada. Cam esperó, con su estómago crepitando de la misma manera. La lucha se había detenido durante treinta minutos mientras los chinos avanzaban palpando el traicionero paisaje. Cada segundo que pasaba era a su favor. Oyó dos veces gente haciendo crujir las dunas, pero no disparó. Tenía menos probabilidades de fallar si lo hacía a quemarropa. «Deja que lleguen hasta ti —pensó—. Deja que vengan.»

De repente, dos de las bombas de Medrano estallaron a 90 metros a la derecha de Cam. Oyó el intenso tartamudeo de un AK-47. «¿Medrano?» Otra arma respondió. Cam intentó ubicar la posición del arma, pero la lucha estaba demasiado lejos.

Una tercera arma se unió a la segunda, era un traqueteo poco familiar. ¿Llevaban ametralladoras los chinos? Las balas impactaban contra los escombros. El AK-47 se había detenido. Entonces otra bomba derribó una de las paredes que todavía estaba en pie y arrojó fuego y cascotes. Las ametralladoras cesaron y el AK-47 ladró de nuevo. Una vez; dos veces. Cam se dio cuenta de que había dos rifles de asalto. Obruch debía de haber ido a ayudar a Medrano. Estaban defendiendo el frente. Cam quería ayudar, quería gritar y animarles, pero se mantuvo centrado en las ruinas que tenía delante, inspeccionando el terreno de un lado a otro en la penumbra.

Algo se movió a su izquierda.

Cam levantó su lanzagranadas.

Entonces un objeto silbó en el aire y aterrizó desde una superficie de metal a su derecha, rebotando en los escombros. Quizá fuese a haber otro impacto delante de él. «La granada», pensó, y se acurrucó en la base del edificio de nuevo para proteger la granada con su cuerpo. Si el frasco que contenía la nanotecnología se rompía...

Tres explosiones lo rodearon sin causarle ningún daño. Cam salió ileso del estallido más cercano, aunque el ruido le había atravesado el oído como un lápiz. «No saben dónde estoy», pensó, y se levantó de nuevo con el lanzagranadas al hombro.

La respuesta de Alekseev fue más peligrosa. Hizo estallar otro cartucho de C-4. Un utilitario salió despedido de entre los escombros. A quince metros de distancia, la metralla atravesó el hombro y la cadera de Cam. Aproximadamente a la misma distancia de la bomba, el torrente de fuego también iluminó a un hombre escondido en un hueco contra una de las paredes que seguía en pie. Los chinos habían usado el ruido de sus granadas para avanzar. Cam disparó, pero envió el cohete demasiado alto. Había perdido el equilibrio a causa del caliente metal incrustado en su costado. De modo que el hombre permaneció oculto tras el humo y el polvo.

Cam se agachó. ¿Había visto a otro hombre en la oscuridad? Su instinto demostró ser correcto. Varias balas pasaron por delante de su posición. Era como si las explosiones hubiesen abierto una puerta. Las ametralladoras tartamudeaban en la

neblina, peinando los escombros. Cam se levantó, apuntando con el rifle, y su rostro se llenó de astillas, obligándole a cerrar un ojo a causa del dolor. El AK-47 de Alekseev rugía a su izquierda. Tal vez aquello le dio un respiro a Cam. Las ametralladoras no cesaban, pero la mayor parte del ruido estaba a mucha distancia de él. Lejos, a su derecha, oía armas en la posición de Medrano también.

Cam levantó su rifle de nuevo al tiempo que el fuego disminuía. Sin pensar, vaciló. La batalla tenía vida propia. Cada estallido traía más disparos, y cada pausa hacía lo mismo. Se comunicaban con amigos y enemigos de la misma manera.

—¡Tíng hu3! —gritó Alekseev—. ¡Tíng! ¡Ràng w3 mén tán tán!

Hubo un silencio.

La ceniza caía.

En alguna parte, una pared ardiendo se pelaba y repiqueteaba en los escombros que tenía por debajo. Cam escuchaba en la oscuridad. La táctica de Alekseev era arriesgada: intentar retrasar a los chinos con mentiras, ofreciéndoles un intercambio de rehenes que no existían a cambio de la posibilidad de escapar, y Cam quería proteger a su aliado. Siguió vigilando con cautela, con el rifle apoyado en el hombro.

Alguien gritó:

—W3 mén zài tīng zhe ne.

—¡W3 mén sh3u l0 y3u n0 mén de rén! —gritó Alekseev—. W3 mén yào hé n0 mén jiāo huàn tā mén qí zhōng de yī gè, rú gu3...

Dos granadas detonaron a ambos lados de Alekseev, una de ellas por encima de su cabeza. Los chinos debían de haber mantenido las armas mientras la mecha ardía y las habían lanzado en el último segundo.

La conmoción envolvió a Alekseev en un arremolinante huracán blanco. Cam gritó y disparó. Otra arma le devolvió los disparos. Las balas impactaban contra la madera y el yeso que había a su izquierda. Él le había dado a alguien. Se escuchó un grito. Después un proyectil le atravesó el antebrazo y lo empujó hacia atrás. Perdió el rifle. «Levántate», pensó.

Los chinos estaban penetrando en sus defensas.

Deborah recargó rápidamente, y apoyó su hombro malo contra la pared. Se había quedado en el extremo del campus en lugar de meterse en las ruinas. Esa decisión le había permitido ayudar a Medrano y a Obruch, disparando hacia los estallidos en su flanco mientras conservaba la opción de correr hacia Cam y Alekseev o incluso de retirarse al laboratorio de Kendra.

Era como disparar a unas chispas. Las armas enemigas parpadeaban, se apagaban y parpadeaban de nuevo. No sabía si acertaba, no veía a nadie. Su frustración la ayudaba a concentrarse. Todos sus músculos se centraban en su arma, porque disparar el AK-47 le resultaba un suplicio. Deborah apenas tenía fuerza para controlarlo y, probablemente, no habría podido manejarlo en modo semiautomático. En lugar de

eso, lanzaba disparos independientes, golpeándose el hombro con cada tiro.

Sabía que debía moverse. Pronto le dispararían si no lo hacía. Hasta ahora, las demás armas les habían distraído, al estar mucho más cerca, pero ahora todos los de su bando estaban heridos o muertos. La lucha había cesado. «¿Cuánto tiempo ha pasado desde que aterrizó el helicóptero? —pensó—. Cuarenta minutos. Puede que menos. No es suficiente.»

Deborah avanzó con sigilo bajo la luz naranja, dividida entre dos direcciones, mientras su cuerpo temblaba a causa de la adrenalina y el miedo. ¿Seguía vivo alguno de los suyos?

Jia se abrió paso entre los escombros de rodillas y con una mano, apuntando con su pistola. Se había colgado la ametralladora Tipo 85 de cañón fino en la espalda para poder escalar. Aquel páramo estaba repleto de cosas afiladas y de agujeros. Se venía abajo y chirriaba. Había perdido la cuenta de las heridas que llevaba en las piernas. El otro brazo le dolía bajo la escayola.

Sólo Jia y el copiloto seguían en movimiento. El otro soldado estaba muerto y habían dejado al piloto atrás después de que le hirieran en los dos muslos.

Jia pensó que estaban muy cerca. En la penumbra, más allá de las irregulares figuras de los escombros y de una farola doblada, vio una especie de campo abierto que debía de haber sido un aparcamiento. Había varios coches desordenados y en grupos, y el suelo liso estaba cubierto de hollín y de escombros, pero comparado con el resto de la ciudad, aquel espacio despejado era un jardín. Más allá había edificios más grandes que podían haber sido del mismo tamaño y de la misma forma antes de los temblores, el emplazamiento del laboratorio.

El enemigo estaba usando rifles AK-47, no estadounidenses. Y el hombre al que había visto no llevaba un traje de contención, de modo que ¿por qué no habían enfermado con la plaga cerebral? ¿Quiénes eran en realidad?

Jia se había quedado sin granadas. De lo contrario habría lanzado una para ocultar su aproximación. Todo estaba en silencio. Cada movimiento era un suplicio. Se acercó sigilosamente hacia la farola a través de cristales, de las ramas de los árboles y de los blandos almohadones de un sofá, tanteando cada trozo de basura antes para comprobar si hacía ruido. Quería enfundar su pistola, necesitaba las dos manos, pero no podía escalar sin llevar ningún arma.

Se preguntó si oiría sus aviones antes de que cayesen las bombas. ¿Cuánto tiempo quedaba? Jia estaba tan cerca del edificio que el napalm o los altos explosivos le incinerarían también, aunque continuó hacia delante, atrapado entre la necesidad de silencio y la necesidad de correr. «Ya casi estoy», pensó.

Una figura que corría atravesó el campo, saliendo a toda velocidad de los edificios. Jia no dudó. Se levantó sobre los escombros y abrió fuego.

La pistola ladró delante de Cam, pero el tiro no iba dirigido a él, sino que

apuntaba por encima de su cabeza. «¿Adónde?» Alguien había salido corriendo del campus. «¿Deborah?» La figura era demasiado escuálida. Demasiado baja. Demasiado perturbada. Con toda la densa lucidez de una pesadilla, Cam sabía que Deborah no sería tan insensata como para correr al descubierto.

Era Kendra. ¿Qué estaba haciendo? Por un segundo logró ver su expresión gracias a la luz de los fuegos, sus dientes y sus inmensos ojos blancos, sus negras mejillas empapadas de sudor o de lágrimas. Los disparos la derribaron.

—¡No! —gritó Cam.

Jia se tambaleó hacia atrás cuando una AK-47 tartamudeó en las ruinas por debajo de él, sorprendentemente cerca. Atravesó la farola, y después los disparos pasaron a pocos centímetros por encima de su cabeza. Jia tuvo suerte de que el copiloto estuviese a su izquierda. Oyó el traqueteo de su ametralladora. Las dos armas se batían en duelo, intercambiando estallidos. En un repentino descanso, Jia se irguió y disparó también, descargando su pistola.

Su recompensa fue un cuerpo que se retorció en la noche. El soldado enemigo había caído.

Deborah vio cómo el nuevo tiroteo empezaba en el perímetro, y con la misma velocidad fue testigo de cómo el rifle de su bando se quedaba en silencio. ¿Era Cam o Alekseev? Deborah se dispuso a ayudar, abandonando su rincón. Las armas enemigas giraron hacia ella. La vieron contra la fachada abierta del edificio y atrajo el fuego de al menos dos chinos.

Corrió hacia el aparcamiento, buscando la seguridad tras un coche volcado. El hombro le ardía como un horno, una caja caliente de carne y hueso. El vehículo resonó con el impacto de las balas. El cristal y la pintura llovieron sobre su pelo, pero eso evitó que se asomara por el hueco de la rueda para buscar a sus amigos. Lo que encontró fue una sorpresa mayor. A seis metros de distancia, Kendra estaba en el suelo, tanteándose el pecho desgarrado. «No.» La bruja loca parecía estar haciéndole gestos al aire, estirando las manos hacia el cielo o el infierno o lo que fuera que veía. «¿¡De dónde ha salido!?!», pensó Deborah.

Y después: «¡No debería haber confiado en ella! Pero me dijo que estaba bien. Los hombres me necesitaban. —El debate de Deborah entre el orgullo y la indignación iba dirigido tanto a sí misma como a aquella mujer—. Sabíamos que era inestable. Cam me dijo que...»

Un hilo de luz lo cambió todo en Deborah. Mientras las llamas danzaban, un pequeño cuadrado brilló en la mano de Kendra. Un sustrato. El escaso grado de formación de Deborah fue suficiente para darse cuenta de lo que había pasado.

Quería celebrarlo. Necesitaba llorar.

«Esa maldita bruja estúpida», pensó. ¡Habían ganado! Kendra había creado su contravacuna... pero la nanotecnología tenía que ser absorbida por un huésped para

poder replicarse. No podría haber escapado si Kendra la inhalaba en el laboratorio. La plaga mental le arrebataría los sentidos. ¿Y si se quedaba atrapada en la tienda o si los chinos la encerraban en el edificio? Necesitaba a otras personas para que la nueva epidemia se expandiera de manera incontrolada. Tal vez la bruja loca quisiera morir. De alguna manera debía de haberse dado cuenta de lo mucho que se había acercado el enemigo. ¿Por qué no había corrido hacia Deborah? ¿La habría estado buscando en la oscuridad de la noche? Las dos se podían haber infectado la una a la otra, escondidas junto al edificio o incluso allí, entre los coches.

Kendra estaba intentando ingerir el sustrato, pero no podía llevarse la mano a la boca. La sangre chorreaba desde su codo mientras temblaba con débiles e inútiles espasmos. «Llegó el momento —pensó Deborah—. Lo único que tenemos que hacer es lograr que los nanos entren en su cuerpo. O en el mío.»

Deborah corrió al descubierto.

Jia disparó también al tercer estadounidense, haciendo una mueca de placer al ver que el soldado de pelo rubio daba sacudidas y caía. Después su pistola quedó vacía de nuevo. No tenía más cartuchos, sólo su ametralladora. Empezó a avanzar de nuevo. Se detuvo cuando se dio cuenta de que el americano tumbado en el aparcamiento todavía se movía. Su cabello rubio brillaba con la parpadeante luz del fuego. Jia se apoyó la ametralladora contra el hombro. El arma estaba diseñada para liberar una fuerza bruta, no para lanzar disparos certeros, pero era vital detener a los estadounidenses de lo que fuera que estuviesen haciendo. ¿Liberar nanotecnología? ¿Preparar más explosivos? Ninguna otra cosa tenía sentido. No habrían abandonado sus trincheras de no ser por una buena razón, de modo que dispararía al herido.

—¡Mátalos! —gritó Jia al copiloto.

Deborah cerró los ojos con fuerza a causa del dolor, después los abrió de nuevo llenos de lágrimas y de ceniza cáustica. Su mundo se había reducido a unos pocos centímetros. Se agarró a él con su brazo bueno y arrastró su cuerpo, pero el asfalto nivelado parecía una pared. Estaba demasiado empinado. «Llega hasta Kendra —pensó—. Nada más. Llega hasta ella. Muchas personas cuentan contigo.»

Cada respiración era una lucha. Podía sentir cómo su energía abandonaba su cuerpo con la sangre que brotaba de su estómago destrozado. Apenas sentía la parte inferior de su cuerpo. Sus nervios se habían cortado en alguna parte por debajo de su abdomen, excepto por un único y tembloroso calambre que ascendía desde su muslo izquierdo en el que se le habían montado los músculos.

Kendra estaba a un metro de ella. Un metro. Pero incluso esa distancia era ahora demasiada para cualquiera de las dos. Los puños sueltos de Kendra estaban inmóviles, levantados por sobre su pecho. Sus ojos abiertos de par en par miraban hacia arriba. Estaba muerta. Muerta, pero todavía caliente. Las dos bastarían para gestar la nanotecnología si Deborah conseguía tragársela.

«Debes de ser la última que queda —pensó—. Cam, Medrano... están todos muertos.» Se arrastró con todas sus fuerzas, pero no logró acercarse. Se estiró, y se estiró... Sabía que podría olvidar. Podría escapar de aquel sufrimiento si lo conseguía. La contravacuna le borraría la mente, y ansiaba cualquier paz que la nanotecnología pudiera ofrecerle. Era su deber y su venganza. Con un solo movimiento podría honrar a sus amigos e infectar a los chinos, y con eso bastaba. Tenía que bastar.

«Llega hasta Kendra.»

El polvo se levantó del suelo. Al principio no entendió la lluvia horizontal. Las pistolas estaban más allá del alcance de su vista. Deborah sintió dos o tres tirones en sus piernas muertas y estiradas, pero se olvidó de ellos.

«Kendra.»

Entonces una bala le atravesó el antebrazo. El dolor era acuchillante. No lo conseguiría.

Jia dejó de disparar, rodó por encima de lo más alto de la duna y se preparó para correr hacia los laboratorios. Aquél era su momento. No había más estadounidenses delante de él y no tenía ni la munición ni el tiempo necesarios como para permitir que la lucha continuara.

—¡Vamos! ¡Vamos! —le gritó al copiloto.

Alguien se levantó de entre los escombros junto a él, una figura ensangrentada tan sucia como la noche. Jia apuntó con su ametralladora. Por desgracia, el hombre sostenía un sistema de disparo entre ambos, un artefacto parecido a un pequeño ordenador portátil. La débil luz del fuego reveló una barba y una vieja escocedura en su rostro oscuro. Era hispano.

Se miraron el uno al otro. Quizá fuese como verse reflejado en un espejo. Jia nunca le había puesto cara al enemigo. Siempre habían sido «los estadounidenses». Compasión no era lo que Jia esperaba sentir; siempre había sentido empatía por los demás hombres. Aquel soldado no era menos humano que sus propios hombres. Tal vez Jia fuese el único que realmente se daba cuenta de que los soldados de ambos bandos eran iguales, nobles y valientes.

Jia habría hablado con el otro hombre si compartiesen el mismo idioma. Aun así, intentó comunicarse:

—*¡Bié dòng! ¡Tíng!* —gritó. «¡No se mueva! ¡Deténgase!»

Las pisadas del copiloto sonaban sobre los escombros cerca de allí. Su presencia añadía una segunda arma a Jia. Pensó que el estadounidense podría intentar negociar, pero el hombre no dijo ni una palabra. Parecía que sonreía. Una expresión salvaje dividía su rostro, aunque su odio y su resentimiento no eclipsaban la tristeza que reflejaban sus ojos.

Bajó la mano sobre su dispositivo. Las ruinas se sacudieron. Las explosiones estallaron, formando un anillo irregular alrededor de los laboratorios. Diez cegadores

fogonazos en la noche. La metralla caía sobre las dunas, pero las detonaciones más cercanas fueron detrás de Jia. Estaba dentro de su perímetro. Las bombas lanzaron la mayor parte de los escombros lejos de él.

Era una última diversión.

Jia disparó al estadounidense mientras esquivaban los estallidos juntos. Ambos hombres se agacharon sin pensar. Sólo Jia permaneció agachado. El estadounidense volvió a levantarse cuando el chino le atravesó el pecho con su ametralladora, pero había conseguido darles más tiempo a sus camaradas, aunque sólo fueran unos instantes.

Mientras las explosiones se elevaban a través de las cenizas, el americano rubio tumbado en el aparcamiento se retorció una vez más, intentando llegar hasta el cadáver cercano. Jia apuntó de nuevo. A su lado, el copiloto apuntó con su ametralladora de Tipo 85. Los chinos acribillaron ambos cuerpos con sus armas, pero en ese mismo instante a Jia Yuanjun le pareció ver que éstos llegaban a alcanzarse. El brazo del cadáver cayó a un lado de su cuerpo, mecido por las bombas o por las propias balas de Jia.

Los dos americanos se estaban tocando.

Entonces la figura rubia se llevó una temblorosa mano a la boca.

Le dolían los dientes. Tenía dos incisivos sueltos. Estaba segura de que se había roto un viejo empaste, pero parecía ser incapaz de dejar de rechinar las mandíbulas. Cuando dormía, aquella manía se agravaba aún más. Necesitaba una especie de protector nocturno, si es que podía fabricarse. De lo contrario se iba a quedar sin dientes.

Los médicos del ejército dijeron que era un trastorno de estrés postraumático. Habían sufrido mucho estrés y pasado mucho miedo. Ruth estaba convencida de que sus vías nerviosas estaban alteradas de manera crónica, porque sus tics no se limitaban sólo a rechinar los dientes. Tendía a formar un puño con la mano izquierda y a apretarlo como si fuera un corazón. Miraba constantemente hacia ese lado. La plaga mental la había cambiado, y había percibido los mismos síntomas nerviosos en la mayoría de los supervivientes. Los médicos querían hacerlo pasar por un reflejo traumático normal porque lo único que podían ofrecer eran unas cuantas palabras de tranquilidad. Pero Ruth podía crear algo para combatirlo.

Los peores casos se estaban tratando con hierba, con alcohol o con ataduras. La mayor parte de la gente parecía estar bien. De hecho, Ruth no podía creer que aún no hubiesen pasado ni dos días desde que se despertó. Los mejores efectivos del ejército de Estados Unidos no tardaron en recomponerse y de prepararse para una batalla que nunca llegó.

La guerra había terminado.

Dieciséis horas antes habían aterrizado en Sylvan Mountain, a ciento cuarenta y cinco kilómetros al suroeste de Grand Lake. Este último emplazamiento había sido abandonado por ahora, ya que sus complejos estaban demasiado dañados a causa del ataque chino. Sylvan Mountain era principalmente una base de tierra, una simple plaza de armas repleta de blindados, artillería y helipuertos, de modo que no había sufrido ataques aéreos. La plaga mental había bastado para incapacitar aquel lugar.

La lluvia radiactiva también había llegado hasta aquellas montañas, pero el cielo se estaba despejando, dejando sólo una leve capa de hollín. Algunas motas seguían arremolinándose en el viento, juntándose, separándose y juntándose de nuevo, como su mano.

Ruth observaba el horizonte, intentando olvidarse de sí misma. Una pequeña parte de ella se deleitó en el calor del sol amarillo de las últimas horas de la tarde. Pronto oscurecería, y ella agradecía la luz. También agradecía el ajetreo de los soldados alrededor del único helicóptero que había en aquel amplio suelo de hormigón. Estaban cargando el Black Hawk con alambre extraído de sus propias alambradas y gritando en el frío mientras luchaban contra el acero con alicates y guantes. Nada de aquello bastaba para entretenerla. Sólo podía observar y esperar, pasear y sufrir sus

tics.

Un capitán con un M4 la interceptó.

—No debería estar aquí fuera —dijo—. ¿Doctora Goldman? No debería estar aquí.

—Beymer —dijo ella, tirando de la blanca insignia de su uniforme. «Vaya a preguntarle al coronel Beymer.» El agobiado coronel de la Marina ejercía de oficial al mando y no había sabido qué hacer con ella, aparte de proporcionarle todo lo que necesitase: atención médica, alimento, reposo y un espacio tranquilo para el microscopio que habían recuperado con ella. Nadie había tenido tiempo para hacer de niñera.

Supuestamente, aquella insignia la autorizaba a acceder donde quisiera, y Ruth lo agradeció. Hablar suponía un esfuerzo. Además de dolerle los dientes, se había mordido la lengua y la parte interna de las mejillas mientras había estado infectada, posiblemente porque había estado atada y su cuerpo no había encontrado otro modo de responder a las órdenes de moverse de la plaga mental.

—Esto no es buena idea —dijo el capitán—. No sin trajes de contención.

Ruth no contestó.

—Sé lo que siente —dijo—, pero no sabemos lo que podrían tener. ¿Y si había otras cepas de nanos?

Sólo unas cuantas de las palabras del capitán se repitieron en medio de su ansiedad. «No sabe lo que siento —pensó—. Yo debería haber estado allí.» Pero el capitán tenía razón, aunque no fuese por los motivos que había mencionado. La pista de aterrizaje se convertía en un zoológico cada vez que llegaba un nuevo helicóptero. Después de todo lo que había sucedido, sería muy idiota por su parte morir aplastada por una de las aeronaves o atropellada por sus equipos terrestres.

—Me apartaré de aquí —dijo, pronunciando lentamente a través de su boca hinchada.

—Gracias, señora.

El capitán vaciló, intentando establecer contacto visual, pero Ruth no podía mirarle a la cara. No podía mirar a nadie. Esperaban mucho de ella.

Y ella utilizaba eso contra ellos. Todo el mundo tenía miedo de un nuevo contagio, de que se cociera algo más en Los Ángeles, pero Ruth había convencido al coronel Beymer de que enviase un helicóptero a buscar a sus amigos igualmente. Kendra Freedman fue el nombre que citó. «Tenemos que encontrarla», había dicho, y aquello era verdad, pero estaba menos interesada en salvar a Freedman que en averiguar si Cam y Deborah estaban vivos.

Ruth atravesó la pista de aterrizaje, se sentó en una caja de suministros y pasó una uña por el astillado borde de la caja. Era estupendo estar fuera de su laboratorio. Incluso la boca le dolía menos en el exterior. La tienda de campaña era pequeña y

oscura, y a Ruth le perturbaban más que nunca las cosas pequeñas y oscuras. La espera era peor. Hacía diez minutos que Beymer había enviado a un hombre para decirle que había llegado el equipo de Los Ángeles.

«Yo debería haber estado allí.»

Aquel pensamiento la atormentaría toda su vida. ¿Habrían sido diferentes las cosas si ella hubiese podido ayudarles? ¿Estaría ahora muerta también?

Ruth había recuperado el sentido en una casa en la vieja aldea asolada por una inundación de Tabernash, a treinta y dos kilómetros al sur del hangar del V-22. Ingrid estaba con ella en una habitación cerrada, pero estaba infectada, y sólo una de las manos de Ruth estaba parcialmente desatada. Ingrid debía de haber visto a los demás enfermar antes de correr a liberar a Ruth. Pero no había sido lo suficientemente rápida. Ruth seguía atada a la cama. Convencer a Ingrid para que se acercara había sido imposible. Ruth había gritado y suplicado en la oscuridad, hambrienta, sangrando, y sola a excepción del inconsciente fantasma de su amiga. Observaba cómo Ingrid se paseaba durante horas de un lado a otro, dándose contra las paredes, sin llegar a encontrar jamás la puerta, hasta que la anciana finalmente se acercó lo suficiente como para que pudiese agarrarla del cinturón. Ruth estaba débil. Ingrid torpe. Cayó sobre Ruth y después se alejó rodando, pero la científica ya había conseguido coger la pistola que llevaba en la cadera. Tenía las manos atadas demasiado juntas como para apuntar a las cuerdas, y tampoco quería dispararse a los pies, pero logró usar el arma como herramienta para liberarse. Después encontró la radio.

Unas horas antes, Ruth había conseguido modificar la primera vacuna para que la plaga mental actuase más deprisa que la contravacuna, creando así un antídoto. Reprogramar el antídoto para que no se duplicase excepto en condiciones específicas había sido más difícil, pero querían evitar que se extendiera a los chinos, al menos hasta que el enemigo estuviese detenido en campos de prisioneros. Ruth había ideado una función que limitaba que el antídoto se replicara sólo en atmósferas ricas en oxígeno. Podía crear un medio artificial, especialmente a la altitud de Sylvan Mountain, usando valiosos suministros médicos. Eso significaba que pudo cultivar el antídoto en pequeñas dosis. Después lo aseguró en frascos de plasma sanguíneo para inyectárselos a las personas de una en una.

Ingrid, Emma y el general Walls estaban ahora en una tienda de campaña privada, recuperándose. El resto de aquellos héroes habían desaparecido. Por los datos del ordenador de Walls sabían quién más había sobrevivido, pero Bobbi Goodrich debía de haberse alejado de su refugio antes de que Ruth se liberase. Bobbi había desaparecido. Tampoco habían podido localizar a la otra escuadra de soldados inmunizados dirigida por el teniente Pritchard. Donde quiera que se hubiese escondido el comando de las Fuerzas Armadas, sus hombres estaban infectados, tal

vez muriéndose de hambre o heridos, y Ruth esperaba que alguien los encontrase antes de que fuese demasiado tarde. Los lugares que se habían ganado en la historia eran primordiales incluso para ella, porque había sido esa gente, y no ella, quien había luchado hasta el final.

La agente Rezac era otra complicación. El antídoto de Ruth presentaba algunos de los mismos riesgos que la propia plaga mental. Al cabo de unos segundos de recibir la inyección, Rezac había sufrido un derrame cerebral y había muerto. Y el mismo problema había incapacitado o matado a decenas más en Sylvan Mountain mientras despertaban de la plaga. No era justo.

Los primeros informes desde Los Ángeles fueron todavía más pesimistas. El equipo de rescate dijo que habían encontrado a Deborah y a Kendra muertas en un aparcamiento fuera de los laboratorios chinos. Los cuerpos de las mujeres estaban tirados uno junto al otro, con el brazo de Kendra estirado, y la mano de Deborah pegada a su propio rostro con un sustrato en la boca.

Lo habían conseguido. Aunque se habían visto superados por los soldados chinos, habían ganado. Desde sus cuerpos, la contravacuna habría pasado al enemigo... y a Cam.

Él estaba vivo. Estaba en la segunda fase de la infección cuando el equipo de rescate lo encontró acurrucado entre las ruinas. Su cuerpo estaba en una especie de estado indefinido de hibernación. Aquello le había salvado. Probablemente no se había movido más que unos centímetros durante la primera fase de agitación de la plaga mental. Estaba casi muerto por la pérdida de sangre, pero habían hecho todo lo posible por aumentar sus signos vitales. Lo estaban trasladando rápidamente a Sylvan Mountain para operarle. Aparte de los dos prisioneros chinos encontrados en el emplazamiento, Cam era el único testigo de lo que había sucedido en Los Ángeles. Medrano también había muerto, así como un par de soldados rusos encontrados entre los escombros. ¿Serían aliados de los chinos?

Cam podía saber algo sobre el trabajo de diseño de Kendra, o de los otros laboratorios, o de los supervivientes estadounidenses, pero en realidad no había motivos para que Ruth dejase sus propios programas acelerados de investigación para esperar su helicóptero. No había recuperado la consciencia. E incluso si abría los ojos, sería un zombie. Cam tendría más probabilidades de recuperarse si fuese receptivo, si no luchase contra sus restricciones, pero su cuerpo no necesitaba más *shocks* inmediatos. Los médicos no le inyectarían el antídoto hasta que mejorase.

Ruth sólo había ido a la pista de aterrizaje porque necesitaba verle una vez más antes de que se arriesgasen a matarlo como había sucedido con la agente Rezac.

Esperaba estar embarazada. Parecía improbable. Sólo habían hecho el amor una vez, pero estaba ovulando, de modo que no era imposible. Deseaba tener ese hijo. Así al menos parte de él continuaría adelante.

¿Acaso no se lo merecían ambos?

Ruth se puso inmediatamente de pie cuando dos F-35 planearon sobre su cabeza. Era el equipo de rescate de la costa Oeste. ¿Dónde estaba el helicóptero? Pasaron largos segundos antes de que un punto negro apareciese desde la puesta del sol. El martilleo de sus rotores resonaba por las laderas. Su misión se había retrasado porque el helicóptero había tenido que repostar en Utah, California, y después en Utah de nuevo. Aquel vuelo a Los Ángeles había sido un minucioso juego del salto de la rana, trabajando con cazas como escoltas con mucha más autonomía y velocidad; lo cierto es que no había más aviones de despegue vertical disponibles. Ruth se alegraba de que hubiesen logrado llegar hasta California. Rompió su promesa de no acercarse a la pista cuando el Black Hawk se aproximó por fin.

—¡Espere, doctora Goldman! —gritó el capitán.

El hombre corrió para detener a Ruth, pero ella se lo quitó de encima y empezó a mirar a todas partes, arriba, a la izquierda, intentando anticipar dónde aterrizaría el helicóptero. Esquivó un jeep cargado de alambre. Después chocó contra dos mecánicos que estaban desmontando un motor y le dio una patada a las piezas de recambio, esparciéndolas por el suelo.

—¡Oiga! —gritó un hombre.

—Lo siento... —dijo, agitando las manos nerviosa. El metal diseminado a los pies de Ruth parecía un mal presagio.

Estuvo a punto de agacharse para ayudarles a recogerlo, pero los equipos médicos habían salido de los edificios bajos que había junto a la pista. Ruth corrió hacia ellos, pero el capitán la agarró de la manga.

—Goldman, espere.

Ella se quedó mirando a aquel hombre, que era mucho más corpulento que ella.

—Quíteme las manos de encima —dijo Ruth.

Él vaciló. Ella se soltó de un tirón. No era culpa suya, sólo la estaba protegiendo, pero Ruth ya no tenía ningún interés en que nadie la protegiera de nada.

De algún modo consiguió controlarse lo suficiente como para darles espacio a los paramédicos y a las camillas mientras un soldado saltaba del Black Hawk. Junto a su cuerpo, su puño se apretaba y se soltaba.

El primer hombre al que sacaron de la cubierta de vuelo estaba irreconocible, envuelto en mantas y con la cara cubierta con una máscara de oxígeno y vendajes. Las aspas del vehículo seguían girando. Ruth corrió hacia el grupo.

—¡Cam! —gritó—. Pero los ojos idos de aquel hombre eran asiáticos. Un prisionero.

—¿Dónde está el cabo Najarro? —gritó.

Estaban descargando a alguien más por el otro lado. Ruth se abrió paso a empujones por el morro del Black Hawk y se unió a la confusión mientras colgaban

unos goteros por encima de su camilla. Necesitaba tocarle. Sentía la necesidad en sus temblorosas manos. Ellos dos eran un circuito que debía cerrarse de nuevo, aunque fuese sólo por aquel instante.

Cam llevaba una máscara de oxígeno como el otro hombre. Un lado de su barba se había quemado, dejándole sólo una sombra de vello negro en su cara. Sin embargo, reconoció su cabello, y los músculos del cuello, aunque su piel oscura estuviese gris y brillante como la cera.

—Señorita, no puede... —dijo alguien.

Su mano alcanzó el hombro de Cam y estalló en lágrimas. Sentía el dolor de una amante y de una amiga, un dolor terrible y profundo. «Quédate conmigo —pensó—. Quédate conmigo. Todavía no hemos tenido nuestra oportunidad. Por favor.» Los ojos de Cam no reflejaban nada más que la ausente e indiferente mirada de la plaga, a diferencia de su característica rabia o determinación. Ruth se giró incluso antes de que otro médico le dijera:

—Deje que lo llevemos dentro.

Ella asintió. No importaba si habían visto el movimiento de su cabeza o no. Ya se estaba retirando, y aquel gesto era tanto hacia ella misma como hacia todos los demás.

Era un gesto típico de él, duro y conciso.

Seguiría luchando, con él o sin él. Se lo debía a todos ellos, aunque no estaba realmente segura de hasta qué punto llevar la siguiente generación de nanotecnología. ¿En qué momento se convertía la autodefensa en algo más? ¿Era posible limitarse a curar a la gente cuando sabía lo fácil que se extenderían los nuevos avances a todo el mundo?

Conforme se apartaba del helicóptero, dos jeeps y más hombres recibieron a los soldados a bordo. Si alguien la había reconocido, no dijo nada. Estaban siguiendo órdenes, descargando con cuidado unos ordenadores, material de laboratorio y documentos. Revisar todo aquel material sería una tarea inmensa. Ruth no tenía ganas de hacerlo. El trabajo mantendría su mente apartada de Cam, pero tal vez estar preocupándose por él habría sido mejor.

«No puedo volver a esa tienda ahora —pensó—. Debería hacerlo. Tengo que hacerlo.» Pero en lugar de hacerlo, caminó hasta el surcado terreno que había más allá de la pista de aterrizaje de los helicópteros, deleitándose con la luz del cielo y el frío. Su cuerpo estaba tan agitado como su cabeza.

«No puedo.»

Ruth se había planteado matar a todo el resto del planeta. Siempre había pensado que su papel era defensivo, pero ¿y si había llegado la hora de que lanzase sus propios ataques? Podría convertirse en un líder planetario, tal y como se habían imaginado a sí mismos hombres como el senador Kendricks.

Al igual que las primeras tecnologías, la plaga mental y sus vacunas estaban disponibles para que las utilizase cualquiera. Pronto podría haber otra plaga, a menos que ella se adelantase a todos los enemigos. Por muy abiertos que tuvieran los ojos, era imposible saber quién se estaba convirtiendo en una amenaza. Rusia. India. Japón. Brasil. O incluso en su propio bando habría gente que insistiría en desarrollar sus propias armas sin ella. Steve McCown había muerto, asesinado en Grand Lake, y Meghna Katechia había desaparecido, posiblemente capturada por los chinos, pero debía de haber otros supervivientes con al menos un conocimiento rudimentario sobre nanotecnología. En el extranjero habría más.

La misma curiosidad y la misma ambición que había llevado al éxito al *Homo sapiens* también era su punto débil. Su inteligencia era un arma de doble filo. Ruth estaba convencida de que el siguiente paso en la evolución debía ser superar sus propios celos y avaricia. Tal vez ya fuese demasiado tarde. El medio ambiente estaba destrozado. La guerra se había convertido en un reflejo de ello. Su fe era lo único que había aumentado.

Nada de lo que había sucedido tenía por qué ser en vano. Todos ellos lo habían hecho bien, habían conseguido más de lo que nadie tenía derecho a esperar. Y eso también era cierto en el caso de sus oponentes entre los chinos.

Ruth se sentía supersticiosa. Casi podía entender el patrón que se había desarrollado. Su premonición de perder a Cam se había cumplido, aunque no de la manera que esperaba.

El lugar que ocupaban Deborah y Kendra en aquel puzzle eran innegables. Ruth deseaba saber dónde encontrar a Sarah Foshtomi. En cierto modo, Foshtomi la había salvado al provocar el accidente que la había infectado. Tal vez la joven hubiese tenido también un papel decisivo a la hora de ayudar a Cam. Ruth esperaba que así fuera. Como tantas otras personas, Foshtomi había desaparecido. Probablemente estuviese muerta, pero su vida había marcado una diferencia.

Ruth jamás habría imaginado una nueva plaga mental de no haber habido otra guerra, y sin la guerra, no habría poseído aquella tecnología de nueva generación. ¿Y si ése era el motivo por el que seguía viva?

No había sido fiel a las responsabilidades que conllevaba su formación. Ahora tenía otra oportunidad, y herramientas todavía mejores en su poder. La plaga mental de Freedman ofrecía una interesante posibilidad. Ruth no tenía la menor duda de que algunas personas se opondrían a hacerles a los chinos exactamente lo mismo que ellos habían planeado hacerles a ellos: convertir a sus enemigos en peones y esclavos. Había una opción mejor.

Ruth podía imponer una paz duradera. Necesitaría ver qué tipo de progresos habían hecho los investigadores chinos, pero si los programas secundarios que habían desarrollado eran tan sofisticados como esperaba, su idea era interferir de manera

selectiva en las funciones cerebrales de todas las personas sobre la faz de la Tierra. Podía liberar su propia plaga mental, no sólo para destruir sus recuerdos de la nanotecnología, sino también para limitar su agresividad, su odio y su imaginación. Se lo haría a sí misma también. Una vez se frenasen esos rasgos, Ruth habría alterado a la raza humana y habría llevado a cabo un cambio tan fundamental que nadie sabría por qué o cómo había sucedido.

Ruth no podría ocultar su verdadera naturaleza eternamente. Todavía estaría reflejada en los libros y en los archivos digitales, aunque no fuesen capaces de comprender ciertas palabras o conceptos. El bloqueo mental sería así por completo. Sin embargo, finalmente, puede que dentro de muchas generaciones, alguien descubriría la verdad. Podrían empezar a aprender nanotecnología de nuevo. Experimentarían con los misterios ocultos en su propio ADN, redescubriendo el poder del miedo y de la ira. Pero hasta entonces habría paz. Serían diferentes, más tranquilos y menos egoístas. Quizá pudieran aprender nuevas maneras de colaborar. El medio ambiente se recuperaría. Aquella paradoja era desesperante. Ruth temía acabar con una parte fundamental de la naturaleza humana por los mismos motivos por los que jamás cometería un genocidio total. No quería convertirse en un monstruo, ni aunque fuese a hacerlo con la mejor de las intenciones. ¿Y si había efectos secundarios? Si inhibía sus impulsos más básicos, podrían perder las capacidades que necesitaban para persistir en aquel mundo destrozado. Pero la lucha tenía que acabar. Otra guerra les destruiría.

«Vuelve a la tienda —pensó mientras miraba las primeras estrellas que asomaban en el cielo nocturno—. Le debes mucho a mucha gente. Vuelve a la tienda y dile a Beymer que quieres los archivos chinos. Esta noche.»

Desarrollar una nueva plaga mental le llevaría meses, puede que más, pero no podía pasar por alto su propia urgencia. La carrera había empezado. Estaría mal no intentar proporcionar una solución cuando estaba dentro de sus capacidades.

«No te equivoques otra vez.»

Ruth regresó a su tienda de campaña.

La luz al otro lado de su minúsculo laboratorio era escasa y verde a través de la lona de la tienda de campaña. Un hombre la llamó desde el exterior.

—¿Doctora Goldman? Se ha despertado.

Ruth alzó la vista de su ordenador con sentimientos encontrados de alegría, alivio y duda. Habían pasado tres días. Era por la mañana. Guardó su trabajo y apagó el ordenador para ocultar lo que estaba haciendo en caso de que Beymer enviase a alguien a su tienda mientras ella estaba ausente. Tenía la sensación de que alguien había examinado su equipo en otra ocasión durante uno de sus cortos descansos. Atravesó el plástico del interior de la tienda y después un segundo compartimiento, como una especie de esclusa, y encontró a un soldado al que reconoció de las

unidades posoperatorias.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Estable. Muy débil.

—Gracias.

El soldado la guió hasta un edificio achaparrado medio enterrado en el suelo. Descendieron seis escaleras hacia la estructura de hormigón, y después tomaron la tercera puerta a la izquierda. Ruth había desarrollado una compulsión por los números. Sabía que Cam estaba dos puertas más allá, cinco en total, no seis como las escaleras. Era una ecuación sin sentido, pero le dio importancia igualmente: eran cinco, no seis, como si intentase contener así sus latidos.

La tercera puerta daba a un puesto de enfermería. El estrecho espacio estaba atestado de garrafas de agua, una pila y colada ensangrentada. Ruth se lavó. El soldado le proporcionó una máscara sanitaria y un mono ancho para cubrir su uniforme.

Cuando por fin llegó a la habitación de Cam, lo hizo con la misma inseguridad que se había apoderado de ella desde que había tomado la decisión de mejorar la plaga mental. Sabía que era mejor que fuese ella quien diseñase algo así antes de que lo hiciera otra persona, pero temía lo que pudiese pensar Cam. ¿Por qué? ¿Acaso no iba a estar de acuerdo con ella?

Lo habían puesto en un estado de semiaislamiento. Decían que era por las quemaduras y las heridas del estómago, ya que ambas tenían un alto riesgo de infección. Ruth sabía que en realidad lo habían metido en una habitación privada porque todavía recelaban de la nanotecnología desconocida, aunque ella misma había analizado su sangre y la de los dos prisioneros y no había encontrado nada; sin embargo, agradecía poder estar a solas con él.

Su piel había recuperado la mayor parte de su tono amarronado. Eso fue lo primero que notó. Su rostro y sus manos habían recuperado su tono normal, especialmente oscuras en contraste con las sábanas blancas. Tenía los ojos cerrados. Se habría marchado si no le hubiese visitado ya dos veces antes sin tener la oportunidad de hablar.

—¿Cam?

Ruth se acercó a la cama, un fino colchón cosido a mano sobre un bajo armazón de metal. No había ninguna silla.

—¿Cam? Soy Ruth. ¿Estás...?

—Hola.

No abrió los ojos, pero levantó la mano de la cama débilmente unos centímetros. Ella le cogió la palma de la mano entre sus propias manos.

—Soy yo. Estoy aquí.

—Tu voz.

Ruth sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo estoy bien. —Su boca estaba empezando a curarse—. ¿Cómo te encuentras?

—Duele.

—Sí.

Permanecieron juntos varios minutos, limitándose a escuchar cómo vivía y respiraba el otro. Se escuchaban voces en el pasillo. Ruth le besó la mano a través de la máscara.

—Tengo que contarte algo —dijo Ruth.

Intentó explicar lo que estaba haciendo con la nanotecnología china. Los instintos de Cam siempre habían sido más fuertes que los suyos, y ella confiaba en su respuesta más que en la suya propia. No fue demasiado lejos. Cam abrió los ojos para buscar su rostro.

—No —dijo—. No lo hagas.

—Pero si alguien más...

Él se esforzó por sentarse y Ruth saltó alarmada y le presionó el hombro para mantenerlo tumbado.

—Cam, te vas a hacer daño.

—¡Encontraremos otro modo! —dijo—. No lo hagas.

—No lo haré. Lo juro. Tienes razón. No lo haré.

Volvió a besarle la mano para ocultar su afligido rostro de la inflexible mirada de Cam.

«¿No ves cuánto te necesito?», pensó.

—Por favor, Ruth —dijo cansado. Cerró los ojos de nuevo—. No nos hagas luchar tú también.

—No. Jamás.

Permanecieron juntos hasta que él se durmió.

Cam se despertó brevemente. Había tenido una pesadilla, y Ruth se alegró de no haberse marchado.

—Shh, estoy aquí. Estás a salvo. Estoy aquí.

—Te quiero —dijo Cam.

Agradecimientos

Mi mujer Diana ha sido mi mayor apoyo. La trilogía de *La plaga* no existiría sin su duro trabajo y sacrificio, de modo que creo que todo el mundo le debe un refresco y unas patatas. Nuestros hijos también han sido increíblemente comprensivos con las extrañas horas de trabajo de papá, así que también quiero darles las gracias a ellos. Os quiero, Johnny Six y Bee Ee En.

Algunos de los sospechosos habituales son también culpables por ayudarme con esta novela: Mike May, profesor de entomología en la Universidad de Rutgers; el teniente coronel *Bear* Lihani, de las Fuerzas Aéreas estadounidenses (jubilado); el comandante Brian Woolworth, de las Fuerzas Especiales del ejército de Estados Unidos, y mi padre, Gus Carlson, doctor en Filosofía, ingeniero mecánico y ex líder de división en el Laboratorio Nacional Lawrence Livermore. Siempre que necesitaba instalar un compresor de aire en el suelo de un avión monomotor o crear una habitación limpia a partir de nada más que unas sábanas de plástico y cinta de pintor, papá estaba ahí, como Batman, y se lo agradezco más de lo que él cree.

También querría expresarle mi gratitud a Andreas Heinrich, doctor en Filosofía, una de las mentes más brillantes en nanotecnología de la época actual. Andreas sorteó un montón de preguntas extrañas y me invitó a visitar un laboratorio lleno de auténtico material nanotecnológico. ¡Vaya! Por suerte no me dejó conectar nada.

Los doctores Charles H. Hanson y Sumit Sen también se molestaron en responder a mis preguntas morbosas a lo largo de la creación de este libro.

Mi amigo y científico loco, Matthew J. Harrington, es el responsable de lo de los detectores de humo.

También me gustaría dar las gracias a Aileen Chung Der y a Nissan Jp por su asistencia en mi investigación sobre la cultura, el idioma y el ejército chinos. Los chinos se convierten en los malos en la segunda y tercera parte de las novelas de *La plaga*, pero este giro de los acontecimientos se llevó a cabo con todo el respeto del mundo. La historia necesitaba un enemigo convincente, y China es una de las principales potencias del mundo. Sin su fuerza no habría tenido ninguna trama, de modo que muchas gracias.

Mis agentes, Donald Maass y Cameron McClure siguen siendo de primera. Gracias también a J. L. Stermer, Amy Boggs y a todos los demás de las oficinas. Aprecio vuestro duro trabajo y las contribuciones de mi equipo de Ace. Anne Sowards, Cam «El Otro Cam» Dufty y Ginjer Buchanan han sido fantásticos, así como Eric Williams y Judith Lagerman, el brillante dúo que se esconde tras el diseño de las cubiertas de estas novelas. Y Meghan Mahler es la responsable de los llamativos mapas.

También quiero dedicarle un inmenso agradecimiento a Jeremy Tolbert de

www.jeremiahtolbert.com por mi nueva y fantástica página web en www.jverse.com. ¡Visítadla! Jverse ofrece ficción gratuita, vídeos, concursos, noticias y avances sobre próximos proyectos, y mucho más.

Por último, quisiera dar las gracias a Ruth, Cam y el resto de la panda. Puede que sólo existan en mi cerebro, pero he disfrutado muchísimo mi tiempo con ellos. Espero que vosotros también lo hayáis hecho.